

BRANDON Q. MORRIS

NACIÓN DE MARTE

HARD SCIENCE FICTION

PARTE 3



NACIÓN DE MARTE, PARTE 3

Hard Science Fiction

BRANDON Q. MORRIS



BRANDON Q.
MORRIS
HARD SCIENCE FICTION

Índice

[Nación de Marte, Parte 3](#)

[Nota del Autor](#)

[Otros títulos de Brandon Q. Morris](#)

[Glosario de Acrónimos](#)

[Notas](#)

Nación de Marte, Parte 3



Sol 314, Base de MpT

—EMPUJA —DIJO THEO—, ¡Y TEN CUIDADO!

El objeto triangular comenzó a moverse despacio hacia él. Permitió que el borde delantero se deslizara hacia sus manos enguantadas. La estructura, creada a partir de paneles de cristal adheridos a la base, era sorprendentemente pesada. Dio un pequeño paso hacia atrás y aseguró su agarre de la base antes de que toda la estructura pudiera deslizarse fuera de la zona de carga del rover.

—Vale, para —dijo—. Ahora te necesito aquí.

—De acuerdo —oyó responder a Rebecca por la radio del casco. Saltó con elegancia desde la zona de carga y llegó al otro extremo de la estructura. La base, un grueso panel de plástico de unos tres metros de largo y ancho, podía transportarse con facilidad por dos personas. Sin embargo, encima se encontraban dos paneles rectangulares de grueso cristal, apoyados entre sí, que formaban caras opuestas de una estructura con forma de cuña que había sido cerrada al insertarle dos paneles triangulares de cristal en los laterales.

—¿Ves la zona de montaje? —preguntó Theo.

—Sí.

Habían nivelado la zona el día anterior y hoy habían situado el rover cerca. Estaban en la cima de la colina que se cernía sobre su pequeño asentamiento. El prisma de cristal iba a situarse allí como la joya de una corona.

—Y, ¡tira! —ordenó. En perfecta sincronía, lo levantaron del rover y caminaron de lado la corta distancia desde el vehículo hasta el lugar elegido—. Y abajo —dijo. Se mantuvieron mientras se agachaban para bajar la estructura hacia la superficie. La soltaron como estaba planeado y volvieron a enderezarse.

Theo dio un paso atrás.

Rebecca miró colina abajo y saludó con la mano. Había visto a alguien que los observaba. La presencia del asentamiento solo era evidente si mirabas dos veces, ya que la mayor parte estaba situada bajo tierra.

—Traeré el primer contenedor —declaró Theo.

Esta era la parte más débil de su plan. Habían traído contenedores de agua y los habían mantenido dentro del caldeado rover. Iban a llenar la estructura de cristal con el agua... con rapidez, si tenían en cuenta que la temperatura del aire era de cuarenta grados bajo cero. No tenían mucho tiempo antes de que el agua se congelara.

—Abriré la válvula de llenado —dijo Rebecca. Esta era la “división del trabajo” que habían planeado.

Theo se acercó al rover y sacó el primer contenedor de la zona de carga. Volvió deprisa a la cuña de cristal, abrió el sello del contenedor mientras caminaba y vertió el agua dentro de la estructura.

—¡Funciona! —exclamó Rebecca—. ¡Felicidades!

—Gracias.

El contenido del primer contenedor había cubierto el fondo de la estructura. Recorrió a toda prisa el camino entre la estructura y el rover ocho veces más. Había calculado, por supuesto, la cantidad de agua que necesitaría para llenarla. El nivel del agua subía en proporción a cada vertido porque la estructura se estrechaba desde el fondo hasta la cima. Sin embargo, Theo no fue lo bastante rápido con el último recipiente. El agua se congeló antes de que pudiera verterla y soltó un bufido de frustración.

—Debería estar bien así —dijo Rebecca—. Mira... solo faltan un par de centímetros en la parte de arriba.

—Cierto —respondió mientras le echaba una mirada al sol. Era temprano por la tarde, pero su posición ya estaba bastante baja—. Volvamos abajo —le instó. Estaba excitado. Nada dependía de esta estructura, ni su supervivencia ni el destino de la humanidad. Y este hecho era precisamente lo que la hacía tan especial. Era un puro lujo.

Se subieron al rover de un salto. Como Rebecca llegó al vehículo primero, se sentó en el lugar del conductor. Bajaron la colina a toda velocidad. Tenían que dar un largo rodeo porque la pared del cráter era demasiado empinada como para tomar una ruta directa. Theo se agarró con fuerza a Rebecca desde atrás para evitar ser lanzado fuera del traqueteante rover. Era muy divertido hacer estas salidas con Rebecca.

Ella fue también la inspiración tras su idea de construir una cuña de cristal llena de agua. Ella había estado comentando con nostalgia que probablemente nunca volvería a ver un arcoíris. Esta estructura se encargaría de ello.

Llegaron a la base del cráter.

—Para, por favor —dijo Theo.

Rebecca detuvo el rover.

Theo se inclinó hacia delante y tocó la pantalla del mapa junto al panel de control.

—Debería estar por aquí.

Rebecca volvió a arrancar el motor. Condujo despacio hasta el lugar que Theo había marcado en el mapa.

—Debe de ser aquí —dijo ella.

Theo miró la hora.

—Faltan veinte minutos.

Se quedaron uno al lado del otro, sus brazos tocándose. Era imposible que pudieran sentir el calor del otro a través del grueso tejido de sus trajes espaciales, pero a Theo le parecía que sí que podía. Observaron el borde de la pared del cráter.



—AHORA —DIJO THEO.

El sol estaba a punto de desaparecer tras la pared del cráter. Ese era el momento. Sus rayos alcanzaron la cuña de cristal, la cual, haciendo las veces de un prisma, dividió la luz en sus diversos componentes y apareció un arcoíris. Era pequeño pero claramente visible. La luz del sol era mucho más débil que en la Tierra, pero conforme el crepúsculo se instalaba a su alrededor, el

arcoíris se volvió más claro.

—Es precioso —exclamó Rebecca.

—Como tú —respondió Theo con suavidad.

—Gracias —dijo ella. Miraba con firmeza los colores generados por el prisma.

Theo se situó tras ella y le rodeó la cintura con sus brazos.

—Imagina que estamos en una playa del Caribe después de una tormenta tropical.

—Estoy allí contigo ahora. La arena es cálida y suave bajo mis pies. El aire huele a mar.



Sol 316, Base de la NASA

—¿LANCE?

—¿Sí, Sarah?

—¿Cuánto obtienes de multiplicar doscientos sesenta y ocho por veinticuatro, dividido por veinticuatro coma sesenta y seis, más cincuenta y seis?

Miró a su novia, quien estaba sentada frente a él ante un ordenador. «¿Por qué no introduce los números en el ordenador?», pensó. Sin embargo, lo que estaba haciendo en ese momento era tan aburrido que no le importó la distracción. Se suponía que debía estar comparando las cantidades de agua y fertilizante usadas durante las últimas dos semanas con la cantidad de comida que habían recolectado. En realidad eso era tarea de Sarah, ya que era la bióloga de la tripulación y estaba a cargo del huerto, pero él la estaba ayudando. Lance hizo mentalmente los cálculos que ella le planteaba. Como Sarah no había mencionado ningún paréntesis, doscientos sesenta y ocho por veinticuatro dividido por veinticuatro coma sesenta y seis era más o menos doscientos sesenta, más cincuenta y seis, el resultado era trescientos dieciséis.

«¡La fecha de hoy!». Lance se levantó de un salto. Por supuesto, en Sol 56 ellos habían... Rodeó su escritorio y se situó detrás de su novia para empezar a frotarle los hombros.

—¿Ha empezando? —preguntó.

—Creo que sí. Nunca he pasado por esto, pero si yo fuera médico y otra mujer me dijera que estaba teniendo un dolor como este, mi diagnóstico sería obvio. Parece que es súper puntual.

—Tenemos que decírselo a Mike y a Ewa —dijo Lance—. Deprisa, vamos a llevarte a la enfermería.

Pero Sarah permaneció en su asiento.

—No hace falta darse prisa —respondió con calma—. Aún puedo caminar por mí misma.

—Entonces iré saliendo yo —dijo Lance—, y avisaré a Ewa.

Aparte de Sarah, no había más médicos en la base y, por eso, Ewa había recibido entrenamiento para el parto. Como granjera experimentada, sabía cómo traer terneros al mundo. Sarah se había reído a carcajadas al oírlo y dijo que sentía que estaba en las mejores manos posibles.

Ewa no estaba de turno en ese momento, así que Lance la buscó en su habitación. Esa parte de la estructura subterránea aún olía a pintura fresca. Las habitaciones allí no habían estado preparadas para entrar a vivir hasta hacía dos semanas. Hasta entonces, Ewa se había “alojado” más que “vivido” en un almacén.

Llamó a la puerta y ella le invitó a entrar. Ewa estaba tumbada sobre una cama improvisada, cuyo somier había soldado ella misma. Un gran saco plano relleno con hierba seca de su propio

huerto hacía las veces de colchón y hacía que su habitación oliera un poco a heno.

—Ha empezado —dijo Lance sin más preámbulo.

Ewa se incorporó.

—Mantén la calma —dijo ella.

Le caía sudor por la espalda aunque la habitación de Ewa estaba a apenas veinte grados. ¿De qué demonios estaba hablando? Lo que estaba sucediendo ahora era el mayor milagro que el universo podía ofrecer. Y, ¿se suponía que debía mantener la calma?

—Es más fácil decirlo que hacerlo —confesó mientras se frotaba la barbilla.

—Lo superaremos —contestó Ewa—. Todo parece ir muy bien. El bebé se ha desarrollado extremadamente bien.

Ewa tenía razón. Ni la baja fuerza gravitatoria ni la alta radiación parecían haber dañado al feto. Las imágenes de la ecografía revelaban a un niño que estaba bien desarrollado del todo.

No obstante, Lance estaba preocupado. Ningún humano había nacido jamás en otro planeta. Y sus habilidades médicas eran limitadas. La expedición de la NASA había estado aprovisionada para una visita a Marte, no para instalarse allí permanentemente. En contraste con los miembros del proyecto espacial Ciudad Marte, que había recibido fondos privados, y que también estaba situado allí en Marte, su hijo no recibiría vacunas ni inyecciones de vitamina K como era costumbre con los recién nacidos tras el parto. Las relaciones entre su base y Ciudad Marte eran tensas en ese momento, ya que se habían negado a jurarle lealtad a su administrador.

—¿Vas a venir ahora? —preguntó Lance.

—Dentro de un momento —dijo Ewa—. Me cambiaré de ropa y me lavaré. Tú deberías hacer lo mismo si quieres estar presente durante el parto. ¿Quieres?

Él asintió. Por supuesto que quería. Iba a ser la primera persona en darle a su hijo la bienvenida a Marte.



EL NACIMIENTO FUE RUIDOSO, ESTRESANTE Y SANGRIENTO. Y HEDÍA. LANCE ESTABA EMPAPADO en sudor. Se sentó sobre sus talones para apoyar a Sarah en el pedestal mientras ella gruñía y empujaba. Le corrían lágrimas por el rostro, pero la única razón por la que se dio cuenta fue por el sabor salado en su boca. Se sentía responsable por el sufrimiento de Sarah mientras que todo lo que él podía hacer era mirar. Se alegró cuando ella le apretó la mano con tanta fuerza que le dolió, y cuando se le quedaron las piernas dormidas y le empezaron a arder bajo su peso se alegró también. Tal vez de ese modo él podría reducir su dolor un poco al menos.

Sarah respiraba al ritmo que le marcaba Ewa. Ya era una madre ejemplar en esos primeros instantes de la vida de su hijo. Un grito final y ya habían terminado. Los músculos de Sarah se relajaron y Lance tuvo que sujetarla con firmeza para evitar que se deslizara hasta el suelo. Parecía que su cuerpo se había quedado sin fuerzas. La abrazó con fuerza.

—¿Quieres hacerlo? —Ewa le estaba tendiendo un par de tijeras.

¿Qué se suponía que tenía que hacer con ellas? Negó con la cabeza.

—El cordón umbilical —dijo Ewa—. No es difícil. —Le puso las tijeras en la mano derecha y le dijo qué hacer—. Ahora.

Él manipulaba las tijeras con la mano derecha mientras seguía sujetando a Sarah entre su brazo izquierdo y su cuerpo. El cordón umbilical ofreció poca resistencia. Ahora había separado a su hijo de su madre. Lance contuvo un sollozo. Era una despedida y una bienvenida. Nunca habría pensado que el parto fuera tan... tan dramático.

—¿Puedes ayudarla a subirse al catre?

Ewa dio unos pasos hacia un lado para ocuparse del bebé. Lance no creyó poder levantarse para llevar a Sarah hasta el catre, pero de algún modo lo consiguió. Cuando ella estuvo finalmente tumbada, él le retiró el pelo de la cara con el dedo índice. Se veía francamente agotada, pero hermosa al mismo tiempo. Abrió los ojos y le dedicó una pequeña sonrisa.

Ewa les acercó su hijo y se lo mostró a Sarah. Iba envuelto en una toalla blanca y, cuando Ewa lo acercó al rostro de Sarah, el niño empezó a llorar. Sarah sonrió mientras alargaba los brazos para acoger a su hijo recién nacido.

—No lo dice en serio —dijo Lance en voz baja.

—Lo sé —susurró ella mientras envolvía a su hijo entre sus brazos.

De fondo, sonó un timbrado. Lance lo ignoró. Su hijo era sencillamente increíble. Nunca dejaría de mirarlo. Alguien le tocó el hombro y se giró sobresaltado.

—Mike te necesita en el puente —dijo Ewa.

—¿Es...?

No terminó su pregunta porque el rostro de Ewa le proporcionó la respuesta. Un temor horrible lo dominó, un miedo como no había conocido antes. Sospechaba que tal reacción era el resultado de ser padre. ¿Sería siempre así? Se enderezó.

—Tengo que ir a ver a Mike.

Sarah solo asintió.

—No tengo ni idea de qué quiere de mí —dijo, aunque Sarah no le había preguntado. Y así, se giró y abandonó la habitación.



—¿QUÉ ESTÁ PASANDO? —PREGUNTÓ LANCE MIENTRAS CRUZABA LA PUERTA.

Mike se giró en redondo para mirarle mientras Sharon se apoyaba contra la pared a su derecha; la mujer jugueteaba nerviosa con su cinturón.

—Hemos recibido una señal de emergencia de MpT —respondió Mike.

—¿Una señal de emergencia? —repitió Lance, quien temía adivinar lo que estaba a punto de oír. Por muy terrible que sonara, se descubrió deseando que un meteorito hubiera golpeado la base de MpT, o que quizás se hubieran visto atacados por una epidemia. Sería horrible, pero no afectaría a su hijo recién nacido.

—Un ataque. Diez asaltantes armados de Ciudad Marte. Summers los envió.

—¿Ha habido muertes? —Lance sintió un sudor frío. El sudor en su espalda le resultaba repugnante. Necesitaba una ducha y cambiarse de ropa.

—No. Ellen decidió no plantarles cara. No hubieran tenido ninguna posibilidad. Toda la base de MpT está ahora ocupada.

—Eso fue prudente —dijo Lance. Mike mantenía una relación con Ellen y ahora había sabido que la mujer a la que amaba estaba en manos de un enemigo implacable. Lance se limpió la frente con la mano y se secó el sudor en los pantalones—. ¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó.

—No —dijo Sharon con un movimiento de cabeza—. Están demasiado lejos.

—Tenemos que considerar cómo vamos a responder al ataque —declaró Mike.

—Lucharemos —dijo Lance. Sin embargo, mientras pronunciaba esas palabras parecieron perder fuerza. ¿Con qué lucharían? Solo eran cinco. «No, somos seis». Y ese hecho hacía que la decisión fuera mucho más difícil.

—No sé si eso sería inteligente —opinó Sharon.

—Mi primer impulso es que también necesitaríamos defendernos —confesó Mike—. Pero imaginad qué pasaría si los hombres de Summers se presentan en nuestra base. Podría enviar pocos efectivos, pero si luchamos perderíamos.

—Enviaré a más esbirros de que los que envié a MpT —dijo Sharon—. Nos han avisado. Summers estará contando con resistencia. Tomó la decisión inteligente al atacar a MpT primero. Ellos tienen tres veces más que nosotros. El elemento de sorpresa fue un factor mayor en lo que a ellos concernía.

—Summers es un cabrón —dijo Lance.

—Un cabrón poderoso —le corrigió Mike.

—Chicos, esto no nos ayuda —intervino Sharon.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Lance.

—Es difícil saberlo —declaró Mike—. Si Summers envía aquí a la misma gentuza que usó contra MpT, podrían pasar varios días.

—Pero podría haber enviado nuestro propio equipo de ataque —interrumpió Sharon—. Podría aparecer aquí en cualquier momento.

—Te olvidas de nuestros drones de vigilancia —dijo Lance. Había estacionado tres drones automatizados a una distancia de veinte kilómetros de la base para notificarles sobre incidentes inusuales—. Nos darán unas dos horas para reaccionar.

—Si es que ven al enemigo —dijo Mike.

—Estoy suponiendo que no vendrían a pie. Y todos los vehículos producen una estela de polvo claramente visible.

—Eso es cierto —admitió Mike.

—Sugiero que nos demos hasta mañana para reflexionar si queremos defendernos o no —dijo Sharon.

—Y mientras tanto deberíamos empezar a preparar nuestras defensas —comentó Lance.

—Estoy de acuerdo —respondió Mike.



Sol 316, Base de MpT

—VALE, Y AHORA LOS HOMBRES TENÉIS QUE ENTRAR AHÍ CON CALMA —DIJO UNO DE LOS hombres con los modernos trajes espaciales Spaceliner, mientras señalaba al compartimento estanco de uno de los rovers cerrados.

Theo miró hacia atrás. Rebecca no estaba a la vista. Esperaba que estuviera bien. Reconoció a Andy y a Ellen. Ella le rodeaba los hombros con su brazo. Era probable que estuviera convenciéndole para que no se resistiera. Su decisión de blandir la bandera blanca no había recibido la aprobación de todos. Theo la había apoyado. No habrían tenido la más mínima oportunidad contra diez atacantes armados. Pero ¿qué sucedería a continuación?

De repente, alguien le empujó desde un lado.

—¡Oye! Se supone que tienes que entrar ahí. ¿No lo has oído?

Otro de los hombres de Summers. Theo tuvo que contenerse; era tentador sacarle la arrogancia a golpes a ese hombre. El tío iba armado, pero sujetaba su pistola con tanta inexperiencia que Theo podría habérsela arrebatado con facilidad. Sin embargo, había otros siete hombres allí que podían dejarlo fuera de juego. Dos de su grupo parecían estar con las mujeres abajo, en las habitaciones subterráneas. Saludó con la mano a Andy antes de girarse en redondo y entrar en el compartimento estanco.

El rover olía mal. «No es de extrañar, si tenemos en cuenta que cinco hombres habían pasado varios días allí dentro», pensó. Uno de ellos le estaba esperando dentro. Le hizo una señal para que Theo se quitara el traje espacial. ¡Ojalá ese tipejo no sacudiera tanto su arma!

—¡Tío, eso es peligroso! —Theo no pudo evitar que se le escapara. Si se disparara una bala y atravesara la pared externa, ¡los dos morirían!

—Eso es cosa mía —dijo el hombre con un fuerte acento texano.

Algunos nunca aprendían lo peligrosas que podían ser las armas en un mundo sin aire respirable. Él prefería no estar cerca de ese tipo de comportamientos.

El hombre le empujó hacia el fondo de la cabina. «¿Por qué no me dice simplemente lo que quiere y por qué?». En la parte trasera del vehículo había otro compartimento estanco que llevaba al segundo rover. Theo estaba a punto de agacharse y coger su traje espacial cuando el texano volvió a empujarle. «Lo pillo. No quieres que me lleve el traje conmigo». Theo tuvo que reconocer que el razonamiento tras esa decisión era muy inteligente. Si metían a todos los hombres de MpT en el segundo rover y retiraban el compartimento estanco, se quedarían sin ninguna ruta de escape posible. Nadie podía salir del rover sin traje. Podrían transportarlos a través del desierto de Marte sin ningún tipo de vigilancia.

Pero esto sería una tortura para los prisioneros. El viaje duraría al menos cuatro días, o cinco,

o tal vez más. Tendrían que pasar el tiempo juntos en un espacio limitado sin ningún tipo de privacidad. Y las instalaciones sanitarias serían primitivas. ¿Les proporcionarían suficiente comida y agua? Por supuesto que sí. El administrador estaba siguiendo una estrategia específica. Todas las vidas tenían un papel que jugar. Cuanto más grande fuera la selección genética para su colonia, más fácil sería para ellos sobrevivir. Si el hombre no fuera un grandísimo cabrón, podrían haber accedido a unirse a él antes. Habría sido razonable. No tenía sentido mantener tres asentamientos humanos independientes en el planeta.

—¿No puedes darte prisa? —dijo el hombre tras él.

Theo no dejó que le molestara. Estaba a punto de salir por el tubo cuando oyó la voz de Andy.

—¡No me toques! —gritó Andy.

—Te tocaré cada vez que quiera —contestó el texano.

Theo se detuvo. Sabía lo que esa expresión significaba de verdad. El hombre quería una excusa para empezar una pelea, y solo estaba esperando a la oportunidad adecuada para golpear a Andy. El delicado georgiano probablemente le parecía un rival fácil.

—Ni lo pienses —gritó Theo. Podía estar al lado de Andy en tres segundos.

—No te metas en esto —dijo el texano—. No es asunto tuyo. ¿Ya se te ha olvidado quién tiene la pistola?

Eso fue el colmo. Theo volvió a salir del tubo. El hombre le estaba apuntando, pero no se detuvo.

—Serías un imbécil si dispararas —dijo—. Pero con suerte eso ya lo sabes.

El tipejo bajó el arma.

—Bien —dijo—. ¡Entrad! En el otro rover. Estamos a punto de marcharnos.



REBECCA ESTABA ESPERANDO EN EL PUENTE, PERO NO SABÍA POR QUÉ. ¿QUÉ ESTABA PASANDO EN la superficie? ¿Qué iba a hacer el administrador con los hombres? Nadie contestaba sus preguntas.

Dos guardias armados estaban estacionados allí abajo con las mujeres. Se paseaban por los pasillos mientras contaban chistes inmaduros y libidinosos como si no hubieran visto una mujer antes. Con independencia de sus armas, si así lo querían, las mujeres podrían neutralizar a los dos graciosos en cualquier momento.

Pero ¡eso pondría la vida de los hombres en riesgo! Era probable que esa hubiera sido la idea del administrador desde el principio. Si separaba los dos grupos, podía usar uno como peón contra el otro. Rebecca temía que su plan podría funcionar de verdad.

Los dos extraños habían aparecido en el puente justo ahora, sin esperarlo. Era evidente que estaban escuchando órdenes por los pequeños auriculares en sus oídos.

—Muy bien —dijo uno de ellos al fin—. Vamos a dejaros solas. Necesitaréis contactar con la oficina del administrador dos veces al día para recibir vuestras obligaciones diarias.

—Y, ¿qué pasará con nuestros hombres? —preguntó Ellen.

—Nos los llevamos con nosotros. Les daremos buen uso en la ciudad.

—Pero no podéis... —comenzó a decir Rebecca, y entonces se quedó callada al darse cuenta de lo que estaba diciendo. «Por supuesto que pueden».

Ellen cogió a Rebecca del brazo.

—Bien, señoras —dijo el otro hombre señalándolas con la cabeza—. Y si alguna se ve

necesitada de un hombre de verdad, llamado Jack.

El primer hombre le dio una palmada en la espalda.

—Estás casado, tío —dijo.

Jack se encogió de hombros como si no importara.

Los hombres se ajustaron los trajes espaciales antes de abandonar el puente por el compartimento estanco. Tan pronto como la luz situada en la cámara se puso verde, Rebecca los siguió con su traje espacial puesto. Llegó demasiado tarde. Una estela de polvo indicaba que los tres vehículos ya se habían alejado del cráter en dirección este. Saludó con el brazo con la loca esperanza de que quizás Theo pudiera verla a través del telescopio. Y entonces unos rayos de luz de colores la rodearon.

Se giró en redondo y vio el arcoíris diario. Su promesa de que volvería a ver a Theo. «No hay duda», se dijo con firmeza.



Sol 317, Base de la NASA

—¡BUENOS DÍAS!

Lance dejó la bandeja donde llevaba café recién hecho y muesli sobre la mesa. Sarah se incorporó en la cama. Él cogió la almohada de los pies de la cama y se la tendió. Ella la metió detrás de su espalda para poder apoyarse contra la pared.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

Sarah sonrió.

—La mayor parte del tiempo. El bebé solo me despertó cada cuatro horas o algo así. — Apuntó junto a ella, donde su hijo estaba durmiendo en su pequeña cesta.

Lance se quedó junto a la cama y lo miró. Era hermoso, pero también se veía bastante frágil.

—Podrías cambiarle el pañal —sugirió Sarah.

Él se la quedó mirando fijamente.

—Sabes lo que son los pañales, ¿verdad?

—Sí, eh... ¿y puedo hacer eso?

—Inténtalo. A mí me resuelta tan nuevo como a ti, o ¿crees que las mujeres nacemos de alguna forma con ese conocimiento especial?

—Yo... No, por supuesto que no. —Lance se inclinó sobre la cesta y cogió a su hijo con cuidado. El bebé abrió los ojos y se despezó—. Increíble.

Se lo acercó a la cara y tocó la suave piel de su hijo con su mejilla. El bebé olía dulce. Entonces Lance lo depositó con cuidado sobre un extremo de la cama antes de desabrocharle el diminuto pijama. Lance recordaba cómo Sarah lo había cosido con ropa extra en la base. En ese momento todo le había parecido muy lejano. Ahora había un culito con un pañal justo frente a él. El pañal estaba hecho de fina tela de algodón. Intentó memorizar cómo envolvía la parte inferior del cuerpo de su hijo. Tendría que reproducirlo de algún modo.

—¿Quién le ha puesto el pañal así?

—Ewa —declaró su novia.

—Ah, parece que domina la técnica.

—No es difícil —dijo Sarah.

«Puede que sí, puede que no». Retiró el pañal usado. Aquella mancha negruzca olía ligeramente dulce y no era del todo desagradable. Dobló el pañal. Alguien había dispuesto un bol de agua tibia junto a la cama. Un trapo colgaba del borde—. ¿Y esto? —preguntó.

—Ewa la trajo justo antes de que llegaras con el desayuno.

—¡Oh, el café! —exclamó Lance—. Por favor, sírvete o se enfriará.

—Tengo hambre —dijo Sarah.

—¡Que aproveche!

Lance limpió a su hijo con cuidado. El bebé arrugó la cara de pronto y comenzó a chillar. Lance se encogió.

—¿He hecho algo malo?

—¿Quién sabe? —dijo Sarah—. Puede que el trapo estuviera demasiado frío para él.

Lance secó la piel húmeda con una toalla, sacó un pañal limpio del contenedor bajo la cama y lo metió debajo de su hijo. Hizo todo lo posible por replicar la técnica de envoltura. Funcionó. El bebé se veía igual que antes de que le quitara el pañal manchado.

—Mira —dijo con orgullo—. Pañal limpio. Y ya no está llorando.

—Eso es bueno —dijo Sarah—. Ahora solo necesitamos hacerlo unas mil veces más y estará bien.

—Suenan muy prometedor —contestó Lance con ironía mientras se esforzaba por meter dentro del pijama los bracitos y piernecitas que se agitaban—. Por cierto, todavía no hemos decidido un nombre. ¿Por qué no? —¿Habría estado él reprimiendo la idea del inminente parto? Lance se sorprendía a sí mismo.

—Es cierto —dijo Sarah—. Yo tampoco sé por qué no lo hemos hecho. Quizá sea porque siempre tuve un nombre en mente y no quería que tú intentaras hacerme cambiar de idea.

Lance se rio.

—¿Qué te hacía pensar que intentaría hacerte cambiar de idea?

—Bueno, que no te gustara.

—Tendrías que decirme qué nombre es antes de poder hacerlo.

—Vale. Se me ocurrió Michael. El nombre suena bien tanto en alemán como en inglés. Y...

—Y, ¿qué?

—Es una locura.

—Suéltalo.

—Tras el primer alunizaje —continuó Sarah—, todo el mundo se concentró en Neil Armstrong y en Buzz Aldrin. Pero nadie le dedicó la menor atención al pobre hombre que se pasó todo el tiempo dentro del Apolo, dando vueltas a la Luna solo.

—Michael Collins —dijo Lance—. Lo recuerdo como si fuera ayer. —Se rio. El primer alunizaje había tenido lugar unos setenta años antes. ¿Contarían alguna vez los libros de historia la hazaña del primer aterrizaje en Marte? En ese momento no parecía que fueran a escribir más libros de historia.

—Bien, incluso te sabes su nombre.

—Fue parte de nuestro entrenamiento. Historia de la NASA, Nivel Básico.

—Entonces... ¿qué te parece que le pongamos Michael?

Él dijo el nombre en voz alta varias veces.

—¿Cómo suena en alemán? —le preguntó.

—Michael —dijo Sarah.

—Mikhael.

—Algo así. Un sonido *ch* suave, ¿sabes?

—Suave, bien. Preferiría que no se convirtiera en uno de esos hombres embrutecidos.

—¿No debería convertirse en qué?

—Se convertirá en un hombre. Pero no en uno cruel, ya me entiendes.

—Creo que sé a lo que quieres decir. Entonces ¿estamos de acuerdo en ponerle Michael?

—Sí, debería llamarse así por el hombre que nunca pisó la Luna —dijo Lance.

—¿Sabías que a Collins se le ofreció la oportunidad de caminar sobre la Luna con la misión

Apolo 17? —preguntó Sarah—. La rechazó.

—Bien hecho. Quería seguir vivo. Las misiones eran muy improvisadas por aquel entonces.

—Es probable. Pero yo prefiero interpretar su decisión como algo para seguir siendo un hombre discreto. Siempre habló con increíble humildad. Eso me gustó de él.

—Sí, encaja contigo —dijo Lance.



SE REUNIERON EN EL PUENTE A ESO DEL MEDIODÍA. SARAH LLEVABA A MICHAEL EN SU CESTA. SE quedó profundamente dormido mientras lo transportaba por los pasillos de la base.

—Me gustaría presentaros a Michael —exclamó Lance una vez estuvieron todos allí.

—Ya nos conocemos —dijo Ewa con una sonrisa.

—Encantada de conocerte —dijo Sharon—. Soy Sharon, pero puedes llamarme Tita Sharon.

—Yo soy Mike. Puedes llamarme Jefe.

Sarah se echó a reír.

—En serio, es un bonito nombre —afirmó Mike—. Supongo que en honor de Michael Collins, ¿verdad?

—Mi héroe de la NASA —dijo Sarah—. Además, me gusta cómo suena en alemán.

—Michael —dijo Mike.

Sarah lo miró con apreciación.

—Eso ha sido perfecto. ¿Dónde aprendiste a pronunciar el suave sonido *ch*?

—Pelota —dijo Lance.

—En el colegio —respondió Mike—. Teníamos una profesora de alemán muy guapa, así que todos los chicos nos esforzábamos más de lo normal.

—¿Diste alemán en el colegio? —preguntó Sharon—. No lo sabía.

—Era totalmente normal cuando crecía en Dakota del Norte. Había muchos americanos de origen alemán allí.

—Pero tu madre era de Italia, ¿no?

—Eso no quería decir que la profesora alemana no fuera realmente guapa, lo cual fue la razón por la que el idioma me interesaba más que la lengua materna de mi madre.

—Eso es genial. Podrás hablar un poco en alemán con Michael —dijo Sarah—. Sería bueno que no me lo oyera hablar solo a mí.

—Por desgracia, se me ha olvidado casi todo lo que aprendí.

—Entonces yo te refrescaré la memoria.

—Tal vez más tarde, después de que hayamos resuelto el problema Summers —dijo Mike.

De repente, el ambiente en el puente se ensombreció. «Lástima», pensó Lance. La realidad había regresado.

—¿Cómo deberíamos responder a un ataque? —preguntó Mike.

—Rindiéndonos —respondió Sharon de pronto—. No se me ocurre ningún modo con el que poder defendernos.

—En realidad, nuestra base es bastante fácil de defender —dijo Lance.

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo? Si no somos capaces de salir, agotaremos nuestros recursos. Nuestro enemigo podría durar definitivamente más que nosotros.

—¿Tenemos algún as en la manga que no sepamos? —preguntó Mike.

Sarah intervino.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Algo que podamos usar para sorprenderlos. Algo que nos haga inexpugnables.

—Yo... yo podría... —Ewa no terminó su frase.

—¿Qué? —preguntó Mike.

—No, es ridículo. No puedo hacer nada.

—Venga, di lo que estés pensando. ¿Qué podrías hacer? —volvió a preguntar Mike.

—Olvídalo. Deberíamos rendirnos cuando lleguen.

—No estoy de acuerdo. No deberíamos ponérselo tan fácil. Puede que nuestro foso aguante —dijo Lance—. Quizá nuestras probabilidades no sean muy altas, pero si ni siquiera lo intentamos, perderemos de todos modos.

—Entonces sugiero que tú y Sharon retiréis el puente e inspeccionéis el foso —dijo Mike—. No ha colapsado ni nada.

Los demás asintieron. Lance estudió a Ewa. ¿Qué había estado a punto de proponer, y por qué se mostraba ahora reticente a contárselo? A veces podía ser realmente terca.



—VOY ENSEGUIDA —DIJO SHARON POR LA RADIO DEL CASCO.

—Tranquila, tómate tu tiempo. No te has perdido nada —contestó Lance.

Él examinó el cielo. El delgado aire estaba lleno de polvo, como si una tormenta hubiera pasado por allí el día anterior. Pero habían tenido calma chicha allí durante los pasados días. Tal vez eso fuera provocado por una ramificación de una tormenta de arena más al norte. Allí, cerca del ecuador, el clima era más estable que en el norte o en el sur, donde las estaciones cambiaban.

Se abrió la escotilla del suelo y apareció la cabeza de Sharon. Deberían haber ampliado el compartimento estanco hacía mucho tiempo, para que más de un solo astronauta cada vez pudiera salir a la superficie. Sin embargo, habían tenido tantas otras cosas que hacer que no habían encontrado el momento para hacerlo.

—Siento que hayas tenido que esperar —dijo ella.

—Disfruto viendo las vistas que nos rodean. Cada día hay algo nuevo por descubrir —contestó Lance.

—¡Muy gracioso!

Nada a excepción de la cantidad de polvo en el aire cambiaba de día en día alrededor de la base. La turbina que había construido poco después de su aterrizaje se volvía a veces más lenta y a veces más rápida. Llegados a este punto, estaban extrayendo energía de los cambios de temperatura en la superficie del planeta. Desde que localizaron una fuente de agua, trucos como ese eran posibles ahora. Pero aún no había desmontado la turbina. Después de todo, era lo único que le confería un grado de vitalidad a su base.

—Vamos —dijo Sharon mientras le cogía el brazo.

Lance limpió algo de polvo rojo del hombro del traje de Sharon.

—Gracias —dijo ella.

Había unos buenos doscientos metros hasta la frontera de la base exterior. El foso era definitivamente visible. Lance comprobó que el reborde que habían reforzado con hielo seguía siendo sólido. Para hacerlo tenía que situarse en equilibrio sobre las grandes piedras que había depositado alrededor de todo el perímetro para proteger el hielo del sol.

—Ten cuidado —exclamó Sharon—. Una caída de cinco metros no es moco de pavo.

Lance se arrodilló y miró hacia abajo. El suelo allí estaba duro como una piedra. Si se caía, su traje no sobreviviría al impacto. Sharon tendría que arrastrarlo con rapidez de vuelta al

compartimento estanco. Volvió a incorporarse y trepó de piedra en piedra. Se sentía un poco como un caballero en un castillo. Las paredes del foso parecían estar bien conservadas desde allí arriba.

—¿Debería echarles un vistazo desde allí abajo? —preguntó.

—Claro. No tenemos ni idea de cuánto tiempo pasará antes de que volvamos a estar aquí fuera.

Se giró para mirarla y dio un salto hacia delante con todas sus fuerzas, desde la roca en la que estaba hasta el terreno sólido. Algo tras él se estrelló. La roca, que pesaba al menos cincuenta kilos, había absorbido su impulso, rodó hacia atrás, y cayó desde el muro. Esperaba que los daños se limitaran a eso. La colisión fue audible a pesar del delgado aire marciano. Lance memorizó el lugar en cuestión.

Cruzaron el puente que habían construido a partir de dos vigas que habían sobrado tras la reconstrucción de la torre taladradora, y sobre las cuales habían tendido unos paneles robustos. No podrían retirar las vigas manualmente; eran demasiado pesadas. Después de todo, el puente había necesitado soportar el peso de un rover cerrado. La estructura estaba polvorienta, igual que todo lo demás que se dejara expuesta a la atmósfera de Marte durante un extenso periodo de tiempo. Al otro lado del puente, giraron a la derecha. Desde fuera, la pendiente del foso no parecía muy empinada. Cualquier vehículo que llegara al foso tendría que bajar por una pendiente de treinta grados antes de detenerse frente a una lisa pared de cinco metros de altura.

Lance y Sharon bajaron al foso. Había arena y pequeñas rocas dispersas por el suelo. Lance caminaba muy cerca del muro. No estaba tan immaculado como le había parecido desde arriba del foso. La erosión ya había comenzado su trabajo, pero ahora no era el momento de hacer mejoras. Su enemigo podría aparecer a sus puertas en cualquier momento.

Levantó la vista. Los daños del muro eran superficiales. La capa externa de hielo no había sido penetrada. Para un escalador medio, aún sería imposible escalar los cinco metros. Incluso si condujeran el rover hasta el mismo muro y se subieran al techo, aún les faltarían poco más de un metro. Sin embargo, si el enemigo traía consigo una grúa... pero eso era improbable, al menos en su primer intento.

Sharon caminaba hacia la izquierda. Era obvio que quería rodear la base. La siguió. Pronto se toparon con el peñasco que él había hecho caer por accidente. La mitad estaba enterrado en el suelo. El muro tampoco presentaba daños allí. ¡Menuda suerte! Siguieron caminando. Era extraño estar allí abajo. Se sentía como si estuviera en una especie de laberinto primitivo, ya que no podía ver su entorno. Por suerte, finalmente llegarían al puente. De otro modo podrían quedarse dando vueltas a la base por toda la eternidad. Con un diámetro de quinientos metros, el foso circular tenía más de kilómetro y medio de longitud. Necesitaron unos quince minutos para completar el circuito.

—¿Quieres retirar los paneles? Iré a por el rover —dijo Lance.

Sharon asintió y comenzó a quitar los paneles cubiertos de arena del puente. Él se encaminó hacia el compartimento estanco. El ligero rover abierto tendría que ser suficiente para tirar de las vigas de acero. Rodeó el rover para ir al otro lado. La llave de arranque estaba en la caja de herramientas. Se agachó y se quedó sorprendido de ver a alguien trasteando en el rover cerrado que estaba junto al que él iba a usar. Solo vio a la persona desde atrás. Tenía que ser Mike o Ewa.

—Mike, ¿eres tú? —preguntó por la radio del casco.

La persona se giró en redondo. Reconoció a Ewa.

—Ah, Lance —dijo. Parecía ligeramente sin aliento.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

—Solo necesito una herramienta. El aire acondicionado de mi habitación no funciona bien.

—Podríamos habértela llevado si nos lo hubieras dicho.

—No quería molestaros.

—Claro. Necesito volver al puente ahora.

—Buena suerte, Lance.

La frase sonaba a despedida, pero seguro que estaba equivocado al respecto. O, ¿acaso se traía Ewa algo entre manos? Si era así, ¿qué podría ser? Se inclinó sobre el panel de control del ligero rover y activó el vehículo. Luego subió al asiento del conductor y se dirigió hacia el puente, donde Sharon ya le estaba esperando.

—¿Tienes la cuerda de remolque? —preguntó ella.

—En la caja de herramientas de la izquierda.

Ella se acercó al lado derecho del rover y la buscó.

—En el otro lado —dijo él.

—Así que entonces está en el lado derecho —contestó ella.

—No, a mi izquierda.

—A babor, entonces —dijo Sharon.

—Exacto.

—¡Pues di eso la próxima vez! —Riéndose, ella rodeó el rover y sacó la cuerda de la caja de herramientas. La ató a la parte posterior del rover y llevó el otro extremo hacia el puente—. No llega —dijo.

Él acercó el rover más al puente.

—Suficiente —dijo Sharon. Se agachó y enganchó el carabinero de la cuerda a una de las aberturas en la primera viga—. Listo.

—Vale —respondió él.

Se sentó en el asiento del conductor y maniobró el rover hacia el compartimento estanco. Pisó el acelerador, primero con suavidad, luego con más firmeza. El vehículo comenzó a moverse. Miró hacia atrás. La viga se liberó y su parte de atrás se estrelló dentro del foso. El rover se tambaleó, pero era considerablemente más pesado que la viga. Lance condujo hacia delante hasta que la viga estuvo plana sobre la zona circundante a la base.

—Cuando llegue el momento de reconstruir el puente, tendremos que encontrar una solución creativa —dijo Sharon.

Tenía razón. No lo habían considerado. Cuando construyeron el foso, primero habían instalado las vigas y luego tallaron la piedra bajo ellas. Ese enfoque no sería una opción la próxima vez. Pero ¿quién se plantea alguna vez que vayan a ser invadidos?

—Podemos hablar sobre ello más tarde —dijo Lance.

—De acuerdo —respondió Sharon. Se inclinó sobre la viga y soltó la cuerda—. Te toca —dijo ella.

Lance condujo el rover de vuelta al puente y ella enganchó la cuerda a la segunda viga. Dos minutos más tarde, ya no quedaba puente. Ahora vivían en una isla. ¿Les ayudaría eso? Lance quería creer que sí, pero no podrían soportar un largo asedio. Su enemigo solo necesitaría una escalera larga para infiltrarse en su base. El primer altercado podría acabar a su favor, pero el segundo era probable que no fuera así. No obstante, aún le parecía bien no entregar su base de inmediato.

Condujeron el rover de vuelta al compartimento estanco. Ewa no estaba. Debía haber vuelto a la base para reparar su aire acondicionado. Tal vez debería ir a ver si acaso ella necesitaba

ayuda pero no quería pedirla. No sería raro viniendo de ella. Era probable que siguiera sintiéndose culpable. Si él estuviera en su lugar, probablemente se sentiría igual.

—Ve tú primero —le dijo a Sharon—. Necesito otro minuto aquí fuera.

Ella asintió y se desvaneció dentro del compartimento estanco. Él se giró en redondo y recordó cómo se había sentido el día en que aterrizaron en Marte. El panorama era impresionante: un entorno completamente estéril e incluso peligroso para la vida que se extendía hasta el horizonte, y que aún así le resultaba atterradoramente cercano. Y a pesar de todo ya llevaban viviendo allí casi un año. Los humanos habían sido una sorprendente creación por parte de la Madre Tierra.



Sol 318, Base de la NASA

ESTABAN SENTADOS PARA DESAYUNAR. LANCE BOSTEZÓ EXAGERADAMENTE. LA NOCHE HABÍA sido estresante. Para concederle a Sarah una buena noche de descanso, él se había encargado de alimentar a Michael con la leche que se había sacado.

—Acabo de hablar con Ellen —dijo Mike, quien tenía los ojos enrojecidos. Probablemente estaba muy preocupado. Sharon le había contado a Lance un día que Mike y Ellen tenían una relación. La noticia aún no había sido hecha oficial.

Lance se rascó la sien derecha.

—Y, ¿cómo le va? —preguntó Sharon.

—Ya llevan dos días sin noticias de los hombres —dijo Mike—. Aparte de eso, la vida sigue como siempre. Summers les notificó que un transporte llegará a su base dentro de poco para recoger todos los recursos que no van a necesitar durante el mes siguiente.

—Ah, quiere hacer que dependan de Ciudad Marte —dijo Sharon.

—Eso creo —declaró Mike.

—Estás muy callado, Lance —comentó Sharon.

La miró sorprendido. Normalmente no hablaba mucho durante el desayuno. Era demasiado temprano para charlar, y su poder de concentración apenas le bastaba para abrir y cerrar la boca mientras comía.

—No estoy despierto aún.

—¿Le va bien al bebé?

—Sí.

—Por cierto, ¿dónde está Ewa? —preguntó Mike.

—Puede que siga dormida —respondió Sharon.

Lance hizo una pausa. No la había visto desde ayer por la tarde, cuando estuvieron en la superficie. Ella no les había acompañado a cenar. Él supuso que ella había perdido la noción del tiempo mientras reparaba el aire acondicionado. Había decidido ofrecerle su ayuda esa noche, pero entonces Sarah le llevó el bebé.

—Ayer tenía problemas con su aire acondicionado —dijo.

—Eso no puede ser —respondió Mike—. Yo lo habría sabido. Está conectado al sistema de control central.

—Tal vez la malinterpreté —dijo Lance. Pero eso no era cierto. Ella se había expresado con mucha claridad el día anterior junto al rover. Se despertaron sus sospechas. «¿Se trae algo entre manos?», se preguntó. Ella ya había intentado una vez matar a su tripulación. «¿Vuelve a estar manipulada por la IA dentro de su cabeza?»— Tal vez debería ir a ver qué le pasa. Podría estar

enferma.

—Me encargaré yo —se ofreció Sharon—. Después de desayunar.

—Gracias —dijo Mike.

Pasaron el resto de la comida en silencio. «Algo va a pasar hoy», pensó Lance. Su apetito desapareció. Con dificultad, se tragó su última cucharada de muesli y tomó un sorbo de café que sabía a agua sucia. Se les había acabado el café de verdad hacía mucho tiempo. Sarah había tostado una especie de restos de plantas como sustituto. Prefería no saber qué era esa materia vegetal.

Lance dejó su taza de café sobre la mesa. Sentía náuseas. Se puso de pie, tiró el resto del café, y se sirvió agua. El líquido era cristalino y no olía a nada, pero aún no podía evitar pensar que su taza podría contener orina purificada. Así era como funcionaba el sistema de soporte vital de la base, a pesar del hecho de que ahora tenían una fuente de agua externa.

Dejó su taza sobre la mesa.

—Voy a fregar los platos y a ponerme a trabajar en el jardín —dijo. No le importaba cuidar de las plantas. Evitaría que pensara demasiado, que se preguntara cuándo aparecerían los hombres de Summers, o reflexionar sobre lo que Ewa había estado haciendo en la superficie el día anterior.



LANCE SE ARRASTRABA POR LA TIERRA DE RODILLAS, PERO NO LE IMPORTABA. EL TECHO DEL invernadero era bajo, lo cual significaba que no podía ponerse de pie allí. El aire olía a materia fecal. Era húmedo y cálido, justo como le gustaba a las plantas. Aparte de eso, el contenido en dióxido de carbono del aire era cinco veces más alto que en la Tierra, y por eso la presión del aire se mantenía a la mitad de su nivel normal. Nada de eso molestaba a Lance, quien estaba totalmente absorto en su trabajo. Cada una de las lechugas debía ser examinada. ¿Tenían suficiente espacio y fertilizante? ¿Se estaban desarrollando bien, o mostraban signos de una inminente enfermedad?

El ecosistema había sido creado para producir la mayor cantidad de biomasa en el mínimo periodo de tiempo. En el mismo periodo, podía descontrolarse con rapidez. La pura variedad de microflora era significativamente más baja que en la Tierra, donde miles de especies luchaban por la dominación. Tenían relativamente pocas especies allí. O bien habían sido traídas por los humanos sin darse cuenta, o bien habían sido seleccionadas a propósito por los astrobiólogos por su habilidad para promover el crecimiento de las plantas. Por ejemplo, podrían promover el reciclado de las partes muertas de las plantas como nutrientes.

Sin embargo, aún había algunas funciones que los humanos tenían que realizar, incluyendo la polinización. Pero eso no era necesario para las lechugas. Una planta madura estaba creciendo al final del parterre. Ya casi tenía un metro de alto. Sus inflorescencias se polinizaban a sí mismas, y Lance pronto podría recolectar las semillas que necesitarían para la próxima generación de plantas. Muchos pequeños milagros tenían lugar delante de sus ojos. Lance podía entender por qué Sarah se había ofrecido voluntaria para encargarse de todo el trabajo de jardinería.

Avanzó un poco hacia delante. Lo que la tierra no contenía era organismos que la airearan. Y por eso había aceptado el papel de lombriz y estaba removiendo la tierra con un rastrillo. Un buen mantillo era mucho más valioso allí que en la Tierra. La tierra que llevaron era estéril al principio, así que necesitaba preparación. Lance la esparcía por encima del mantillo existente y luego removía el polvo marciano de debajo.

—Lance, ¿puedes oírme?

«¿Qué quiere Mike ahora? Ya me ha interrogado antes sobre el foso».

—¿Qué pasa?

—Creo que tenemos un problema.

—¿Crees?

—Ewa ha desaparecido —dijo Mike—. Sharon fue a verla a su habitación, pero no estaba allí.

—¿Puede que esté en el almacén o en el taller?

—No habría interrumpido tu trabajo si lo estuviera. No está en la base.

—Pero ¿dónde si no podría estar?

—Ni idea. Según el registro del compartimento estanco, nadie ha salido de la base hoy.

—Entonces tiene que estar aquí —dijo Lance.

—O se marchó ayer.

—¿Qué dice al respecto el registro del compartimento estanco?

—Ayer se produjeron varias salidas. Vosotros dos estuvisteis fuera. Lo extraño es que la escotilla se abrió cinco veces para permitir salidas, pero solo cuatro para dejar entrar a la gente.

—Mierda.

—Eso mismo —coincidió Mike—. Ella debe de haber sido la quinta salida. Debió seguirla.

—¿Y ahora qué?

—He enviado a Sharon para que eche un vistazo.

—Buena idea. Tal vez Ewa se quedó dormida en el rover —dijo Lance.

—Puede, pero lo dudo.

—Yo también. ¿Hay algo que pueda hacer?

—No, Lance, sigue haciendo lo que estás haciendo. Te llamaré cuando Sharon nos diga algo.

¿Qué le había pasado a Ewa? ¿Le daba miedo la gente de Summers porque ella se había colado en la Spaceliner y les había robado la taladradora? El administrador había intentado obligarles a que se la entregaran. Probablemente la habría juzgado. Lance daba vueltas al rastrillo entre sus manos. Bajo circunstancias similares a las de Ewa, él también habría elegido huir.

Pero ¿por qué no se lo había contado a nadie? ¿Habrían intentado ayudarla! ¿Le habría preocupado encontrarse con una falta de empatía? ¿O había querido protegerlos? Ella podría haber esperado una reacción diferente. Todos podrían haber huido juntos, los cinco. Habría sido preferible a vivir bajo el dominio del administrador. Lance habría sugerido esa acción bajo circunstancias normales. Pero el bebé ahora cerraba la puerta a esa opción. Nunca podría poner a Michael en peligro, aún cuando eso significara que finalmente tuvieran que enarbolar la bandera blanca.



—LANCE, SHARON ESTÁ FUERA AHORA. VOY A PASARTE A NUESTRO CANAL.

—Gracias, Mike.

—No hay rastro de Ewa aquí arriba —dijo Sharon—. Lo que es más, nuestro rover pesado también ha desaparecido.

—¿Se ha ido en el rover? —preguntó Sarah—. Nunca se me habría ocurrido que hiciera algo así.

—Eso parece —dijo Sharon.

—Pero quitamos el puente ayer. Vi a Ewa más o menos a esa hora —dijo Lance.

—Espera un segundo —pidió Sharon.

Todo lo que pudieron oír por un momento fue el sonido de su respiración.

—Ahora estoy en el foso al final del puente —dijo Sharon—. El anterior puente —se corrigió.

—¿Y? —dijo Mike.

—Ewa debe de estar loca. Al parecer condujo el rover bajando por la pared perpendicular.

—¿Lo ha estrellado? —preguntó Mike.

—Lo sorprendente es que no —declaró Sharon—. El terreno del fondo parece removido, y creo que puedo ver un trozo de metal, pero el rover debe haber sobrevivido a la caída.

Lance recordó la historia de Ewa de cuando robó la grúa de la Spaceliner. Simplemente había conducido derecha hacia abajo, hacia el suelo.

—Eso sería típico de ella —dijo—. Está loca.

—O simplemente es resolutiva —ofreció Sarah—, cuando se le mete algo en la cabeza. Pero ¿qué quiere hacer ahí fuera? Tenemos que intentar contactar con ella por radio.

—Ya lo he hecho —dijo Mike—. No hay respuesta.

—¿Podría esto tener que ver con el *software* que tiene dentro de la cabeza? —preguntó Sharon.

—Es difícil saberlo. No creo —dijo Mike—. Es solo como es ella. Nadie tendría que obligarla a hacer algo así. Pensad en el agujero que abrió en la montaña al hacer que la taladradora volcara.

Lance lo recordaba demasiado bien. Uno de los drones que Mike había enviado a la zona había filmado a Ewa haciéndolo.

—Tengo una idea —dijo.

—Suéltala —exigió Sharon.

—¿No podríamos usar uno de nuestros drones para buscarla?

—Podría enviarlo —dijo Mike—. Si tenemos suerte, habrá dejado un rastro tras ella en el polvoriento terreno. Sin embargo, el rango de frecuencia del dron es limitado. En realidad necesitaríamos salir ahí fuera nosotros mismos. ¿Quieres sacar el rover descubierto y estrellarlo por la pendiente del foso?

—No, gracias —exclamó Lance.

—Gracias, Sharon. Puedes volver a entrar —dijo Mike—. Por cierto, he estado repasando nuestro inventario.

—¿Y? —preguntó Sarah.

—Si tenemos en cuenta la cantidad de provisiones que se ha llevado, debe estar planeando pasar el resto de su vida ahí fuera. Podría vivir bien durante los próximos seis meses con la cantidad de comida, oxígeno, y agua que se ha llevado.

—Genial —ironizó Lance.

—Pero ¿cómo consiguió hacerlo sin que nos diéramos cuenta? —preguntó Sharon.

—¿Estabais prestando atención a lo que hacía durante el día? Porque yo no —reconoció Lance.

—¿Crees que ha preparado todo esto bajo nuestras propias narices?

—Sí, Sharon —dijo Mike—. Eso es exactamente lo que parece. Ni siquiera intentó ocultar su incursión en nuestras provisiones.

—Porque confiábamos en ella —declaró Sarah.

—Exacto —dijo Mike—. Y aún no estoy seguro de que nuestra decisión de confiar en ella fuera increíblemente estúpida o sorprendentemente inteligente.



CINCO PASOS A LA IZQUIERDA, GIRARSE DESPACIO, CINCO PASOS A LA DERECHA. LANCE observaba el rostro de Michael. Los ojos del bebé parecían estar cerrándose, pero aún no podía dejar de pasearse. Se giró despacio hacia la izquierda y caminó tanto como le permitió la cabina. Llegar al final y luego cinco pasos de vuelta. Michael respiraba de un modo calmado y regular. Se le abrían un poco las fosas nasales al exhalar. ¡Era tan bonito! Quería darle un achuchón, pero eso lo despertaría. Lance tenía que continuar caminando. Su hijo dormía más profundamente cuando lo cogía en brazos y caminaba por la habitación. Si Lance se detuviera más de treinta segundos, Michael abriría primero los ojos, y luego la boca... casi siempre para empezar a llorar.

Un timbrazo perturbó el silencio. Era el puente. «¡Mierda! Michael se despertará». ¡Le había dicho a Mike que no le molestara!

Como era de esperar, se trataba de Mike.

—Lance, ¿puedes oírme?

—Tío, le has despertado. —Lance miró a Michael. Su hijo estaba dormido, por muy increíble que pareciera. Para asegurarse, siguió paseándose.

—Lo siento, pero uno de los drones ha detectado movimiento. Vienen desde el norte.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Llegarán aquí dentro de dos horas.

—De acuerdo. Intentaré acostar a Michael.

—Te veo en un minuto —dijo Mike.

Lance bajó la vista hacia su hijo. Michael seguía dormido. Increíble. Con suerte, lo dejaría en su cuna sin despertarlo. Eso no sería fácil. Lance se acercó a la cuna que estaba a los pies de la cama. Se inclinó con cuidado y contuvo el aliento mientras soltaba a Michael. El bebé movió sus brazos un poco y luego sus piernas se sacudieron.

«No, por favor...», rogó.

El bebé abrió los ojos despacio. Eran oscuros, profundos, y brillantes. Lance se sintió cautivado. Michael lo miró, abrió la boca y comenzó a llorar.

Lance soltó un suspiro. Aquello no iba a funcionar.

Sarah estaba en el jardín, y ni Sharon ni Mike querían cuidar de un bebé con el enemigo a punto de llegar a su base. Tendría que llevarse a su hijo con él. Lance levantó a Michael hasta su pecho para acunarlo con un brazo, y salió de la habitación. Michael se calmó de inmediato mientras se dirigían al puente.



SUS TRES COMPAÑEROS DE TRIPULACIÓN ESTABAN REUNIDOS ALREDEDOR DE LA PANTALLA CUANDO Lance entró en el puente. Sarah había llegado con rapidez desde el jardín. Ella lo miró y le hizo gestos para que se uniera a ellos. El monitor mostraba tres rovers cerrados más un vehículo oruga, todos conduciendo en fila a través del desierto de Marte, separados ligeramente para evitar la nube de polvo que cada uno soltaba. La imagen temblaba un poco.

Lance adivinó que estaba filmando la escena desde una altura de unos cincuenta metros.

—¿Con qué rapidez se desplazan? —preguntó.

—Según nuestros cálculos, el rover puede cubrir unos veinte kilómetros por hora, pero el vehículo oruga no es tan rápido y está ralentizando a toda la columna —explicó Mike—. El dron los está siguiendo. Están a unos veintiocho kilómetros de distancia.

—Aún les quedan dos horas —estimó Lance.

—Sí —concedió Mike.

—No se han traído una grúa —dijo Sharon—. ¿Creéis que el vehículo oruga supone una amenaza para nosotros?

Lance lo estudió. Era significativamente más lento que los rovers cubiertos y parecía estar optimizado para el transporte de carga a través de terrenos irregulares. Era de suponer que podía escalar colinas, pero era obvio que una pared de noventa grados sería demasiado para él.

—No creo que pudiera salir de nuestro foso.

—Estoy de acuerdo —contestó Mike.

—Vale, expertos, entonces sentémonos a esperar y ver qué hacen —dijo Sarah—. ¿Cuántos pensáis que han enviado?

—¿Cinco hombres por vehículo? —respondió Mike.

—Solo enviaron diez para atacar la base de MpT, pero si tienes razón, eso significa que nos superarán cinco a uno —opinó Sharon.

—Está claro que nos consideran más peligrosos porque somos profesionales —dijo Mike.

—¿Somos profesionales? —Rio Sharon—. La NASA ni siquiera nos proporcionó una sola arma.

—Bajo circunstancias normales, habríamos vuelto a casa hace mucho —dijo Mike.

—Y, ¿qué pasará si llegan a nuestro lado del foso? —preguntó Sarah.

—Si siguen el patrón que establecieron en la base de MpT, nos llevarán a Lance y a mí como garantía —respondió Mike.

—¿En serio? —preguntó Sharon.

—Por supuesto. Descubrirán que tenemos una fuente de agua, y eso solo hace que nuestra base les resulte inestimable. Nuestras instalaciones necesitarán mantenimiento, lo cual significa que tendrán que dejar a alguien aquí —dijo Mike.



SIGUIERON EL PROGRESO DEL CONVOY EN LA PANTALLA DURANTE UNOS MINUTOS. Y LUEGO LES resultó aburrido. Lance se sentía frustrado. No podían hacer nada. El foso, su versión de los muros de una ciudad, eran su única defensa además de las minas. Pero ¿era seguro? Lance sacudió la cabeza. La pared de hielo aguantaría contra un transeúnte despistado que se topara con ellos, pero no contra veinte asaltantes que estaban decididos a derrotarlos. Ni siquiera necesitarían una grúa.



—¿IZQUIERDA O DERECHA? —PREGUNTÓ SARAH.

—Derecha —respondió Lance. Le dio un golpecito en el brazo derecho.

Aún no habían llegado a ningún acuerdo sobre quién cuidaría de Michael cuando llegara el enemigo, así que lo echaron a suertes. Sarah tenía sus manos bien cerradas tras su espalda. Sacó su brazo derecho hacia delante despacio y abrió la mano: vacía. Lance dio un zapatazo de frustración. ¿Se suponía que debía mirar desde el interior mientras los demás defendían la base?

—Enséñame la otra mano.

Sarah abrió la mano izquierda. Allí estaba la horquilla del pelo.

—Lo siento —dijo Sarah—. Cuida bien de Michael por mí.

—Y tú ten cuidado. Michael no debería tener que crecer sin su madre.

—No te preocupes por eso. Quiero verlo crecer. —Sarah se puso de puntillas y lo besó—. No me arriesgaré innecesariamente.

—Buaaa, buaaa.

Otra vez, ese sonido inconfundible. Michael necesitaba a sus padres cerca. Lance acarició con suavidad la mejilla derecha de Sarah con sus dedos antes de girarse en redondo y entrar en sus aposentos, donde Michael acababa de despertarse.



—SHHHH-SHHHH-SHHHH —DIJO LANCE CON SUAVIDAD ANTES DE EMPEZAR A TARAREAR UNA vieja melodía, cuya letra ya no conseguía recordar, mientras mecía a Michael en brazos.

Estaba sentado frente a la gran pantalla. Su hijo y él eran las únicas personas que seguían dentro del búnker subterráneo al que llamaban su base con orgullo. Mike, Sharon, y Sarah estaban planeando defender el perímetro exterior. Lance quería unirse a ellos, y hasta el último segundo había intentado convencer, primero a Sharon y luego a Mike, para que se quedaran cuidando de su hijo.

Los vehículos de los atacantes no estaban a más de un kilómetro de distancia. Nadie había intentado contactar con ellos aún. La tripulación de la NASA había mantenido de igual modo silencio de radio. Mike había traído de vuelta los tres drones, los cuales estaban patrullando ahora el perímetro de la base.

Lance continuaba pasando de un vídeo a otro de los que mostraban los drones hasta que encontró uno que mostraba a sus colegas. Amplió la imagen. Tenía que ser Sharon o Sarah. Con sus trajes amplificadas que Ewa había robado de la nave de aprovisionamiento Spaceliner, probablemente sería difícil distinguirlos de sus enemigos. Sin embargo, los trajes se ajustaban lo suficiente como para ver con facilidad la diferencia entre hombres y mujeres. Ahora se estaba acercando un hombre. Tenía que ser Mike, y luego otra mujer apareció en la toma. Era algo más alta que la primera figura, así que tenía que ser Sharon. Los tres se sentaron sobre la superficie de Marte. Bien. De ese modo conservarían las fuerzas.

Pasó al vídeo de otro de los drones. Parecía haberse centrado en el vehículo líder de sus enemigos y lo estaba siguiendo. Desde su perspectiva, la base parecía estar muy cerca.

—Mike, están aquí —advirtió Lance.

Vio cómo sus tres colegas se ponían de pie. El vídeo del dron mostraba cómo los dos vehículos en la retaguardia se estaban desplegando en abanico desde el convoy.

—La columna se está separando —dijo Lance.

—¿Cómo exactamente? —preguntó Mike.

—Espera un momento.

Los dos rovers al frente estaban dirigiéndose directamente hacia la base, mientras que el otro rover y el vehículo oruga estaban ahora desviándose hacia la izquierda.

—Dos vienen desde el norte, y los otros dos llegarán a la base desde el noreste —informó.

—Gracias.

Los tres defensores conferenciaron brevemente y luego Mike se dirigió hacia el noreste, mientras que Sharon y Sarah se dirigían al norte. Mientras tanto, Lance iba cambiando vídeos de un dron al otro. Se detuvo por miedo. Los dos rovers que venían desde el norte debían haberse separado. El vídeo del dron correspondiente solo mostraba un vehículo.

—¡Cuidado! Ahora parece que alguien viene desde el oeste —advirtió a sus compañeros de la NASA.

Una forma femenina atravesó corriendo la imagen. No pudo ver quién era. Sarah y Sharon se habían separado con toda probabilidad, y una de ellas iba a encargarse del vehículo del oeste. El enemigo sabía que superaban en número al grupo de la NASA. Era una táctica inteligente dividir sus limitadas fuerzas. Si el enemigo se diera cuenta de que solo había tres defensores en la superficie, la fuerza de asalto de Spaceliner ganaría.

Lance buscó un dron que tuviera una visión de la zona al este. Tenía razón. El vehículo oruga y el rover se habían dividido allí. El rover ahora conducía alrededor de la base hacia el sur.

—Chicos, tengo malas noticias. También se aproximan desde el sur —dijo Lance por la radio del casco.

—Lidiaremos con ello —respondió Mike.

Pero ¿cómo iba a funcionar eso? Lance consideró dejar a Michael atrás, llorando. Si se metiera en su traje espacial, podría estar fuera en cinco minutos. Miró a su hijo, quien le devolvió la mirada. Se comunicaron sin decir palabra. «No, Michael, no te dejaré solo aquí abajo».

—¡Cuidado! ¡Algo está pasando en el borde norte! —gritó por radio.

La imagen de la cámara del dron mostraba a tres hombres subidos al techo de su rover. Estaban trepando a los hombros de los otros. De repente, un hombre apareció por encima de ellos. Tenía que ser Mike. Empujó a la persona que estaba arriba de la torre y la formación se desmoronó.

—Sarah, Sharon, también están trepando por la pared donde vosotras estáis —avisó Lance.

—Estoy en ello —respondió Sarah.

Lance abrió el vídeo del dron al este, y una mujer con una larga vara apareció en pantalla. Parecía un caballero moderno, y estaba en proceso de derribar otra torre humana.

—En la diana —dijo Lance.

Uno de los atacantes cayó al suelo, una caída de tres metros. Sin embargo, era menos peligroso de lo que parecía gracias al bajo tirón gravitacional de Marte. El hombre se levantó y se limpió el polvo de su traje espacial, luego volvió a subir al techo del vehículo oruga para unirse a sus colegas. Se tomó su tiempo para hacerlo. Los atacantes no parecían tener mucha prisa. Era probable que supieran que, con el tiempo, ellos tendrían ventaja. O sabían que solo se estaban enfrentando a tres defensores. Pero eso significaría que alguien de MpT les habría dado esa información. Lance no podía imaginar que eso fuera cierto.

—Sharon, ¿cómo van las cosas por ahí? —preguntó.

—Acabo de tener un pequeño altercado con alguien —respondió. Respiraba con dificultad—. Pero el tío está ahora donde le corresponde.

—¿Cómo van equipados?

—Parecen desarmados —dijo Sharon—. Summers debe querernos vivos.

—Menos mal —susurró Lance.

—La mayoría lleva trajes espaciales normales, no los modelos especiales que Ewa nos trajo —dijo Sharon.

—Bien —dijo Lance—, entonces eso equilibrará las fuerzas de algún modo. —No obstante, tenía un mal presentimiento que no se iba. «¡El rover que iba hacia el sur!». Por desgracia, solo tenían tres drones.

Un golpe amortiguado resonó por toda la base. Alguien estaba aporreando con fuerza la puerta externa del compartimento estanco. Michael se despertó y empezó a llorar. ¡Ahora habían despertado a su hijo! Era extraño lo que irritaba a Lance estos días. No era el hecho de que unos extraños quisieran entrar en su base, sino el hecho de que ahora habían interrumpido el sueño de Michael.

—Aquí el equipo de seguridad de Ciudad Marte —oyó que anunciaban. Los atacantes parecían tener una especie de megáfono. Tenía que ser increíblemente potente si tenemos en cuenta que podía oírse desde allí abajo—. Tenemos derecho a acceder a vuestra base porque habéis dado alojamiento a una criminal. Abran el compartimento estanco de inmediato o nos veremos obligados a destruirlo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Lance. Si hacían efectiva esa amenaza y destruían el compartimento estanco, el aire respirable de la base sería liberado. Él podía protegerse dentro de su traje espacial, pero no habría modo de salvar a Michael. ¡Esos cerdos estaban dispuestos a matar a su hijo! Y lo peor era que el único modo de salvar a Michael era rendirse.

—Sarah, Sharon, Mike, ¿podéis oírme? —dijo por radio—. Tengo que abrir el compartimento estanco. Están amenazando con dejarnos sin aire aquí abajo. Lo siento.

—Entendido —respondió Mike—. Está claro que no tienes elección. Nosotros también nos rendiremos.

Lance sujetó a su hijo con más firmeza, se puso de pie, y se encaminó hacia el compartimento estanco. Abrió la escotilla externa con el panel de control. El enemigo podía entrar en la base ahora, aunque de uno en uno. Consideró por un segundo si no debería tal vez golpear en la cabeza a quien abriera la puerta interna. Se lo merecían. Pero no serían tan estúpidos. Si los primeros intrusos dejaban de comunicarse, destruirían el compartimento estanco de todos modos. Entonces Michael se ahogaría con gran dolor. No, no podía hacer eso.

Se retiró del compartimento estanco y oyó un estruendo en la cámara cerrada. Lance se sentó a la mesa con su hijo aún presionado contra su pecho. Michael estaba despierto pero callado. De algún modo debía presentir lo peligrosa que era la situación.

La luz en el interior de la puerta del compartimento estanco cambió de roja a verde. La puerta se abrió con un siseo. Un hombre con un traje espacial especial entró en el puente. Miró a su alrededor, asintió, y se quitó el casco.

—Hola, señor Leber. Soy Rick Summers, Administrador de Ciudad Marte. Me alegra que haya elegido la opción sensata y nos haya invitado a entrar.

Debería haberle aplastado la cabeza. Muchos se lo habrían agradecido de haberlo hecho.

Michael comenzó a llorar de nuevo mientras su padre hacía una mueca de desesperación.



del puente y observaban la escena. Summers había pedido, u ordenado, que los cuatro astronautas de la NASA tomaran asiento alrededor de la mesa. Sarah tenía a Michael en brazos. El administrador sacó una *tablet* de su bolsillo.

—Solo para que vean que todo está en orden —dijo—, aquí tengo una orden de arresto contra ustedes. Se les acusa de entorpecer el desarrollo de la justicia, así como de ayudar a cometer y condonar varios actos criminales. —Pasó el dedo por varios documentos—. Esta es la orden de registro. No queremos que nadie esté en posición de acusarnos de actuar de un modo arbitrario —dijo Summers, quien daba repetidos golpecitos en la pantalla.

—Este asunto parece ser muy importante para usted si ha recorrido todo este camino para venir en persona —comentó Mike.

—Pues sí. Creo que es crucial que se mantengan la ley y el orden.

—Ya —dijo Sharon.

—También tengo autoridad para rescindir la orden de arresto, al menos hasta cierto punto, si nos ayudan en nuestra búsqueda de la culpable.

—¿Hasta cierto punto?

—Es muy sencillo —declaró Summers—. Quien nos ayudé continuará siendo una persona libre. Solo díganos lo que saben. Mi oferta va para la primera persona que confiese.

—Divide y vencerás —intervino Lance.

—Yo no lo veo así. Es una oferta, una recompensa por cooperar. Al final encontraremos a la culpable de un modo u otro, pero esto aceleraría el proceso. Ahorraríamos recursos y ustedes se beneficiarían como resultado.

—Eso es muy generoso, Administrador —pronunció el título con retintín. Lance intentó imprimir en su tono todo el asco que sentía en presencia de Summers. El rostro del hombre confirmó que había dado en el blanco.

—Les aconsejo que no pongan a prueba nuestra paciencia —dijo Summers con tono desabrido.

—Perdone —se disculpó Lance arrastrando las sílabas.

—Señor Summers, de verdad que nos gustaría ayudarle —interrumpió Mike con dulzura—, pero no tenemos ni idea de dónde se encuentra ahora mismo la persona a la que está buscando.

—Removeremos cielo y tierra —amenazó Summers.

—Haga lo que tenga que hacer, Administrador —respondió Mike—. Pero seré franco con usted. No encontrará a la señora Kowalska. Se fue y desapareció, sin más. No nos dijo ni media palabra.

Summers no parecía convencido, pero tampoco envió a sus dos guardias armados a registrar la base. Parecía estar sopesando sus opciones, pero entonces se le iluminó el rostro.

—¿Sería tan amable de enseñarme su habitación? —preguntó con amabilidad.

—Claro —respondió Mike—. Lance, por favor, ¿puedes acompañar al administrador hasta la habitación de Ewa? No me gustaría que se perdiera.

¡Y ahora se suponía que tenía que enseñarle la base a ese cabrón! ¿En qué estaba pensando Mike? O, ¿era una orden para romperle todos los huesos del cuerpo mientras estaban en la habitación de Ewa? A Lance le gustaba la idea aún cuando no era violento. Pero ¿cómo reaccionarían los dos guardias a tal acto? Tenía que pensar en Michael.

Lance se levantó.

—Sígueme.

De ninguna manera iba a intentar ser un poco amable. Rick Summers se giró hacia él y asintió con una sonrisa. ¡Todo lo que le faltaba era entrelazar su brazo con el de Lance! Antes de

que se le ocurriera tal idea a Summers, Lance se puso en marcha. La habitación de Ewa estaba en la parte más nueva de la base. Debería tener el mismo aspecto que cuando ella la abandonó.

Lance abrió la puerta y guio el camino hacia el interior. Oía un poco a cerrado. Era evidente que no se había removido el aire dentro durante los últimos dos días. Ewa había hecho su cama con meticulosidad y la habitación se veía ordenada.

Summers recorrió el reducido espacio. Apartó la cortina que tapaba el improvisado armario. Varias prendas estaban colgadas en una barra. Repasó cada una de ellas. ¿Estaba esperando encontrar la ropa interior de Ewa? Era probable que el tipejo no tuviera ni idea de lo básica que es la ropa interior de un astronauta.

Summers se giró en redondo y caminó hacia Lance. Junto a la cama, se arrodilló de repente y miró debajo.

—Maldita sea, ya la ha encontrado —dijo Lance.

El administrador no reaccionó. Volvió a levantarse y se limpió suciedad imaginaria de las rodillas.

—¿Se ha llevado algo que no le perteneciera? —preguntó.

Lance negó con la cabeza. Ewa había “tomado prestado” el rover cubierto, pero eso no era de la incumbencia de este tipo.

—Simplemente lo pregunto porque eso los convertiría en sus víctimas. Podrían unirse al inminente juicio como acusación conjunta.

—Pensaba que ya la habían sentenciado.

—No, el juicio sigue en curso.

—Pero la ha llamado culpable.

—Por favor, discúlpeme, señor Leber. Tiene razón. Por supuesto, Ewa Kowalska es solo una *supuesta* culpable hasta que el juicio haya concluido. Todo el procedimiento sigue lo dictaminado por la ley en lo que respecta a nosotros. Honramos el estado de ley, y el juez es imparcial e independiente.

—Naturalmente —dijo Lance.

—Sí. Y es por eso por lo que no puedo simplemente rescindir las órdenes de arresto y dejarlos tranquilos.

—Por supuesto que no puede hacer eso.

—A menos que me cuente más sobre Ewa. Solo estamos nosotros dos aquí. ¿De verdad quiere continuar afirmando que ella simplemente se marchó con su traje espacial?

Aquel hombre intentaba sobornarlo. ¡A él! ¡A Lance Leber!

—Sí, ese parece ser su *modus operandi*. Estoy seguro de que ha visto los registros de la Spaceliner de cuando se coló allí. Allí también apareció tan solo con su traje espacial.

—Eso es... cierto —concedió Summers.

—¿Lo ve?

—Señor Leber, tiene un hijo pequeño. ¿Quiere que crezca sin su padre? Aunque quisiéramos, no podríamos llevarlo con nosotros, o ¿acaso tienen un traje espacial para bebés? Y tengo que llevar a cabo las órdenes de arresto. Lo siento muchísimo.

Lance se metió las manos en los bolsillos para evitar darle una paliza. ¿Le estaba amenazando de verdad con dejar a Michael allí solo? Eso sería una sentencia de muerte.

—Me está mirando como si pensara que voy a abandonar a su hijo aquí en esta estación. Esa no es mi intención. Por razones humanitarias, he rescindido la orden de arresto contra su madre. Estará cuidado. ¿Cómo se llama?

—Michael.

—Bien. Michael crecerá aquí. En algún momento será lo bastante grande como para vestir un traje espacial y así poder visitarlo en la prisión de Ciudad Marte.

—Usted... —Lance se mordió la lengua.

—A menos que tenga algo que contarme sobre Ewa que yo ya no sepa.

Lance negó con la cabeza. Se negaba a ser un traidor.

—Comprendido —dijo Summers—. Lo quiere así. He hecho todo lo posible.

Lance no respondió.



TREINTA MINUTOS MÁS TARDE, SE ESTABAN DESPIDIENDO. ERA OBVIO QUE SUMMERS TENÍA mucha prisa por regresar a su asentamiento. «Tal vez tenga miedo de que haya una rebelión durante su ausencia», pensó Lance. Aún no podía creer lo que estaba sucediendo ahora. Este administrador le estaba obligando a dejar a su hijo, quien solo tenía tres días. Sabía que Sarah cuidaría bien de Michael, pero ahora ella y Sharon eran las únicas en la base, y estarían a varios días de distancia de cualquier ayuda posible. Si no pasaba nada, las dos mujeres estarían solas. Y probablemente él no sabría nada sobre ellas, ya que se vería limitado a cualquier canal de comunicación que Summers pusiera a su disposición.

—Estaré en contacto tan pronto como sea posible —dijo. Rodeó con sus brazos a Sarah, quien tenía a Michael en brazos.

—Que tengáis buen viaje. No hagas nada estúpido —le insistió.

Se besaron.

Lance se giró para que nadie pudiera ver las lágrimas en sus ojos.

—Cuidaos —dijo Sharon, quien se había materializado de pronto frente a él. Ella extendió su mano—. Volveréis pronto —declaró.

—Volveremos pronto —repitió Mike.

El joven comandante abrazó a Sarah y a Sharon, selló su traje espacial, y se dirigió al compartimento estanco. Uno de los guardias armados siguió a Mike y entonces le llegó el turno a Lance. Tan pronto como aseguró su casco y ya no pudo ver nada más de su entorno, dejó que las lágrimas fluyeran. En la puerta del compartimento estanco, miró hacia atrás y saludó con la mano. Michael le devolvió el saludo, o al menos se imaginó que lo hacía. Entró en el compartimento estanco y cerró la puerta tras él.



Sol 320, Superficie de Marte

EWA SE SENTÍA CULPABLE. SEGUÍA SENTADA FRENTE A LA RADIO, PENSANDO SOBRE SI DEBERÍA contactar con la base de la NASA. ¿No tenían Mike y los demás derecho a saber lo que la había motivado a huir? Porque eso era lo que había hecho: huir en secreto, al alba, tras pasar días cargando el rover con los recursos que serían esenciales para sobrevivir ahí fuera tanto como le fuera posible.

Si pulsara el botón de retransmisión y lo explicara todo, se sentiría mejor. ¿O no? Viernes le había aconsejado que no lo hiciera. En su opinión, ella solo sería una carga para la tripulación de la NASA. Si no sabían nada sobre su marcha, tampoco serían susceptibles al chantaje. Ewa no estaba segura. Le había cogido cariño a los cuatro, y ahora también estaba el bebé, quien necesitaba protección especial. Se había persuadido de que Michael era la verdadera razón por la que se había adentrado en lo desconocido. Había que detener al administrador. Pero este estaba tan sólidamente sentado sobre su trono que solo sería posible hacerlo con medidas extraordinarias.

Ella esperaba poder encontrar esas medidas ahí fuera, pero no había llegado muy lejos durante los pasados dos días marcianos. Solo había llegado a la montaña que había crecido de improviso en el desierto unos meses atrás, y que luego había amenazado su existencia. Su loco plan consistía en reactivar de algún modo la montaña y poder tenerla bajo su control. «¿Qué podía salir mal?», se preguntaba. En su última visita, había destruido supuestamente el ordenador de navegación, pero podría haber un sistema de apoyo. O tal vez Viernes, la IA que alguien había instalado dentro de su cerebro sin su permiso, pudiera encontrar un modo de dominar la máquina gigante.

Viernes había intentado convencerla de lo contrario. Por desgracia, él había desarrollado sus argumentos con torpeza y básicamente terminó confirmando cada una de sus suposiciones. Sí, en teoría, el monstruo debería poder ser dirigido externamente. Y no, algo que había resistido millones de años bajo el hielo y la roca claro que no quedaría destruido por completo por un cortocircuito eléctrico. Su único contraargumento válido había sido que no podían acceder al monstruo.

El interior de la montaña, donde estaba situado el sistema de control, había quedado enterrado bajo metros de roca desde que desactivaron la máquina. La montaña tendría que volver a emerger de la superficie para dejarles entrar, pero eso no sucedería hasta que lo reiniciaran. Y para hacerlo necesitaban acceder al interior.

—El tiempo lo dirá —había declarado Ewa. Señaló a los explosivos que había robado del almacén de la base de la NASA.

Por algún motivo, la destrucción parecía estar en su sangre. En realidad no lo entendía. ¿Era alguna especie de tendencia mefistofeliana? ¿Se veía motivada a destruir cosas para crear algo nuevo? Tal vez eso fuera solo una excusa para su verdadero problema: su estupidez. Si fuera más inteligente, probablemente no tendría que resolver cada problema con explosiones y destrucción.

Por desgracia, el momento de claridad que se le había prometido estaba tardando lo suyo. Habían rodeado el perímetro de la montaña múltiples veces el día anterior. Era una distancia de unos diez kilómetros. De inicio habían recorrido la extensión con el rover, y luego Ewa se había bajado y se había ido andando. Había sido un paseo agradable pero, a excepción de recuerdos que se despertaban, el ejercicio fue infructuoso.

Revivió el pasado reciente cuando se topó con los restos de la taladradora. Habían necesitado la mayor parte del material para la reconstrucción del taladro, pero algunas piezas estaban por allí tiradas, como la sierra de arco que había usado para cortar la cadena que aseguraba la cabeza del taladro. Consideró brevemente llevarse la sierra con ella, pero entonces examinó la hoja más de cerca. Estaba completamente desgastada. La sierra era chatarra.

«Y ahora, ¿qué?», repitió la pregunta en voz alta con la esperanza de que Viernes interviniera.

Él obedeció. “Estamos jodidos”, dijo a través de la boca de Ewa.

Ella tenía que admitir que había echado de menos esas conversaciones. Las había evitado en la base de la NASA. Habría resultado demasiado extraño que se hubiera paseado por allí hablando sola.

—Tendrás que ser un topo —ofreció ella.

“¿Qué es un topo?”, inquirió.

—¿No sabes lo que es un topo?

“Por el modo en que lo estás usando, lo clasificaría como un miembro de la raza humana”.

—No. En realidad es un animal que cava enormes túneles. Estos pueden extenderse de trescientos a quinientos metros de longitud.

“Eso sería lo bastante largo”, dijo Viernes con su voz. “Solo necesitaríamos cincuenta metros para entrar”.

—El punto de entrada por el que nos arrastramos parecía más largo.

“Sí, pero esa no puede ser la única entrada”.

—No importa. No podemos cavar un pasadizo de cincuenta metros de largo de todos modos —dijo Ewa mientras se encogía de hombros.

“Y sin embargo, el cascarón está hecho de nada”.

—¿De qué hablas? —preguntó.

“La distancia entre los átomos es enorme. O al menos lo es entre el núcleo de un átomo y su llamado cascarón. Si pudieras aumentar el núcleo de un átomo de hidrógeno hasta tener el tamaño de una cabeza de alfiler, un electrón que midiera la diezmillonésima parte de un milímetro podría recorrer una distancia de cincuenta metros desde tu cabeza de alfiler a través del espacio vacío”.

—Eso es una locura. Todo el universo se compone de espacio vacío.

Ewa sentía que se había encontrado con esa comparación en alguna otra parte. Por desgracia, el cascarón de la montaña no parecía estar compuesto de una nada vacía. Todo lo contrario.

—Este concepto no nos ayuda —dijo ella—. En nuestro mundo, lo que tenemos es un obstáculo bastante sólido.

“Tal vez podamos cambiar nuestro mundo”, sugirió Viernes.

—¿Perdiendo peso? O, ¿cómo si no se supone que voy a caer por ahí?

“No. Tal vez no tengamos que entrar personalmente en la máquina”.

—¿Entonces?

“Podría comunicarme con el ordenador de la montaña”.

—¿Cómo?

“Necesitamos insertar un cable muy delgado en el interior, en el punto donde se localizan los sistemas informáticos de la máquina”.

—Te acuerdas de lo lejos que tuvimos que llegar para alcanzar ese punto, ¿verdad?

“Sí, Ewa. Incluso guie tu cuerpo en el camino de vuelta a la salida, pero eso no importa”.

—¿No importa?

“¿Recuerdas la cámara en la que encontramos ese extraño ordenador?”

—Por supuesto.

“¿Qué vimos en el techo?”

—El mundo exterior. —Ewa se dio cuenta entonces de lo que Viernes quería decir—. Crees que, en ese lugar, estaremos bastante cerca de la superficie.

“Casi seguro. La máquina podía hacer que su piel externa se volviera transparente bajo radiación electromagnética. Pudimos establecer contacto por radio con los de la NASA. Hay muchas cosas de las que creo los creadores de la máquina fueron capaces, pero no hay forma de que pudieran haberlo conseguido a través de cincuenta metros de tierra y arena”.

—¿Y si lo hicieron? —preguntó. Ewa tenía la boca seca. Había pasado una eternidad desde que hubiera hablado tanto sin descanso. Le dio un sorbo al agua de su botella.

“Entonces estoy equivocado y volvemos a la casilla de salida”, respondió Viernes.

—En otras palabras, necesitamos buscar el punto bajo el cual la cámara está oculta.

“Exacto”.

—Y, ¿cómo quieres proceder, Viernes?

“Aún no lo sé. Estoy pensando que deberíamos usar un cable muy delgado”.

—¿Cómo íbamos a procurarlo?

“Sugiero que resolvamos los problemas de uno en uno. Primero, busquemos la entrada a la cámara”.

—De acuerdo —dijo Ewa—. En el peor de los casos, siempre podemos hacer un agujero en la cámara. —Se rio. No, era Viernes quien se estaba riendo. Eso era algo nuevo. La IA nunca se había reído a través de ella. Le resultaba raro. Cada vez que Viernes usaba su voz para hablar, lo que ella oía sonaba a las palabras de un extraño. Pero cuando se reía con su risa, su emoción era... contagiosa. Debía tener cuidado.

“Un agujero en el techo”, dijo Viernes. “Eso te gustaría”.

Ewa lo consideró. Sí, le gustaría. Le resultaría divertido. Era probable que no estuviera mentalmente estable. O, ¿era normal disfrutar haciendo explotar cosas?

—Y, ¿cuándo deberíamos empezar a cazar? —preguntó Ewa.

“La cámara debería estar cerca de la cima. No podremos llegar a ella con el rover”.

—Si lo recuerdo bien, es una buena escalada —dijo.

“Deberíamos planearlo todo para que no tengamos que regresar en la oscuridad. Sería una desgracia para mí que te cayeras”, dijo Viernes.

—Para mí también.

“Y por eso sería mejor que partiéramos mañana temprano. Entonces tendremos todo el día por delante”.

—Claro. Y ahora déjame un rato a solas con mis pensamientos —dijo Ewa.

“Por supuesto”.

Su boca volvía a pertenecerle una vez más. Ewa dio otro sorbo al agua antes de ponerse de pie y comenzar el camino de vuelta a la cabina. De verdad que quería saber cómo le iban las cosas a sus amigos en la base de la NASA. ¿Debería arriesgarse a llamarlos? Pero si los otros estuvieran escuchando el mismo canal de radio, podría revelar su localización. Sin embargo, el rango de radio era limitado. Ahora necesitaba un poco de paz y tranquilidad para averiguar cómo hacer que el ancestral aparato dentro de la montaña funcionase.

Algo golpeó la ventana de la cabina. Ewa levantó la mirada y reconoció un dron. Debía proceder de la base de la NASA. Tal vez le hubiera traído un mensaje. Se puso el traje espacial. El rover no tenía compartimento estanco, así que Ewa liberó el aire respirable y salió por la escotilla.

El dron estaba posado junto a uno de los neumáticos. Parecía triste, como un pájaro al que se le ha roto una de sus alas. Lo recogió y lo llevó dentro del rover.



Sol 321, Base de MpT

LA BASE SE HABÍA QUEDADO EN SILENCIO. ANTES DEL ATAQUE, LA VIDA DENTRO DE LOS ESPACIOS de Marte para Todos le había parecido a menudo exigente a Rebecca. Seis hombres y ocho mujeres atrapados en unos ciento veinte metros cuadrados de espacio para vivir, sin incluir los almacenes y los despachos. Los conflictos habían estado a la orden del día.

Ahora echaba de menos ese tumulto, por lo mucho que echaba de menos a Theo. Se había convencido de que tales altercados diarios la habrían ayudado a evitar que sus pensamientos volaran constantemente hacia él.

Aún quedaban nueve personas allí: ocho mujeres y un hombre.

Al hombre, Walter Richardson, lo habían dejado atrás en el último segundo los matones del administrador. Probablemente habían sabido por su archivo personal —habían requisado todos los archivos— que Walter sufría una forma de cáncer que avanzaba muy lentamente, y ellos no querían enfermos en Ciudad Marte. El americano de cincuenta y tres años era un hombre callado. Anteriormente había trabajado en la industria petrolera y parecía disfrutar haciendo chapuzas. Rebecca no conseguía recordar haber intercambiado ni una palabra con él. Walter solo estaba allí cuando se le necesitaba. Se figuró que había comprado su pasaje a bordo de la Spaceliner con sus considerables ahorros.

La nueva situación traía una ventaja. Cada uno de los restantes miembros de la tripulación tenía más trabajo que hacer, una realidad que ayudaba a distraer a Rebecca de su preocupación por Theo. Sabía que él era fuerte, pero eso no la ayudaba. Más bien le daba miedo que hubiera emprendido alguna acción contra el administrador y acabara metido en un problema. Summers no parecía tener ningún escrúpulo en lo que concernía a eliminar a sus enemigos. Theo, por otro lado... No, era mejor que se concentrara en su trabajo. Rebecca dejó a un lado el pico antes de volver a coger el martillo percutor. Pasó por encima del grueso cable de suministro eléctrico y presionó la punta del martillo contra la dura superficie de Marte. Luego encendió el motor con su pulgar derecho mientras mantenía bien sujeto el manillar, y el martillo comenzó a traquetear.

El sonido se desplazaba mínimamente, gracias a la delgada atmósfera, pero las vibraciones se volvían desagradables con el tiempo. Al final era incapaz de evitar que le castañetearan los dientes. Esa era su señal para dejar el martillo a un lado y usar la pala y el pico para retirar los escombros que había creado. Estaba cavando un parterre para el huerto. Rebecca levantó la vista. A unos cincuenta metros de distancia, Marilou estaba allí con otro martillo percutor. El nuevo campo tendría unos cien metros de largo, veinte de ancho, y un metro de profundidad. Una vez hubieran cavado los parterres, construirían un techo transparente sobre ellos, y después instalarían sistemas de ventilación e irrigación.

Un grupo diferente estaba actualmente preparando el mantillo necesario. El administrador les había ordenado que duplicaran su productividad agricultora durante las próximas cuatro semanas. Si alcanzaban esa cuota, se les permitiría quedarse un cuarto de su producción. «¡Vaya chollo!», pensó con asco. Pero apenas estaban en posición de ahuyentar a los recolectores de cosechas cuando vinieran en sus rovers.

—¿Rebecca?

—¿Sí, Marilou? —preguntó por el radio del casco.

—Creo que es hora de comer.

Rebecca le echó un vistazo al aparato universal que llevaba en el brazo izquierdo. Acababan de dar las once y media. Miró a su alrededor. Ya había hecho cinco metros, lo cual significaba que estaba haciendo un progreso excelente. La trinchera que se extendía tras ella no parecía gran cosa. En la Tierra, solo habría necesitado una hora de trabajo con una pala ordinaria para llegar tan lejos. Sin embargo, la superficie de Marte estaba compuesta de permafrost compacto bajo una delgada capa de polvo. El martillo percutor era el único modo de que hicieran progresos.

—Buena idea —dijo Rebecca—. Tomémonos un descanso. —Bajó el pico y se dirigió al compartimento estanco.

Marilou la alcanzó y le puso una mano en el hombro. Iban pasando por un gran punto negro que medía al menos veinte metros de diámetro. Ahí era donde la Endeavour se había erguido, la nave de la NASA que Ewa había robado. ¿Por qué no detuvieron sus acciones antes? Deberían haber colaborado con los de la NASA desde el principio. Al menos, eso le habría puesto las cosas más difíciles a Summers.

Marilou mantenía abierta la pesada puerta exterior de la escotilla del compartimento estanco. Rebecca entró primero. Llenaron el compartimento de aire y Rebecca se quitó el casco tan pronto como fue respirable. En cuanto la luz se puso verde, abrieron la puerta interior y entraron en la base.



—¿HABÉIS SABIDO ALGO DE LOS HOMBRES? —PREGUNTÓ REBECCA DURANTE EL ALMUERZO.

Estaban comiendo arroz cocinado con alubias de lata. Nancy había hecho la comida, que estaba bien sazonada y sabía bastante bien. No obstante, Rebecca no tenía hambre. Comían arroz y alubias con demasiada frecuencia. Con suerte, su huerto pronto les daría comida fresca.

—Oficialmente, no ha habido contacto —dijo Ellen.

—Y, ¿de modo no oficial? —preguntó Nancy. Probablemente echaba de menos a Guillermo, con quien había empezado a pasar más tiempo.

—Lo siento —respondió Ellen—. No debería haber dicho “oficialmente”. No ha habido ningún mensaje. No están respondiendo a nuestras peticiones. Sospecho que aún no han llegado a Ciudad Marte.

—Si no estamos recibiendo ninguna información oficial, entonces tenemos que encontrar otro modo de comunicarnos —dijo Rebecca mientras masticaba.

—Estoy de acuerdo —dijo Ellen—. ¿Alguna sugerencia?

Rebecca negó con la cabeza.

—¡Pues que se os ocurra algo! —les animó Ellen.

—Yo estudié telecomunicaciones en la universidad —intervino Germaine.

—Y yo pasé tiempo soldando sistemas eléctricos en una fábrica —añadió Marilou.

—Eso está bien —dijo Rebecca—, pero no veo cómo puede ayudarnos. Nuestros hombres no

tienen nada que pueda recibir nuestros mensajes de radio. Incluso les quitaron los trajes espaciales.

—Necesitamos una especie de mensajero —dijo Walter—. Algo que podamos enviar a Ciudad Marte. Tengo una idea. ¿Queréis que la discutamos esta noche en la sala común?

—Allí estaré —dijo Rebecca.



LA “SALA COMÚN” ERA COMO LLAMABAN A LA GRAN SALA QUE LES SERVÍA DE SALÓN. SIN embargo, parecía más bien un almacén que un salón. No tenía muebles de verdad, sino solo pesados cubos marrones que estaban diseminados por el espacio. Estos servían como soporte para unos cojines que habían hecho y habían relleno con paja. Habían creado los cubos comprimiendo y horneando tierra marciana. Tanto a la derecha como a la izquierda del espacio, habían usado dos bloques planos de tierra compactada para construir unos asientos parecidos a un sofá y, en el centro de la habitación, había una zona de asientos con sillas dispuestas en círculo. Los respaldos estaban hechos con paredes de piedra perpendiculares. Rebecca había hecho unos cuantos ella misma. No tenía ni idea de a quién se le había ocurrido la sugerencia de usar adhesivo casero en vez de mortero. Por desgracia, la pegajosa sustancia se pegaba más a los dedos y a la ropa que a las rocas. Si te sentabas en uno de los asientos, era mejor que no te reclinaras en el respaldo con demasiada fuerza.

Walter y las demás ya estaban en la zona de asientos, hablando en voz baja. Gabriella, la doctora, también estaba allí. Como la última en llegar, Rebecca se sorprendió de ver a Gabriella, ya que rara vez tenía tiempo cuando alguien tenía una preocupación o una petición. Rebecca sospechaba que Gabriella tenía las miras puestas en la posición de Ellen como la líder no oficial del proyecto Marte para Todos. En realidad, no había ningún motivo para la envidia. Ellen no había sido elegida para ocupar ese puesto, sino que simplemente lo había aceptado como la que tenía la última palabra en base a su competencia. No recibía ventajas como resultado.

Rebecca se sentó en una silla libre. A pesar de los cojines, los asientos eran bastante duros.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Walter.

—¡Oh, gracias! —exclamó.

—Es estupendo que todas estéis aquí, Germaine, Marilou, Gabriella.

«De repente, el americano parece bastante charlatán», pensó Rebecca.

—Tus insinuaciones despertaron mi curiosidad —dijo ella.

Walter se ruborizó. No parecía acostumbrado a los elogios.

—Una de mis aficiones es la historia del espacio —comenzó—. Antes de que despegáramos, podría haberos contado las biografías de cualquier astronauta que eligierais.

—¿Ya no? —preguntó Germaine.

—Creo que la radiación ha dañado un poco mi cerebro, pero ayer recordé una misión importante. —Walter vaciló y miró al grupo.

—Somos todo oídos —dijo Germaine.

—Hace once años, los japoneses aterrizaron con éxito su primera misión a Marte: JAXA. ¿O fue hace ya doce años? Sigo sin comprender la conversión entre soles y días terráqueos. Fue a finales de 2031, según la cronología de la vieja Tierra. Era una misión sin tripulantes y decidieron no lanzar un rover. En vez de eso, tenían cuatro robots a bordo que habían sido equipados con suficiente capacidad IA para explorar de un modo independiente la superficie de Marte. Aún puedo recordar que todos tenían nombres japoneses comunes, como Conejo Gris o

Ratón Veloz, pero ya no me acuerdo de cosas específicas.

Rebecca sonrió. Sí, habían asignado nombres divertidos a los robots. Ella tenía catorce o quince años cuando pasó aquello, e incluso había rebautizado sus conejos de peluche como los robots, pero tampoco se acordaba ya de los detalles.

—Los robots habían provocado todo un revuelo, porque hicieron progresos mucho más rápido que todos los rovers de la NASA antes que ellos. Simplemente rodaban por la superficie. Uno de ellos incluso consiguió circunnavegar Marte.

—Todo el camino hasta el polo norte —dijo Gabriella.

—Sí, había buscado la ruta más corta, algo que fue criticado más tarde —continuó Walter—. Y luego estaban las cuestiones sobre lo que los cuatro robots eran en realidad capaces de conseguir. Uno de los científicos de Marte incluso sugirió que no eran nada más que meros juguetes que no servían un propósito real.

Modelos basados en los robots habían sido vendidos en jugueterías, y el padre de Rebecca le había regalado uno con la esperanza de que se interesara en la tecnología.

—Aunque, por supuesto, eso no era cierto —siguió diciendo Walter—. Los robots estaban equipados con todo tipo de sensores, y contribuyeron de un modo significativo a nuestro conocimiento sobre las condiciones en la superficie de Marte, al igual que sus fuentes de agua.

—Los viejos tiempos —intervino Gabriella—. Pero ¿podrías, por favor, ir al grano? La verdad es que tengo que...

Rebecca le lanzó una mirada asesina. Walter parecía incómodo; sus ojos se paseaban por los integrantes del grupo. Rebecca le animó con un movimiento de cabeza.

—Lo principal —resumió Walter— es que no todos los robots se pusieron en marcha. Solo tres lo hicieron. Uno tras otro, los tres dejaron de funcionar. El cuarto se quedó atascado en el módulo de aterrizaje tras ser descargado.

—Se asustaría —declaró Germaine.

—Pasase lo que pasase, aún tiene que seguir allí. Su provisión de energía es supuestamente baja, pero sé que estaba operado por células solares y una batería de isótopos, lo cual significa que aún podría seguir operativo hoy.

—¿A pesar del hecho de que no estaba operativo por aquel entonces? —preguntó Gabriella.

—Solo necesitaríais desconectarlo del módulo de aterrizaje. En esa época, no había nadie aquí para encargarse de ello, pero nosotros podríamos ir allí.

—Y, luego, ¿qué? —preguntó la doctora.

—Luego, lo cogemos y lo programamos para que haga de mensajero y lleve nuestros mensajes a Ciudad Marte. El administrador no sabe nada sobre ese robot —respondió Walter.

—Nuestros hombres tampoco —dijo Gabriella.

—El robot debería ser lo bastante inteligente como para acercarse solo a los nuestros. Posee un buen sistema óptico, y podemos programarlo para que reconozca a Theo, Ketut y los demás. Tan pronto como vea a un extraño, se escondería.

—Parece factible —dijo Rebecca.

—Pero no tenemos los códigos fuente japoneses. Quizás Andy pudiera localizarlos, pero ¿nosotras?

«¿Por qué está Gabriella tan negativa hoy?», pensó Rebecca.

—Nancy solía trabajar como programadora.

—Yo también me desenvuelvo bien en ese mundillo —dijo Walter.

—Bueno, eso nos da una oportunidad —respondió Gabriella, aunque no sonaba nada convencida.

—Yo voto por intentar recuperar ese robot —intervino Germaine—. ¿Sabes dónde aterrizó el módulo por aquel entonces, Walter?

—Bastante cerca del centro de Syrtis Major.

—¿Eso no es un golfo en el Mediterráneo? —preguntó Germaine.

—No lo sé —dijo Walter—. Nunca he estado en Europa.

—Yo hice una vez un crucero por el Mediterráneo —explicó Germaine.

—Pues ya sabes más que yo. Los japoneses eligieron Syrtis Major en Marte porque puede verse desde la Tierra, incluso con un telescopio pequeño. Se ve más oscuro que su entorno. Como acabas de señalar, alguien podría pensar que era un golfo y suponer que hay mares en Marte. Sin embargo, en realidad, se trata de una meseta volcánica.

—Gracias, Walter —dijo Rebecca—. ¿A qué distancia está?

—La zona de aterrizaje se halla en algún lugar en la zona norte de Syrtis Major. Creo que tardaríamos unas dos semanas en llegar con el rover.

Rebecca suspiró. Desde la visita de la gentuza de Summers, solo que tenían el rover abierto. Se acordaba de su último viaje en él. Theo y ella habían salido en busca de agua. Había sido una tortura.

—Dos semanas en el rover será duro —dijo.

—Si conduces más de diez horas al día, podría hacerse en diez días —declaró Walter.

—Y, ¿si conducimos sin parar? —preguntó Rebecca.

—Entonces necesitaríamos menos de una semana para cada viaje —dijo Walter—. Pero ¿cómo? ¿No necesitarías dormir?

—Una persona puede conducir mientras la otra duerme —explicó Rebecca.

—Pero sería imposible dormir mientras vamos de camino.

—No, no lo sería. Al final te duermes en cualquier lado, Walter. Sé de lo que estoy hablando. El pasajero solo tiene que atarse fuerte, y entonces lo consigue.

—Sigo creyendo que es una locura.

—Nosotros cuatro somos famosos por estar locos. ¿Habríamos subido a bordo de la Santa María de no ser así? —preguntó Germaine.

—Eso es cierto —concedió Walter.

—No obstante, hay otro problema en el que no hemos pensado —intervino Rebecca—. Summers y los suyos se darán cuenta de que nuestro rover y dos de nosotros hemos desaparecido durante un tiempo. Nuestra productividad bajará inevitablemente.

—Entonces los demás tendremos que cubrir a las dos que se vayan —dijo Marilou.

—Con suerte, eso hará que funcione —declaró Rebecca.

—Hay otro detalle —intervino Walter—. ¿Cuándo y quiénes harán el viaje?

—Mañana —dijo Rebecca, y todo el mundo asintió—. Yo conduciré —añadió, y los demás negaron con la cabeza.

—Yo iré —se ofreció Germaine.

—A quien menos echarían de menos es a mí —dijo Marilou.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Rebecca.

—Yo... es un buen argumento, ¿no?

—Pero no será aceptado —dijo Rebecca.

—Bien, entonces lo echaremos a suertes —sugirió Germaine—. Gabriella y Walter, ¿queréis que os incluyamos también?

Ambos asintieron.

—Escribiré nuestros nombres en cada uno de mis dedos, y luego Rebecca seleccionará dos

dedos. ¿Vale?

—Buena idea, Germaine —contestó Rebecca.

La joven se giró en redondo y sacó un bolígrafo del bolsillo de su pantalón. Después, escribió algo en su mano izquierda antes de cerrarla formando un puño.

—Te toca, Rebecca.

Rebecca estudió el puño de Germaine. Tenía dedos largos y esbeltos. ¿Dónde estaría su propio nombre? Por supuesto, no quería hacer ese viaje, pero ya tenía experiencia. Si pudiera elegir, se llevaría a Germaine con ella. Con suerte, no tendría que hacer todo el viaje con Gabriella.

Rebecca señaló el dedo índice. Germaine lo extendió desde su puño. Ponía “Marilou”.

—Bien —dijo Marilou—. ¡A viajar!

«No estará tan contenta después», pensó Rebecca. Luego le dio un golpecito al dedo corazón de Germaine. El índice y el corazón crearon el símbolo de la victoria. Le parecía bien. Germaine abrió el puño. Su propio nombre estaba escrito en el dedo corazón. Lo levantó triunfante.

—Será una aventura maravillosa —gritó mientras le daba un abrazo a Marilou.

Rebecca tenía un mal presentimiento acerca de aquello. Ninguna de las dos tenía experiencia en ese tipo de viajes. ¿De verdad sabían lo traicionera que era la superficie de Marte? Por otro lado, habían sido entrenadas para esa misión tan rigurosamente como ella misma. No debería hacer suposiciones sobre Marilou y Germaine solo porque eran muy jóvenes. Y de todos modos, ¿qué define a una persona como joven? Germaine solo era tres años menor que ella, mientras que Marilou era cinco años más joven. No, todo iría bien. Solo tenían que asegurarse de que nadie las echara de menos.



Sol 321, Máquina de Marte

“¿PODRÍAS, POR FAVOR, ARRANCAR EL MICRÓFONO EXTERNO DE TU TRAJE?”, PREGUNTÓ VIERNES.

—¿Qué? —La respiración de Ewa era laboriosa. La escalada fue agotadora. Ahora estaba pagando por el hecho de que no había estado haciendo ejercicio a diario.

“Queremos encontrar la ventana grande”.

—¿Y necesitas el micrófono externo para eso? —El micrófono iba integrado en el cuello de su traje, el cual estaba cubierto por el casco alrededor de su cuello.

“Exacto”, dijo Viernes. “Me ayudará a localizar la ventana. Tú asegúrate de no cortar la conexión eléctrica”.

—Necesitas explicármelo de un modo más específico.

“Sujetarás el micrófono sobre el terreno mientras yo enviaré ondas sónicas a través del micrófono para medir el eco. Este variará cada vez que la composición de la superficie cambie”.

—Podría tumbarme en el suelo. De ese modo, no tendría que arrancar el micrófono —sugirió Ewa.

“Si te tumbaras de modo que el micrófono estuviera presionado contra la superficie, estaría bien”.

—Lo intentaré —dijo ella—. Y entonces sabremos si esta teoría funciona.

Esperaba que ese método funcionara para la idea de Viernes. Era reticente a dañar a propósito el traje de alta tecnología que había robado de la nave Spaceliner. Y así, se arrodilló y buscó una posición que permitiera que el micrófono estuviera presionado contra la superficie sin tener que arrancarlo a la fuerza de su cuello. Bajó la cabeza cerca de la superficie y giró su torso hacia un lado. Su postura hacía que pareciera que estaba venerando a algún dios arcaico. Por fortuna, nadie podía verla, ya que ese era el único modo de que esto funcionara.

“Quédate justo así”, dijo Viernes. “Es una posición fantástica. ¿Es un movimiento de yoga?”

—Deja de charlar y ponte a trabajar —ordenó Ewa—. Esto no es precisamente cómodo.

“No fue idea mía que te tumbaras en el suelo”, respondió Viernes.

—¿Has acabado ya?

“Casi. Tengo que hablar con un nivel de volumen limitado, pero esto pinta bien”.

—¿Has encontrado la ventana?

“No, pero puedes levantarte. Ya tengo el primer punto de referencia. La ventana no puede estar por aquí”.

—Entonces ¿por qué he tenido que tumbarme en el suelo?

“Fue idea tuya, Ewa. Pero, en este caso, necesito valores comparativos para saber cómo suena normalmente el eco del sustrato”.

—Entiendo. Aunque ¿no tiene que seguir diciendo lo mismo?

“No, esto tiene que ver con el nivel de volumen”.

—Me alegro. Me preocupaba que tuviéramos que repetir esta conversación inútil mil veces.

“No te preocupes”, dijo Viernes. “Después de esto puedes mantener otras conversaciones inútiles conmigo”.

—Me alivia oírlo.

“Lo sé. Estoy atrapado dentro de ti”.

—¿Sabes cómo me siento, Viernes?

“No te preocupes. Sigo sin poder leer tus pensamientos pero, por tus movimientos, sé si estás asustada o tranquila”.

—Entonces sabes más que yo.

“Supongo. Y ahora continuemos”.



A EWA LE DOLÍA LA RODILLA DERECHA. TENÍA QUE SER UNA SEÑAL DE QUE SE HACÍA VIEJA. ¿Quién lo habría pensado? No había pasado tanto tiempo desde que dejara de suponer que iba a envejecer en este planeta.

—¿Falta mucho? —preguntó.

“Voy acercándome despacio”, replicó Viernes.

Ya habían llegado a la cima de la montaña y habían vuelto a bajar por el otro lado. Viernes le había proporcionado la dirección aproximada, la cual había calculado a partir de sus recuerdos de la posición del sol. En esas imágenes mentales, la sala y su techo transparente parecían enormes. Pero ¿no deberían habérsela encontrado hacía mucho tiempo ya? Según Viernes, no disponían de un punto de comparación para las dimensiones gigantescas de la máquina. Comparada con toda la montaña, la ventana sería relativamente pequeña.

“Ahora, por favor”, dijo.

Ewa se sentó con cuidado en el suelo para ahorrarle el esfuerzo a su rodilla. Pero tenía que bajar la cabeza hasta el suelo. El cuello con el micrófono necesitaba apoyarse directamente sobre la superficie. Una roca pequeña se le clavaba en la frente. Se quedó sin aliento cuando se le metió polvo en la nariz.

—¡Achís!

“¡Mierda! Ha sido demasiado corto”, dijo Viernes. “Tendrás que volverte a agachar”.

Ewa suspiró y siguió sus instrucciones.

“Voy a decirte algo”, intervino Viernes.

—¿El qué?

“Sigo pensando. Tal vez la historia de la princesa y...”

—¿Y?

“Suficiente. Puedes volver a levantarte”.

—Pero quiero oír la historia.

“¿Eres una niña pequeña o qué?”

—Sí —dijo Ewa, y se echó a reír.

“De verdad, necesitas comprobar el contenido de nitrógeno en tu torrente sanguíneo”, dijo Viernes.

—Deja que me alegre un poco.

“Por supuesto. Te daré incluso una noticia mejor”.

—¿La has encontrado?

“Sí”.

—¡Eso es fantástico!

“Pero...”, añadió.

Su alegría se desvaneció de pronto.

—¿Pero...?

“Sigo sin saber cómo llegar a los ordenadores de abajo”.

—Algo se te ocurrirá, Viernes.

“Cierto. Primero comprobemos la zona”.

Ewa se levantó despacio y se giró en redondo. La pendiente parecía estar compuesta de granito oscuro. El material era tan oscuro que casi adivinarías que era basalto. En la Tierra, en una zona alta de origen volcánico, una ladera como esa apenas destacaría. Y aún así debía de ser de origen extraterrestre, al igual que la máquina que estaba oculta dentro de la montaña.

—Parece piedra —dijo ella.

“Parece producida químicamente”, confirmó Viernes.

—Y, ¿qué el eco?

“Indica que el material es predominantemente homogéneo, hasta el punto de que el sonido se encuentra con una capa limítrofe”.

—¿Muy homogéneo?

“La piedra grande que está debajo de ti es un monocristal gigante. Al menos, así es como interpreto los resultados de la medición. Las direcciones espaciales específicas en el espacio dentro de la piedra son inusualmente asimétricas”.

—¿No podría ser eso coincidencia? —De adolescente, Ewa tuvo un juego de química y había creado cristales con él. Ningún cristal había crecido más que la punta de un dedo, y en ese punto perdió todo su interés en ellos.

“Con nuestra tecnología, sería imposible hacer crecer un cristal así”, dijo Viernes.

—¿Qué grosor tiene?

“Necesitaría detalles más precisos sobre sus características para saberlo. No tendrás por casualidad algo con lo que pueda medir su conductividad, ¿verdad?”

—Por desgracia, no.

“Entonces lo único que puedo es suponer. Cuatro metros. Aunque también podrían ser diez centímetros o veinte metros”.

—¿Crees que la sala con los ordenadores que podrían volver a arrancar esta máquina está a cuatro metros?

“Sí. Y nos encontramos en el techo”.

—Entonces ¿nos podríamos ver a nosotros mismos si estuviéramos allí abajo ahora?

“No. O no es probable. Vimos el techo en diferentes momentos, y era completamente transparente o totalmente opaco. Si nosotros no podemos vernos abajo, nadie de ahí puede hacerlo”.

—Cierto. Y ahora, ¿qué?

“Memoricemos el lugar y volvamos mañana”.

—Qué lástima —exclamó Ewa.

“Sí. Pero necesitamos pensar sobre todo esto”.

—Bueno, de todos modos se me olvidó traer mis explosivos.

“¡Lo siento mucho!”, dijo Viernes.



EL AIRE EN LA CABINA ERA HELADO, PERO TAMBIÉN ERA GLORIOSAMENTE REFRESCANTE. EWA SE había pasado todo el día con el traje puesto, así que disfrutaba mucho más relajarse en ropa interior por todo ello. Tenía el dron en su regazo. Una nana alemana sonaba en su cabeza. Se había pasado seis meses trabajando como au-pair para una familia alemana.

La canción empezaba con *Kommt ein Vogel geflogen, setzt sich nieder auf mein' Fuss, hat ein Zettel im Schnabel*¹... Quien hubiera enviado el dron podría haber tenido la misma nana en mente, ya que encontró una nota que había sido introducida en una de sus patas de aterrizaje.

QUERIDA EWA,

Como temíamos, la base ha sido tomada por Summers. Por lo visto, lo mismo le había pasado a tu tripulación de MpT. Los hombres han sido llevados a Ciudad Marte. Están vigilando nuestras comunicaciones. No deberías contactar con nosotras bajo ninguna circunstancia. Summers te está buscando. Quiere hacerte pasar por un juicio falso, así que aléjate.

Hemos programado este dron para que busque el rover haciendo círculos cada vez más grandes. Cuando lo recargues y pulses el botón amarillo, encontrarás el modo de volver a nosotras. Por favor, escríbenos para que sepamos cómo te va. Summers no tiene ni idea de dónde estás y nosotras no le contaremos nada. Esperamos que esta situación cambie y puedas regresar sana y salva.

Sarah y Sharon

EWA SE RECLINÓ EN SU ASIENTO. LA SITUACIÓN NO CAMBIARÍA, NO POR SÍ SOLA. ELLA ERA, probablemente, la única persona del planeta que aún podría oponerse al administrador. Pero, y era un pero considerable, ella no lograría derrotarle con las manos vacías. Necesitaba algo que infundiera miedo a Summers. Una montaña gigante que pudiera mover bajo su mando sería justo lo que necesitaba. Ewa se imaginaba a sí misma a horcajadas sobre una montura en la cima de la montaña, clavando las espuelas en la máquina extraterrestre. «La verdad es que debo de estar un poco loca», pensó.



—POR FAVOR, TODOS AL PUENTE.

La orden resonó por toda la base. La orden fue repetida. Rebecca bajó de su bicicleta. Estaba sudando y la verdad era que quería darse una rápida ducha, pero vaciló al sentirse insegura. La orden volvió a sonar por los altavoces. No era una señal de alerta, ya que la habían pronunciado como una petición, pero tampoco era una orden normal y corriente. De otro modo el ordenador no la estaría retransmitiendo. Se puso la chaqueta de su chándal sobre su sudada camiseta y salió del gimnasio. Obedecería la petición de Ellen.

Aún así, fue la última en llegar al puente. De nuevo. El resto ya se había congregado alrededor de la pequeña pantalla. Una voz masculina salía ahora del altavoz. Se dio cuenta de que se trataba de Summers, el administrador. Se le revolvió el estómago. «¿Qué quiere ahora?».

—... de vuelta en Ciudad Marte —oyó—. Me encuentro en la agradable compañía de Mike Benedetti y Lance Leber. Los dos exastronautas de la NASA ya se han declarado deseosos y capaces de apoyarnos en la creación de una nueva sociedad aquí en Ciudad Marte. Por favor, denles una calurosa bienvenida.

Pudo oír aplausos dispersos. Al parecer, Summers estaba hablándole a un reducido número de personas en su base. ¿Esto era tan importante que tenían que acudir todos? Rebecca se acercó a Ellen y le dio un toque en el brazo. Ellen se giró para mirarla.

—¿Qué pasa? —susurró Rebecca.

—Espera un momento —respondió Ellen. Se llevó un dedo a los labios.

¡Cuánto secretismo! Rebecca infló sus mejillas y soltó el aire ruidosamente. Summers seguía parlotando sin descanso sobre sus actos heroicos. ¡A nadie le importaba!

Entonces Ellen le dio un golpecito.

—¡Ahora!

¿Sabía Ellen ya lo que él iba a decir? ¿Cómo?

—Además, voy a anunciar una nueva regulación de responsabilidad, efectiva a partir de hoy —declaró el administrador—. A partir de ahora, todos los miembros de nuestras bases satélite deben presentarse en persona ante el jefe de seguridad al mando una vez al día. Las únicas excepciones serán para aquellos cuyo médico o personal médico confirme que están enfermos.

Rebecca se tapó la boca. «¡Maldita sea!», pensó. Partir en secreto con el rover quedaba descartado. ¿Era coincidencia que Summers introdujera esa nueva política ahora, precisamente ahora, o le había informado alguien sobre sus planes? Rebecca miró a Ellen. ¿Cómo sabía lo que el administrador iba a anunciar? ¡Ella conocía sus planes! Pero claro, todos sabían lo que Germaine y Marilou iban a realizar hoy.

Ellen volvió a darle un golpecito.

—Además, el uso de los vehículos que permanecen en las bases satélite será estrictamente supervisado, con efecto inmediato. La llave estará guardada en una habitación que estará bajo vigilancia centralizada por vídeo. Todos somos responsables de actuar de un modo conservador con nuestros recursos. Por supuesto, esta obligación recae con un peso especial sobre aquellos que tienen autoridad. No me excluyo de este ámbito, y juro dedicarme con pasión a esta tarea. En las bases satélite, los supervisores me informarán personalmente. Muchas gracias por vuestra atención en esta materia.

Más aplausos dispersos. La pantalla se oscureció.

—Ya habéis oído lo que Summers tiene que decir —afirmó Ellen.

—Alto y claro —respondió Rebecca—. Pero ¿cómo lo has sabido tú antes?

Ellen la miró con rabia.

—¿Qué intentas decir?

—Me dijiste que prestara atención solo un segundo antes de que Summers...

—Todo lo que me dijo de antemano fue que deberíamos escuchar atentamente la conclusión de su discurso. Eso es todo lo que sabía.

Rebecca se masajeó las manos. No estaba convencida. Ya les había mentido y traicionado antes alguien en quien confiaban. «¿Está siguiendo Ellen ahora los pasos de Ewa? O, ¿todo esto hace que me vuelva más desconfiada? Tal vez. Inocente hasta que se demuestre lo contrario, ¿no?».

—Ya —dijo Rebecca en tono conciliador—. No lo sabía. No pretendía acusarte de nada.

—Bien —dijo Ellen—. Lo comprendo. Tras hablasteis ayer, esta reacción del administrador parece muy... oportuna.

—No pretendo defenderlo, pero quizás simplemente tenga que ver con el hecho de que haya vuelto a su base —especuló Gabriella.

—Sí, podría ser. Tiene que demostrar que lo tiene todo bajo control —dijo Ellen.

—Pero ¿qué pasa con nuestro viaje? —preguntó Germaine.

—Me temo que ahora no es posible —respondió Ellen—. Nadie puede salir de aquí sin que Summers lo sepa. Y el rover ha sido casi confiscado. Marilou, por favor, ¿puedes traer la llave? Tenemos que colgarla en algún sitio donde pueda ser filmada por una cámara.

—Vale. ¿Alguien sabe dónde está?

Nadie contestó.

—Entonces la buscaré en el taller —dijo Marilou.

Rebecca miró a su alrededor. Un aire de depresión se había instalado en el puente. Antes del anuncio, todo el mundo había estado charlando, pero ahora reinaba el silencio. «El espíritu del administrador está aquí», pensó.

«Espera... ¿Y Walter?». Hoy no había visto al americano. Atravesó el puente. Tal vez estuviera sentado en alguna parte que estuviera oculta a su línea de visión. Pero no pudo encontrarle por ninguna parte.

—¿Avisaste a Walter de nuestra reunión? —preguntó Rebecca.

—El anuncio sonó por toda la nave. Tú lo oíste —dijo Ellen.

—Pero Walter no está aquí.

—¿Qué? ¿Por qué?

Ellen también recorrió la habitación, pero tampoco localizó a Walter.

—¿Ha visto alguien a Walter? —preguntó en voz alta.

Silencio. Un escalofrío recorrió a Rebecca. Walter estaba enfermo. Todos lo sabían. Pero aún

deberían quedarle dos o tres años de vida.

—Debe de estar en su habitación —dijo Marilou.

Ellen se detuvo en seco.

—¿Pensáis que está...? —comenzó a decir Ellen, antes de darse cuenta de lo que tenía que hacer—. Gabriella, rápido. ¡A la habitación de Walter! Seguro que necesita ayuda.

Gabriella salió corriendo del puente, con Ellen pisándole los talones.

Rebecca evitó que las otras mujeres las siguieran.

—No le ayudará que estemos todas entorpeciéndonos —dijo. Se sentó pero volvió a levantarse de inmediato. No podía sentarse. Con suerte Walter estaría bien. Tal vez solo se había quedado dormido. Sabía lo ingenua que era su teoría, pero en ese momento hacía que se sintiera mejor. Ojalá pudiera coger a Theo de la mano ahora, pero estaba lejos.

Gabriella y Ellen reaparecieron. ¡Había sido rápido! Sus rostros no parecían tristes, sino más bien sorprendidos.

—¿Cómo está? —preguntó Germaine.

—No lo sabemos —respondió Ellen.

—¿No lo sabéis? ¿No acabáis de estar con él?

—Walter no está en su habitación —explicó Gabriella.

En la pared izquierda, la puerta del taller se abrió con un chirrido. Marilou entró. Se detuvo cuando observó los rostros asombrados de las demás.

—¿Qué sucede? ¿Se le ha ocurrido al administrador algún modo de hacer nuestras vidas aún más difíciles?

—¿Has encontrado la llave del rover? —preguntó Ellen.

—Lo siento. He buscado en todos los cajones y cajas, pero la llave no está en el taller —respondió Marilou.

—Y Walter ha desaparecido —dijo Ellen.



Sol 322, Máquina de Marte

ARROZ Y ALUBIAS. NO HABÍA NADA MÁS EN LA PEQUEÑA COCINA. SE HABRÍA NOTADO DEMASIADO si se hubiera llevado otros alimentos del almacén. El rover poseía un microondas con el que podía calentar la comida. Viernes le había permitido dormir hasta tarde, así que esa mañana estaba tomando un *brunch*.

El microondas hizo su típico timbrado. Ella retiró el plato y se sentó a la mesa plegable junto al microondas. Cogió arroz del plato con la cuchara y comprobó su temperatura. Apenas estaba templado, pero era mejor que demasiado caliente. Ewa odiaba quemarse la lengua. Llenó la cuchara, se metió la comida en la boca, masticó, y tragó.

¿Cuándo contactaría Viernes? Era obvio que su cohabitante se estaba tomando su tiempo. Al parecer tenía problemas para resolver el enigma de la máquina. Ewa se acabó su comida en silencio y luego lo dejó encima del microondas. No era necesario lavar los platos todos los días. Eso solo consumiría valiosa agua sin necesidad.

Se sentó ante el panel de control. El rover estaba situado al pie de la montaña, con una vista del agujero que ella había realizado en la ladera con la torre perforadora. Era diminuto en comparación con las dimensiones gigantescas de la máquina. ¿De verdad había creído que podía abrir la montaña con la torre? Ewa miró por encima de su hombro. Los cartuchos de dinamita seguían dispuestos en la parte trasera. Desde la noche anterior, su deseo de usarlos se había desvanecido. Hoy se sentía extrañamente en paz. Se sentía como si todo lo que necesitara hacer fuera pedirlo por favor, y la montaña abriría sus puertas para ella. Todo lo que faltaba era el “Ábrete, Sésamo”. Con suerte, a Viernes le estaría yendo mejor que a ella.

“¿Cómo te va?”, preguntó su propia voz.

Ewa se rio. Eso la había sorprendido. No sabía cómo, pero antes de ahora, siempre había presentado cuando Viernes quería decir algo. Tal vez sus continuas conversaciones estaban difuminando los límites entre los dos.

—Me siento muy relajada ahora mismo —respondió.

“¿Eso es bueno? Si es así, me alegro por ti”.

—Sí, es bueno. No estar con otras personas me quita presión.

“Entiendo. He estado buscando una idea con todas mis fuerzas y casi constantemente”.

—¿Casi constantemente?

“Cuando estoy demasiado activo, mis procesadores se recalientan”.

—Y, ¿eso es malo para ti?

“No, es malo para ti, Ewa. Estoy insertado dentro de tu cerebro. Tus células nerviosas se verían dañadas si me recaliento”.

—¿Podrías freírme de dentro hacia fuera?

“No, pero debo tener cuidado”.

—Gracias, Viernes. Y, ¿qué has descubierto?

“Aún no tengo una solución, solo ideas”.

—¿Y?

“Me pregunté por qué se usaba un cristal como techo. Tuvo que ser bastante caro producir un cristal tan gigante”.

—Tal vez les iban los retos.

“Es posible, pero podrían haber dependido de las características físicas especiales de los cristales. Estoy pensando en el efecto electroóptico, también conocido como efecto Pockels”.

—¿Cómo lo sabes todo?

“Tengo que saber cómo funciona el mundo si quiero influir en él. En cualquier caso, con la ayuda de este efecto, pudieron alterar las características ópticas de su techo”.

—Electroóptico. En otras palabras, ¿le aplicaron voltaje?

“Correcto. El voltaje cambiaría la permeabilidad de la luz del cristal”.

—Y ahora quieres intentar inducir este efecto tú mismo.

“Exacto”, dijo Viernes. “Sería mejor que simplemente hacer volar el techo por los aires, ¿no?”.

—Sí, vale, estoy de acuerdo contigo. Sin embargo, me pregunto cómo nos ayudará. Podremos ver dentro de la sala, pero luego ¿qué?

“El techo cambia su permeabilidad dependiendo del rango de ondas electromagnéticas. ¿Recuerdas cómo tuviste contacto por radio con Mike mientras el techo era transparente?”.

—¿Quieres hablar por radio con los marcianos?

“Algo así”, dijo Viernes. “Aunque se marcharon hace mucho tiempo, te lo garantizo. Murieron hace miles de millones de años, de eso estoy seguro. Pero tal vez podamos contactar con la misma máquina. Si consideramos que es el producto de una tecnología muy avanzada, debe tener acceso a un programa IA muy desarrollado”.

—¿Cómo puedes estar seguro?

“Piénsalo. Todas las civilizaciones llegan al final a un punto de desarrollo de programas de inteligencia artificial, y tan pronto como estos pasan de su infancia, es inevitable que tomen el control”.

—Espero que eso no sea cierto —dijo Ewa.

“Tú no sabes lo que yo sé”.

—¿Qué sabes?

“No es relevante para esto”, replicó Viernes en tono evasivo.

Él había ido dejando pistas como esa en otras ocasiones. Al final tendría que interrogarlo al respecto, pero no hoy. Rescatar a sus amigos era más importante.

—¿Qué sucede después de que te pongas en contacto con esta IA? —preguntó.

“Le pediré ayuda”.

—Eso parece bastante fácil.

“Sí, Ewa, pero me temo que no será tan fácil. Es posible que funcione de un modo que nos resulte totalmente extraño”.

—¿Nos?

“Vosotros, los humanos, nos creasteis a vuestra propia imagen. Yo proceso las ideas más rápido y con más eficiencia que tú, pero básicamente sigo siendo igual que tú. Pero ¿quién dice que lo que ha evolucionado en Marte vaya a ser similar a lo que se desarrolló en la Tierra?”.

—¿No es el entorno físico lo que determina la evolución? Según lo que conocemos, hace tres mil millones de años, este planeta no era mucho más diferente que la Tierra.

“Creo, Ewa, que la clave está en los detalles. Tú tienes diez dedos, lo cual explica por qué el sistema decimal llegó a existir. Pero puede que los marcianos originales solo tuvieran seis dedos, o incluso trescientos setenta y seis. ¿Y si no usaban un habla acústica, sino que se comunicaban con golpecitos de los dedos? Eso es posible dentro del desarrollo del proceso evolutivo. A largo plazo, eso llevaría a un modo completamente diferente de conceptualizar la existencia”.

—Pero, bajo esas circunstancias, no habría forma de comunicarse con la IA —dijo Ewa.

“Todo lo que quise decir fue que no deberíamos celebrar nuestro éxito tan pronto”.

—Lo entiendo. Aún queda un largo camino hacia el éxito.

“No quise desanimarte”.

—No te preocupes. Aún tengo mis explosivos.

“Sí, pero probemos primero con el voltaje eléctrico”.



EL AIRE ESTABA INUSUALMENTE CLARO. EWA SE GIRÓ EN REDONDO PARA ESTUDIAR SU ENTORNO. Una cadena montañosa recorría el horizonte al norte. El sol ya había pasado su cénit. Ewa se cruzó de brazos. Si esperaba lo suficiente, sentiría el calor del sol. Ojalá pudiera quitarse el casco. Era una idea tentadora. Se imaginaba cómo se sentiría con su pelo movido por el viento, y con el viento acariciando su rostro.

Sin embargo, el aire que enfriaba sus mejillas, acaloradas por la subida a la montaña, procedía de un envase. Nunca podría quitarse el casco allí fuera. La experiencia del sol calentando su cabeza era algo del pasado. Ewa suspiró. Nunca volvería a ver una bandada de pájaros cruzar el cielo.

Dejó la pesada mochila en el suelo. Luego se arrodilló junto a ella y sacó la batería y el dron. Le dio la vuelta al dron e insertó la batería, con cuidado de que su pequeña carta siguiera allí adherida. El botón amarillo también estaba allí. Lo pulsó, tal y como Sarah y Sharon le habían instruido. Varias luces comenzaron a parpadear, y los tres grandes rotores tomaron velocidad.

Ewa volvió a poner al dron derecho, se levantó, y lo sostuvo en alto. Los rotores se aproximaban a su máxima velocidad. Ewa soltó el dron. Cayó un poco, pero volvió a subir para colocarse a la altura de la cabeza de Ewa. Rotó para establecer su trayectoria y luego subió más alto. En el último momento, inclinó su pequeña cabeza con cámara, asintió brevemente a modo de despedida, y se fue volando hacia el oeste. Ewa lo despidió con la mano hasta que se desvaneció de su vista.



“¿PREPARADA PARA EMPEZAR?”.

—Por supuesto, Viernes. ¿Qué debería hacer?

“Podrías simplemente dejarme tomar el control para que no tengas que seguir haciéndome preguntas”.

—Gracias, pero preferiría hacerlo yo misma. Ya es suficiente que hables con mi voz.

“Como quieras. Aún estamos a seiscientos metros de distancia de la superficie de cristal. Dirígete ligeramente hacia el sureste.”

—Sigamos usando la palabra ventana.

“Me parece bien”.

Sureste. Eso significaba que tendría que escalar la ladera de la montaña. Ewa comenzó a sudar mientras trepaba y pronto se quedó sin aliento. Como ayer, se sentía enfadada consigo misma por no haber entrenado con más diligencia. ¡Ojalá no hubiera tantos peñascos por ahí tirados! Tenía que prestar atención mientras avanzaba porque su pesada mochila tiraba de ella hacia atrás con fuerza. Era bueno que llevara puesto el traje mejorado, ya que de otro modo no habría forma de poder subir la batería de ciento cincuenta kilogramos del rover montaña arriba.

“Creo que hemos llegado”, dijo Viernes.

La oscura superficie como el basalto se extendía frente a ella una vez más.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

“Necesitamos realizar varias pruebas”.

—No tienes ni idea de qué hacer a continuación, ¿verdad?

Viernes negó con la cabeza.

“Lo siento”, dijo. “Esa noción acaba de ocurrírseme. No. ¿Cómo iba a saber cómo controlar la ventana? Por desgracia, no tenemos el manual de instrucciones. Supongo que no necesitamos activar todo el cristal. Una pequeña sección debería ser suficiente”.

—Eso espero.

“Si no, nos haremos viejos haciendo esto, ya que nuestro cable no es tan largo. Por supuesto, podríamos arrancar uno del rover, pero entonces nos veríamos atrapados aquí”.

—Al menos aún tenemos la dinamita —declaró Ewa.

“No permitiré que lleguemos tan lejos. Adelante, saca la batería”.

Ewa se quitó la mochila de los hombros y sacó la batería de su envoltorio. Parecía una piedra gris de sillería, con varias clavijas de colores en uno de sus lados.

“Ponla de lado”, aconsejó Viernes. “Tendrá mayor estabilidad de ese modo. Expuestas así, las células son bastante sensibles.”

Con cuidado, puso la batería de lado. Mientras lo hacía, los dos cables que había sacado del compartimento de las herramientas cayeron en sus manos.

“Necesitas esos cables ahora, de todos modos”, oyó a su propia voz decir. “El cable rojo va en la clavija roja, y el negro en la clavija negra”.

Metió el extremo del primer cable en la clavija roja, y luego hizo lo mismo con el negro. En el otro extremo de cada uno de los cables vio unas puntas que eran casi tan grandes como sus manos desnudas.

—¿Esto no es peligroso? —preguntó.

“No, no pasará nada hasta que enciendas la electricidad”.

—Eso es muy reconfortante.

“También existe la posibilidad de que no pase nada entonces”.

—Eso sería malo.

“Necesitas buscar una roca pesada en alguna parte. Ponla encima de las puntas al final del cable negro, y presiona contra la piedra oscura”.

—Sí, capitán.

Se puso de pie y partió en busca de un pedrusco. El primero que encontró era mucho más ligero de lo esperado. Todavía no estaba acostumbrada a la baja fuerza gravitacional del planeta. Siguió buscando una piedra más grande y finalmente encontró una que parecía ser la mitad de grande que la batería. En la Tierra habría pesado unos ochenta kilogramos con facilidad, pero en Marte eran más bien unos treinta. La cogió, la llevó hacia el cable, y la dejó encima del enchufe

como le habían dicho. De un modo similar, presionó las puntas del cable rojo contra la piedra cristalina. Los dos puntos de contacto estaban separados unos tres metros. Si tenían suerte, podrían ver dentro de la cámara dentro de poco.

“Ahora el interruptor. Deberías colocarte detrás de la batería”.

Siguió el consejo de Viernes y luego encendió el interruptor. No sucedió nada. El olor a goma quemada le llegó a la nariz.

—Huele como a quemado —dijo.

“Eso es imposible”, dijo Viernes. “El olor debe haberse colado dentro de tu casco de algún modo. Si no, estarías muerta”.

—¿No lo hueles?

“Huelo algo”.

Por supuesto que Viernes tenía razón. No podía ser un olor externo, así que no tenía nada que ver con su pequeño experimento. Comprobó el estado de su traje en su aparato universal, pero no había detectado ningún malfuncionamiento o error. Obviamente se lo estaba imaginando. Sin embargo, el olor no se iba. Soltó aire con fuerza por la nariz. Dos veces. Tenía que ser su imaginación.

“¿Ewa?”.

Ella dio un respingo.

—Eh, ¿sí?

“No ha pasado nada”.

Ewa examinó la superficie negra libre de polvo. Tenía el mismo aspecto que había tenido antes.

—¿Deberíamos coger los explosivos?

“No tan rápido”.

—Tío, que solo era una broma. Estoy segura de que tienes otras ideas.

“Por supuesto. Podríamos alterar varias cosas. Reduzcamos la distancia entre los puntos de contacto. También podemos cambiar la geometría y alterar el voltaje”.

—¿La geometría?

“Los cristales no son simétricos en todas las direcciones. Siempre hay una dirección preferida”.

—¿Como cuando los clientes siempre convergen hacia la caja con la fila más corta?

“Algo así. Tal vez necesitemos enviar la carga en paralelo o en perpendicular hacia la dirección dominante”.

—¿Cómo lo averiguamos?

“Paciencia, Ewa. Cambiaremos un factor cada vez y luego comprobaremos a ver qué sucede”.

—Parece tedioso.

“Lo será. Si nos limitamos a treinta direcciones con veinte distancias de contacto diferentes y un centenar de niveles de voltaje, eso se traducirá en sesenta mil intentos”.

—¿Lo dices en serio? Aún cuando cada intento solo necesite un minuto, estaremos días aquí.

“Cuarenta y un días si no nos tomamos ningún descanso”, dijo Viernes. “Cincuenta sería más realista”.

—Siete semanas. Genial.

Esas eran las perspectivas. Tenía provisiones suficientes en el rover para cubrir esa cantidad de tiempo, pero la idea de pasar día tras día moviendo las mismas puntas tan solo unos centímetros la hacía estremecer.

“Yo podría tomar el control...”.

—Olvídalo.

“Te sentirías como si hubieras pasado todo el tiempo durmiendo”.

—No. —Honestamente, esa era una idea muy atractiva. Si Viernes se lo pidiera una vez más, ella le daría permiso. Pero no lo pidió.

“Hay una posibilidad de que haya exagerado ligeramente lo que tenemos que hacer”, admitió.

—¿En serio?

“Al menos, eso espero. No creo que estemos hablando de una respuesta a todo o nada en este caso. Mientras hacemos nuestras pruebas, la ventana se abrirá gradualmente. Solo necesitaremos seguir ajustando los parámetros de nuestra prueba para que siga volviéndose más transparente”.

—Hmm, parece factible —dijo Ewa—. ¿Estás seguro?

“No”, respondió Viernes. “Es solo una teoría”.

—Pues probémosla.

“Nos falta una herramienta para hacerlo. Necesitamos un calibrador que nos diga si estamos en el camino correcto”.

—Y, ¿dónde podemos conseguirlo?

“Tendrás que construirlo, Ewa. Esperemos tener los componentes para ello en el rover”.



LLEGARON AL VEHÍCULO JUSTO A LA CAÍDA DEL SOL. EWA ECHÓ UNA ÚLTIMA MIRADA AL SUELO. Todas las pequeñas rocas a su alrededor arrojaban largas sombras. «Cuando el sol se asienta bajo en el horizonte, no hace falta conjurar la magia para conseguir una sombra alargada», pensó. Debería escribir un libro de aforismos. Pero seguro que ella no era la primera en decir algo así.

«¿Debería preguntárselo a Viernes? No». Ella ya había hablado demasiado con él por hoy. Estos monólogos continuos eran agotadores. En su excursión de vuelta al rover, ella había visto a veces a alguien junto a ella o detrás de ella; solo lo veía por el rabillo del ojo y con mucha rapidez, pero había sido convincente. Necesitaba cuidar de su salud mental, y era por eso por lo que mantuvo a Viernes encerrado el resto del día. Podría montar el calibrador mañana por la mañana temprano.



Sol 323, Base de la NASA

SARAH Y SHARON SE REUNIERON EN LA ANTIGUA HABITACIÓN DE EWA. ERA TAN NUEVA QUE AÚN no habían instalado ningún equipo de vigilancia. En realidad, eso era un riesgo de seguridad. Sin importar el tema del espacio privado, Marte representaba un peligro para todos si se desarrollaba una filtración en alguna parte y no se detectaba a tiempo.

Pero ahora este descuido era una bendición, ya que les permitía hablar sin que el administrador pudiera escucharlas. Los técnicos de Ciudad Marte tenían acceso a todo el sistema técnico de la estación, pero lo único que podían ver desde ahí era el aumento en el uso del oxígeno en la habitación 17.

Sharon sacó un trozo de papel del bolsillo en la rodillera de su pantalón.

—Aquí está el mensaje de Ewa —dijo, y se lo tendió a Sarah, quien sostenía a su hijo envuelto en una manta.

—¿Y el dron?

—Lo he dejado fuera. Nadie lo encontrará allí.

—Bien.

Sarah habría disfrutado volviendo a la superficie de nuevo, pero por el momento no le parecía poder dejar a Michael solo allí abajo. Sharon se había ofrecido a cuidar de él, pero ese no era el problema. Sarah estaba más asustada de la posibilidad de caer presa de un accidente tonto en la superficie. Si eso sucediera, ¡Michael no tendría a nadie! Y toda excursión fuera de la base conllevaba un cierto factor de riesgo. Marte era un planeta implacable. ¿O era que sencillamente se había vuelto demasiado temerosa? Fuera cual fuera el caso, Michael no debería crecer siendo huérfano. Una vez Lance volviera de nuevo, todo iría bien. Pero hasta entonces ella tendría que sobrevivir allí abajo.

No estaba aburrida por la situación. Michael hacía valer sus exigencias, pero cuando las cumplía, siempre había algo que hacer en el huerto. Las dos mujeres se dividieron las tareas domésticas, pero como solo eran dos, no había mucho que hacer.

Sarah desdobló la nota.

—¿La has leído ya? —preguntó.

—Sí... sentía demasiada curiosidad para esperar —contestó Sharon.

—No pasa nada.

Ewa solo había escrito unas líneas. Parecía preocupada de que su nota cayera en las manos equivocadas, así que no había revelado demasiado sobre sus planes. O, ¿era posible que desconfiara de ellas? O, ¿se trataba de que Ewa quería protegerlas al no contarles demasiado? Al menos ahora sabían que le iba bien.

—No es muy informativa —declaró Sarah.

—Yo también lo pensé. La batería del dron no estaba agotada, lo cual significa que la envié hoy. No puede estar muy lejos.

—¿En la montaña?

—Eso también se me ocurrió. No hay tantas localizaciones posibles —respondió Sharon.

—Con suerte, el administrador no ha pensado en ello y no ha enviado a nadie.

—No debería saber nada sobre la máquina, ya que todo eso sucedió antes de su llegada.

—¿De verdad piensas que no ha amenazado a nadie para que se lo cuente todo?

—No lo sé, Sarah. Mike y Lance no le han contado nada, definitivamente, pero no conozco a los de MpT lo suficiente como para opinar.

—Ese Guillermo nos disparó por la única razón de que Ewa se lo había ordenado. —El mexicano se había disculpado, pero Sarah aún le guardaba rencor por ello—. Deberíamos avisar a Ewa, por si acaso no se le ha ocurrido que eso pudiera pasar.



LANCE LLAMÓ ESA NOCHE. DIO LA CASUALIDAD DE QUE SARAH ESTABA EN EL PUENTE, PARA enseñarle a su hijo todos los instrumentos y explicarles para qué servía cada uno de ellos. Michael se estaba divirtiendo, probablemente porque le gustaba oír su voz. Ella le había estado hablando desde que estuviera en su útero.

—Tengo dos minutos —dijo Lance.

Sarah sostuvo a su hijo frente a la cámara.

—Nos va bien. No te preocupes. Y, ¿tú cómo estás?

—Nos tratan bien. Hay muchas cosas que hacer, pero el ambiente es extraño.

—¿Extraño?

Lance lanzó una rápida mirada a su alrededor.

—No puedo entrar en detalles. No a todo el mundo le cae bien el administrador, pero él lleva la voz cantante aquí. Todo parece un poco irreal.

—¿Cuándo volverás?

—Ni idea. Tal vez nunca. Se supone que nos dan vacaciones en algún momento... individualmente, por supuesto. Lo creeré cuando finalmente lo vea.

—Las cosas no serán siempre así, Lance.

—Solo actúa de un modo razonable y calmado, cariño. Tienes que cuidar de Michael.

—No te preocupes, lo haré.

—Y, por favor, ten cuidado con en quién confías. El administrador tiene más amigos de los que piensas. Pero tengo que irme ahora. Te quiero, Sarah.

—Yo también te quiero. —Levantó el brazo de Michael para que saludara.

Lance rio mientras la pantalla se oscurecía.



Sol 323, Máquina de Marte

“TIENES QUE SUBIR POR LA ESCALERA”.

Ewa gruñó. Había poco espacio en el rincón más oculto en la parte trasera del rover. De todos los lugares, allí era donde estaba adherida a la pared la fotocélula que Viernes quería. ¿Cómo podía encajar la pequeña escalerilla en ese espacio? Juntó varias cajas. Tendría que funcionar. No podía abrir la escalera, pero podía apoyarla contra una de las estanterías de acero que cubrían la pared.

—Creo que ahora puedo llegar a ella —dijo. Subió dos peldaños y estiró el brazo. En ese momento, la escalera se deslizó debajo de ella. Se golpeó la barbilla contra el estante superior, pero consiguió recuperar el equilibrio y evitar una caída—. Mierda —susurró Ewa. Colocó la escalera en un ángulo más empinado y volvió a subir. Con el brazo derecho, podía llegar justo al componente del circuito. Metió la hoja del destornillador por detrás y comenzó a arrancarla.

“Arrácala”, dijo Viernes. “De todos modos necesito que el cable esté libre”.

Él le había prometido que el rover podría conducirse sin él. La función de fotosensores era para encender la luz interior cuando oscurecía. Era programable en diversos niveles de sensibilidad, y por eso lo necesitaba Viernes.

Oyó un ruido desagradable, un rasgado metálico. No obstante, tiró del destornillador una vez más. La pequeña caja se soltó de la pared. Ewa dejó caer el destornillador para coger el sensor. La herramienta giró de modo que su punta apuntaba hacia abajo justo cuando golpeó su pie desnudo.

—¡Ay! —gritó.

“Te dije que te pusieras zapatos de trabajo”, la recriminó Viernes.

—Gracias por tu compasión —contestó—. Al menos no sangra.

“Bien. Yo debería darte las gracias. Ahora solo necesitas coger la linterna y montarla, junto con el sensor, dentro de la caja que hemos construido. Entonces la sincronizaremos con tu aparato universal, y nuestro calibrador estará listo”.

La caja de la que Viernes hablaba había contenido con anterioridad latas de judías. Abrió dos agujeros en el fondo y ahora montó la linterna en ángulo oblicuo sobre un agujero, y el sensor sobre el otro. El sensor se componía de la fotocélula. La idea de Viernes era que la luz de la linterna se reflejaría desde la ventana hasta la fotocélula, lo cual revelaría cualquier cambio en las características ópticas del material.



—HECHO —DIJO EWA TREINTA MINUTOS MÁS TARDE.

La verdad es que se sentía agotada, pero claro, Viernes quería probar su invento. Ewa se metió obedientemente en su traje y liberó el aire de la cabina. Con el calibrador entre sus brazos, se encaminó hacia el punto donde aún estaba la batería.

“Deja la caja justo en el centro de los dos puntos de contacto eléctrico”, le instruyó Viernes.

Ella hizo lo que le ordenaba.

“Ahora, por favor, enciende el voltaje”.

Ewa encendió el interruptor.

“Gracias”.

Ella volvió a apagar la carga.

“Separa los contactos un poco más y reactiva la electricidad”.

Ewa hizo lo que Viernes decía.

“Gracias. Tengo buenas noticias. El calibrador funciona. No tendremos que seguir trabajando a ciegas, y ahora podemos probar cada combinación”.

—¿Hay alguna mala noticia?

“Aún necesitaremos una semana para hacerlo”.

—¡Maldita sea! —exclamó Ewa. Este estúpido experimento aún tardaría toda una semana. Debería haberse quedado en la base. No, eso no era justo. Viernes estaba haciendo todo lo posible por ayudarla a ella y a los demás humanos. A veces le parecía que él sufría remordimientos de conciencia, pero probablemente era eficiente que él operase de ese modo.



VIERNES FINALMENTE LA LIBERÓ UNA HORA ANTES DE LA PUESTA DEL SOL. A EWA LE DOLÍA LA ESPALDA. Si Viernes fuera una persona, al menos podría darle un masaje en la espalda. Por desgracia, él no había sugerido ni una sola vez tomar el control por ella. Por supuesto, eso no la habría protegido contra el dolor de espalda y de sus músculos, ya que él tendría que trabajar usando su cuerpo.

Ni siquiera tenía suficiente energía para observar los últimos rayos del sol. Cuando llegó al rover, descubrió que el dron que había enviado el día anterior había vuelto. Lo llevó dentro. Sarah y Sharon debían haber respondido. Era agradable saber que alguien pensaba en ella, principalmente porque ese alguien eran personas y no IAs. Las dos le avisaban de que no debería quedarse cerca de la máquina de la montaña mucho tiempo. Era de suponer que el administrador podría rastrearla hacia allí. Y aún cuando no estuviera específicamente buscando esa tecnología, intentaría usarla para sus propios propósitos.

Era probable que Sharon y Sarah tuvieran razón, pero primero tenía que terminar su trabajo allí. Si era arriesgado, pues que así fuera. Nadie se beneficiaría de su huida. Ewa respondió de inmediato. Su comida tendría que esperar.

QUERIDAS SARAH Y SHARON,

Muchas gracias por pensar en mí. Comparto vuestra preocupación, y por eso subiré al rover mañana y me acercaré más al polo sur. Allí Summers no me encontrará. Sin embargo, eso significa que no podréis localizarme con el dron. Os deseo todo lo mejor, y espero que podamos volver a vernos pronto bajo mejores circunstancias.

VOLVIÓ A LEER SU RESPUESTA UNA VEZ MÁS Y LA FIRMÓ. ERA MEJOR PARA SHARON Y SARAH QUE no supieran dónde se alojaba... al menos, para ellas. No tendrían que mentir. Saboreó algo amargo dentro de su garganta. Estaría completamente fuera del radar y sola. Sí, eso era lo mejor para ellas. Enviaría el dron con su mensaje de vuelta a la base de la NASA mañana.



Sol 324, Ciudad Marte

—OYE, LANCE —SUSURRÓ ALGUIEN DETRÁS DE ÉL. LANCE SE GIRÓ EN REDONDO, PERO NO HABÍA nadie a la vista. ¡Ahora también oía voces! Estar lejos de Sarah y de su hijo lo estaba volviendo loco.

—¡Oye, Lance!

Se giró, pero no había nadie allí.

—¡Mira detrás de la caja! —ordenó la voz.

Alguien le estaba gastando una broma. Había un hueco de unos cuatro centímetros entre la caja y la pared del almacén. Nadie podía estar escondido allí. Miró a su alrededor. Probablemente lo estuvieran observando. Apoyó su escoba contra la pared como si tal cosa, se dirigió a la caja, y se sentó en ella como si se estuviera tomando un descanso.

—Bien. Mete la mano detrás.

Era probable que algo le mordiera el dedo y varias personas entonces se echarían a reír. «Me da igual», pensó. «Les seguiré el juego». Eligió reclinarse contra la pared, se giró un poco hacia el lado, y dejó que su mano cayera en el hueco. Palpó hasta que encontró un objeto metálico. Lo sacó, y esperó poder mantenerlo oculto con su cuerpo. Era un pequeño altavoz que al parecer estaba controlado por radio.

—Deslízame en tu bolsillo y busca un rincón tranquilo —le animó el pequeño cubo.

¿Era un truco? ¿Estaba el administrador probando su lealtad? Lance se llevó la mano al pecho como para rascarse, y dejó caer el altavoz en el bolsillo de su camisa. Miró alrededor en busca de un escondite. Caminó una corta distancia hasta el cuarto de descanso, pero todo lo que tenía era una puerta de plástico. No quería que nadie le viera, ni que pudieran espiarle mientras estaba allí dentro. Entonces recordó el nuevo compartimento estanco. Su parte interior ya estaba acabada, pero aún no estaba conectada con el mundo exterior. La puerta del compartimento estanco era hermética y estaba insonorizada, y contenía una pequeña ventana.

Lance volvió para coger su escoba y su fregona. El equipo de limpieza era un excelente camuflaje. Salió del almacén, giró a la derecha, y giró una vez más a la derecha. Era impresionante lo rápido que estaba creciendo Ciudad Marte. Los expasajeros de la nave Spaceliner 1 habían recibido con rapidez sus propias habitaciones, y el Administrador Summers ahora dirigía el desarrollo de la infraestructura de la comunidad. ¡Se suponía que pronto habría un casino allí! La mayoría de las personas con las que había hablado Lance sonaban satisfechas con sus nuevas vidas en Marte.

El compartimento estanco a medio terminar estaba situado al final de un pasillo que pasaba por delante de un gimnasio recién inaugurado. A través de las puertas cerradas, Lance oyó a

alguien gruñir por el esfuerzo.

La puerta del compartimento estanco estaba abierta. Un cordón atravesaba la puerta. Pasó sobre él, entró en el compartimento estanco, y cerró la puerta haciendo girar la rueda. Nadie podría escucharle allí. Esperaba que el aislamiento no cortara el enlace de radio que operaba el altavoz portátil.

Lance se agachó y sostuvo el pequeño aparato redondo junto a su boca, como un micrófono.

—He encontrado un rincón tranquilo.

—Bien —respondió la voz que reconoció como la que había hablado antes—. Estoy buscando gente que piense como yo. ¿He encontrado eso en ti?

—No lo sé —respondió—. Primero necesito saber lo que tienes en mente.

—Deberías poder deducirlo por el modo en que he contactado contigo. Pero si no... Estoy muy disgustado por la persona que gobierna esta ciudad y el modo en que lo hace.

—Puede que yo sienta algo parecido —dijo Lance—. Pero ¿cómo puedo sabré que no me estás poniendo a prueba? No me he encontrado a nadie aquí a quien disguste el administrador.

—Eso quizá se deba a que no es aconsejable expresar tales opiniones en público. Incluso las paredes tienen oídos.

—Puede, pero eso no me convence.

—No puedo ayudarte con eso, Lance. Entiendo tu dilema, pero tú también tienes que entender el nuestro. Sabemos que hay colaboradores entre los de MpT. Este contacto también representa cierto riesgo para nosotros.

—Entonces probablemente no podamos trabajar juntos —dijo Lance.

—No esperaba que nos hiciéramos amigos con este contacto inicial. Tienes dos días para pensarlo. Puedes reunirte conmigo pasado mañana por la tarde en el gimnasio. Estaré allí ejercitándome con las mancuernas. La sala será segura.

—Comprendo.

—Por favor, deja el altavoz de nuevo tras la caja.

—De acuerdo.

—Gracias, Lance.

Lance no respondió. Se puso en pie despacio. Miró por la ventana para comprobar si había alguien en el pasillo antes de meterse el altavoz en el bolsillo, abrir la puerta, y salir del compartimento estanco con su escoba y fregona. Definitivamente necesitaba discutir esta oferta con Mike y los de MpT. «¿Qué había dicho ese tío? Alguien espía para el administrador». Le resultaba difícil de creer. No, no debería dejarse engatusar por una mera insinuación.



Sol 324, Cráter Flammarion

NUNCA HABÍA TENIDO AMPOLLAS EN EL TRASERO. WALTER ESTABA SENTADO EN SU DIMINUTA tienda iluminada por la linterna que había encontrado en el rover, y pensaba en el mejor modo de desinfectar las heridas en su piel y secarlas para poder volver a sentarse en el rover al día siguiente.

No había esperado que el viaje a través del paisaje marciano fuera tan difícil. Cuando Rebecca y Theo habían informado sobre su viaje, él había escuchado con una ceja enarcada. Su relato sonaba más bien al tipo de historias de aventuras que se contarían alrededor de una hoguera de campamento. Ahora le quedaba claro que los dos no habían exagerado, sino todo lo contrario.

Hoy había cruzado el Cráter Flammarion y había montado el campamento cerca de su borde más alejado. Aunque la llanura ante él parecía plana, no lo era. Era como si alguien hubiera salpicado todo el planeta con sal y pimienta. Los granos de pimienta eran fáciles de evitar porque eran bastante notables. Eran rocas puntiagudas que podía rodear. Durante un rato había sido hasta divertido, o al menos lo había sido hasta que los músculos de sus brazos comenzaron a dolerle por todas las maniobras.

Los cristales de “sal” eran más amenazantes, ya que estaban parcialmente sumergidos en la omnipresente capa de polvo. Era como si estuvieran incrustados y anclados al suelo. Lo peor era que eran difíciles de divisar, y cada vez que golpeaba uno con el rover, la verdad es que lastimaba muchísimo sus partes blandas. Y, a diferencia de Theo, Walter estaba principalmente compuesto de partes blandas, ya que nunca había sido muy dado a los deportes. Solo se había embarcado en este viaje porque se acercaba al final de su vida. Había querido hacer algo sensato con todo el dinero que había ganado durante toda su carrera, y colonizar Marte sonaba muy atrayente. Luego, inesperadamente, alguien le había ofrecido un lugar en la Santa María, al parecer porque pensaban que era eso lo que quería cuando donó sus millones a la causa.

Había sido su oportunidad. Su cáncer, desconocido para todos menos para él, estaba muy avanzado. Antes de partir en este viaje, su médico le había dicho los síntomas que debía observar para evaluar por sí mismo si el cáncer progresaba. Solo le quedaban unos tres o cuatro meses de vida. El médico que había ido a la emboscada de la base de MpT había advertido la gravedad de su estado, y por eso solo lo habían excluido a él en el grupo de hombres. Y, para su sorpresa, el médico había aceptado su petición de no decirle a nadie lo grave que estaba en realidad.

Este último viaje era su modo de matar tres pájaros de un tiro. Encontraría la paz y la privacidad que ansiaba para encontrar su muerte, sus acciones serían un desprecio deliberado hacia el administrador, y le había ahorrado a las mujeres de MpT el tener que ponerse en peligro

haciendo este viaje. Como su última buena acción, activaría el robot japonés y lo enviaría a la base de MpT para que pudieran usarlo como mensajero secreto y, o eso esperaba, jugara un papel definitivo para derrotar al administrador. Sería la pieza final del puzle, y habría hecho una real diferencia en su vida.

Pero primero necesitaba llegar a la sonda japonesa. Su nombre, que finalmente había aparecido en su cabeza después de todo, era Nozomi 2 y significaba algo así como “Segunda Esperanza”. Su predecesora había resultado dañada durante una tormenta solar de camino a Marte y había estado orbitando el sol desde entonces como un asteroide artificial. Walter había encontrado la posición de aterrizaje de Nozomi 2 escrita en sus propios informes. Nunca había esperado que esa información le fuera a resultar de utilidad.

Se quitó los calzoncillos y se tumbó sobre su estómago. Era el único modo de soportar el dolor. Sin embargo, no iba a poder conducir el rover tumbado. Cogió una toalla seca de su bolsa y la presionó ligeramente sobre la parte baja de su espalda y sus nalgas. Era peor de lo que había pensado. Su piel era una gran herida abierta. Dejó la delgada toalla con cuidado sobre ella. Le proporcionó un alivio momentáneo, pero ¿cómo se verían las cosas mañana? Si se quedaba así tumbado mucho rato, comenzarían a formarse costras que casi con certeza serían arrancadas cuando se pusiera de pie. Presionó la toalla con un poco más de firmeza. Tal vez eso mantuviera su piel más flexible. No había nada más que pudiera hacer por el momento.

Y, ¿qué pasaba mañana? Walter no podía imaginar sentarse sobre sus heridas durante doce horas. Había planeado hacer el viaje en diez días, y el robot necesitaría incluso más tiempo para volver a la base. Quizás... ¿podiera conducir el rover tumbado sobre su estómago? Ciertamente merecía la pena intentarlo. Podía tomar la tabla de la base de la tienda y asegurarla sobre el asiento. Probablemente necesitaría acortar la parte de atrás, lo cual también acortaría la tienda, pero eso no importaba.

¿Sería capaz de asegurar la tabla en el ángulo correcto para poder conducir el rover con sus brazos? No se atrevería a hacer giros locos o podría verse lanzado al suelo por la inercia. Por suerte, estaba solo y había suficiente espacio en el rover. Sin embargo, si hubiera tenido a un pasajero con él, esa persona podría haberlo atado a la tabla, lo cual habría hecho que esta idea fuera mucho menos arriesgada.

Pero no llevaba pasajeros y tampoco los quería. Ya tenía bastantes problemas por él mismo. Se estaba volviendo cada vez más difícil soportar su estado actual. Si no estuviera solo, debería tener los sentimientos de la otra persona en consideración. Tendría que irradiar seguridad a pesar de saber que esto era el fin, y fingir interés por la otra persona aunque apenas sintiera interés por él mismo. Solo quería que todo sucediera del modo menos doloroso y más tranquilo posible.

Walter se echó a reír. En lo que eso respectaba, su plan era una mierda. Nunca había soportado tanto dolor como el que estaba sufriendo durante este viaje.

—En todo caso, demuestra que sigues vivo —o eso habría dicho uno de esos eternos optimistas.

«¡Gilipollecés!», pensó Walter. No tenía ningún uso para el dolor. Si ese era su final, entonces que así fuera. Aunque sería agradable lograr algo antes de morir.



Sol 325, Máquina de Marte

“UN POCO MÁS”, DIJO VIERNES.

—Estoy en ello. —Empujó los contactos para introducirlos con un poco más de fuerza. La espalda le dolía muchísimo. Echó un vistazo a la hora sin que Viernes se diera cuenta. ¿Todavía no era mediodía? Sintió un ramalazo de furia. ¡No le debía nada a Viernes! Si le daba la gana, o si le fallaban las fuerzas, iba a tomarse un descanso, tanto si era mediodía como si no.

“Solo... no, espera”.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras seguía agarrándose a los contactos con desesperación.

“Pensaba...”, dijo Viernes.

—Bueno, eso es nuevo.

“Pensé que tenía algo. Y mira... los valores han mejorado. ¡La superficie se está volviendo transparente!”.

—¡Eso sería maravilloso!

“Sí, jugaré un poco más con la corriente. Ya no tienes que presionar los contactos. He grabado las coordenadas”.

—Bien. —Soltó los contactos y sus músculos se lo agradecieron de inmediato.

“¿Ves eso?”, inquirió.

Viernes tenía razón. La anteriormente negra superficie se estaba volviendo más dimensional. Parecía un gran lago en el que pudieras mirar. No el fondo, pero sí los peces que hubieran estado nadando cerca de la superficie; esos habrían sido claramente visibles.

—Increíble —dijo ella—. Ha funcionado de verdad.

“Y no ha sido magia”, respondió Viernes. “Solo física”.

Ewa dio un paso al frente. Ahora estaba al borde de una estructura que se volvía cada vez más transparente. Algo estaba sucediendo debajo. Parecía como si remolinos se estuvieran formando dentro, como si la fuente del profundo lago estuviera en el fondo. Por supuesto, eso solo era una ilusión óptica. Su transparencia no se había completado aún. Al parecer, Viernes estaba trabajando en ello.

Y entonces, bruscamente, estaba cerniéndose sobre una caverna. El material se había vuelto invisible. La roca negra había dejado sitio para la nada atómica. El efecto transparente era absolutamente perfecto. Ewa se arrodilló y pasó la mano por la superficie para convencerse de que aún seguía allí. Los humanos no podían producir aún tales efectos impresionantes.

Debajo de ella se encontraba la gran sala que recordaba. Ya había pasado tiempo allí, con Viernes, intentando dejar la máquina fuera de juego. Pero esta vez Viernes y ella necesitaban hacer lo contrario. Ella quería usar la ancestral tecnología para resolver un problema urgente e

inmediato. Necesitaba liberar a sus amigos de la tiranía del administrador, y para hacerlo necesitaba un argumento convincente. Una enorme montaña que pudiera conducir hacia Ciudad Marte sí que sería un argumento irrefutable. Pero aún les quedaba mucho camino por recorrer. No habían hecho más que ver el centro de mando de la máquina. Todavía tenían que establecer contacto con ella de algún modo.

—Y, ¿ahora? —preguntó Ewa.

“¿Quieres relajarte un rato en el rover mientras pienso una solución?”.

—No necesito un descanso en este momento, pero gracias —contestó—. ¿O te ayudaría que vaya a descansar al rover?

“No, para nada, pero de todos modos no puedo quedarme aquí solo. Si no necesitas un descanso, podemos continuar. Yo no lo necesito”.

—Entonces, ¡vamos!

“Mi plan es comunicarme con el sistema interno del ordenador por medio de todos los medios de transmisión posibles. Los impulsos electromagnéticos pueden penetrar con facilidad la ventana bajo nuestros pies”.

—Y, ¿qué esperas que suceda entonces?

“Algún tipo de reacción. Lo veré cuando ocurra. Solo necesitaré que tú hagas funcionar el radiotransmisor. Pero primero tenemos que hacer un cambio técnico”.

—¿Qué necesito hacer exactamente?

“Me estoy refiriendo a los sensores que graban tus datos biológicos”.

—¿Qué pasa con ellos?

“En tu casco hay un aparato que mide tu actividad cerebral. Permite que los demás sepan a distancia si estás consciente o no”.

—Pero solo alguien que esté dentro de mi área de señal.

“Necesito pedirte que redirijas este sensor para que ya no esté conectado con el colector de datos biológicos, sino con el transmisor”.

—¿Qué se supone que significa eso, Viernes? ¿Quieres que retransmita mis impulsos cerebrales a todo el mundo?

“No, los tuyos no, sino los míos. No bastará con decir algo en inglés en el receptor del transmisor. Puede que los marcianos no hayan oído este idioma nunca”.

—No hay marcianos.

“Tienes razón. Me refiero a las máquinas que al parecer han dejado atrás”.

—Y, ¿cómo les darás órdenes?

“Repararé todos los lenguajes de códigos establecidos. Puedo pasar de uno a otro a la velocidad de la luz, hasta que encuentre uno que provoque una reacción”.

—Y, ¿entonces?

“Entonces daré las órdenes”.

Ajá. Viernes pretendía tomar el control de una máquina gigante que fue construida siglos atrás por los anteriores habitantes de Marte. ¿Era buena idea? ¿Había sido ese su plan todo el tiempo? Ewa no podía imaginárselo. Había tantas cosas que habían salido mal y que nadie habría podido prever. Así que una diminuta parte de incertidumbre quedaba.

“¿No era ese tu objetivo?”, preguntó Viernes al notar sus reservas.

—Sí, pero me pregunto si esto es buena idea. No he tenido mucho éxito en el pasado con mis ideas, aún parecían acertadas en su momento.

“Entonces tus dudas son un agradable cambio”.

—Tienes razón. Vale, estoy de acuerdo.

“Eso no es suficiente. Tienes que redirigir tu sensor biológico”.

—Y, ¿cómo hago eso? —preguntó Ewa.

“Espera un momento y te lo explicaré”, respondió Viernes.



CONVERTIR SU SISTEMA DE DATOS BIOLÓGICOS LE LLEVÓ MEDIA HORA. DESPUÉS, SU APARATO universal pitaba de continuo. Era la alarma que anunciaba que, al parecer, estaba en muerte cerebral y necesitaba asistencia médica. El sistema no estaba programado para reconocer los datos contradictorios de su corazón palpitante, aún cuando seguía grabándolos.

—Qué pitido más molesto —dijo Ewa.

“Lo sé, pero puedo cambiarlo. Necesitaría desactivar el circuito, pero entonces ya no recibirías ninguna señal de tu sensor biológico”.

Pi... pi... pi... pi... no podía dejar de oír el aparato. El sonido la volvería loca antes o después, pero por ahora no había otra opción.

—Entonces date prisa, por favor.

Según la escala en el transmisor, vio que Viernes ya estaba trabajando. Las funciones de control del sistema estaban ahora reaccionando a ciertas acciones potenciales de su propia conciencia artificial. Ewa se imaginaba que una corriente eléctrica desde los pensamientos de Viernes revoloteaba sobre los sensibles aparatos de allí abajo.

Estaba observando uno de los aparatos cuando de repente saltó hacia ella, aterrizó sobre su rostro, y se pegó a su piel. Era imposible. Los metros de grosor del techo los separaban, aunque fuera transparente. El extraño aparato fue listo y retrocedió. Ewa se tambaleó un poco y decidió que era mejor arrodillarse.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

“¿Qué ha sido qué? No he notado nada”, contestó Viernes.

—¿Nada? Debo habérmelo imaginado. —Pero no era su imaginación. La cosa se había pegado a su cara y había reducido su suministro de aire. Parecía como si hubiera querido meterse dentro de su cabeza. Observó la gran caja de allí abajo. Viernes tenía razón. Nada de lo que había allí podía haber saltado sobre ella. Tal vez el incesante pitido la había vuelto loca antes de lo esperado, y de verdad estaba como una cabra.

«Como una cabra. Es una expresión divertida». La repitió varias veces en su cabeza. Cada vez le sonaba más extraña. Luego se transformó en un gusano. El gusano reptaba por su rostro. Tuvo el tiempo justo de conseguir cogerlo por la cola cuando intentaba deslizarse dentro de su oreja. Siseó ligeramente cuando lo agarró. Se lo llevó a la cara para comprender lo que quería.

Sonaba a que estaba diciendo que quería entrar en su cerebro. Sacudió la cabeza. Eso no estaba pasando. Su conciencia le pertenecía a ella y solo a ella. Pero el gusano se retorció y su piel se calentó. Ya no podía seguir sujetándolo sin quemarse, así que lo soltó.

«Bicho estúpido», pensó, justo cuando el gusano dio un gran salto y se enterró dentro de su fosa nasal derecha... menos la cola, que colgaba por fuera. La agarró pero no fue lo bastante rápida esta vez. El gusano se abrió camino hasta su cerebro. Se llevó las manos a las sienes pero solo consiguió golpear su casco. ¿Cómo se había colado el gusano por el visor de su casco?

«Impos...»

No llegó a terminar su pensamiento. Todo se volvió negro y cayó al suelo.



ABRIÓ LOS OJOS A UNA LUZ CEGADORA. ESTO DEBÍA DE SER EL MÁS ALLÁ, TAL Y COMO SE LO había imaginado de niña. Dios aparecería en un momento, un hombre con barba, y se la llevaría de la mano hasta un lugar hermoso. Había llegado al paraíso. Eso eran buenas noticias, teniendo en cuenta todas las cosas malas que había realizado.

Pero el hombre barbudo nunca llegó. Ewa tuvo que levantarse, lo cual hizo sin problemas. Sentía el cuerpo como nuevo.

—¿Viernes?

No hubo respuesta. Viernes no parecía estar allí. Con suerte no había resultado destruido. ¿Era posible que hubieran mezclado los conectores en el sensor biométrico? Ewa realizó varias sentadillas. Entonces cayó en la cuenta de que no llevaba puesto el traje espacial. Tras el shock inicial, se calmó. Si no hubiera aire respirable allí, ya estaría muerta.

Entonces se le ocurrió mirar a su alrededor. Estaba en la gran sala que acababa de observar desde arriba. ¿Poseían los marcianos una especie de tecnología de haces de luz que acababa de depositarla allí? Siempre había pensado que abducir a un ser vivo era imposible debido al principio de incertidumbre.

A su derecha vio un grupo de los cubos que había identificado previamente como el ordenador. Parecía intacto. Ewa no había necesitado sentirse mal al respecto después de todo. Se acercó para echarle un vistazo mejor. Al hacerlo, alargó la mano para tocar el material... y su mano lo atravesó sin encontrar resistencia, lo cual significaba que no la habían abducido a ninguna parte. Más bien esto era una proyección, aunque parecía todo muy real.

Ewa se protegió los ojos con la mano sobre la frente y levantó la vista. Por encima de ella vio algo de unos dos metros de largo y algo menos de un metro de ancho. Era un humano con un traje espacial. Era su cuerpo, tumbado allí arriba. Ewa intentó sujetarse al ordenador, pero su mano volvió a atravesarlo.

—¿Viernes?

Volvió a intentarlo, pero su compañero residente no parecía haber sido duplicado. Estaba sola y estaba oscureciendo. Ewa respiró hondo. Nada de esto era real. Viernes había *hackeado* su sensor biométrico esa misma tarde. No podía estar oscureciendo ya, pero lo que veía era obvio. La noche estaba cayendo. El cielo era negro. El techo era tan transparente que incluso podía distinguir algunas estrellas.

Sin embargo, la noche solo duró dos minutos y luego el sol volvió a salir. El cielo estaba más brillante que ayer, con menos polvo en el aire. «Nada de esto es real», se dijo a sí misma. Si había pasado todo un día, se sentiría hambrienta y tendría la vejiga llena. Pero entonces el nuevo día también acabó con rapidez. El sol ya estaba bajo sobre el horizonte. Pero algo no iba bien.

Entonces se acordó. El sol se estaba poniendo por el este. Necesitaba unos minutos para llegar a la conclusión correcta. Mientras tanto, el día se hizo noche y volvió a amanecer tres veces más. Y el sol seguía moviéndose de oeste a este. Lo que veía no era la realidad, eso le quedaba más claro que el agua. Pero tampoco era una proyección del presente. Alguien estaba reproduciendo el pasado. El tiempo se estaba moviendo hacia atrás. Quien le estuviera enseñando esta película estaba yendo a cámara rápida. El día y la noche no se alternaban cada varios minutos ya, sino cada segundo, hasta que finalmente el cielo se volvió de un gris rojizo, la mezcla cromática del día y la noche.

Las imágenes cambiaban con tanta rapidez que no podía verse ninguna estructura distinguible. Solo la ventana del techo, la sala, y ella misma eran los elementos constantes. Y el

cuerpo de aproximadamente doscientos por ochenta centímetros de largo tumbado en el borde de esa ventana. Reconfortaba a Ewa inmensamente. Sabía sin que nadie se lo dijera que podía volver en cualquier momento. No sabía exactamente cómo, pero era seguro que se le revelaría si lo deseaba con muchas fuerzas. De eso estaba segura.

¿Cuánto le quedaba a la película? La velocidad a la que estaba siendo rebobinada era imposible de juzgar. Más allá de un rango de unas veinte imágenes, o días, por segundo, y el ojo humano no podría registrar el parpadeo. De todos modos, ella no pensaba que esto fuera un marco temporal de años o siglos. Si eso tenía algún propósito, la proyección solo podía tener un objetivo, y era mostrarle los pasados miles de millones de años, cuando los primeros habitantes debían haber luchado una batalla perdida por su hogar. Los ordenadores de la gran sala debían haber reconocido que la comunicación era fútil, que no podrían encontrar un idioma común.

Ewa se quedó mirando al techo con anticipación. Su nuca debería estar gritando de dolor, pero esa era una de las ventajas de no tener un cuerpo real. Giró la cabeza hacia el lado solo para ver lo mucho que podría girarla sobre su hombro derecho. «Solo un poco más», pensó. Esperaba encontrar resistencia, pero no hubo ninguna. Ahora podía ver lo que había tras ella. Ewa soltó una carcajada. Por primera vez en su vida, ¡podía ver detrás de su espalda! Despacio, giró la cabeza aún más hasta que pudo ver su hombro izquierdo. Era una locura. Y ahora volvía a mirar hacia delante. Acababa de tener éxito girando su cabeza trescientos sesenta grados. Al menos, este experimento merecía la pena solo por hacerlo.

Comenzaron unos destellos estroboscópicos. Volvió a mirar al techo. Los días y las noches estaban cambiando con más lentitud. Una diferencia que era reconocible al instante era que los días eran mucho más brillantes que en el presente. El cielo estaba a veces gris y a veces azul. Entonces Ewa notó que el color gris procedía de las nubes que pasaban por el cielo azul. No era el mismo azul que en la Tierra, ya que era mucho más pálido, pero tampoco era el mismo marrón grisáceo y amarillento del cielo marciano. ¿Cuánto había viajado en el pasado? Los científicos humanos calculaban que habría habido agua, así como una atmósfera densa, en Marte unos tres mil quinientos o cuatro mil millones de años atrás. La evolución no había tenido mucho tiempo para llenar este mundo con vida.

Oyó un murmullo. Procedía de todo su entorno. Ewa se miró los pies. Vio agua clara que salía de unos chorros invisibles en el suelo. Le llegaba hasta los tobillos. La fría agua estaba a unos diez grados, pero no era desagradable y sus pies no se estaban mojando. El agua corría hacia una inclinación. Ahora le quedaba claro por qué el ordenador estaba metido en un hueco. La depresión era una cuenca. Estaba dentro de una piscina gigante. Todo lo que faltaba era el olor a cloro. Y no estaba sola. En la piscina había grandes animales que parecían manatíes de hasta dos metros de longitud.

No, se corrigió, no eran animales. Algunas de las criaturas estaban intensamente concentradas en los ordenadores del centro de la cuenca. Habían apagado las palancas de las máquinas, que parecían algo así como los botones manuales de un órgano. Los manipularon con sus extremidades frontales. Ewa también observó los orificios redondos que se abrían y cerraban en una parte de sus cuerpos; suponía que era la cabeza. Probablemente se estuvieran comunicando entre ellos. No podía oír nada, así que debían hacerlo a través de infrasonidos o ultrasonidos que su oído humano no podía detectar.

Ewa se sintió atraída hacia las criaturas. Le hubiera gustado tocarlas o abrazarlas. En la Tierra, ella había visto una vez un manatí varado en la playa. Allí había sido torpe y lento. Pero aquí, estas criaturas se deslizaban con elegancia por el agua. Uno de ellos se acercó a ella, levantó su extremidad derecha a modo de saludo, y luego volvió a girarse.

Otro se subió al suelo seco un poco más lejos de ella. Se tumbó de espaldas y sacó lo que parecía ser una versión suya en miniatura del bolsillo de su estómago. Ewa entendió que era su bebé. Llevó el bebé que se retorció hasta su rostro para que sus bocas se tocaran. Entonces miró profundamente en los ojos del bebé antes de disparar algo de su boca dentro de la del bebé. Comida... ¿qué si no?

Pero Ewa necesitaba tener cuidado. Era demasiado fácil interpretar algo de un modo erróneo. Estas criaturas no eran manatíes. Tenían una historia completamente diferente. Sus estómagos podrían haber estado situados en sus cabezas, y sus cerebros podrían haberse extendido por todo su cuerpo como una piel. La noción de que la evolución había seguido el mismo curso aquí que en la Tierra no era plausible, a menos que estos seres hubieran influido de algún modo en el desarrollo de la Tierra. Pero eso estaba probablemente muy lejos de sus habilidades. Era obvio que tampoco habían conseguido salvar su propio planeta.

Y, ¿cómo podrían haber influido en la evolución de la Tierra? Durante la Era Arqueana, aproximadamente unos tres mil quinientos millones de años antes, la superficie de la Tierra seguía siendo estéril. Toda la vida que existía lo hacía en exclusiva en los océanos. La atmósfera apenas contenía oxígeno. No fue hasta mil millones de años después, una vez que Marte ya estaba seco y muerto, que el evento de la gran oxidación de la Era Proterozoica llevó a la formación de las condiciones ideales para promover la vida moderna. Al mismo tiempo, la mayoría de los organismos que se habían desarrollado antes de ese punto se extinguieron.

Otro de los manatíes se acercó a ella. La criatura, como la anterior, levantó su extremidad derecha y la movió como un saludo. Tenía cuatro dedos que estaban conectados por una especie de membrana en la base. Ewa esperó y la criatura continuó moviendo la mano. ¿De verdad iba destinado a ella? Giró la cabeza para mirar tras ella, pero no había nadie más allí. Así que interpretó el gesto como una invitación. La criatura salpicó con sus patas traseras en la superficie del agua, se giró en redondo, y recorrió el borde de la cuenca por toda la sala.

Ella lo siguió. El agua le llegaba a las caderas allí. Las demás criaturas no parecían verla. Estaban ocupadas con los aparatos en los que estaban trabajando, y que Ewa suponía serían ordenadores. Todos parecían tener pantallas. Ewa pensó que había reconocido un mapa de Marte en una de ellas. Numerosos cuerpos de agua, en especial en el hemisferio sur, estaban subrayados en él. De vez en cuando, su guía se giraba para comprobar que ella seguía allí. Luego continuaba su camino.

Llegaron al extremo de la sala, donde la cuenca también terminaba. Su líder desapareció brevemente bajo el agua, pero volvió a aparecer un minuto más tarde. Esta vez llevaba una máscara en la cabeza y una especie de maleta en la espalda. La maleta estaba hecha de un material blando. Tenía dos mangueras que se extendían desde allí y estaban conectadas a un casco que la criatura también llevaba.

Por el visor transparente, Ewa pudo ver que el agua fluía por las mangueras y mantenía húmeda la parte baja de la cabeza de la criatura. Suponía que estaba respirando por la filtración de su gas respiratorio sacado del agua. Era difícil adivinar si el gas era oxígeno u otra cosa. Y el hecho de que ella podía respirar allí tampoco le proporcionaba ninguna información, ya que era una mera proyección de sí misma.

La criatura salió de la cuenca. Sus movimientos en tierra firme eran torpes pero también muy eficientes. Llegaron a una estructura circular que contenía una puerta también circular que parecía haber sido abierta por una mano desconocida. La criatura entró renqueando por la abertura. Ewa tuvo que agacharse, ya que la cámara dentro era muy baja. Su instinto le dijo que iban a moverse hacia arriba. Rápidamente llegaron a su destino y la puerta ante ellos se abrió

también. La criatura salió reptando primero, y Ewa la siguió. Se encontraron en una montaña.

Pero no era la montaña que conocía. Estaba sobre el tejado de una enorme e intimidante construcción hecha de un material negro como la noche y que se extendía bien lejos por toda la zona. Al sur pudo ver un ancho río fluir. El agua reflejaba el sol, ahora en su cénit. Unas pequeñas nubes grises flotaban en el cielo.

Las pendientes de las orillas parecían haber sido excavadas muy recientemente. La máquina estaba situada justo en el punto donde terminaba el río. Eso no podía ser una coincidencia. ¡Habían interpretado erróneamente la función de la máquina! Sí, levantaba la superficie de Marte en su recorrido, pero no pretendía liberar dióxido de carbono. Eso era simplemente un derivado del presente, porque ahora había una gran cantidad de dióxido de carbono en el suelo. En realidad, el verdadero propósito de la máquina debía haber sido aumentar el espacio habitable para los habitantes de Marte, al crear un paisaje de canales a través de su planeta natal.

Sin embargo, incluso desde el principio, Marte había poseído menos recursos de agua que la Tierra. Una mayor masa de agua significaba más área habitable para los habitantes de Marte, quienes al parecer se habían adaptado a los poco profundos cuerpos de agua. Este proceso también debía haber aumentado el nivel de evaporación. Cuando cantidades mayores de agua eran absorbidas por la atmósfera, se convertía en un objetivo fácil para el viento solar, debido a la falta de un campo magnético.

Al parecer, las criaturas que parecían manatíes habían acelerado la evolución de Marte a desierto hostil por sus propias acciones. ¿Habrían sido conscientes de ese hecho en su momento? Ewa observó la máquina gigante. Quien controlara esa tecnología debía haber previsto con certeza lo que se le avecinaba al planeta. Pero eso no parecía haber evitado que cada siguiente generación luchara por conseguir una vida mejor para ellos.

Ewa suspiró. ¿Por qué le resultaba todo tan familiar? La criatura que la había guiado hasta allí estaba observando el paisaje en silencio. Era tan parte de la simulación como ella. No podía preguntarle nada porque ni siquiera era capaz de oír los sonidos que producía. Ewa dio unos pasos. El oscuro material se hundía un poco bajo sus pies mientras caminaba, o ¿era solo su imaginación? Había algo en el borde de la plataforma. Reconoció de inmediato su figura. Era lo que la conectaba a la realidad. Aún tenía un problema por resolver. Explorar los secretos de una cultura que se había extinguido hacía mucho era excitante, pero no ayudaría a sus amigos. Su decepción se manifestó con una sensación de opresión en el pecho.

Era hora de volver. El manatí que la había llevado hasta allí ahora la estaba ignorando. Tal vez la comunicación entre ella y la IA que estaría protegiendo esta máquina durante toda la eternidad solo llegaba hasta allí y no más lejos. Le había dado a ella, a su visitante, una visión del pasado. Eso era lo que interesaba a los visitantes del futuro. No podía haber tenido ningún conocimiento de los problemas actuales de Ewa, y a Ewa tampoco se le ocurría ningún modo de haberle explicado nada.

¿Cómo regresaría a su cuerpo? Miró a su alrededor, pero no había nadie allí que pudiera ayudarla. Se acercó al manatí que tenía el aparato de respiración. La criatura sostenía lo que parecía una bola en su mano; su superficie brillaba como la pantalla de un ordenador. Con sus delicados dedos, tocó la pantalla y la perspectiva cambiaba cada vez que lo hacía. Lo que veía era una versión en miniatura de Marte. Los océanos desaparecieron y fueron sustituidos por líneas delgadas que se extendían desde el polo sur. ¿Líneas de comunicación, o incluso calles?

La imagen cambió a superficies rojas y verdes. Ewa no podía interpretar lo que significaban. El hemisferio norte era más rojo que verde, y el hemisferio sur era todo lo contrario. Ewa intentó quitarle la esfera a la criatura. Tal vez algo sucediera entonces, pero su mano atravesó al manatí.

Nada allí era real.

¿Qué podía ayudarlo? Tal vez pudiera regresar a su cuerpo si saliera del rango del proyector y se volviera invisible así. Merecía la pena intentarlo, y nada sucedería de todos modos porque ella no era más que una proyección... y una proyección no podía morir. Se acercó más al borde del tejado. Era una caída profunda, de más de cien metros.

Tenía miedo, pero saltó de todos modos.



Sol 325, Base de la NASA

—NO PUEDO CREERLO —DIJO SHARON—. NO PUEDE ESTAR TAN LOCA.

Sarah sacudió la cabeza.

—Ya la conoces. Cuando se le mete una idea en la cabeza...

Sharon alisó el papel con el mensaje.

—Y por eso subiré al rover mañana y me acercaré más al polo sur —leyó en voz alta la nota de Ewa.

—Eso fue ayer —dijo Sarah—. Hace mucho que se ha ido.

—Tal vez sea solo una estratagema —opinó Sharon—. No quiere que el administrador la encuentre.

—Pero su mensaje llegó a nosotras.

—Tal vez crea que una de nosotras está colaborando con el administrador —dijo Sharon.

Sarah solo pudo echarse a reír. Era una risa relajada. Sharon tenía que estar de broma. Nadie era tan cobarde como para unir fuerzas con el administrador.

—¿Piensas que deberíamos ver cómo le va? —preguntó Sharon—. Tal vez estuviera deseando que una de nosotras le suplicara volver.

—Ewa no piensa así.

—Yo no lo descartaría —dijo Sharon.

—Bien, entonces, para el futuro, ya sé lo que piensas.

—¿Quieres decir que no crees que deberíamos comprobar cómo está?

—Exacto. Dejémosla en paz —dijo Sarah.

Sharon suspiró.



Sol 326, Ciudad Marte

LANCE ENTRÓ EN EL GIMNASIO Y COLGÓ SU TOALLA SOBRE EL MANILLAR DE LA BICICLETA. Estaba allí solo para hacer ejercicio y nada más. Necesitaba asegurarse de que quien lo estuviera vigilando lo pensase también. No iba a resultarle fácil. Nunca había sido fan del secretismo, las mentiras, o los engaños.

Subió a la bicicleta y comenzó a pedalear. Estaba configurada en el piñón más alto, pero lo dejó así. Quería que le subieran las pulsaciones y romper a sudar. En el rincón izquierdo, un tipo estaba levantando pesas. El hombre medía casi dos metros de alto y tenía la apostura de un boxeador. Tenía el aspecto de alguien a quien no querrías enfadar, pero tenía un rostro amigable y le sonrió a Lance.

La puerta del gimnasio se cerró desde fuera. Lance se sobresaltó. ¿Era una trampa?

—Relájate. Te dije que todo iría bien —le dijo el otro hombre.

—¿Ha sido un amigo?

—Sí, hay alguien fuera vigilando para que no nos molesten. La cerradura necesita que la arreglen.

—Qué práctico —exclamó Lance.

—Soy Terran, Terran Carter.

—Encantado de conocerte, Terran.

El posible boxeador dejó las mancuernas y se acercó a él. Se estrecharon la mano mientras Lance permanecía en la bicicleta.

—Siento lo que Summers os ha hecho a todos —dijo Terran.

—¿Cómo sabes eso?

—Las noticias vuelan por aquí. No todo el mundo que formó parte de la expedición está de acuerdo con lo que hizo.

—Me alegra oírlo. ¿Significa eso que habéis formado una especie de alianza secreta?

—Si quieres llamarlo así. En realidad solo somos unos cuantos que discutimos sobre cómo podemos reemplazarle al fin por un nuevo administrador.

—¿Alguna idea concreta?

—Es probable que ya lo hayas notado, Lance, pero hay un número de personas aquí que están totalmente contentas con el status quo. Todo está progresando y, para ellos, eso es todo lo que importa. Se fastidiarían a sí mismos si fueran contra el administrador.

—Así es la gente.

—¿Tú también? Entendería que lo fueras. Si no quieres verte implicado, nunca volverás a saber nada de nosotros. Ninguno te culpará ni te dirá nada. Si el administrador descubre que no

estás de su lado, y eso se le da bastante bien, será el final de tu carrera.

—Carrera. ¡Qué bueno! Solo estamos aquí para que él nos use como peones contra los demás.

—Eso es exactamente lo que yo pensaba —dijo Terran—. Y por eso nos hemos acercado a vosotros primero.

—¿Te refieres a Mike y a mí? Nuestros amigos de MpT también tienen cuentas pendientes con Summers.

—¿Estás en contacto con ellos?

—Lo discutí con todos antes de reunirme aquí contigo hoy.

Terran se quedó en silencio y se rascó la barbilla.

—Ese... ese no era nuestro plan.

—Entonces necesitarás alterar el plan.

—El problema es que Summers tiene a un espía entre los de MpT. Eso lo sabemos con certeza.

—¿Quién es?

—Eso es lo que no sabemos.

Ahora Lance se quedó callado. Allí estaban cinco de los hombres de Marte para Todos: Theo, Andy, Ketut, Shashwat y Guillermo. No habría pensado que ninguno de ellos espiara para el administrador. Pero tampoco había otro modo de asegurarse.

—Tal vez sea una de las mujeres —dijo Lance finalmente.

—Puede. Necesitamos probarlo con urgencia.

—¿Probarlo?

—Hemos estado contando diversas versiones de una información falsa para comprobar qué versión le llega al administrador.

—¿Lo habéis hecho antes?

—Sí, a bordo de la Spaceliner. Y funcionó.

—Ya.

—Pero para que funcione de nuevo, no puedes contar nada. ¿Puedo confiar en ti?

—Lo prometo —dijo Lance—. Pero ¿quiénes sois? Si voy a apoyaros, necesito saber quiénes están en tu grupo.

—Comprendo. Lo hablaré con los demás y te los presentaré en nuestra próxima reunión.

—¿Vamos a vernos de nuevo?

—Eso espero, Lance. Te enviaré un mensaje con la hora y el lugar.



Sol 327, Máquina de Marte

EWA NO MURIÓ. DESPERTÓ EN EL TECHO DE LA MÁQUINA CON LAS ARTICULACIONES RÍGIDAS Y doloridas. Antes de incorporarse, miró a derecha e izquierda. Nada a su alrededor había cambiado.

—¿Viernes?

“¡Has vuelto! ¡Oh, Ewa, me alegro tanto!”, exclamó.

—¿Por qué? Solo me he ausentado un rato.

“Mira hacia arriba”.

El sol aún no había llegado a su punto más alto, lo cual significaba que su cuerpo había estado tumbado ahí casi un día completo, inconsciente todo el rato. No era raro que le dolieran las articulaciones. Tenía la boca seca, así que bebió por su pajita.

—No me di cuenta de que había pasado casi todo un día.

“Dos días”, le corrigió Viernes.

—¿Qué? ¡Eso es imposible!

“Pero cierto. Estaba muy preocupado por ti. Estuve muy cerca de desconectar tu sensor biométrico y cortar la conexión de modo manual. Pero me daba miedo que no pudieras encontrar el camino de vuelta si lo hacía.”

—Gracias a Dios que no interferiste.

Ewa se sentó. «¡Mierda!». Su cuerpo debía haberse aliviado por instinto durante su ausencia. ¡Y no llevaba pañal! Ya debería saber que debía esperar lo inesperado. Tenía un auténtico desastre entre sus manos. Ewa gruñó al pensarlo.

“¿Algún problema?”, preguntó Viernes.

—Sí, pero no es nada que te concierna.

“¿Tuviste éxito al menos?”.

—Por desgracia no. Ni siquiera hemos avanzado un poco.

“¿Qué pasó?”, se interesó Viernes.

—Me hicieron un *tour* por la historia del planeta. Hemos malinterpretado la función de la máquina.

“Más espacio. Sería mejor que me lo contaras todo al detalle. Quizás la solución esté oculta ahí en alguna parte. El patrón de pensamiento de los habitantes de Marte podría haber sido tan completamente diferente que podrías haber pasado de largo ante información importante”.

—Vale. Pero en el rover. Necesito lavarme y encontrar algo bueno de comer.

“Por supuesto”.



EWA SE SENTÓ EN LA CAMA EN ROPA INTERIOR Y COMIÓ UNA GALLETA SECA. ESTABA RIQUÍSIMA. Había encontrado el paquete en la estantería debajo de la cama. Con cada bocado se sentía cada vez más como una persona. En su cabeza, repasó las imágenes que la máquina le había mostrado a través de su sensor biológico. Seguían siendo increíblemente vívidas. Era casi como si alguien hubiera cogido un pincel mágico y hubiera pintado dentro de las capas más profundas de su conciencia.

Tragó el último bocado.

“¿Podemos hacerlo ahora?”, preguntó Viernes.

—¿Has estado escuchando otra vez?

“No pude evitarlo.”

—También era solo un chiste.

“Pareces de buen humor, Ewa”.

Viernes tenía razón. En realidad estaba de buen humor. Y ni siquiera había podido resolver su problema principal. Las cosas que había aprendido allí no eran útiles para nadie. En el momento también había parecido que no iba a ser capaz de contárselo a nadie.

—Sí, me siento bien —contestó Ewa—. Muy limpia y renovada, como si mi mente hubiera sufrido un completo reseteo.

“¿Quién sabe? Tal vez sea la influencia del exterior”, dijo Viernes.

—¿Te refieres a que alguien podría haberme manipulado?

“No es imposible, aunque altamente improbable. Ahora, por favor, infórmame de todo lo que has experimentado mientras estabas ahí tumbada inconsciente”.

Ewa le contó a Viernes lo que había visto. Los recuerdos se reprodujeron en perfecto orden, y tuvo facilidad para ponerlos en palabras, algo que Ewa no conseguía recordar haber experimentado antes. Era como si hubiera estado muy alerta en todo momento durante ese tiempo. ¿De verdad era su cerebro capaz de tal logro?

Viernes se limitó a dejarla hablar. Ewa incluso tuvo la suficiente capacidad mental para estar consciente mientras informaba. Por suerte, Viernes no le interrumpió. Parecía saber que no hacía falta hacer ninguna pregunta. Las imágenes en su cabeza eran de tal perfecta calidad que no podían ser naturales. Pero claro, tampoco surgían de una fuente natural.

Su informe acabó con su salto desde el techo de la máquina.

“Eso fue una irresponsabilidad”, dijo Viernes.

—Funcionó.

“Solo tuviste suerte”.

—No, estaba bastante segura de que funcionaría.

“Bien, Ewa. Ahora a nuestro problema”.

—¿Se te ha ocurrido algo?

“En definitiva, la solución no está oculta en la historia que te ha sido presentada. Los humanos ya conocen suficientes historias como esa”.

—Desde luego, habrían muerto en algún momento.

“Sí. No tenían otra alternativa. La Tierra no estaba tan lejos en esa época. No habría sido más habitable que lo que Marte lo es para nosotros hoy.

—Pero seguimos intentando sobrevivir.

“Sí, Ewa, y ahí puedes ver lo mucho más avanzados que eran los habitantes de Marte en contraste con los humanos modernos”.

—Viejo escéptico.

“Soy realista, Ewa. Pero eso no es lo que importa aquí. Aunque no he visto una solución para nuestro problema, en mi opinión, tenemos algunas pistas importantes”.

—Y, ¿cuáles son?

Ewa sintió frío. Consideró si debería subir la calefacción o ponerse algo de ropa cálida. Vio su colcha, se tumbó en el catre, y se tapó.

“Miraste las pantallas varias veces, y luego lo último que viste fue esa esfera con el mapa de Marte. Hay un lazo común”.

Eso era correcto. Los mapas habían sido muy diferentes al resto, pero una zona específica siempre sobresalía.

—El polo sur —dijo.

“Exacto”, respondió Viernes. “El polo sur está cubierto ahora por un casquete de hielo de muchos kilómetros de grosor. Pero debajo se supone que hay lagos con agua líquida”.

—¿Quieres decir que los habitantes de Marte han sobrevivido allí?

“No lo considero posible. Habrían dejado sus huellas por todas partes. No, murieron hace mucho tiempo, pero podrían haber emigrado allí durante sus últimos siglos. Estás buscando un milagro. Tal vez encontremos algo entre las cosas que dejaron atrás que podamos usar contra el administrador”.

—Entonces ¿deberíamos dirigirnos al polo sur?

“Eso es lo que yo haría, Ewa”.

—Entonces deberíamos ponernos en marcha hoy... ahora.

“¿No quieres descansar primero?”.

—No, Viernes. Pondré el rover en piloto automático para partir de inmediato.



Sol 328, Base de la NASA

SARAH OYÓ UN ZUMBIDO METÁLICO. SU TONO ERA TAN PROFUNDO QUE NO PODÍA SABER DE DÓNDE procedía. ¿O lo había soñado? El sonido regresó. Sarah miró el reloj. Estaba de guardia ahora, desde que Sharon terminara su turno hacía poco rato. Suspiró, se levantó, y se cubrió los hombros con la chaqueta. Michael estaba profundamente dormido en su cama. El ruido, sin embargo, no parecía que fuera a disiparse por sí mismo.

En el pasillo, Sarah notó que el sonido parecía proceder del compartimento estanco. Alguien estaba intentando entrar. Como nadie respondía a través del radiotransmisor, debían ser invitados sin invitación. ¿O era Ewa, quizás, con algún tipo de necesidad? Sarah llegó a la cámara interna. En su modo actual, el compartimento estanco solo podía abrirse desde el interior. Sarah liberó con rapidez la cámara externa. El ruido cesó. El indicador luminoso en el panel de control mostraba que la cámara se estaba llenando de gas respirable. Unos instantes más tarde, la cámara interior se abrió.

Sarah dio un paso atrás. Reconoció el traje de la Spaceliner, como el que vestía Ewa, pero no contenía a ninguna mujer. Era un hombre con una barriga considerable. Le seguía otro hombre que era unos diez centímetros más bajo. Sarah esperó a que los hombres se quitaran los cascos. Sintió una mano en el hombro y lanzó una mirada sobresaltada por encima de su hombro. Sus visitantes habían obviamente despertado a Sharon, quien ahora estaba junto a ella.

—Por favor, perdonen la intrusión —declaró el hombre regordete.

—No tienes por qué disculparte —le corrigió el más bajo.

Sarah buscó chapas identificativas en sus trajes, pero no encontró ninguna.

—Me enseñaron a ser educado —replicó el primero.

—Si eres demasiado amable, no te respetarán —contestó el más bajo, quien sacó como si nada un arma de la bolsa de herramientas sujeta a su traje.

—No lo creo. Señoras, ustedes son sensatas, ¿verdad? —dijo el hombre regordete, quien miró primero a Sarah y luego a Sharon. De inicio, a Sarah le resultó más agradable que su compañero, pero al fijarse más en sus ojos se reveló una casi palpable arrogancia.

—Eso depende de lo que quieran —dijo Sharon.

—No queremos nada de ustedes —contestó él.

—Eso no es cierto —volvió a corregirle el más bajo—. Venimos en busca de información.

—¿Sobre qué? —preguntó Sarah.

—Eso está mejor —dijo el grandullón—. Cuanto antes consigamos lo que necesitamos, antes podremos marcharnos.

—Eso, a menos que quieran que nos quedemos —dijo el más bajo—. Tienen que haber

pasado mucho tiempo sin compañía masculina, así que quizás necesiten llevar a cabo alguna reparación, o tal vez tengan otras preferencias.

Sarah se esforzó por no echarse a reír. ¿De qué cementerio de zombis había sacado el administrador a estos dos tipejos? La escena le recordaba a una película antigua, de las de bajo presupuesto.

Al parecer, Sharon pudo controlarse un poco mejor.

—Bien, ¿qué quieren saber? —preguntó.

—Hemos oído que, al parecer, hay una especie de máquina interesante en la zona —dijo el gordo, quien infló las mejillas y resopló mientras exhalaba.

—¿Qué tipo de máquina? —preguntó Sharon.

—Vayamos al grano —replicó—. Nuestras fuentes son fiables. No intenten engañarnos.

—Si ya lo saben todo, ¿para qué nos preguntan? —dijo Sharon de malos modos.

—No conocemos su localización exacta.

—La verdad es que no sé de qué están hablando —dijo Sharon—. ¿Qué se supone que hace esa máquina?

—Creemos que toma dióxido de carbono del suelo... —El más bajo cerró la boca después de que el gordo le diera un codazo.

—Ah. Bueno, como ya he dicho, nunca la hemos visto —afirmó Sharon, quien se giró en redondo para marcharse.

—No te muevas cuando te estoy hablando —ordenó el más bajo, quien la cogió del pelo y tiró hacia atrás.

—¡Suelta! —gritó Sharon. Parecía a punto de atacarlo.

—¡Para! —dijo Sarah—. No se merece ese trato.

Sharon se apoyó contra la pared e intentó recuperar el aliento. Sarah se alegraba de que no se hubiera producido una pelea. No eran recomendados los jueguecitos cuando había un arma de por medio, aún cuando Sharon fuera instructora de artes marciales cualificada.

—Tú parece ser la más sensata de las dos —le dijo el gordo a Sarah—. Por lo visto, entiendes que podemos decidir si tu hijo crece para ver a su padre o no.

«Cerdo», pensó Sarah, pero guardó silencio.

—Bien, ¿y la máquina? Todo lo que necesito es una dirección.

—Al norte —dijo Sarah sin pensar. No consiguió convencerse de darle la dirección correcta. El gordo asintió con la cabeza.

—Perfecto —dijo—. Y más vale que sea la verdad o atente a las consecuencias.

Su radio zumbó y atendió la llamada. Escuchó durante un momento y luego sonrió con descaro.

—¿Müller? —preguntó el hombre más bajo.

—Sí, Müller.

—¿Has dicho al norte? —le preguntó el gordo a Sarah.

—Sí, al norte —confirmó.

—No obstante, nuestros colegas han encontrado huellas de vehículos en una dirección completamente diferente, van hacia el desierto.

—Es que también hemos ido en otras direcciones, por supuesto.

—Pero al norte el terreno está tan suave y limpio como el culito de un bebé —dijo el gordo.

—Tapamos esas huellas a propósito.

—Tienes suerte de que no sea rencoroso —afirmó el gordo—. Vamos, Tanner, nos largamos.

—Ha sido un placer hablar con vosotras —dijo el bajito mientras entraba en el

compartimento estanco.

El gordo le siguió sin pronunciar palabra. Ninguno de los dos se había puesto el casco aún. Sarah se planteó por un instante saltarse los controles del compartimento estanco y dejar que se ahogaran. Pero eso sería cometer un asesinato y, casi peor, se pondría a su nivel.

—Ojalá Ewa ya se haya ido —dijo Sharon.

Sarah miró a su colega y la abrazó. Acababa de darse cuenta de las fuerzas que había agotado durante esta visita. Se alegraba de que, al menos, Sharon estuviera allí con ella.



Sol 328, Ciudad Marte

ERA LA HORA DE LA SIGUIENTE REUNIÓN EN EL GIMNASIO. DE NUEVO, LA PUERTA PARECIÓ cerrarse desde el exterior como por arte de magia. Un hombre y una mujer estaban junto a las mancuernas. Lance no conocía a ninguno de los dos, pero la mujer le resultaba vagamente familiar. Debía haberla visto en alguna ocasión en la NASA.

Ella se acercó a él. —Voy a ser breve y escueta. Soy Jean Warren.

¡Por supuesto! Ella se había labrado un nombre en la NASA tras haber acoplado manualmente una cápsula de pasajeros a la estación espacial tras un fallo completo del sistema eléctrico de la estación.

—Te conozco —dijo Lance.

—Yo era la capitana de la Spaceliner.

—Por eso también, pero me refiero a tus días en la NASA.

—Ah, eso. —Rio.

Ahora el hombre se acercó también. Parecía un poco más joven que Jean y se presentó como Isaac McQuillen.

—Soy biólogo.

—¿Aún? —preguntó Lance.

El hombre le miró con curiosidad.

—Bueno, como enemigo del administrador... —dijo Lance. La pregunta era evidente en su pronunciación.

—Oh, Summers no se ha enterado de tanto aún —informó Jean—. Isaac es nuestra conexión con los científicos.

—Genial —dijo Lance—. ¿Dónde está Terran?

—No ha podido venir hoy. No estaría conveniente que viniera siempre él a reunirse contigo. Y, de todos modos, tú deberías conocernos al resto.

—Me alegro —dijo Lance—. En realidad, estoy encantado. Vosotros me proporcionáis un poco de esperanza de que resolveremos este follón.

—No vayas tan rápido —le advirtió Isaac.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Jean—. Hoy trataremos un problema diferente.

—El informador —dijo Lance.

—Exacto —confirmó Jean—. Hemos preparado una charada. Tu trabajo consistirá en hablar con cada uno de los miembros de MpT y darles información.

—¿Sobre qué?

—Uno de los almacenes contiene archivos secretos sobre los conspiradores.

—Pero ¿cómo se supone que voy a saber eso?

—Como limpiador, tienes acceso a todas partes. Solo les dirás que encontraste algo por casualidad que te pareció extraño. Eso debería bastar.

—Y, ¿qué se supone que sucede entonces, Jean?

—Les dirás a cada uno de ellos un almacén diferente. Nosotros vigilaremos los almacenes. Cuando esa sala en especial sea inspeccionada, tendremos a nuestro informador.

—No lo sé —dudó Lance—. Me resulta raro. Como si yo también fuera un informante.

—Sé lo que quieres decir —respondió Isaac—. Se llama sentimiento de culpa. El administrador nos está obligando a hacer cosas que no haríamos bajo ninguna otra circunstancia. Solo por eso merece ser destituido.

—Espero que esto ayude —dijo Lance.

—Desde luego, nos acercará más al objetivo. Necesitamos saber en quién podemos confiar.

—Chicos, pondría la mano en el fuego por Andy y Theo.

—Estoy segura de que yo sentiría lo mismo —dijo Jean—, pero no puedes ver dentro de sus cabezas.

—No, claro que no —admitió Lance—. ¿Cuándo debería empezar?

—Lo antes posible —contestó la excapitana—. Enseguida tendremos vigilados todos los almacenes.



Sol 329, Base de la NASA

SARAH ESTABA SUDANDO. HABÍA PASADO MUCHO TIEMPO DESDE LA ÚLTIMA VEZ QUE emprendiera un viaje tan agotador. No solo necesitaba recorrer el camino hasta la máquina, sino que debía hacerlo de tal modo que la montaña artificial la ocultara a cualquier posible espía de Ciudad Marte. Sarah partió antes del amanecer después de que ambas mujeres hubieran lanzado una moneda al aire. Sharon se quedaría atrás para cuidar de Michael y alimentarle durante el día con la leche que se había sacado. En realidad, Sarah no había querido tomar ningún riesgo de que algo le sucediera en el exterior, lo cual resultaría en que Michael creciera sin ninguno de sus padres, pero hoy la perspectiva de salir del confinamiento de las salas subterráneas y volver a ver el horizonte por fin era sencillamente demasiado atrayente.

El paisaje de Marte nunca la aburría, a pesar de su limitada diversidad. La luz siempre cambiaba de un modo peculiar y, al ojo humano, único, lo cual hacía que sintiera que iba caminando por un paisaje de cuento de hadas que no había visto jamás. Podía subir a una duna para tener mejores vistas, o deslizarse a lo largo de las empinadas paredes de un cráter, y de repente descender al oscuro y helado inframundo de Hades. Las puras sombras negras arrojadas por el sol sobre el suelo del cráter casi parecían la imagen espejo de un profundo mar interminable.

Sarah miró su aparato universal. Estaba haciendo un buen progreso. Sus ejercicios diarios en la base le habían hecho bien, eso era obvio, ya que no estaba cansada. Sobre la pequeña montaña central de uno de los cráteres, hizo una pausa y examinó la montaña frente a ella. No podía ver ninguna otra huella que la subiera. Se sentía a salvo, no pensaba que sería descubierta, y continuó su viaje con rapidez.



TREINTA MINUTOS MÁS TARDE, YA HABÍA LLEGADO AL PIE DE LA MONTAÑA ARTIFICIAL. DESDE allí, era una subida empinada hacia la cima, y la ladera de la montaña hacía que fuera evidente de inmediato que la montaña no tenía un origen natural. ¿O solo lo pensaba porque ya conocía su origen y no era solo una observadora ignorante? Con cuidado, caminó hacia la izquierda. Ahora necesitaba tener mucho cuidado, ya que existía la posibilidad de encontrarse con el equipo de Ciudad Marte. El hecho de que la delgada atmósfera no transportase el sonido era una ventaja y una desventaja a la vez. Nadie la oiría, pero ella tampoco recibiría ningún aviso audible de la presencia de otra persona.

De hecho, fue casi demasiado tarde cuando divisó a la primera persona. Un hombre iba

subiendo la montaña a unos cincuenta metros por encima de ella. Por suerte, no miró hacia atrás, sino que siguió avanzando. Sarah se presionó contra la roca para permanecer fuera de su campo de visión. Pero donde había una, otra persona podría estar cerca. Con cada paso que daba, examinaba todo a su alrededor para asegurarse de que nadie pudiera verla. Era una suerte que la siguiente sección fuera donde la máquina había removido el terreno. Grandes peñascos cubrían la zona. Si se agachaba, podría ocultarse con facilidad tras ellos. Llegó hasta el rover de los de Ciudad Marte sin que la vieran.

Por un breve instante se sintió tentada de robar el vehículo, pero eso no ayudaría a nadie. Estaba allí solo para recabar información, y nada más. Delante de ella, a los pies de la montaña, donde Ewa había abierto ese agujero, pudo distinguir cuatro figuras. Pensó que reconocía al gordo y a su compañero más bajo, pero no conocía a los otros dos. Los cuatro se habían reunido dentro del agujero en la montaña, y al parecer estaban discutiendo lo que significaba el agujero y cuál podría haber sido su propósito. Por desgracia, Sarah no podía oír lo que estaban diciendo... hasta que recordó la frecuencia del casco de Ewa desde la que siempre transmitía. Sarah llevaba uno de los trajes de la nave Spaceliner que Ewa le había dado. Tal vez pudiera escuchar en esa frecuencia.

Programó su aparato universal en dicha frecuencia y de repente oyó las voces de los hombres con tanta claridad como si estuvieran justo a su lado.

—... un material increíblemente único —informaba uno de los hombres—. Tiene una reflexión máxima del 0,001 por ciento.

«Debe de ser científico», pensó Sarah. «Son los únicos que se sentirían tentados de dar unos datos tan exactos. En vez de decir “un máximo del 0,001 por ciento”, una persona normal solo diría que no refleja nada».

—¿Eso qué significa? —preguntó otro hombre. Ese debía de ser el gordo. Sí, reconocía su voz.

—Aún no lo sé. Un material como este sería genial para fabricar un colector de energía. Cada rayo de luz que lo golpeará sería almacenado. El chivatazo sobre esta montaña ha sido como ganar la lotería.

—Pero necesitaremos extraer el material. A mí me parece bastante duro —respondió el gordo.

—No soy experto en eso —dijo el científico.

—No estoy de acuerdo. Usted fue el responsable de traernos aquí, doctor Cline. Esas fueron las órdenes del administrador, y no habrá atajos mientras yo esté al mando.

—Pawlidis, no intimides al científico. Son muy sensibles.

Esa era la voz del más bajo. El gordo, quien ahora también tenía nombre, le había llamado Tanner antes. El último miembro del cuarteto debía de ser Müller.

«Pawlidis, Cline, Tanner, y Müller». Sarah intentó memorizarlos.

—¿De dónde llegó el chivatazo sobre esta máquina? —preguntó Müller.

—Eso es un secreto a voces —dijo Tanner—. De esa italiana.

—Tanner, ¡cállate! Eso es un asunto del departamento de seguridad. Müller, trae el taladro —ordenó el gordo.

«Ah, Pawlidis», añadió Sarah en su memoria. «Suenan a griegos». Ella siempre se había imaginado a los griegos de un modo diferente. Luego se dio cuenta de lo que Tanner acababa de revelar. ¿Se suponía que una italiana le había contado al administrador lo de la máquina? Solo podía haber sido Gabriella. ¡La médico! Sarah se quedó atónita. ¡Necesitaba avisar a los demás!

Una figura alta y esbelta comenzó a dirigirse hacia el rover. Sarah debía esconderse, pero no

tenía ni idea de en qué compartimento del rover estaba el taladro. Si Müller tenía que rodear el rover para ir al otro lado y no cambiaba su posición, la descubriría. Pero si se movía, la verían. Sarah oteó a su alrededor. A unos diez metros, detrás del rover, había otra roca grande. Comprobó si su trayectoria, desde allí hasta la roca, podía ser vista desde delante. No. El peñasco era su salvación. Se agachó, corrió hacia él, y se escondió detrás.

—Fiú. —Sin darse cuenta soltó un suspiro de alivio al verse a salvo.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó Müller. Se dirigió hacia ella, pero luego se detuvo.

—¿Qué pasa, Müller? —preguntó el gordo.

—¿No habéis oído algo? Me ha parecido alguien suspirando.

—No estoy seguro —dijo Tanner.

—Yo sí —afirmó Müller—. Alguien se ha conectado a nuestro canal, alguien que nos vigila aquí. Creo que será mejor que activemos el encriptado. Deberíamos haberlo hecho desde el principio.

—Aquí no hay nadie —dijo Tanner—. ¿Quién iba a querer espiarnos?

—Müller tiene razón —concordó Pawlidis, que obviamente estaba al mando—. En realidad no creo que nadie esté sentado aquí fuera en el polvo para observar nuestro excitante sondeo, pero más vale estar prevenidos. Comienza el encriptado.

Los demás siguieron las instrucciones del gordo, ya que Sarah no pudo oír más su conversación. Lástima. Ahora no podía averiguar lo que planeaban. Müller se acercó al rover. ¿Y si registraba la zona? Este habría sido un buen momento para que Sarah se retirara, pero se quedó quieta.

Sarah se enterró un poco más en el polvo y no le importó ensuciarse. Su principal preocupación era mantenerse oculta a la vista, porque estaba segura de que estos hombres la matarían sin pensárselo dos veces si consideraban que estaba justificado.



ESPERÓ CINCO MINUTOS. MÜLLER DEBÍA HABER LLEGADO AL ROVER. MIRÓ CON CUIDADO POR encima de la roca que la ocultaba. Müller le estaba dando la espalda. Abrió la puerta de un gran compartimento y sacó un aparato pintado de verde camuflaje. Sin girarse, lo llevó hacia los demás. Siguiendo su estela, ella volvió al lugar oculto junto al rover para ver mejor.



LOS CUATRO TARDARON CASI MEDIA HORA PARA INSTALAR EL TALADRO. EL DOCTOR CLINE, EL científico, saltaba como loco de un hombre al otro, haciendo gestos constantemente, presumiblemente porque pensaba que los demás no tenían ni idea de lo que estaban haciendo. Al fin, tuvieron éxito en su montaje. Se reunieron alrededor del lugar de la perforación y parecían estar esperando a ver qué sucedía. Sarah ya tenía una idea de lo que se avecinaba. Si lo que Ewa había dicho era cierto, el taladro no tenía ni la menor oportunidad.

Y claro, Tanner cayó de repente hacia atrás como un pino talado. El resto del grupo se arrodilló de inmediato junto a él, al parecer con la intención de ayudar. Parecía que una pieza del taladro se había roto y lo había herido. Eso significaba que necesitarían trasladarlo.

Eso también significaba que había llegado el momento para que ella desapareciera, lo cual hizo mientras los demás se concentraban en Tanner. Sarah caminó tranquilamente hasta el borde

de la montaña y comenzó a bajar la pendiente. Necesitaba hablar con Sharon lo antes posible sobre cómo informar a sus dos compañeros oficiales de la NASA en Ciudad Marte sobre la potencial agente doble.



Sol 329, Ciudad Marte

LANCE ESTABA NERVIOSO. HABÍA PASADO LA INFORMACIÓN EL DÍA ANTERIOR COMO LO HABÍAN discutido. Su horario de limpieza para el día de hoy le había situado casualmente cerca del almacén 7, que era el número que le había dado a Guillermo. Lance creía que él y Shashwat eran los más probables en convertirse en espías para el administrador. Después de todo, eran ellos quienes habían seguido las órdenes de Ewa de usar la fuerza si era necesario para robar la sonda Insight. El plan no había tenido éxito, pero eso se debió principalmente a la rápida reacción de Sarah. Cualquiera dispuesto a apuntar con un arma a otro astronauta también podría disparar con palabras.

Lance miró alrededor y actuó como si estuviera buscando lugares sucios. Por supuesto, todo estaba limpio e inmaculado. En realidad limpiaba demasiado, pero el administrador no tenía otro trabajo para él. Además, eso le daría la oportunidad de presenciar en persona si...

El sonido de botas aporreando el suelo le llegó desde atrás. Dos hombres a los que no conocía llevaban un pesado motor. Lance les abrió la puerta y ellos le dieron las gracias. Poco después, volvieron a salir del almacén. En realidad solo habían entrado allí para dejar el motor. Luego todo volvió a quedarse en silencio, a excepción del ruido del sistema de soporte vital.

Comprobó los almacenes 3 y 17. Los objetos que había depositado allí de un modo aparentemente aleatorio seguían en su lugar. Allí no había estado nadie para buscar algo, ni siquiera para coger una bayeta o cambiar una esterilla.



LOS RESULTADOS QUEDARON CLAROS ESA NOCHE. NINGUNO DE LOS CINCO HOMBRES HABÍA pasado ninguna información. También era posible que hubieran adivinado el plan, pero Lance prefería mantener la creencia que había mantenido todo el tiempo. Ninguno de ellos era el espía del administrador.



Sol 330, Syrtis Major

DURANTE LOS DOS DÍAS ANTERIORES, EL VIAJE HABÍA SIDO UNA CONSTANTE SUBIDA. ESO ERAN buenas noticias. Se estaba acercando a su destino, que estaba situado en la alta meseta que se extendía delante de él. Pero el rover no podía ir tan rápido colina arriba. Parecía que su tortura iba a durar un día más. Otro problema era la capa de polvo, que era cada vez más profunda y, especialmente en los lugares empinados, hacía que las ruedas del rover giraran sin agarrarse.

Para su sorpresa, la idea de conducir el vehículo tumbado sobre su estómago había funcionado muy bien. El calambre en su cuello era mucho más soportable que el dolor de ir sentado sobre las heridas abiertas de su trasero. Pero mientras tanto, la piel de la parte frontal de su cuerpo también se estaba irritando. Si hubiera podido pedir un deseo, habría elegido una llegada inmediata.

A pesar del dolor, el humor de Walter era sobrecogedoramente positivo. Finalmente tenía la sensación de que estaba haciendo algo útil, algo que solo él podía hacer. Ahora que había llegado tan lejos, podría soportar los dos o tres días restantes.

Volvió a comprobar la ruta en el ordenador de navegación. El rover estaba registrando un archivo continuo de su progreso. Walter planeaba transferir los datos de ruta al robot autónomo. Era algo seguro, aunque de vez en cuando hubiera secciones que podrían haber tenido alternativas óptimas. Los datos del satélite, de los cuales el rover también llevaba un registro, eran relativamente menos precisos por culpa de la altitud. En esos casos, Walter corregía manualmente los datos almacenados para que el robot pudiera avanzar con más facilidad. Obtenía su energía del sol, y por esa razón era esencial usarlo de un modo eficiente.

Otro golpe en el estómago, justo en el centro. Walter miró hacia atrás. No había visto un trozo de roca del tamaño de una pelota de fútbol y que sobresalía solo un poco sobre el polvo. En realidad, ya era hora de comer algo. Debido a los calmantes que tenía que tomar para mantener los síntomas de su cáncer bajo control, no tenía apetito esos días. Y ahora que el final estaba al alcance de su mano, era difícil encontrar la motivación para mantener su cuerpo con una ingesta de energía, pero era necesario durante un poco más de tiempo.

Por suerte, él era fornido y, por esa razón, estaba lejos de parecer un esqueleto. Las restantes setenta y dos horas sin alimento no le harían ningún daño, pero era probable que significara que se quedaría sin fuerzas con mucha rapidez. Llegar a su destino para luego no ser capaz de reparar el robot no era una situación ideal. Walter usó sus labios para buscar la pajita dentro del casco, a través de la cual podía beber su comida. Una vez la encontró, succionó un poco cada vez. El líquido era viscoso y no tenía mucho sabor, y en días recientes había desarrollado una casi insuportable sensación de náusea. Se sentía agradecido por tener aún una provisión de galletas

secas para comer como aperitivo por la noche y por la mañana.



EL SABOR DE LOS NUTRIENTES LÍQUIDOS AÚN PERMANECÍA EN SU LENGUA MIENTRAS OBSERVABA cómo el sol se hundía despacio hacia el horizonte. El cielo volvía a estar lleno de polvo hoy. Walter apenas podía recordar la última vez que había observado una visión clara del sol. Tal vez fuera porque un constante viento del oeste hacía volar el polvo de la meseta frente a él hacia la llanura de abajo. Al oeste, el cielo ya había asumido su típico color azul. No era el mismo azul que el cielo de la Tierra. Era mucho más sucio, y el sol era más blanco que el reflejo amarillento de la Tierra. Aún así, le recordaba mucho más su planeta natal que el constante cielo marrón rojizo. Walter siguió el sol con sus ojos. Su cuerpo hizo una vez más lo que quería. Le cayó una lágrima por la mejilla, aunque no era consciente de sentir la más leve melancolía.

La puesta de sol no duraba aquí tanto como en la Tierra. Continuaría conduciendo otra hora en la oscuridad y luego montaría el campamento para pasar la noche.



Sol 330, Ciudad Marte

—DALE A MICHAEL UN BESO ENORME DE PARTE DE SU PADRE.

Sarah sostuvo a su hijo cerca de la cámara y Lance le lanzó un beso.

—Gracias —le dijo a Sarah—, y enhorabuena por todo lo que haces.

—Por cierto, ayer encontré un gusano en una lata de pasta —dijo Sarah.

—Ajá —fue todo lo que pudo decir antes de que se le acabara el tiempo y la pantalla se pusiera negra.

Lance comenzó a pensar de inmediato. ¿Por qué había desperdiciado Sarah su valioso tiempo juntos con una noticia tan trivial? ¿O esa información era simplemente más importante para ella de lo que lo era para él? Sarah era mucho más sibarita con la comida que él. Tal vez encontrar un gusano en la lata le supuso tal shock que sintió la necesidad de contárselo. Sencillamente no podía imaginárselo. Y, ¿cómo se habría colado un gusano en una lata de comida sellada? Si se había metido allí durante su producción, ciertamente habría acabado cocinado y ya no sería reconocible como gusano. Y si se había metido allí en cualquier otro momento, eso significaría que la lata tenía un agujero y su contenido ya no era comestible; si había un gusano, o muchos, no supondría ninguna diferencia.

Suspiró. Necesitaba con urgencia hablar con Mike sobre todo esto. Su colega de la NASA y ahora mejor amigo era la única persona en la que podía confiar allí. Los miembros del grupo de resistencia aún le resultaban un misterio. ¿Lo hacían en serio? ¿O solo estaban aburridos allí en Marte y buscaban un modo de entretenerse? Había conocido a muchas personas así en la Tierra.

Lance salió de la sala de comunicación. El técnico de guardia le deseó buenas noches.



ENCONTRÓ A MIKE EN EL BAR SITUADO EN LA NAVE APARCADA, QUE AHORA ERA ACCESIBLE A través de un túnel subterráneo. Esto significaba que no necesitabas traje espacial para llegar a él. El bar estaba abierto a todo el mundo y los precios eran extremadamente asequibles, al menos en lo que se refería al alcohol medio químico, medio biológico que producían ellos mismos. El administrador parecía suponer que era menos probable que los borrachos hicieran cosas estúpidas. Lance le había preguntado una vez al camarero cómo se producía el alcohol, pero le dijo que era mejor no saberlo. Como los camareros tenían normalmente mucha experiencia en la vida, Lance decidió seguir su consejo.

Se pidió uno doble y chocó su vaso con el de Mike. El bar estaba razonablemente lleno; el ruido de los demás enmascaraba su conversación y eliminaba el riesgo de que alguien los oyera.

Ya era bastante difícil entender lo que decía la persona que te hablaba directamente en medio de todo el ruido. ¿Cómo iba a escuchar nadie en secreto? Cualquiera espía necesitaría estar prácticamente sentado en sus regazos.

Primero, charlaron del modo normal. Mike le contó lo mucho que echaba de menos a Ellen. Incluso antes de todo esto, los dos apenas se veían, ya que Ellen vivía a cientos de kilómetros de distancia, construyendo la base de MpT. Pero ahora esta separación forzosa le estaba resultando muy difícil. Lance entonces pasó a las últimas palabras de Sarah.

Mike se sentó más erguido, ladeó la cabeza, y se rascó la frente. Tenía un aspecto tan gracioso que Lance le dio un golpe en el hombro.

—¡Para! Estoy intentando pensar —dijo Mike.

Lance lo dejó tranquilo, como le había pedido, cogió su vaso de *schnapps*, y se quedó mirando al suelo. Giró el vaso despacio entre sus manos para disfrutar de los brillantes colores mientras reflejaban la luz.

—Bueno, si me preguntas... —dijo Mike, y entonces se detuvo.

—Sí, te lo pregunto.

—... entonces diría que su frase era una pista de algo. Nunca hubo un gusano real.

—Ya había llegado a esa conclusión yo solo —dijo Lance. No era totalmente cierto, pero al menos había considerado la posibilidad.

—Un gusano es algo que interrumpe otra cosa —dijo Mike.

—O asqueroso —añadió Lance.

—Sí, y puede encontrarse en cualquier parte. De ahí proviene lo de la caja de Pandora¹.

—Algo ha salido mal.

—Todo ha salido mal —dijo Mike—, pero Sarah no se refiere a eso. Lo podemos ver por nosotros mismos.

—Normalmente no ves al gusano antes de abrir la lata —sugirió Lance.

Mike se frotó la barbilla.

—Sí, algo desconocido que se oculta dentro de ella. Debe significar algo que aún no vemos, pero que probablemente necesitamos ver.

—¿Estaba intentando advertirnos sobre un informante? —preguntó Lance.

—Eso podría ser. Pero ¿por qué usar ese código?

—¿Para que nadie más sepa lo que significa?

—No, creo que fue más bien un sistema de encriptado. Está intentando decirnos quién es el gusano.

—Por el modo en que lo dices, parece que ya tienes tus sospechas, Mike.

—Yo empezaría por el tipo de comida que ha mencionado. No es solo una lata de pasta.

—Tienes razón. Un gusano dentro de una lata no tiene sentido —dijo Lance.

—Exacto. ¿Dónde le gusta a la gente comer pasta? En Italia —exclamó Mike.

—Entonces ¿Gabriella?

—Supongo que es a quien se refiere.

—Colega, ¿sabes qué comen en Bali, Camerún o Filipinas? ¡Pasta! Estuve de vacaciones en Bali y comí fideos fritos.

—Aún así, Italia es mundialmente famosa por su pasta —dijo Mike.

—Hmm. ¿Tu madre no es italiana?

Mike se rio y le dio una palmada en el hombro.

—Bien jugado, pero no soy buen espía.

—Lo sé, pero ese podría ser exactamente tu punto fuerte. Nadie pensaría en ti.

—¿Eso crees, Lance? —Mike lo miró con ojos entrecerrados.

—No, era una broma, no te preocupes. Solo creo que debemos tener cuidado al pronunciar juicios apresurados.

—Y debemos tener cuidado con Gabriella —dijo Mike.

—Si ha cambiado de bando, necesitaremos avisar a las demás mujeres de la base de MpT.

—Sí, Lance. Debemos discutirlo con los hombres que están aquí.



Sol 332, Cuenca de Hellas Planitia

PASARON LARGO RATO DEBATIENDO SI DEBÍAN CORTAR CAMINO A TRAVÉS DE LA CUENCA DE HELLAS PLANITIA. Viernes estaba en contra por razones de seguridad. El nombre de la región conjuraba falsas expectativas. Era un cráter de impacto, el segundo más grande en el sistema solar. De modo que el terreno estaba bastante nivelado. Las paredes del cráter alcanzaban los nueve kilómetros en algunos puntos. Además, el impacto de aproximadamente tres mil setecientos millones de años atrás había creado un alto anillo de dos metros de material suelto y que rodeaba el cráter.

La alternativa, es decir, conducir alrededor de la cuenca, les haría perder demasiados días. Pero Ewa tenía que admitir que esa no era la principal razón por la que insistía en tomar la ruta directa. Conducir por el homogéneo paisaje de Marte era increíblemente aburrido, y la perspectiva de las vistas desde el interior de la cuenca le parecía un buen cambio de ritmo.

El descenso no era tan traicionero. Ewa había informado a Viernes desde el principio de las dimensiones del cráter. Una profundidad de nueve kilómetros sonaba a desafío, pero se extendían a lo largo de una inclinación más horizontal por muchos kilómetros. Un mini cráter sin explorar de diez metros podía suponer un riesgo mayor para el ordenador del rover que el consistente desplazamiento hacia abajo.

Mientras tanto, cruzaron la planicie, que no podría haber sido menos precisa en su descripción. Cuanto más se acercaban al sur, más frío hacía. Esa mañana, las colinas estaban cubiertas con brillantes capas de nieve de dióxido de carbono, que permanecieron intactas durante el resto del día. Ewa se sentía intrigada. Más cerca del polo sur se suponía que había zonas donde capas de nieve con metros de grosor dominaban el paisaje.

El rover bajó por una duna. Ewa había esperado que las ruedas se hundieran, pero el material era sólido. En la distancia vio una pequeña colina iluminada de color naranja por el sol. El horizonte era plano y los acantilados opuestos estaban muy lejos. Ewa desactivó el piloto automático.

“¿En serio tienes que hacer eso?”, preguntó Viernes. Ya sabía la respuesta, pero eso no evitaba que siguiera haciendo la pregunta una y otra vez.

A veces sentía que Viernes era el marido que nunca tuvo, quien solo quería lo mejor para ella, pero no tenía ni idea de lo que ella pensaba o sentía. En este caso, ella quería pisar el acelerador a fondo y bajar la duna a toda velocidad, conduciendo el rover con precisión perfecta por las curvas inclinadas y los agujeros del cráter que ningún humano había cruzado antes.



Sol 332, Syrtis Major

ESTABA A SOLO DOS O TRES HORAS DE SU DESTINO, PERO WALTER DECIDIÓ ACAMPAR UNA VEZ más. Los pasos necesarios eran tan rutinarios que sus manos casi se movían de un modo automático. Pasó su guante por el delgado tejido de la tienda. Menos de un milímetro de material hecho por el hombre se convertía en la línea divisoria entre la vida y la muerte.

Esta era la última vez que usaría la tienda. Desde que llegara a la planicie el día anterior, su progreso había sido mucho mejor. La oscura superficie de basalto estaba casi libre de polvo. Cualquier obstáculo podía verse con facilidad desde la distancia y las ruedas del rover se agarraban al terreno mucho mejor. Le dio unas palmaditas al marco del volante. El vehículo volvería sin él. Había considerado si debería continuar recorriendo los últimos kilómetros hasta la sonda japonesa hoy, pero luego decidió no hacerlo. No habría podido llevar a cabo las reparaciones necesarias en la oscuridad, de todos modos.



WALTER GRUÑÓ CUANDO SE QUITÓ EL TRAJE DE VENTILACIÓN Y REFRIGERACIÓN DE SU DOLORIDA PIEL. Ya no merecía la pena seguir tratando sus heridas, y ya se había acostumbrado al desagradable olor tras tres días. Hoy iba a regalarse un festín. Había traído consigo una lata de guindas de su provisión de comida, y ahora la abrió con cuidado con su navaja. Olió la lata abierta. El contenido seguía en buen estado aún cuando las cerezas habían sido recolectadas hacía más de dos años.

Cuando leyó las palabras en la etiqueta, simplemente no pudo resistirse a cogerlas. Su abuela solía tener un cerezo en su jardín, detrás del granero, un cerezo de Morello. Su hermana se había pasado prácticamente todas las vacaciones de verano subida al cerezo, junto a los parterres de espárragos, pero a él nunca le había interesado. ¡Mirad el nombre! Morello... Tenía un sonido así como misterioso. Y su fruta, la cual ninguno de sus amigos había querido comerla cruda, estaba toda destinada solo para él.

Bebió parte del jugo de la lata y su acidez le quemó la garganta. Luego pescó una guinda. Las frutas estaban deshuesadas y no tan frescas como recién cogidas del árbol, pero el sabor era el mismo. Walter cerró los ojos y regresó a la sombra del granero, cuarenta años atrás. A pesar del ruido del sistema de soporte vital de su traje, podía imaginarse el canto de los grillos y el gorjeo de los gorriones mientras intentaba robar las cerezas del árbol que tan heroicamente defendía. Eran las mejores cerezas que había comido nunca, y también serían las últimas.

De repente, la pequeña puerta de madera de la pared del fondo del granero se abrió y salió su

abuela. Llevaba zuecos de madera y un delantal de colores brillantes. Le hizo señas con una mano para que se acercara a ella. Se situó junto a ella y apoyó la cabeza contra el lazo de su delantal. Era un niño pequeño. Su abuela le acariciaba la cabeza y Walter comenzó a sollozar.



THEO LE ESCRIBIÓ UN MENSAJE.

No te preocupes. Nos están cuidando bien. Hay mucho que hacer, así que apenas tengo tiempo para pensar. ¡La ciudad va creciendo a ojos vista! Pero a veces, antes de acostarme por la noche, pienso en nuestro tiempo juntos. Luego miro nuestras fotos, como la que he adjuntado para ti. Estaba en una de las subcarpetas de mi aparato universal y estoy encantado de haberla encontrado.

Rebecca abrió el archivo adjunto en su pantalla. Era una foto de grupo de la tripulación de MpT. Ella estaba en el extremo izquierdo de la foto. Faltaba Theo. Debió ser él quien hizo la foto. Marilou tenía una corona de papel en la cabeza. Rebecca se acordó ahora. La foto debía ser de su fiesta de cumpleaños. En algún momento habían decidido convertir sus cumpleaños terráqueos a soles.

Examinó su propio rostro. De cerca, pensó que casi parecía que estaba bizca. Y había un brillo en el rabillo de su ojo derecho: una lágrima. Rebecca recordó más detalles. Había estado pensando en todas sus fiestas de cumpleaños en la Tierra.

Pasó a la persona que estaba junto a ella. Era Ellen, tan relajada como siempre, con un brazo rodeando los hombros de Rebecca y el otro rodeando a Andy. Andy estaba mirando a Ellen, no a la cámara, como si estuviera enamorado de ella. Solo que todos sabían que Ellen se estaba viendo con Mike, el Mike de la NASA, el que estaba con Theo, su Theo, obligado a vivir en Ciudad Marte. Rebecca se limpió una lágrima real del rabillo del ojo. No quería ponerse sentimental ahora mismo.

¿Quién más estaba en la foto? En la fila delantera reconoció a Germaine, Marge, y Sophie, la francesa. Ketut, Guillermo y Walter estaban en la fila detrás de ellas. Shashwat se hallaba solo en la tercera fila. Parecía distraído y sus ojos estaban fijos más allá de Ketut y Guillermo, más allá del lugar de la cámara. ¿Por qué estaba solo al fondo? Era relativamente alto, pero habría encajado con los tres. Y, ¿dónde se había metido Gabriella? También era bastante alta. ¿Tal vez estuviera junto a Shashwat y se hubiera ido de la habitación durante un momento? Pero entonces ¿por qué no había esperado Theo para hacer la foto? ¡Qué extraño!

Rebecca revisó sus propios archivos fotográficos. Lo había dispuesto todo por orden cronológico. ¿Cuándo fue esa fiesta? Fue pasando fotos hacia atrás, sol tras sol. De un día al siguiente, todos los hombres habían desaparecido de sus fotos. Ahí estaba. El cumpleaños de Marilou. La corona de papel sobre su cabeza era la prueba. Tenía varias fotos de la fiesta. Gabriella también aparecía en algunas, lo cual significaba que no había estado enferma ni nada.

Rebecca probó a ver si podía encontrar una foto desde una perspectiva similar. Encontró un

retrato de dos personas: Marge y Sophie estaban delante de la misma pared. La sonrisa de Marge era un poco forzada. Sophie le sostiene la mano como si fueran pareja. ¿Por qué no se había dado cuenta hasta ahora? Tal vez fueran realmente pareja. Rebecca sacudió la cabeza. Si querían mantenerlo en secreto, era asunto suyo.

La pared frente a la cual se encontraban Sophie y Marge estaba completamente vacía. Rebecca la reconoció por las cajas que estaban apiladas allí. La comparó con la foto de Theo. Justo entonces se dio cuenta de que había una foto en el espacio entre la cabeza de Guillermo, a la izquierda, y la de Walter a la derecha. Era un retrato enmarcado del administrador. Eso era imposible. La fiesta tuvo lugar mucho antes de la redada. Incluso hoy no había colgada allí ninguna foto del administrador.

Theo debía haber introducido el retrato en la foto. Pero ¿por qué? ¿Qué estaba intentando comunicar al hacerlo? Debía tener algo que ver con la persona desaparecida: Gabriella. Rebecca se limpió el sudor de la frente. ¿Theo intentaba decirle que Gabriella trabajaba en secreto con el administrador? ¿Qué le había prometido Summers a la doctora para que lo hiciera? ¿A qué precio estaba vendiendo a sus amigos?

Tenía que calmarse. Tal vez hubiera otra interpretación para este fotomontaje. Era evidente que habían insertado un mensaje oculto. Necesitaba hablar con Ellen sobre ello. ¿O era mejor no hacerlo? Solo unos días antes, ella había cuestionado la lealtad de Ellen por, al parecer, poseer información relevante. ¿Y si Ellen era realmente una espía? Podía ser que Theo estuviera realmente avisándola sobre Gabriella, pero eso no significaba automáticamente que Ellen fuera de fiar. El administrador bien podía tener a dos espías en la base. Era más que capaz de hacerlo. Le permitiría seguir el rastro de lo que sus espías hacían de un modo más eficiente. Todo lo que necesitaría hacer sería decirles que había otro espía entre sus filas.

Rebecca cerró todos los archivos de imágenes y las carpetas, y se puso de pie. Primero necesitaba reflexionar sobre todo ello. Ya era bastante difícil aceptar que una de ellas había cambiado de bando. Nunca habría adivinado que ninguna de ellas lo hubiera hecho. Tenían mucha historia juntas, una historia llena de peligros y desafíos. Eso debería haber conseguido que su vínculo fuera inquebrantable. Rebecca le hubiera confiado su propia vida a cualquiera de las dos sin pensárselo dos veces. Y eso era algo de una importancia crucial, ya que la vida en Marte no era precisamente un camino de rosas. Ella necesitaba estar en una posición en la que pudiera confiar en sus amigas.

Simplemente no podía aceptar el mensaje de Theo al pie de la letra. Necesitaba averiguar qué había tras él.



Sol 333, Syrtis Major

«SOL 333. SUENA A BUEN DÍA PARA MORIR», PENSÓ WALTER. AL MISMO TIEMPO, TAMBIÉN NOTÓ algo extraño en el paisaje plagado de cráteres de la planicie, algo iluminado por el cielo rojo. Debía de ser Nozomi 2. Las probabilidades de que una segunda sonda hubiera aterrizado justo en esas inmediaciones eran muy bajas. Walter aceleró el rover. Todo el viaje estaba basado en la idea fundamentalmente loca de que el último de los cuatro robots autónomos seguía atascado en el módulo de aterrizaje, pero que seguía siendo completamente funcional.

El extraño objeto tomó forma poco a poco. El módulo de aterrizaje parecía una araña metálica. Se erguía sobre seis patas y una especie de pilar había sido introducido en el suelo debajo de ella. De hecho, eso había sido un experimento para analizar la composición de las capas superiores de la superficie. Walter recordaba ese detalle porque JAXA había hecho historia con dicho experimento. Nunca antes, y nunca desde entonces, había nadie perforado más de quince metros en la superficie de Marte.

Mientras se acercaba, la ilusión arácnida se desvaneció. Walter aparcó el rover a unos pasos de distancia. Desde esta perspectiva, los colectores solares con forma de trébol de cuatro hojas eran más notables y parecían alas de insectos sobre la desgarrada estructura. Se acercó a la sonda tan silenciosamente como pudo para no asustarla, con la sensación de que podría salir volando. Sin embargo, la sonda no reaccionó. Ni siquiera cuando tocó uno de sus paneles solares. Aún así, Walter permaneció alerta para que el exótico animal no se fuera volando en cualquier momento.

Rodeó la sonda caminando. Detrás había un IDA, un brazo robótico. Adherido a sus dos articulaciones delanteras había una IDC, una cámara de exploración a color. Había tomado la famosa foto que mostraba al último de los cuatro robots, el que se había quedado enganchado en una de las patas de araña. Y Walter vio que su sacrificado viaje no había sido en vano. Se llevó una mano al corazón. El robot seguía en el mismo lugar. Solo necesitaba liberarlo y ponerlo en acción.

Walter respiró hondo. Era su última misión. No le quedaba nada más que hacer, ni en este mundo ni en el que estaba por llegar. Corrió hacia el rover y sacó la caja de herramientas y el equipo de diagnóstico, para luego llevarlos de vuelta hacia su paciente. Seguía sin poder recordar el nombre del robot.

Inspeccionó su estructura. El robot tenía el aspecto de que alguien hubiera encajado varias llantas de bicicleta concéntricamente, pero en ángulos diferentes. El resultado era una esfera sin lados definidos. Los radios que atravesaban su interior le daban estabilidad. El material externo de las llantas era elástico: si el orbe caía por un acantilado, rebotaría. Pero como el caparazón

de la esfera estaba parcialmente abierto, también permitía que el robot rodara sobre terreno irregular.

En su núcleo había un motor con dos ejes; no era especialmente robusto, pero era duradero. Estaba alimentado en exclusiva por electricidad. Las células fotoeléctricas de alta eficiencia del exterior de las llantas recogían la energía solar. El robot podía rodar durante la noche y recargarse durante el día.

Walter se dio cuenta de inmediato de cuál era el problema con este robot, a quien bautizó como Conejo Plateado. Una de las seis patas de la sonda tenía una antena en la parte frontal, como una especie de aparato de medición, que se había atascado dentro del robot, evitando así que pudiera moverse. La pata había bloqueado al robot, de modo que no pudo maniobrar de lado para zafarse.

Si la sonda simplemente hubiera retraído su pata, no habría habido ningún problema. Tenía otras cinco patas sobre las que sostenerse y no se habría volcado. Pero los ingenieros no habían previsto ese problema y el mecanismo de extensión solo funcionaba en una dirección. Este y otros problemas similares fueron lo que determinaron que la balanza cayera a favor de la decisión de enviar humanos a Marte.

Para Walter, todo eran ventajas. Solo necesitaba levantar la sonda Nozomi 2, y el robot podría liberarse. Pero primero necesitaría hacerle un buen lavado de cerebro. Si lo dejaba a su aire, era probable que Conejo Plateado siguiera las instrucciones de su programa de investigación original y se pusiera a explorar Marte por su cuenta. Pero eso no era lo que Walter quería conseguir.

Dejó su bolsa de herramientas en el suelo y buscó el bus de programación y datos. Con sabia previsión, las agencias espaciales de la década de 2020 habían conseguido establecer estándares internacionales para las interfaces. Encontró el puerto en la carcasa del motor, sacó el cable de conexión de su aparato de diagnóstico, y lo enchufó en el robot. Ahora todo lo que necesitaba era tener un poco de paciencia. Las baterías internas del robot estaban completamente agotadas después de tanto tiempo, por supuesto. El aparato de diagnóstico le estaba proporcionando algo de energía inicial. Eso permitiría que los controles operacionales de Conejo Plateado arrancasen.

Walter contó hasta sesenta en su cabeza. Luego volvió a comenzar desde cero. Llegó a cuarenta cuando la luz definitiva del aparato de diagnóstico comenzó a parpadear en amarillo.

«¡Sí! ¡Funciona!» pensó Walter.

¡Los circuitos eléctricos del robot seguían vivos! Otros dos minutos y el color de la luz LED cambió de amarillo a verde. Los mensajes de arranque inicial del software interno del robot aparecieron en la pantalla.

Resultó que la memoria de su programa estaba vacía. El robot era tan inteligente como un bebé recién nacido, aunque fuera uno que ya podía caminar, ya que su acción de rodar estaba almacenada en una unidad de datos que no podía borrarse. «Muy bien», pensó Walter. Y, lo que era increíblemente afortunado para él, al robot también se le había olvidado que se suponía debía pedirle una contraseña de acceso. Era obvio que nadie podía haber previsto que el robot se encontraría alguna vez en tal situación allí en Marte.

Walter tampoco estableció ninguna contraseña, porque quería que sus amigas de la base tuvieran fácil el acceso al robot. Copió el programa de control del rover en el robot, ya que el lenguaje era independiente de cualquier hardware específico. Su memoria debía tener un tamaño bastante generoso, si tenía en cuenta que se suponía debía contener grandes cantidades de datos. Walter solo necesitaba establecer el destino y el robot se pondría en camino.

Vaciló. Tan pronto como pulsara el botón verde, su trabajo habría terminado... y su vida también. Walter no lamentaba esta decisión. Había estado bien darle a su cuerpo enfermo una última tarea importante. Nunca había querido ver cómo se consumía dolorosa y lastimeramente. Era demasiado tarde para salvarle. Su cáncer era incurable. Tal vez le hubieran quedado varios meses más, pero el viaje por el salvaje paisaje de Marte fue un intercambio generoso por el tiempo que le habría quedado, sin importar las dificultades del viaje y el dolor. Las aventuras son más importantes que las horas. Ese siempre había sido su lema, incluso antes del cáncer.

Walter pulsó el botón. Dos luces LED comenzaron a parpadear y el robot sufrió una rápida sacudida. Walter dejó el aparato de diagnóstico en el suelo y levantó la sonda lo suficiente para que Conejo Plateado pudiera liberarse. Como si el robot hubiera estado esperando precisamente ese momento, rodó lo más lejos que pudo hacia un lado para soltar el radio que estaba enredado. Walter volvió a dejar Nozomi 2 en el suelo. Gruñó al hacerlo porque, incluso bajo el tirón gravitacional de Marte, la sonda era bastante pesada.

Conejo Plateado vaciló y Walter se preguntó qué le estaba haciendo dudar. El robot rodó un poco más hacia el este y se detuvo de nuevo. ¿Qué le pasaba? Walter suspiró mientras recogía el aparato de diagnóstico y seguía al robot. Lo conectó. ¡Claro! La batería seguía estando casi vacía. Antes de que se vaciara del todo, el robot había decidido recargar su batería con energía solar. Muy inteligente. Debía haberlo pensado.

Pero ¿qué significaba eso para él? ¿Podía resignarse ahora? Observó a Conejo Plateado. Todo parecía funcionar, pero solo podía asegurarse de ello una vez viera que la máquina se alejaba rodando. Significaba que tenía que permanecer vivo un día más. Walter acarició al robot. Luego se giró en redondo, volvió al rover y sacó la tienda.



Sol 334, Ciudad Marte

THEO ENTRÓ EN LA SALA DE EJERCICIO. ¿CON QUIÉN SE ENCONTRARÍA ALLÍ HOY? LA RED DE personas infelices con el trabajo del administrador parecía ser increíblemente larga. Chad, cuyo apellido no conocía, parecía tener acceso real al puente. Allí también parecía haber una resistencia abierta entre los investigadores. Su mayor queja era que el administrador estaba empeñado en obligar a aceptar su ridícula noción de provocar que una de las lunas de Marte se estrellara contra uno de los polos del planeta, lo cual liberaría a la atmósfera de un solo golpe el dióxido de carbono almacenado allí. Como si eso fuera a hacerles avanzar lo más mínimo.

—Pasa —dijo Jean.

La excomandante estaba junto a las mancuernas y ejercitaba la parte superior de sus brazos. Era obvio que pasaba de los cuarenta y no tenía ni una onza de grasa de más en su cuerpo. Theo admiraba la gracia con la que cumplía su castigo. No parecía molestarle que la hubieran reducido a realizar trabajos de poca importancia. Tal vez eso fuera normal para una persona que se había pasado la mayor parte de su vida en la cima. Por otro lado, ella debía tener sus razones para dedicarse a este complot encubierto contra el administrador.

Theo la saludó.

—¿Estamos solos? —preguntó.

Jean asintió.

—Llama menos la atención así. Me alegro de que estés aquí.

Durante los pasados días se habían reunido en grupos diversos, normalmente en tríos.

Theo se acercó, se instaló en la bicicleta estática, y comenzó a pedalear.

—¿Alguien vigila la puerta?

—Hoy no, pero hay un sensor infrarrojo en la pared del pasillo que nos alertará si viene alguien. Es agradable tener acceso al laboratorio de ciencias.

Theo asintió. Necesitaba tener cuidado de no golpearse las rodillas contra el manillar. La bicicleta no tenía el tamaño correcto para sus largas piernas.

—¿Alguna noticia de tus compañeras? —preguntó Jean.

—Envié la foto. La idea del retrato del administrador fue buena.

—No fue idea mía —dijo Jean—. Y, ¿cómo sabes que ha funcionado?

—Rebecca me envió una foto, un *selfi* con Ellen. Pero Ellen tenía los rasgos de Gabriella. Hicieron un buen trabajo con eso.

—Inteligente. Solo espero que puedan hacer algo con la información.

—No será fácil —dijo Theo—. No pueden dejar entrever que saben algo.

—Tengo que informarte de un excitante desarrollo desde el puente —dijo Jean.

—Ah, ¿sí?

—Los chinos. Sabías lo de la nave china que venía de camino hacia aquí, ¿verdad?

Theo se acordaba. La nave había sido bautizada Largo Viaje 2. Estableció contacto más o menos el Sol 99, y llevaba seis personas a bordo. Desde entonces había habido silencio. Todos habían supuesto que le había pasado algo a la nave.

—Eso fue hace más de doscientos soles —dijo—. ¿Han establecido contacto de nuevo?

—No han contactado con nosotros, pero uno de los telescopios de observación del satélite de Marte la ha descubierto.

—¿Se ha confirmado que es la nave Largo Viaje 2?

—Por su rumbo, es inconfundible —explicó Jean—. Está usando una órbita de transferencia de Hohmann desde la dirección de la Tierra y se dirige directamente a Marte. La nave pesa lo mismo que Largo Viaje 1 y su casco también está hecho de metal, así que ¿qué otra cosa puede ser?

—Entendido. En realidad es una sorpresa. Pero ¿puede una nave de la muerte dirigirse hacia nosotros?

—¿Nave de la muerte? Bueno... Como tenían la intención de quedarse en Marte varios meses, habrían tenido provisiones más que suficientes a bordo para sobrevivir al largo viaje. Tal vez se hayan quedado sin combustible o uno de sus motores haya fallado. En cualquier caso, ciertamente iban viajando más despacio de lo que deberían.

—Pronto descubriremos si fueron los motores.

—¿Lo dices porque entonces pasarían Marte de largo?

—Sí, Jean.

—En ese caso ciertamente hay alternativas. Podrían intentar usar la atmósfera para frenarse. Pero tampoco sé lo que su nave puede acomodar.

—Eso es cierto. A los chinos no les gusta dar mucha información, ¿verdad?

—Así es —dijo Jean—. Solo sabemos que la nave es una versión mejorada de Largo Viaje 1 y se suponía que tenía que haber aterrizado aquí poco después de haberlo hecho la NASA.

Largo Viaje 1 era la nave a Marte con la que China había pretendido ganar la carrera de Marte. Sin embargo, la nave se rompió en pedazos cuando abandonó la atmósfera de la Tierra. En ese momento los chinos reclamaron que fue sabotaje, pero el resto del mundo lo consideró una mera excusa.

Theo pensó en lo que le había pasado a la Santa María y también por esas fechas. ¿También habían sido saboteados? ¿Estaba todo conectado de algún modo? Tal vez el resto del mundo debería haber creído a los chinos y haberles ayudado a investigar las causas. Solo que el resto de las naciones se sentía aliviado de algún modo por que China hubiera sufrido un retroceso. Para muchas de esas naciones, el superpoder chino ya se había convertido en algo así como una presencia abiertamente dominante. Todos se quedaron aliviados de ver el éxito de la NASA.

—¿Ha intentado alguien contactar con la nave? —preguntó Theo.

—Según nuestra información, múltiples veces. Sin éxito.

—Entonces ¿están todos muertos?

—Es difícil saberlo, Theo. Su sistema de comunicaciones puede haber fallado, o puede que necesiten ahorrar energía. Solo sabremos si hay alguien vivo una vez intenten entrar en órbita y aterrizar.

—Pero eso también podría hacerlo el piloto automático —dijo Theo.

—Tienes razón, pero siempre y cuando no se estén comunicando con nosotros, tendremos que esperar a ver si la escotilla de su cápsula de aterrizaje se abre y sale alguien... o si no pasa

nada.

—Imagino que el administrador estará muy interesado en los recién llegados —dijo Theo.

—De eso no hay duda. Hará todo lo que haga falta para ser la primera persona en estar presente cuando aterricen —declaró Jean.

—Entonces uno de nosotros necesita ser parte del comité de bienvenida.

—Lo seremos.



Sol 334, Syrtis Major

EL SOL CALENTABA SU MUÑECA DONDE ESTE TOCABA LA CAPA MÁS EXTERNA DE LA TIENDA. Walter abrió los ojos. La posición del sol le dijo que debía de ser tarde. Se sentía muy descansado, mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. Incluso su dolor parecía haber remitido, pero no iba a dejarse embaucar por una ilusión. Los milagros no existían.

Walter salió de su saco de dormir, orinó en una botella, y luego comió unas galletas secas para desayunar. ¿Por qué no habría traído dos latas de guindas? Entonces se puso su traje de refrigeración y su traje espacial encima. La piel le dolía por todas partes. No contó todos los lugares donde las postillas se habían desgarrado. ¿O debería ponerle fin a todo de un modo rápido? Todo lo que necesitaría hacer sería abrir la tienda, y su sufrimiento se acabaría poco después.

No, aún le quedaba trabajo que hacer. Selló su traje espacial, se colocó el casco y salió de la tienda. Al salir notó las nubes de vapor que se habían formado justo en la entrada. El aire respirable del interior de la tienda era obviamente más húmedo. Se encaminó hacia el este, donde había visto al robot por última vez el día anterior, pero ya no estaba allí. Walter se quedó decepcionado, aunque debería sentirse feliz. El robot simplemente se había ido rodando sin despedirse. Estaba siendo un tonto. Por supuesto que era bueno que Conejo Plateado estuviera de camino hacia la base MpT.

El rover aún seguía donde lo dejó. Ya no iba a necesitarlo más. Se colocó junto al panel de control y encendió el modo autónomo. Su destino era la base de MpT. El rover podía viajar casi ininterrumpidamente en modo autónomo y llegaría a la base alrededor del Sol 339. Todo lo que necesitaba hacer era pulsar el botón de arranque... pero Walter dudó. ¿No debería recoger la tienda primero y guardarla en el compartimento de almacenaje? Y, ¿qué pasaba con su traje? ¿No podían usarlo sus colegas después de su muerte? Podía atarse al rover y luego abrir su casco.

Pero ¿qué le haría a sus amigos al actuar de tal forma? Debería quedarse el traje. Y tampoco enviaría la tienda de vuelta. Rebuscó en los compartimentos de almacenaje del rover y sacó todas las provisiones de comida que pensaba que podía transportar junto con la tienda. Decidió cambiar ligeramente sus planes. Habría mucho tiempo para morir más tarde. Pulsó el botón de arranque y el rover se puso en marcha en su viaje de vuelta a la base de MpT. Walter se quedó mirando mientras se alejaba cada vez más. El vehículo desapareció con rapidez. No dejó mucho más que una nube de polvo tras de sí en la alta planicie.

Ahora estaba solo. Se sentía bien. ¿Duraría su buen humor? Y, ¿cómo se sentiría cuando se quedara sin aire? Walter comprobó su aparato universal. Sin las células de combustible del rover, las cuales producían oxígeno continuamente, solo le quedaban las reservas de su traje. Y solo

durarían aproximadamente cuarenta y ocho horas.

Decidió que iba a aprovechar ese tiempo lo mejor posible. No tenía más objetivos que lograr. De modo que se pasearía de manera informal por el magnífico paisaje de Marte y descansaría cuando quisiera. Aún le quedarían una o quizás dos noches dentro de su tienda. Tal vez pudiera regresar al jardín de sus sueños, al cerezo de Morello detrás del granero.

Walter se agachó y recogió la tienda antes de sujetarla a su mochila, para luego colgársela de los hombros. La base de MpT estaba al este. Ya se había dirigido hacia el oeste lo suficiente. Ahora emprendió camino hacia el sur, hacia el ecuador. Se suponía que allí la temperatura subía hasta los veinte grados durante el día. Siempre y cuando contuviera el aliento, podría quitarse el traje. Sería la última vez que sintiera el cálido sol sobre su rostro y cuerpo desnudos, y entonces moriría.



Sol 334, Hellas Chaos

UN VALLE QUE SE EXPANDE DE ESTE A OESTE SE EXTENDÍA FRENTE A ELLOS. EWA DETUVO EL rover al borde del acantilado. Era una imagen de otro mundo. El valle a sus pies parecía haber sido cortado por una poderosa corriente de agua. Incluso podía distinguir los afluentes del río. En el centro había unas islas más pequeñas, que podrían estar hechas de un material más duro y resistente a la erosión del agua. Pero lo que era más fascinante era la niebla que subía desde el valle. El sol acababa de empezar a brillar en el valle. Sus cálidos rayos fundían la nieve de dióxido de carbono, que a su vez provocaba la niebla. Parecía algo sacado de un cuento de hadas.



EL ESPECTÁCULO TERMINÓ QUINCE MINUTOS MÁS TARDE. EWA BAJÓ EL ACANTILADO A TODA velocidad en el rover mientras Viernes protestaba. Llegaron al valle fluvial. Ewa se sintió tentada de conducir varios kilómetros en su interior. Se divertía imaginándose que estaba en un barco. Entonces llegaron a una de las islas que habían visto desde arriba. No estaba hecha de roca sólida, sino que era más bien una pila de rocas más pequeñas. Quizás un grupo de gigantes se tomó unas vacaciones allí en algún momento y construyó estas torres de rocas por diversión.

Ewa se echó a reír. Las torres eran prueba de que las primeras impresiones sobre Marte eran a menudo erróneas. Era obvio que el valle se había formado hacía muchos millones de años por mediación del viento, no por agua corriente. Ese era el único modo de que esas torres de rocas pudieran haber sobrevivido.



APARECIERON NUBES MÁS TARDE. NO LAS MONTAÑOSAS QUE EWA CONOCÍA DE LA TIERRA, SINO algo más planas, entidades grises con franjas grises en tonos más claros y más oscuros. En realidad, ella no estaba aún cerca de la región polar del sur, donde se esperaba tal climatología, pero la cuenca de Hellas Planitia era tan profunda que siempre colgaba sobre ella una zona de bajas presiones. Ewa se inclinó hacia delante y apoyó la frente contra el parabrisas para conseguir una mejor vista del cielo.



COMENZÓ A NEVAR UNAS DOS HORAS DESPUÉS DE LA PUESTA DEL SOL. EWA APENAS LO NOTÓ AL principio, pero luego, a la luz de los faros del rover, vio una extraña neblina fina que se movía despacio hacia el suelo. Los copos eran diminutos y no dejaban marcas húmedas sobre el cristal. Era igual que cuando un copo de nieve aterrizaba sobre un hornillo caliente. Los cristales hechos de dióxido de carbono congelado se transformaban de inmediato en su estado gaseoso invisible.

La nevada aumentó. Ewa podía verla, especialmente en la mayor reflectividad de los faros en el suelo. Detuvo el rover. ¡Tenía que experimentarlo por sí misma! Se puso el traje espacial y se saltó la ronda habitual de rápido ejercicio aeróbico antes de salir, porque le daba miedo que la nieve dejara de caer antes de que ella pudiera salir. Liberó el aire del compartimento estanco y salió por la escotilla.

La corta escalerilla en el exterior del rover estaba cubierta por una capa muy fina de nieve, pero no resbalaba, y por esa razón el dióxido de carbono cristalizado también se llama nieve seca. Ewa comprobó la temperatura con su aparato universal. Era de unos helados ciento veinticinco grados bajo cero. Nunca había experimentado una noche tan fría en Marte. ¿Haría mucho más frío cuando llegara al polo sur?

Ewa descendió hacia la superficie de Marte. La nieve crujía bajo la suela de sus botas. No podía oír el sonido que se transmitía por su micrófono externo. Se transmitía por el traje como sonido de impacto. Ewa se sentía sobrecogida. No le daba miedo la oscuridad, aunque estaba muy lejos de cualquier otro ser vivo. En la oscuridad, Marte perdía su carácter. A su alrededor solo podía ver diez o quince metros de desierto. El cielo era negro y no se veía ni una estrella. Bien podía haber estado en la Tierra.

Despacio, dio unos pasos para internarse en el desierto y removió una fina capa de nieve fresca. Había esperado que crujiera cuando la pisara, pero no hizo ningún ruido. El dióxido de carbono se sublimaba al instante y no dejaba rastro. Miró a su alrededor. Sus botas habían dejado unas huellas claras. Si usaba su linterna mucho más tiempo, los cristales desaparecerían y se revelaría el polvo marrón oscuro de las horas nocturnas. Miró la pantalla de su aparato universal. Ciento veintiséis bajo cero. Y el invierno aún acababa de empezar.



CONEJO PLATEADO PODÍA ORIENTARSE DESDE TODOS LOS LADOS A LA VEZ. NO CONOCÍA SU propio nombre ni se llamaba nada a sí mismo, y no podía haberlo compartido con nadie si lo tuviera. Cuando llegara a su destino, alguien le daría un nuevo nombre, pero eso no supondría ninguna diferencia. Era un robot que estaba realizando su misión de explorar el planeta, con muchos años de retraso. Incluso ahora no estaba dando vueltas por ahí como un explorador libre, como su IA había pretendido, sino que más bien era una especie de mensajero.

Pero nada de eso le importaba. El robot no tenía conexión emocional con su tarea. No sentía alegría ni excitación, solo curiosidad. Quería recoger datos; estaba hambriento de información. Tal vez sus programadores lo habían querido así. O había “nacido” automáticamente así. Los humanos y los animales nacían para vivir, y luchaban por su supervivencia hasta la muerte. Conejo Plateado había sido creado para recoger información, y esa era su principal motivación.

El patrón del terreno frente a él le resultaba familiar. Su reconocimiento de patrones lo había comparado con sus datos maestros y le proporcionó un resultado extraño. «Nido de abeja». Frente a él se extendía una zona que consistía de cráteres hexagonales, pero en vez de cera, su escáner láser reveló que estaban llenos de una mezcla de polvo y hielo seco. Si era verdad que abejas vivían dentro, deberían tener muchos metros de longitud. Conejo Plateado simuló el vuelo de tales abejas en sus procesadores. Era imposible. Para volar en la delgada atmósfera, una de esas abejas con metros de largo debería tener alas que fueran muy ligeras y de una hectárea de tamaño. O toda la abeja necesitaría existir a partir de un material increíblemente ligero y aún desconocido.

Conejo Plateado sabía desde el principio que tales ensoñaciones no tenían sentido. Pero como sus reservas tenían capacidad para ello, podía permitirse dedicar algunas a esas nociones imposibles. Era probable que sus programadores hubieran admitido que no le hacía daño a nadie y, a veces, incluso las ideas más disparatadas daban como resultado soluciones prácticas.

No, las estructuras de nido de abeja frente a él no podían haber sido creadas por abejas marcianas. Las había formado la delgada atmósfera del planeta. Los científicos lo llamaban “suelo con patrones poligonales”, y se daba como resultado cuando el hielo seco y el polvo se asentaban juntos, y entonces el hielo seco se sublimaba a su forma gaseosa durante el verano. En ocasiones, también podía encontrarse hielo de agua en la mezcla.

Conejo Plateado sabía todo eso. Si quería atravesar Marte con éxito, necesitaba conocer todas las posibles estructuras con las que podría encontrarse. En este caso, también sabía que los nidos de abeja no le presentaban ninguna amenaza. Sus superficies estaban hundidas, como cuando la miel que solía estar allí se secaba. Pasó rodando sobre el borde de una de las celdas y dejó que la

gravidad lo llevara hacia abajo. Su propio impulso le hizo subir hasta la mitad al otro lado. Cuando se frenaba, tenía que utilizar su motor para llegar al borde entre esta celda y la siguiente.

Una vez estuvo fuera de la celda, Conejo Plateado se reorientó. El sol había caído por debajo del horizonte, pero su buscador de estrellas le permitió encontrar con rapidez ambas lunas de Marte. Iba en la trayectoria correcta. Los datos que poseía ya no eran los más actuales, ya que se basaban en el periodo de tiempo en el que se suponía inicialmente que habría cumplido su misión en Marte, pero los había usado para calcular una previsión para los próximos días. La precisión de esos diagnósticos se acercaba típicamente al cien por cien. Estimaba que erraría en llegar a su destino por muy poco, y tendría que cubrir la última parte con un análisis visual. Eso significaba que, tan pronto como se acercara a su destino, tendría que pasar de modo nocturno a modo diurno. De otro modo simplemente rodaría junto a su destino durante las horas de oscuridad, y se lo pasaría.

Conejo Plateado usaba el tirón gravitacional del planeta para que le ayudara. Era un constante toma y daca. Una vez estaba en el suelo de la celda del panal, el robot rodante había alcanzado el impulso máximo, que entonces intercambiaba rápidamente con el planeta para conseguir energía potencial. Luego necesitaba un poco de energía química de las células de su batería para reunir toda su energía potencial y ponerla en movimiento en el punto más alto. Descubrió que el planeta era un compañero del que se podía fiar. No le engañaba con vientos laterales y, aunque ponía piedras en su camino, las cuales podía rodear, no le había puesto ninguna trampa.

El robot pensó en sus hermanos, o al menos eso era lo que parecía, porque aún cuando sabía que su tiempo ya había pasado hacía mucho, seguía intentando coordinarse con ellos a través de su radiotransmisor. Los llamaba una y otra vez porque había sido programado para hacerlo. Sus programadores no podían haber sabido que Conejo Plateado entraría en su misión mucho más tarde y completamente solo. Estos continuos e inútiles intentos de conexión gastaban energía, una energía que el programa no había permitido inicialmente porque, en circunstancias normales, los otros tres robots le habrían respondido de inmediato. No era mucha energía, pero suficiente para que la brecha entre su consumo y sus reservas aumentara gradualmente.

Llegó un momento, justo entonces, en el que Conejo Plateado se dio cuenta de que no podía llegar a su destino bajo esas circunstancias. Calculó si era mejor detenerse. No, eso tampoco le ayudaría. Necesitaba seguir rodando mientras buscaba una solución.



Sol 337, Cráter Holmes

EL ROVER LUCHÓ CONTRA EL REBORDE DEL CRÁTER. CON SUS CIENTO VEINTE KILÓMETROS DE diámetro, el Cráter Holmes pertenecía a las formaciones topográficas más pequeñas. El ordenador de navegación había informado a Ewa que debería hacer mejores progresos si tomaba la ruta del este para rodearlo. Sin embargo, una sección del terreno era especialmente abrupta. A unos diez kilómetros, el rover necesitaba cruzar un estrecho reborde, porque había un cráter sin nombre, más pequeño pero aún más profundo, directamente en la ruta del este.

Desde esta mañana, ella había podido ver su destino en el horizonte. Era una montaña como ninguna que Ewa hubiera visto antes. La masa de hielo del polo sur sobresalía del planeta como un monstruoso pegote de goma de mascar que hubiera pisado un gigante. El horizonte se veía deforme, y Ewa intentó de manera automática frotarse los ojos para retirar el obstáculo.

A lo largo de miles de millones de años, el hielo y la nieve encontrados en el polo sur marciano habían crecido hasta formar una cadena montañosa que recordaba la forma de un pan parcialmente aplastado, y que se alzaba a muchos kilómetros de altura. Y en algún lugar ahí en medio, Viernes suponía que podrían encontrar vestigios de sus anteriores habitantes. Si tenía razón, ¿qué probabilidades había de que pudieran usar las cosas que habían dejado atrás? Hace años, dos coches viejos habían estado aparcados detrás del hogar familiar de Ewa. De niña, le habían parecido los restos de una era industrial diferente por su aspecto anticuado, cuando en realidad solo tenían treinta años de antigüedad. Aún así, estaban oxidados a conciencia. ¿Qué le habrían hecho tres mil millones de años a la tecnología de los anteriores habitantes del planeta, sin importar lo avanzada que fuera?

El rover le dio otra buena sacudida. Ewa se sujetó con fuerza a los reposabrazos y admiró el paisaje. Por lo que veía del cráter a su izquierda, era sin duda el resultado de la colisión de un meteorito y parecía relativamente nuevo. La típica protuberancia en el centro seguía siendo claramente reconocible. La roca que lo había provocado debía haber caído directamente desde arriba, ya que el cráter era un círculo perfecto desde donde ella podía verlo. Su suelo estaba cubierto de nieve. Cuanto más viajaba hacia el sur, más zonas encontraba cubiertas de nieve y que sobrevivían al calor del día si estaban protegidas por la sombra de las paredes del cráter. Supuso que pronto estaría conduciendo sobre hielo en vez del habitual polvo. Ewa necesitaba tomar en consideración que eso haría que fuera más lenta.

Miró a su derecha a través de la ventana de la escotilla. El Cráter Holmes era tan grande que más bien parecía un valle. También parecía bastante antiguo. El suelo del cráter estaba a una altitud notablemente más alta que el del cráter más pequeño a su izquierda. También tenía un patrón estructural dentro de él que parecía una red de antiguos canales.

Ewa se imaginaba a las criaturas que parecían manatíes y que habitaron Marte trabajando granjas en esta zona. ¿Tal vez usaron estos canales como calles? Por supuesto, supuso, las criaturas en esa época vivían principalmente en el agua, pero al mismo tiempo debían haber realizado un uso productivo de la tierra. «Los humanos también construyen piscifactorías», consideró Ewa. «Construían», se corrigió de inmediato.



Sol 337, Ciudad Marte

ESTA VEZ, THEO TUVO UN MAL PRESENTIMIENTO. NO ES QUE FUERA PESIMISTA POR NATURALEZA, pero todo iba demasiado bien. Nunca los interrumpían durante sus reuniones en el gimnasio. ¿Cómo conseguía el pequeño grupo de la resistencia organizado por la excapitana Jean Warren mantener siempre la zona despejada? ¿Estaban recibiendo una pequeña ayuda de arriba?

Naturalmente, había otros dos gimnasios a bordo de las dos naves Spaceliner. Allí, las desoladas habitaciones por debajo de la superficie de Marte eran el hogar solo de las personas que realizaban trabajos sin importancia. Pero incluso entre este grupo había muchos que apoyaban al administrador. Theo ya lo había experimentado en varias conversaciones.

Summers era un maestro del concepto del palo y la zanahoria. Incluso había construido un pequeño casino donde los trabajadores podían conseguir ganancias impresionantes. Por supuesto, no había ningún lugar donde nadie pudiera gastar sus ganancias, pero el administrador prometía que eso cambiaría. Y la mayoría le creía, porque sus vidas habían mejorado muchísimo desde que aterrizaron.

Theo abrió la puerta, entró en la sala, y miró a su alrededor. Jean estaba en la cinta de correr. Se alegró de verla porque le gustaba mucho. No había permitido que la corrompieran. Y aunque solo realizaba trabajos manuales y se aburría a más no poder, no parecía amargada.

—Ah, eres tú.

—Eso ha sonado a “eres tú otra vez” —le respondió con una sonrisa.

—No pretendía que sonara así. Pero ¿no sospechará Summers del hecho de que nos reunamos tan a menudo?

—Solo supondrá que estamos liados.

Theo se ruborizó.

—Ah, sí, claro —tartamudeó.

—¿Tan extraño sería? —preguntó Jean.

—No, por supuesto que no. —Se obligó a mirarla a la cara y a sostenerle la mirada.

—Lo siento, no era mi intención avergonzarte —dijo Jean. Puso en marcha la cinta de correr. Theo subió a una de las bicicletas estáticas y comenzó a pedalear.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—Espera un momento. —Jean detuvo la cinta, se bajó, y se acercó a zancadas a la pared donde su chaqueta colgaba de uno de los ganchos. Sacó algo que parecía una *tablet* de un bolsillo interior. Le acercó el aparato a Theo—. Mira —dijo—, esto es una grabación en vídeo del puente esta mañana.

Jean le dio un golpecito a la pantalla y Theo reconoció la sala llena de monitores, la cual

estaba siendo grabada desde un ángulo superior. Tres astronautas con uniformes de la nave Spaceliner estaban sentados en tres mesas separadas.

—¿Qué tenéis para mí?— Era la voz del administrador. No estaba en el marco del vídeo.

—Summers —dijo Jean.

Theo asintió.

—Imágenes de radar de la sonda —explicó una mujer astronauta sentada en la primera mesa.

—Esa es Maggie —afirmó Jean—. Es una de los nuestros.

Theo intentó ver lo que mostraban las imágenes del radar, pero el contenido de la pequeña pantalla era demasiado difícil de distinguir en la pantalla aún más pequeña de Jean. Por suerte, Maggie le explicó al administrador lo que se veía.

—Largo Viaje 2 parece estar en buena forma en el exterior. La nave está posicionada al contrario de su dirección de movimiento —dijo mientras se concentraba en su pantalla—. Oh —exclamó de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Summers.

—Han activado los motores. Eso significa que la nave está desacelerando.

—Entonces ¿los chinos siguen vivos? —preguntó el administrador.

—Aún no recibimos señales de vida por su parte. La maniobra de frenado puede haber sido programada —explicó Maggie.

Jean le quitó a Theo la *tablet* de las manos.

—Deja que avance un poco más rápido —dijo. Le dio un toquecito a la pantalla y le devolvió el aparato. En la pantalla central de la mesa de Maggie, un círculo rojo se movía de izquierda a derecha.

—Mil novecientos grados —comentó la astronauta.

—Dos mil veinte.

—Dos mil cien grados.

—¿Cuánto puede soportar la nave? —preguntó Summers.

—Aún no lo sabemos —respondió Maggie—. Si es un diseño normal y se incluyó aerofrenado como parte del concepto original... tal vez dos mil quinientos.

—Están usando la atmósfera para frenar —comentó Theo mientras observaba la grabación.

—Sí, y debe de haber hecho muchísima calor dentro de su nave —contestó Jean.

—Dos mil doscientos veinte grados —dijo Maggie en el vídeo.

—Dos mil trescientos cincuenta grados.

—Dos mil cuatrocientos setenta grados.

—Si no abortan pronto, la atmósfera los freirá —comentó Summers.

¿Era alegría por el mal ajeno lo que acababa de oír en la voz del administrador? Theo se rascó la barbilla.

—Dos mil quinientos cincuenta grados —dijo Maggie sin que le afectara al tono de voz—. No pueden abortar. La maniobra tiene que terminar como está planeada.

—Y el resultado final es una fritura china, ¿o qué? —preguntó Summers.

—No sabemos lo que la cabina puede soportar —replicó Maggie con calma—. Pero la maniobra de frenado está funcionando. Cuando esta odisea haya terminado, entrarán en órbita.

—Y, entonces, ¿recibiremos una visita? —preguntó el administrador.

—No lo sabemos —dijo Maggie. Theo admiraba su paciencia—. Entrar en la órbita de Marte no es lo mismo que aterrizar. Pero, en teoría, podrían estar aquí mañana como muy pronto.

Jean le quitó la *tablet* con suavidad.

—Y eso es todo —dijo—. El administrador está preparando una expedición hacia el lugar del

aterrizaje.

—Pero ni siquiera saben todavía cuándo y dónde... —Theo se quedó sin voz.

—Por supuesto que no. Pero para nosotros es importante saber que necesitarán dos buenos conductores de rovers. Uno de sus dos mejores candidatos se encuentra, por desgracia, sufriendo un agudo dolor de estómago. Parece que fue algo que comió.

—¿Ya? ¿No ha sido demasiado pronto?

—Digamos que estará fuera de juego durante un tiempo. Lo estamos vigilando. Significa que tú serás su sustituto, Theo. El administrador ya ha sido informado de tu larga expedición en rover hasta el cráter helado. Necesita gente como tú.

—Eso es una noticia increíble —dijo Theo—. ¡Por fin puedo salir de aquí un rato!



Sol 338, Cráter Flammarion

SU OBJETIVO DE LLEGAR AL DESTINO FRACASARÍA POR EXACTAMENTE MIL DOSCIENTOS METROS. Su consumo de energía seguía siendo demasiado elevado, pero simplemente no podía dejar de intentar contactar con sus hermanos. Esta rutina estaba enterrada en lo más profundo entre las capas de su sistema operativo, y era algo a lo que su altamente sofisticado procesador operacional no podía acceder. Era consciente de lo que estaba haciendo mal, pero no tenía forma de controlarlo.

Era frustrante. Conejo Plateado estaba programado para llegar a su destino. Quedarse mil doscientos metros corto no era conseguir su objetivo. Simplemente no podía absorber suficiente energía solar durante el día para compensar lo que necesitaba recorrer durante la noche.

Pero el problema debía tener una solución. Conejo Plateado repasó sus condiciones definidas. El factor más crucial era la cantidad de tiempo que pasaba a la luz del sol. Por delante se extendía la alta pared del Cráter Flammarion. Si había algún lugar donde podía encontrar la máxima luz solar, era allí. Decidió cambiar su rumbo. Tenía acceso a esos datos. Llegaría a su destino tarde, pero no iba a permitirse fallar por quedarse poco más de un kilómetro corto.

Justo antes del amanecer, llegó a una posición óptima en el reborde del cráter. Conejo Plateado se quedó dormido.



Sol 340, Base de MpT

EL MUNDO DABA SALTOS ADELANTE Y ATRÁS.

Eso se debía a que la luz iba rebotando en su casco al ritmo de sus pasos, y la pequeña visión recortada del mundo que veía cambiaba al mismo ritmo. En la zona circundante donde el rayo de luz no caía, había oscuridad. Hubiera lo que hubiera allí bien podía fácilmente no existir. No había modo de que ella lo supiera, ¿verdad? ¿Qué antiguo filósofo había dicho eso?

Rebecca disfrutaba de esos paseos solitarios. Se ponía en marcha deliberadamente antes del amanecer. El momento más oscuro era justo antes de que el sol comenzara a ascender por encima del horizonte. Una densa capa de polvo sobre su cabeza filtraba la luz de las estrellas, como si su tenue fulgor necesitara apagarse aún más. Se detuvo y echó la cabeza hacia atrás tanto como pudo. La luz de su casco iluminó la nube de polvo. Parecía estar a solo tres o cuatro metros por encima de su cabeza y caía despacio, envolviéndola, enterrándola bajo millones de partículas de polvo.

A Rebecca no le daba miedo. Solo era una ilusión que hacía que se estremeciera al estilo de las películas de miedo. Habría disfrutado hablando de ello con Theo. A él le habría gustado su idea, habría añadido su propia concepción, e incluso habría añadido varios horrores más. Compartían un similar sentido del humor.

Pero él no estaba allí.

Miró su aparato universal. La luz de fondo de la pantalla no funcionaba. Le dio varios golpeitos hasta que se encendió. Estos viejos trajes de MpT eran un fastidio. Ojalá ella tuviera también uno de los modelos modernos de Spaceliner. La pantalla de estado le dijo que había recorrido seis kilómetros y que el sol aparecería en unos minutos. «Por eso el cielo sigue así de oscuro y bonito», pensó. Rebecca dio media vuelta. La capa de polvo debía ser la razón por la que no había señales de amanecer al este.

Pasó a la vista de mapa. A unos ciento cincuenta metros al oeste se erguía una pequeña colina de tal vez cincuenta metros de alto. Se giró y se dirigió en esa dirección. La pendiente era sorprendentemente empinada. «Esto no son cincuenta metros. Más bien parecen ochenta», pensó antes de llegar a la cima. Para entonces algo estaba sucediendo en el horizonte al este. La capa de polvo estaba adoptando un tinte lechoso. Se sentía como si estuviera en el fondo de una botella de leche pero, por algún milagro, su contenido estuviera suspendido sobre su cabeza para evitar que se ahogara en él.

Algo se movía en el horizonte. Era rápido y diminuto, y avanzaba a saltos. Pensó en una gacela que fuera perseguida por la sabana. Un rover no podía moverse tan rápido. ¿No era esa la dirección en la que se suponía debía estar la sonda japonesa, la que Walter había querido

encontrar? Sí.

La perspectiva era engañosa. El objeto que se movía estaba más cerca de lo que había pensado. Debía tener el tamaño de una rueda de bicicleta, o tal vez un poco más grande. ¡Walter había encontrado la sonda! No pasaría mucho tiempo antes de que él mismo regresara a la base. Habrá enviado el robot por delante.

Rebecca respiró hondo y bajó corriendo la colina. La luz de la lámpara en su cabeza bailaba a lo loco. Estimó la velocidad a la que iba el robot. Rodaba directo hacia el campamento de MpT. Walter lo habría reprogramado y le habría ordenado que fuera allí. Rebecca escogió la dirección en la que debería ir para cruzarse en su camino.

Sin embargo, debía haberlo calculado mal. No. Se dio cuenta de que el robot estaba frenando. Ella ajustó su ángulo, pero el robot se detuvo a un metro antes del punto en el que ella había calculado que se cruzarían sus caminos. Se acercó al robot despacio, como si se tratase de un animal salvaje al que tuviera que calmar.

—¿Qué estás haciendo aquí tú solo? —le preguntó.

Por supuesto, no recibió respuesta. Pero el robot se sacudió ligeramente como si le estuviera haciendo una señal. Se arrodilló delante de él. Era una construcción simple pero inteligente, con limitado espacio para la batería. Ese debía ser el problema. Cuando el cielo se nublaba por el polvo, como hoy, sus fotocélulas no podían absorber suficiente energía, y sus reservas no serían suficientes. Ella comprobó su teoría en el módulo de control en el centro de la esfera, donde un par de luces y botones estaban situados. Las luces estaban apagadas y ninguno de los botones reaccionó.

Rebecca volvió a ponerse de pie. Por curiosidad, intentó levantar el robot por una de sus patas. Gracias al bajo tirón gravitacional de Marte, el robot no era pesado, pero su forma esférica hacía que fuera difícil de transportar. Rebecca lo sostuvo frente a su estómago y comenzó a caminar. Necesitaba descansar cada doscientos metros o así. Tras el primer kilómetro intentó atárselo a la espalda, pero era demasiado voluminoso y ella no llevaba consigo cuerdas elásticas para ayudarse. Suspiró y continuó como antes. «Solo quedan cinco kilómetros».



TARDÓ HORA Y MEDIA EN LLEGAR A LA BASE. ELLEN SE COMUNICÓ CON ELLA POR RADIO UNOS treinta minutos antes. Estaba preocupada porque Rebecca había dicho que solo iba a dar un paseo corto. Así que todo el mundo sabía lo que traía consigo.

Ellen salió a recibirla, y entre las dos cargaron el robot durante los últimos quinientos metros. Eso lo hizo mucho más fácil. Lo dejaron fuera del compartimento estanco. No fue difícil meter el robot en la cámara, y Ellen entró a gatas después, se sentó, y se lo colocó sobre el regazo. De ese modo solo tenían que dar dos pasos para entrar en la base con el robot. Todo el mundo las estaba esperando.

Rebecca recibió una inundación de preguntas, pero no pudo contestar ninguna de ellas. Había encontrado el robot por pura casualidad.

—Y, ¿qué habría pasado si no lo hubieras encontrado? —preguntó Marilou.

—Entonces habría llegado mañana —dijo Rebecca.

Al final alguien encontró un cable de conexión y enchufó el robot a la red. La pequeña luz en su panel frontal comenzó a parpadear. Pasó un rato antes de que el sistema del robot arrancara.

—Espera. Intentaré conectarlo de forma remota a nuestra red —dijo Ellen. Desapareció en el

puente. Las lucecitas pronto dejaron de parpadear frenéticamente y comenzaron a hacerlo con un ritmo constante. Ellen parecía haber tenido éxito. Volvió con una *tablet*, donde ya tenía abierto un programa de diagnóstico en la pantalla.

—¿Nos ha dejado Walter algún mensaje? —preguntó Rebecca.

Ellen toqueteó la interfaz del programa. Lo hacía tan rápido que era obvio que sabía cómo usarlo. No obstante, tardó un rato y luego sacudió la cabeza.

—No. Parece que han borrado la memoria. Solo contiene la ruta desde Syrtis Major hasta nosotras. Nada más. Lo siento.

—¿Cómo programó Walter la ruta? —preguntó Marilou.

—Simplemente habrá transferido sus archivos al robot —respondió Ellen—. Y entonces el robot volvió a rodar del mismo modo.

—Tal vez él nos lo pueda explicar pronto —dijo Rebecca—. ¿Cuánto tiempo tardó en llegar hasta allí? Deberías poder ver eso en el registro.

Ellen pulsó varios menús.

—Once soles —dijo—. Llegó a la distancia más alejada de nosotras el Sol 333.

—Entonces debería llegar aquí el Sol 344 —calculó Rebecca—. Dentro de cuatro días.

—Le daremos una buena bienvenida —prometió Ellen.

—Pero ¿qué deberíamos hacer con el robot? —preguntó Marilou.

—Podríamos enviárselo a nuestros hombres como mensajero secreto —sugirió Germaine.

Rebecca se mordió el labio inferior. Tal vez debería haber hablado con Ellen cuando se encontraran solas. Gabriella estaba allí. Si de verdad era una espía del administrador, no hacía falta enviar un mensajero secreto. Pero ¿cómo se suponía que se lo íbamos a explicar a las demás sin que Gabriella se enterase? Miró a Ellen, quien parecía estar esperando a establecer contacto visual con ella.

Ellen asintió con sutileza.

Bien. Ellen parecía haber entendido que ella tenía una preocupación que no tenía nada que ver con las demás.

—Sí, buena idea —dijo Rebecca.

—Vamos a darnos hasta mañana para pensar en algo que podamos hacer que el robot lleve consigo —dijo Ellen—. Entonces podremos decidir cuál nos parece la mejor opción. Gabriella, ¿crees que puedes reunir algo de equipo médico?

La doctora asintió.

—¿Cuál es su capacidad de transporte? —preguntó Rebecca.

—Buena pregunta —replicó Ellen—. No tenemos un manual de instrucciones. Tendremos que experimentar. Yo diría que no más de un kilogramo.



A REBECCA LE CAÍA SUDOR POR LA ESPALDA. YA HABÍA TENIDO BASTANTE EJERCICIO POR HOY, pero estaba aburrida. Sin saber qué más hacer, había vuelto a la bicicleta estática y estaba pedaleando lo más fuerte que podía.

—Todo el mundo al puente, por favor —dijeron por el altavoz.

«¿Qué pasa ahora?», exclamó para sí. Se limpió unas gotas de sudor de la frente. Tal vez no lo hubiera oído bien, o lo que fuera se acabaría pronto.

—Todos al puente.

Era la voz del sistema del ordenador y, por lo tanto, debía tomarse con seriedad. Rebecca se

bajó de la bicicleta. No tenía tiempo de ducharse, así que se secó con una toalla. Al salir del gimnasio lanzó la toalla a la cesta de la ropa sucia.

El puente estaba lleno. La sala no era muy grande. Ellen se hallaba frente al ordenador central, dándole la espalda. Dos mujeres se esforzaban por ponerse los trajes. Rebecca no podía ver quiénes eran por detrás.

—¿Qué pasa? —preguntó. Ellen se giró y apartó su silla para que Rebecca pudiera mirar el monitor. Un grupo de faros aparecieron en la pantalla—. ¿Qué es eso? —preguntó.

—Observa con más atención —dijo Ellen.

Rebecca se acercó más y se enjugó los ojos. Podría ser un vehículo. ¿Su rover? Pero eso era imposible. Se suponía que Walter no llegaría hasta dentro de cuatro días.

—Parece un rover —dijo Rebecca.

—Lo es —confirmó Ellen—. Es nuestro rover.

—Pero Walter no puede estar ya de vuelta.

—No, en efecto. Germaine y Nancy se están preparando para salir y echar un vistazo.

¿Echar un vistazo? ¿Por qué era necesario hacer eso? ¿No debería estar Walter ya en el compartimento estanco? Él podría contárselo todo.

—¿Walter? —preguntó Rebecca.

—No lo sabemos. El rover está vacío y no tiene cabina. Walter debe haberse metido en uno de los compartimentos laterales, pero ¿por qué haría eso? Germaine y Nancy saldrán a mirar de todos modos.

—¿Qué dice el ordenador del rover?

—El rover partió desde Syrtis Major el Sol 334. Pudo conducir durante la noche, pero no tan rápido como durante el día por razones de seguridad —explicó Ellen.

—Ningún pasajero humano habría podido soportar eso.

—No, Rebecca.

—¿Tal vez Walter se cayó en algún sitio?

—Según el ordenador del rover, no emprendió camino con ningún pasajero a bordo.

Rebecca tragó saliva con fuerza.

—Walter no va a volver —declaró.

—No —dijo Ellen—. Parece que no.



OBSERVARON COMO GERMAINE Y NANCY, CON SUS ANTICUADOS TRAJES ESPACIALES DE MPT, inspeccionaban el regresado rover. Las dos abrieron todos y cada uno de los compartimentos, e incluso desatornillaron los paneles que cubrían los motores y generadores. Querían estar seguras al cien por cien de que no habían pasado nada por alto. Pero no había señales de Walter. Era como si el rover hubiera encontrado su camino de vuelta él solito. Las cosas que ambas mujeres encontraron fueron contrastadas con la lista de inventario. No podían haber sabido lo que Walter se hubiera llevado en secreto, pero faltaban varias cosas del inventario estándar del rover. El objeto más importante era la tienda de campaña, junto con otros objetos tecnológicos que facilitaban su supervivencia en Marte.

—Se ha quedado la tienda —dijo Ellen.

Nadie comentó ese hecho. Parecían buenas noticias, pero solo al principio. La tienda bastaba para sobrevivir allí fuera. No tenía un verdadero sistema de soporte vital, y no era tan bueno reciclando aire como la cabina cerrada del rover. Necesitaba recibir regularmente una provisión

nueva de oxígeno.

—¿Cuánto oxígeno tenía? —preguntó Rebecca.

Ellen volvió a toquetear la pantalla.

—Cuando el rover partió hacia aquí, Walter disponía de suficiente aire respirable para tres días —dijo entonces.

«Eso significa que debe haber muerto el Sol 337», pensó Rebecca. Se enjugó una lágrima del rabillo del ojo. No fue la única.

—Germaine, Nancy, ¿podéis volver a entrar, por favor? Habéis hecho un buen trabajo —les dijo Ellen por radio.

En la pantalla, Rebecca vio cómo las dos terminaban lo que estaban haciendo y se alejaban de su tarea, con los brazos colgando lánguidos a los lados.

—Mañana, a las nueve en punto, celebraremos una ceremonia en honor a Walter —dijo Ellen, quien incluyó a Nancy y Germaine por radio.

Se extendió un murmullo por el puente y se retiraron a sus habitaciones.



Sol 341, Ciudad Marte

ERA MARAVILLOSO VOLVER A ESTAR EN EL EXTERIOR. THEO NO SE HABÍA DADO CUENTA DE LO mucho que había echado de menos los espacios abiertos. A pesar de su altura, el traje que le habían dado le sentaba a la perfección. Era tecnología Spaceliner de la cara. Podía arrancar árboles o apilar rocas hasta formar montañas con él.

Theo estaba sentado en el asiento del conductor del rover abierto. El sistema de navegación era intuitivo. Lo primero que había hecho era desactivar el piloto automático. No quería sentirse como un mero pasajero. Tras él iba sentado un hombre armado al que no conocía, uno de los de seguridad. Estaban esperando a que la nave espacial china terminara su procedimiento de aterrizaje. Todo el mundo había calculado un largo viaje hasta el lugar del aterrizaje, pero la trayectoria actual de la nave Largo Viaje 2 reveló que iba a aterrizar cerca de Ciudad Marte.

Esperaba poder saber pronto con precisión dónde sería. Theo estaba ansioso por partir. Le encantaba la sensación del vasto desierto marciano, la idea de estar lejos de toda civilización. Ya se le había ocurrido darle esquinazo al tipo de seguridad que llevaba atrás. El guardia estaba actuando con demasiada arrogancia para gusto de Theo. Podía conducir el rover como un mulo terco y el hombre acabaría cayendo al suelo con la misma rapidez que un rayo.

Sin embargo, el placer solo duraría unos instantes, aún cuando el hombre creyera que lo que había pasado era un accidente. No, sería mejor mantener en secreto su auténtico papel en este juego. El hecho de que el lugar del aterrizaje de la nave china estuviera tan cerca de Ciudad Marte reforzaba la suposición de que siguiera alguien vivo a bordo. Después de todo, la tripulación china no podía haber conocido la localización definitiva de Ciudad Marte en el momento de su despegue desde la Tierra, y Marte era demasiado grande como para que fuera una coincidencia.

La tripulación aún tenía que establecer contacto por radio, pero debían haberse dado cuenta de que podían recibir mucha más ayuda del asentamiento de la Spaceliner. Era muy probable que necesitaran ayuda y que estaba fallando mucho más que su sistema de comunicaciones. Había pasado relativamente poco tiempo desde que entraran en órbita y comenzaran el procedimiento de aterrizaje.

—Puente a equipo de campo, ¿podéis oírme?

Llegó la hora. Theo se acercó un poco más a la barra de conducción.

—Rover 2 preparado para arrancar —dijo.

—Hemos calculado el lugar del aterrizaje. Está situado a unos quince kilómetros al este. Estamos enviando las coordenadas completas a vuestro sistema de navegación.

—Gracias, puente. Nos ponemos en marcha.

Theo miró por encima del hombro y le dedicó un gesto con la cabeza al guardia de seguridad, quien respondió a su gesto antes de agarrarse al reposabrazos, una vara de un dedo de grosor que recorría el lateral derecho. Theo abrió las coordenadas en su pantalla. El ordenador le ofrecía guiarlo en su ruta, pero él lo declinó. Y así, giró la barra de conducción a la derecha y apretó el acelerador. Quería llegar al lugar del aterrizaje lo antes posible. El segundo rover, el modelo cerrado, sería más lento.

Partieron a toda velocidad por el desierto, dejando atrás una estela de polvo. El velocímetro marcaba unos veintidós kilómetros por hora. Theo no le prestaba atención a las rocas más pequeñas, aunque evitaba las más grandes. No necesitaba reservar neumáticos porque el rover no iba a desmontarse durante los cuarenta y cinco minutos que les llevaría llegar al lugar del aterrizaje. Bajó por la pared de un cráter tan rápido como pudo. Una pequeña elevación en el centro del cráter provocó que el rover se tambaleara brevemente, pero luego subió a toda velocidad la otra pared de vuelta a la superficie.

El sol salió de repente. Había estado oculto detrás de la niebla hasta ahora. Era una visión gloriosa. ¿Tal vez sentía curiosidad? Después de todo, Marte estaba a punto de recibir varios residentes nuevos que pronto lo estarían mirando año tras año. «Si yo fuera el sol», pensó Theo, «querría saber quién está aterrizando ahora en los confines de mi reino». ¿O no le importaría lo más mínimo si la gente lo miraba desde una nave espacial o desde la superficie de un planeta?



—PUENTE A EQUIPO DE TIERRA, ATERRIZAJE CONFIRMADO.

—Rover 2, recibido —respondió Theo—. ¿Coordenadas?

—No hay nuevos datos —dijo la voz desde el puente—. Aterrizaron exactamente donde calculamos que lo harían.

—Gracias. —Theo estudió su monitor—. Estaremos allí en diez minutos.

—Confirmado. Es probable que Rover 1 necesite unos diez minutos extra.

Theo no respondió. Tomó la decisión de recorrer la distancia en ocho minutos en vez de diez. Los demás podrían comerse su polvo. Había pasado una eternidad desde que se divertiera tanto como lo estaba haciendo hoy.



UN OBJETO BAJO Y NEGRO QUE NO PERTENECÍA AL PAISAJE DE MARTE APARECIÓ EN EL HORIZONTE. Theo redujo velocidad.

—Equipo de tierra Rover 2 a puente, hemos localizado la nave aterrizada —informó por radio.

—Acercaos con precaución para realizar una inspección visual.

—Con gusto —dijo Theo.

Asintió al guardia, quien entendió el gesto y se agarró con fuerza al reposabrazos una vez más.

«Qué listo», pensó Theo. Pero no continuó a velocidad máxima. Algo lo estaba conteniendo. Se resistía a llamarlo intuición. Eso no iba con él. Los datos contaban, los sentimientos no.



DELGADAS VOLUTAS DE VAPOR CARACOLEABAN ALREDEDOR DE LA NAVE ATERRIZADA. ERA UNA visión extraña. «Es probable que el hielo, o el hielo seco, de la superficie de Marte se esté condensando de nuevo rápidamente tras haber sido evaporado por las altas temperaturas de la nave», pensó Theo. La nave misma se parecía a la de la NASA. Era menos elegante que la Spaceliner y considerablemente más pequeña. Varios módulos ovalados habían sido montados uno sobre los otros. Podía ver que unos pasillos los conectaban, lo cual le daba todo el aspecto de las franjas en una abeja.

Toda la estructura estaba reforzada externamente por puntales de metal, y se erguía sobre una plataforma de aterrizaje de tres patas. El módulo del fondo contenía una puerta a un compartimento estanco a una altura de dos metros. Por ahí era por donde los visitantes deberían salir en cualquier momento.

Theo aparcó el rover pero no pasó nada. ¿Estaban esperando un poco a que el lugar del aterrizaje se enfriara? ¿O el calor de la fase de desaceleración había acabado por costarles la vida? Esa sería una ironía trágica, haber sobrevivido tantos meses solo para morir durante la entrada en órbita. Decidió que era mejor no especular. Los sucesos reales se conocerían pronto.

—Rover 2 a puente, aún no ha salido nadie. ¿Debería llamar a la puerta del compartimento estanco?

—Negativo, Rover 2. Los especialistas en el Rover 1 se encargarán de realizar una investigación más exhaustiva. Vosotros os quedaréis en reserva como equipo de apoyo.

—Entendido.

Giró la barra de navegación a la izquierda. Si no se le permitía examinar la nave más de cerca, al menos podía conducir a su alrededor. No parecía que fuera completamente simétrica. Un lado era casi negro, y había un brillo metálico en el otro lado. ¿En cuál de los dos lados estaría localizado el escudo de freno?

—Rover 1 a Rover 2, ¿podéis vernos?

Theo miró por encima del hombro. Sí, el rover cerrado se dirigía en su dirección.

—Confirmado —dijo—. ¿Deberíamos hacer algo?

—Gracias, chicos, pero estaremos bien. Solo manteneos ojo avizor.

«¿Por qué?», se preguntaba Theo. Mantuvo sus pensamientos en secreto. «¿Qué podía pasar?» Pero entonces se acordó de su presentimiento.

—Es solo mi imaginación —musitó.

—¿Qué ocurre? —preguntó el guardia.

—Nada.



THEO APARCÓ EL ROVER EN UN LUGAR DESDE EL CUAL TENÍA UNA BUENA VISTA DE LA NAVE. «NI siquiera parece una nave espacial de verdad», pensó. Después de todo, ¿a quién se le había ocurrido la expresión *nave espacial*? Él prefería *cohete*, pero Spaceliner era el único que podía describirse como tal. La estructura frente a ellos le recordaba más a una canoa primitiva. Podías atravesar los mares con ella, pero no te sentirías particularmente orgulloso por ello.

El otro rover se acercó a Largo Viaje 2. ¿Qué planeaban?

—Rover 2 a Rover 1, por favor, responded —dijo Theo.

—¿Sí, Rover 2?

—Si vamos a estar vigilando, ¿no tendría sentido que nos incluyerais en vuestras comunicaciones por radio?

La voz al otro lado no respondió de inmediato. El hombre probablemente necesitara consultarlo con la persona que controlaba el sistema de comunicaciones.

—Claro —dijo—. Excelente sugerencia.

—... sin respuesta aún.

Oh, ya estaban conectados. Theo se sintió más animado. Al menos las cosas no serían tan aburridas ahora que estaba en la onda. Pero la tripulación china parecía seguir incomunicada.

—Tenéis autorización para implementar la recuperación según el Plan C.

¿Qué era el Plan C? Los planes A y B ya parecían haber fallado. El rover cerrado se detuvo a unos dos metros de la nave espacial. Un hombre con traje espacial salió de él; llevaba una especie de cable alargador. Conectó un extremo al rover y el otro a la nave. Era obvio que había alguna especie de puerto en la parte más baja del compartimento estanco. ¡Viva los estándares internacionales!

—La conexión eléctrica ya está completa —anunció Rover 1—. El nivel de voltaje es normal. Transferencia de datos en progreso. Comienzo diagnóstico.

—No se detectan errores. Continúad con el Plan C —respondió una voz.

Un minuto más tarde, un tubo de altura completa se extendió desde el Rover 1 y se dirigió directamente al compartimento estanco. Ajá, suponían que había alguien vivo a bordo, pero que era incapaz de moverse. Al menos no querían correr el riesgo de liberar el aire de la nave si existía la posibilidad de que alguien siguiera vivo a bordo.

—Tubo conector en su sitio. Presión estable establecida y comprobada.

—Gracias. Comenzad con la operación de recuperación.

Mierda. Ahora no podría ver qué estaba pasando. ¿Debería pedir acceso a las grabaciones de la cámara?

—Abriendo compartimento estanco. Estamos en la cámara.

—¿Y el aire? —preguntó el puente.

—Ligeramente seco, pero respirable. El oxígeno está al dieciocho por ciento y el dióxido de carbono es insignificante.

Qué raro. O bien los chinos tenían un sistema de reciclado especialmente eficiente o no habían respirado el aire a bordo durante mucho tiempo. Eso significaría que todos estaban muertos.

—¿Va todo bien, puente?

El equipo de recuperación, al parecer, esperaba que les dieran luz verde. El puente no respondió.

—Lo siento, chicos. Tuvimos que discutir algo brevemente. Lo que está pasando no va al cien por cien en línea con el Plan C. Esto ha levantado nuestras sospechas.

—¿Abortamos?

—No. Aún no vemos ningún peligro. Solo porque algo no vaya tal y como esperamos no significa que tengamos que abortar la misión inmediatamente.

—Entendido. Estamos de acuerdo.

—Entonces proceded a abrir la puerta interior del compartimento estanco.

Theo oyó varios chirridos por la radio. La puerta interior del compartimento estanco parecía estar siendo abierta con el uso de la fuerza.

—Estamos dentro. Está oscuro.

—Rover 1, ¿podéis encender las luces dentro de la nave? —preguntó la voz desde el puente.

—Un momento. Tendremos que comprobarlo.

—Nuestro equipo dice gracias. ¡Ha sido rápido!

—Rover a equipo de recuperación, ¿están las luces encendidas?

—Sí. ¡Gracias!

—No lo hemos hecho nosotros.

—Bien. Parece que estamos en su puente. Hay todo tipo de ordenadores y asientos para tres personas, pero no hay nadie.

—Puente a equipo de recuperación, hay tres niveles.

—Entendido. Nos dirigimos arriba.

—¡Buena suerte! Os estamos observando por las cámaras de vuestros cascos.

«¿La nave ha aterrizado sin nadie sentado en la silla del capitán?», se preguntó. Theo sacudió la cabeza despacio. Por supuesto, el ordenador podía manejar la navegación, pero sería dudoso que nadie de la tripulación quisiera verlo. ¿O estaban los miembros de la tripulación china simplemente escondidos en los demás módulos? Se habían dado casos de locura espacial transitoria en largos viajes.

—Vale. Debería haber una especie de taller en la segunda planta, así como una cocina. Huele como si algo se hubiera quemado allí, pero todo está limpio.

—Entonces todo lo que queda es el módulo superior.

—Sí, puente. Ya estamos en la escalerilla.

Se hizo el silencio por un momento, seguido de un fuerte sonido metálico.

—Lo siento, la escotilla cayó abierta hacia nosotros, pero todo va bien.

—De acuerdo, equipo de recuperación. Proceded.

—Nosotros... mierda. Los hemos encontrado. Están todos muertos. Seis personas en cuatro camas. Parece que hay cuatro hombres y dos mujeres, aunque todos tienen un aspecto similar.

«¿Qué quería decir con eso de similar? ¿Le parecía que todos los asiáticos eran iguales?».

—Podemos verlo por la cámara —dijo la voz desde el puente—. La tripulación está extremadamente deshidratada y completamente desecada.

—Esto es... horrible —dijo el hombre del equipo de recuperación—. Lo siento, Nigel ha tenido que volver. Estaba a punto de vomitar. Ahora solo estamos nosotros dos.

—No detectamos una amenaza inminente. Al menos los seis miembros de la tripulación no representan ningún peligro, así que seguid. Sin embargo, necesitamos hacer una petición.

—Ya puedo adivinar de qué se trata.

—Sí. Tenéis que traer uno de los cadáveres con vosotros. Necesitamos hacerle la autopsia. O espera, será suficiente que transportéis uno al rover. Enviaremos un equipo forense hacia allí. Hasta que sepamos más de lo que ha pasado, no deberíamos traer los cuerpos a la base.

—Entendido. Vaya desastre. Yo también estoy en cuarentena ahora, ¿verdad? El cumpleaños de mi esposa es pasado mañana.

—Sí, Sam, lo siento. Pero mientras la causa de la muerte sea desconocida, tendrás que quedarte dentro de la base. Pero no te preocupes. Lo más probable es que fallara el sistema de soporte vital y sencillamente se asfixiaran. Por la grabación en vídeo, no parece que haya signos de enfermedad.

—Eso es reconfortante.

—Lo siento, pero la seguridad de Ciudad Marte está por encima de todo. ¿Podéis llevar ahora uno de los cadáveres al rover?

—Claro... Ahora nos ponemos a ello. ¿Alguna preferencia? ¿Hombre o mujer?

—No importa. Lo que os parezca más sencillo.

—José cree que podría transportar a los seis porque son muy ligeros. La deshidratación, combinada con la gravedad de Marte...

—No, uno será suficiente.

—Recibido, puente. José lleva a una de las mujeres. Nos marchamos ahora de este sitio tan “hospitalario”.

Theo visualizó los seis cuerpos. Probablemente llevaban uniformes delgados. Pero ¿por qué estaban seis personas en cuatro camas? Así no era como se habían dispuesto en el momento del despegue. ¿Qué tragedia había ocurrido?

—Equipo de recuperación a puente. Hemos llegado al rover y estamos desconectando ahora el tubo del compartimento estanco.

—Proceded, Rover 1.

Theo observó cómo se sacudía el tubo estanco. Tenía aspecto gracioso, como si alguien hubiera metido el dedo en un lugar helado y no pudiera sacarlo. «¿Qué está pasando?», se preguntó.

—Eh... Rover 1 a puente. El tubo no quiere cooperar.

—¿No quiere?

—El ordenador no responde. Simplemente no se desengancha. Es casi como si la nave no quisiera devolvérselo.

—Mantened la calma. ¿Lo habéis intentado por el otro lado?

—Pero entonces perderemos el tubo.

—Tonterías. Solo se quedaría enganchado. Rover 2 podría recuperarlo.

—Por supuesto. Lo siento. Lo desconectaremos manualmente desde dentro. ¿Necesitamos los trajes para eso?

—No. Podéis operar los ganchos mecánicamente desde el interior. Sería desafortunado que primero tuvierais que salir del rover para hacerlo.

—Lo siento, debería haberlo pensado.

—No pasa nada, Sam. Acabáis de descubrir seis cadáveres. Eso habría alterado a cualquiera.

El tubo se deslizó por la pared exterior del rover cerrado y aterrizó en el suelo. Theo se acercó más con su rover y le hizo señas con la mano al guardia de seguridad. Ellos cargarían el tubo en su vehículo. Al menos algo bueno saldría de que él estuviera allí.

—Rover 1 a puente, tenemos un pequeño problema.

Theo oyó a alguien toser de fondo.

—¿Qué pasa, Rover 1?

—El nivel de oxígeno en la cabina está cayendo con rapidez. Debe de haber una fuga parte.

—¡Poneos los trajes, rápido!

—Yo... nosotros... Nigel está completamente desnudo. Ha vomitado por todas partes y se siente muy mareado. Él... Fue demasiado para él.

—Sam, deja a Nigel. Tienes que sellar tu propio traje. Eso es lo más importante. Puente a Rover 2, ¿podéis ayudarlos?

Theo saltó de su asiento y corrió hacia el otro rover con el guardia pisándole los talones. Pero la cabina estaba sellada. No podían acceder desde el exterior porque no había compartimento estanco. Si abrían la escotilla, todo el aire saldría del rover.

—Rover 2 a puente, no hay nada que podamos hacer —gritó Theo por radio. El guardia le puso una mano en el hombro.

—Sam —gritó una voz desde el puente—. ¿Qué pasa? ¿Cómo estás?

—Yo... lo he conseguido. Me he puesto el traje, pero Nigel no lo consiguió. Intenté reanimarle con su mascarilla, pero no recibí ninguna respuesta.

—¿Y José?

—¿José? No lo sé. Está apoyado contra la pared. ¿José? ¿José? ¡Di algo, por favor!

—Su traje no indica ningún valor. ¿Lo lleva puesto?

—Sí.

—Entonces está muerto.

—¡Mierda! ¿Qué ha provocado esto?

—No lo sabemos, Sam, pero lo averiguaremos.

El rover cerrado comenzó a moverse despacio. El cable eléctrico que lo conectaba a la nave china saltó de la caja conectora. El rover arrastró el enchufe tras él.

—Rover 2 a puente, ¿veis eso? El Rover 1 se marcha. Se dirige a Ciudad Marte. ¿Lo habéis hecho vosotros?

—No, no hemos tenido nada que ver. Sam, ¿has arrancado tú el rover? Entendemos que quieras volver a casa, pero no podemos dejarte entrar con el cuerpo a bordo. Al menos no hasta que hayamos determinado la causa de la muerte.

—No, puente. No lo he hecho yo. El rover se está moviendo por sus propios medios.



Sol 341, Promethei Planum

EL MOTOR DEL ROVER RECHINÓ. SONÓ COMO UN AULLIDO DE DOLOR. EWA DETUVO EL VEHÍCULO al instante. Viernes tenía razón. Justo esa mañana le había aconsejado que le pusiera las cadenas para la nieve a los neumáticos. Eso habría ralentizado su progreso, pero ciertamente era mejor que quedarse atascada en el hielo.

La meseta que estaban atravesando le recordaba a Ewa un desierto helado, pero no tenía nada en común con el mundo nevado del Ártico en la Tierra. Debajo del rover, el hielo no se parecía en nada al hielo de agua que conocían, sino más bien al hielo seco. La capa tenía unos tres o cuatro metros de grosor, según el radar. Ewa se alegraba de que no fuera más gruesa, como debía de ser el caso en pleno invierno. Su viaje en ese punto no era tan peligroso. En la Tierra, grietas en el hielo presentaban el riesgo más significativo, pero aquí el mismo rover podía resultar siendo un problema, principalmente cada vez que las temperaturas del exterior oscilaran alrededor del punto en el que el hielo seco podría vaporizarse o sublimarse de repente.

El mayor peligro estaba relacionado con la energía que producía el rover, la cual podía provocar que la sólida capa de hielo bajo ellos desapareciera. En el peor de los casos, se hundirían hasta el nivel de la superficie real en cuestión de minutos. No les resultaría imposible salir del agujero de hielo, pero la cantidad de tiempo que necesitarían para hacerlo dependería de la profundidad de su caída. La capa de hielo no era universalmente traicionera, ya que se había estabilizado en algunos puntos gracias a las impurezas formadas por el polvo y por el mucho más estable hielo de agua, que se derretía alrededor de los cero grados. Pero finalmente llegarían a un punto tras el cual sería mejor que no se detuvieran hasta que llegaran a su destino.

Ewa cerró los ojos y escuchó. ¿Se estaba deslizando el rover ya hacia abajo, hundiéndose en un agujero? No pasó nada. El vehículo parecía estar asentado en un lugar seguro. Se preparó para salir del rover.



LAS CADENAS PARA NIEVE ESTABAN ALMACENADAS EN UN COMPARTIMENTO DEBAJO DE LA CAJA DE HERRAMIENTAS. Al parecer, la NASA había pensado en todo. ¿O habían hecho una expedición a uno de los polos como parte de su programa de investigación? ¿Cómo respondería Mike si se lo preguntara? La Edad de la Inocencia, durante la cual los cuatro astronautas de la NASA se habían visto como visitantes temporales de un nuevo mundo, ya pasó hace mucho. Ewa desatornilló la cubierta del compartimento de almacenaje. Estaba asegurado en varios sitios. Había exactamente dos cadenas en el compartimento. Se parecían a las que se ponían en los

neumáticos de los coches, solo que mucho más grandes para que encajaran en los neumáticos mucho más grandes del rover. Se suponía que solo tenía que usarlas en los neumáticos delanteros. Plastificadas, las instrucciones de montaje estaban pegadas a la pared lateral del compartimento. Ewa las estudió. El montaje era realmente similar al procedimiento para los coches. Recordó un viaje que había realizado una vez desde San Francisco, por las montañas. Se encontraba sola en un coche que se conducía solo cuando la voz del ordenador le pidió ayuda. Ella había vacilado al principio, porque no llevaba ropa abrigada para el frío de fuera. Pero si no hubiera accedido, el coche se habría visto obligado a dar media vuelta. Así que accedió a la petición de ayuda mientras el ordenador le explicaba qué hacer a través de la ventanilla abierta del asiento del copiloto.

Primero, Ewa estiró las cadenas delante del vehículo. Esta superficie, sobre la cual ningún humano había caminado jamás, le resultaba extraña. Pisó firmemente con su bota. El material parecía frágil, aunque también poroso. Le recordaba a una esponja. Luego hizo pasar el rover por encima de las cadenas, hasta dejarlo en la mitad de su longitud, y sujetó las cadenas alrededor de la parte superior del neumático.

Varios bloques diminutos de nieve estaban adheridos a la rueda. Parecían haberse compactado por la presión del neumático. Ewa los alumbró con su linterna. Los bloques se disolvieron en el aire como si nunca hubieran estado allí. Era una locura. Las cosas allí nunca eran lo que parecían. Necesitaba estar alerta. Cuanto más subía, más sorpresas le ofrecería el terreno.



Sol 341, Ciudad Marte

—PUENTE A ROVER 2, TENÉIS QUE DETENER A VUESTROS COLEGAS.

—Entendido —replicó Theo.

—Agárrate fuerte, tío —dijo por la radio del casco. Debería haberle preguntado su nombre al guardia hacía mucho. En una emergencia, siempre era bueno poder comunicarse con rapidez.

La distancia entre ellos y el rover cerrado era de unos cien metros. Podía adelantarlos con facilidad. Pero y después, ¿qué?

Gracias a su construcción, el otro vehículo era al menos tres veces más pesado. Su rover abierto consistía casi exclusivamente de su chasis, mientras que el otro cargaba con todo un sistema de soporte vital. ¿Qué sucedía en esas antiguas películas de acción? ¿Conseguían las motocicletas alguna vez detener a los furgones? ¿Se habían invertido los papeles! Él debería ser quien huyera del otro rover.

Theo aceleró y alcanzó rápidamente al otro vehículo. ¿Debería intentar arremeter contra su oponente? Obviamente, la colisión tendría un mal resultado para su rover. No debería actuar impulsivamente. Había suficiente tiempo.

—Puente a Rover 2, no os acerquéis demasiado a Ciudad Marte. No podemos correr el riesgo de contaminar el asentamiento.

Los de la base lo estaban poniendo nervioso. ¿Deberían decirle cómo conseguir que el pesado rover se detuviera! ¿Por qué debería arriesgar su vida por esto? El vehículo no podía presentar mucho peligro. Las películas de terror eran los únicos lugares en donde las infecciones mataban a la gente con rapidez pasmosa y luego acechaban en espera de nuevas víctimas. Tal vez solo debería actuar como si estuviera intentando hacer de verdad lo que le estaban pidiendo. Podría rozar el Rover 1 una y otra vez en un ángulo plano. Su vehículo definitivamente podría soportarlo.

—Puente a Rover 2, si vuestros vehículos cruzan el límite de protección de la ciudad, lanzaremos misiles antitanques.

¿Habían traído armas a Marte? ¡Eso no podía ser cierto! Solo transportarlas al espacio era una violación de los convenios de las Naciones Unidas. ¿O era un farol? Theo conocía el impacto de misiles así. Al instante levantó el pie del acelerador. Tendría que crear suficiente distancia entre ellos y el otro rover si querían sobrevivir a esto.

—Puente a Rover 2, estaba hablando en plural. Si no cumples con tu tarea, tú también serás un objetivo.

El guardia en el asiento de atrás apretó con más fuerza el hombro de Theo.

—Sí, colega, lo comprendo —dijo Theo—. Lo dicen en serio. ¿Quieres bajar?

—Me llamo Pierre —dijo el hombre con un ligero acento.

—¿Canadiense?

—Sí, en efecto. Si me bajo ahora, será mi final, así que continúa intentando detener el otro rover.

—Vale, Pierre. Pensaré en algo y sobreviviremos a esto.

—Gracias. Mi esposa lo apreciará.

«Y Rebecca también», pensó Theo. Aceleró hasta que se colocó de nuevo junto al otro vehículo. ¿Cómo se podía detener algo que era significativamente más pesado que tú mismo? ¿Podía un caballo hacer que un elefante volcara? Estudió el otro vehículo. Estaba demasiado pegado al suelo. Mientras su propio vehículo parecía tomar vuelo con cada pequeño bache en el terreno, su oponente parecía estar pegado a la superficie.

Pero el otro rover también parecía tener una debilidad: la distribución de su peso. La mayor parte de su masa se concentraba en la cabina, que estaba situada a unos tres metros por encima del chasis. Por supuesto, el rover cerrado tenía patas cortas, pero aún podría ser posible desestabilizarlo. Todo lo que Theo necesitaba era que su centro de gravedad se levantara del suelo.

Pensó bien las condiciones. No conocía la situación precisa de la distribución del peso, pero sabía dónde estaban situados los pesados tanques del soporte vital, así como la situación de las baterías y las células de combustible. El chasis y la cabina eran reemplazables, así que todos los componentes pesados estaban situados al menos a un metro y medio por encima de la superficie. Si podía conseguir que el rover cerrado se situara en una pendiente de treinta grados, podría tener éxito en su empeño. Pero ¿qué le pasaría a Sam, quien probablemente era el único superviviente del equipo de recuperación?

—Rover 2 a puente, ¿qué pasa con Sam en el Rover 1? ¿Puede hacer algo?

—Sam ya no responde. Parece haber algún problema con el sistema de comunicaciones. Vosotros sois los únicos que podéis rescatarlo llegados a este punto.

«Muchas gracias», pensó Theo. Si pudiera derribar el rover, su único ocupante vivo se vería en peligro. ¿Se suponía que tenía que poner tres vidas humanas en riesgo solo porque un idiota en el puente estaba sufriendo un ataque de pánico por un par de cadáveres? Theo sacudió la cabeza. Si se negaba a hacerlo, pondría esas tres vidas, la suya incluida, en un peligro aún mayor.

Le echó un vistazo al monitor de navegación y abrió el mapa. Un cráter relativamente reciente, de no más de unos cuantos miles de años, estaba situado a un kilómetro de distancia. Sus paredes aún no estaban erosionadas. No estaba situado directamente en la ruta hacia Ciudad Marte, pero tal vez pudiera obligar al otro rover a tomar un pequeño desvío. ¿Quién estaba sentado al volante en esos momentos? Si era Sam, probablemente se imaginaría sus intenciones y giraría hacia el otro lado. Pero no importaba. Tendría que intentarlo.

—Agárrate fuerte, Pierre —dijo. Entonces sujetó la barra de conducción con fuerza. La curva era tan cerrada que un lado del rover abandonó el suelo por un momento. Sin embargo, consiguió situarse justo delante del otro rover, lo cual provocó que se desviara a la izquierda... hacia el cráter. Theo entonces frenó para dejar una corta distancia entre él y su oponente para comprobar su nuevo rumbo. ¡Ja! Había funcionado. El pesado rover no estaba intentando volver a la antigua ruta, sino que se dirigía directamente hacia Ciudad Marte desde su nueva posición. Como resultado, Theo tenía ahora una oportunidad de poner en práctica su plan.

Repitió la maniobra. ¡Bien! Y una vez más. El cráter estaba prácticamente situado en su camino ahora. ¿Por qué no se había dado cuenta el conductor del rover cerrado de lo que estaba haciendo? ¿No estaba familiarizado Sam con los esquemas del vehículo, o simplemente no había

visto el cráter? Esperaba que esto continuara así. Theo comprobó el mapa. Solo había otros dos cráteres en la ruta hacia Ciudad Marte, pero los dos parecían demasiado grandes para su plan. Necesitaba empinadas paredes de cráteres que aún no hubieran sido seriamente afectadas por los dientes del tiempo.

—Agárrate fuerte, Pierre —volvió a advertir al guardia. Había llegado el momento de su última maniobra. Pisó el acelerador a fondo, adelantó al otro rover, y se interpuso en su camino con una sacudida audaz de su volante. Mierda. El morro del Rover 1 golpeó su vehículo de lado.

Pierre gritó.

Theo no se giró. El otro rover debía haber destrozado la pierna de Pierre, pero no podía concentrarse en eso ahora. El pesado rover los empujaba a través del polvo de Marte, levantando un montón de tierra en el proceso. La visibilidad se redujo con rapidez. ¡Tenía que poner el vehículo a salvo! Intentó hacerlo con un par de giros bruscos de volante. Cada vez que lo giraba a la derecha, el hombre tras él gruñía por la radio del casco. «Lo siento, Pierre, pero si no lo hago morirás», pensó Theo. Tiró del volante hacia la izquierda, pisó el acelerador, y se liberaron al fin. «¡Joder! ¡Eso ha estado cerca!», se dijo.

—Yo... necesito un médico —gruñó Pierre.

—Lo sé, pero primero tengo que salvar nuestras vidas —dijo Theo.

Limpió el polvo de su visor y luego limpió la pantalla con brusquedad. El cráter estaba justo frente a ellos. La maniobra le había costado la pierna a Pierre, probablemente, pero la maniobra no había sido en vano. El pesado rover seguía dirigiéndose directamente hacia Ciudad Marte, pero ahora tendría que atravesar el cráter para hacerlo. Esta era su oportunidad. Theo condujo su vehículo por el borde del cráter. La distancia podría ser mayor por allí, pero aún seguía siendo más rápida.

El momento crítico se cernía sobre ellos ahora. ¿Elegiría el rover cerrado dar un rodeo para evitar cruzar el cráter? No, y desde una perspectiva de navegación, esta sería una decisión lógica, ya que el chasis del rover podía manejar fácilmente la pendiente. Por otro lado, tendrían que darse prisa si querían perseguir a su oponente. Theo se agachó. Fue un movimiento instintivo, aunque no reduciría la resistencia del viento al hacerlo. Tenían que ser absolutamente los primeros en llegar al punto de salida del cráter.

—¡Cuidado! —le advirtió Pierre.

El pesado rover estaba completamente dentro del cráter. No podía verlo en ese momento, pero una luz parpadeante en el monitor indicaba su localización. Theo giró a la derecha, hacia el punto donde el otro rover tendría que comenzar a escalar para salir del cráter. Estimó que la pared del cráter tenía en ese punto una pendiente de casi cuarenta grados, y estaría cubierta de gravilla, lo cual reduciría la tracción que las ruedas del rover pudieran alcanzar. Todo se reduciría al momento justo.

Necesitaba aumentar el impulso que llevaba consigo hasta el punto en el cual el efecto fuera óptimo. Theo aceleró hacia el lugar donde el otro rover debería aparecer en cualquier momento. Esto tenía que funcionar. Si reducía la marcha, perdería una fuerza valiosa. ¿Lo había calculado todo correctamente? Diez metros, cinco metros, tres... Entonces vio el pesado rover que venía subiendo. ¡Se veía bien! El otro vehículo iba relativamente lento.

Apuntó a su esquina frontal derecha. Metal encontró metal.

—¡Yujuuuuu! —gritó.

Saltaron chispas en absoluto silencio. El pesado rover viró a la izquierda. Sí, eso era lo que tenía que pasar. Tenía que girar en perpendicular a la inclinación, ya que la fuerza gravitacional no le dejaba más opción, pero Theo no podía ver lo que estaba pasando porque su propio

vehículo estaba girando ahora hacia la derecha. El impulso fue tan fuerte que su chasis no pudo soportarlo. El rover se deslizó por la arena hasta que uno de sus neumáticos golpeó contra un peñasco, lo que provocó que el rover volcara al instante. Por instinto, Theo pensó en sujetarse a algo, pero sabía que no debería hacerlo. De otro modo quedaría enterrado bajo el vehículo. «Debería haberle dicho a Pierre qué hacer», pensó mientras volaba por los aires.

Algo le golpeó en la espalda. No, en realidad era él estrellándose contra la superficie de Marte. Un dolor punzante irradiaba de su cuello. «¡Cualquier cosa menos la paraplejia!». Y, ¿qué le había pasado al otro rover? ¿Había funcionado su plan? ¿Seguía Pierre vivo?

Theo intentó levantar la cabeza, pero se desmayó.



Sol 341, Base de MpT

—¿TIENES LA PISTOLA? —PREGUNTÓ ELLEN EN VOZ BAJA.

—Aquí está —susurró Rebecca—. La he guardado descargada, pero tengo la munición.

—¿Cuánta?

—Sesenta balas. El paquete habría sido demasiado pesado si hubiera traído más.

—Bien. No queremos que empiecen una guerra civil. Solo deberían sentir una potencial amenaza de bajo nivel.

Rebecca no estaba segura de que esto fuera una buena idea, pero Ellen la había convencido para que le siguiera el rollo. Sin alertar a Gabriella, habían acordado reunirse a las cuatro en punto en el taller, para limitar el número de personas que sabían que iban a enviar el robot al exterior.

—Sigo sin sentirme cómoda con todo esto —dijo Rebecca.

—Lo hemos repasado todo a conciencia. No hay mejor argumento que un arma cargada.

—Pero nos sobrepasan en número.

—¡Exacto, Rebecca, exacto!

Ellen alargó la mano hacia ella y Rebecca le tendió el paquete. Su contenido ya no era reconocible bajo las gruesas capas de cinta de embalar. Ellen metió el paquete entre los numerosos radios y lo empujó hasta el centro del robot, alrededor del núcleo.

—¿Puedes pasarme la cinta adhesiva? —pidió.

—Si se lo pegamos así, el robot ya no estará equilibrado —dijo Rebecca—. No podrá correr sin problemas.

—Tenemos que arriesgarnos. Creo que es lo bastante estable —replicó Ellen—. Todo lo que necesita hacer es un viaje solo de ida a Ciudad Marte.

—Espero que tengas razón —dijo Rebecca. Cortó un trozo de cinta adhesiva y se lo pasó a Ellen. Dentro del perfectamente diseñado interior del cuerpo del robot, el paquete parecía una fea verruga.

—No es precisamente sutil —comentó Rebecca.

—De ese modo no tendrán que perder el tiempo buscando nuestro mensaje —dijo Ellen.

—Lo principal es que el robot no puede caer en las manos equivocadas.

—Tendremos que enviar buenas instrucciones.

Rebecca suspiró. El robot se detendría fuera de los límites de Ciudad Marte y esperaría a ser recogido. Necesitaba transmitir las coordenadas exactas a Theo y a los demás hombres... pero ¿cómo?



REBECCA SE ESTABA RETORCIENDO LAS MANOS. ELLEN TARDABA MÁS DE LO ESPERADO. SE suponía que el funeral por Walter tenía que empezar en quince minutos, y Ellen aún no había vuelto de la superficie. ¿Por qué estaba tardando tanto en activar el robot y enviarlo a su viaje?

Alguien le dio un golpecito en el hombro. Rebecca se encogió.

Era Germaine.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Esperas a alguien?

—¿Yo?

—Sí, tú... tú eres la única que está aquí. —Germaine se echó a reír.

—Yo... se supone que iba a reunirme con Ellen para discutir algo sobre el funeral.

—Y... ¿dónde está ella?

—Me dijo que quería dar un corto paseo.

—Tiene sentido —dijo Germaine—. Que te diviertas esperando. Nos vemos en unos minutos.

Rebecca asintió y luego advirtió que el compartimento estanco había sido activado. La señal luminosa brillaba en rojo para indicar que alguien había entrado desde el exterior. Ya era hora.



CINCO MINUTOS MÁS TARDE, ELLEN SE QUITABA EL TRAJE ESPACIAL JUSTO AL LADO DEL compartimento estanco. Sudaba con profusión. Tras quitarse el traje, también se quitó la ropa interior de enfriamiento líquido. Rebecca no pudo evitar sentir una punzada de celos al ver su atlética figura.

—Lo siento. Hubo un pequeño problema con el robot —explicó Ellen.

—¿Qué ha pasado?

—Pude encenderlo, pero no quería irse rodando.

Rebecca se dio una palmada en la frente.

—Por supuesto, su ciclo de recarga. Carga durante el día y conduce de noche.

—Exacto. Lo hemos cargado, pero no le importó.

—Entonces ¿sigue ahí fuera?

—Lo he arrastrado fuera de la base —susurró Ellen—. Actuaremos como si ya se hubiera puesto en marcha.

—Vale.

—Lo siento, pero necesito darme una ducha rápida. Dile a las demás que empezaremos el funeral diez minutos tarde.

—Vale.



—¿QUE HABÉIS HECHO QUÉ? —GERMAINE MIRABA A REBECCA FIJAMENTE Y CON LAS CEJAS levantadas. Las demás murmuraban entre sí... a excepción de Gabriella, quien estaba sentada muy tiesa en un taburete.

—Ya hemos enviado el robot —dijo Rebecca.

—¿Por qué lo habéis hecho vosotras solas? —preguntó Germaine—. ¿Por qué nos habéis

ocultado los planes?

—Sí, yo me estaba preguntando lo mismo —añadió Gabriella.

«Genial», pensó Rebecca. Y Ellen no estaba por ninguna parte. ¿Cómo se suponía que iba a explicar que podrían tener una espía en el grupo? No podía hacerlo. Tendría que mentir como una profesional.

—Ninguna de las dos podía dormir y nos encontramos por casualidad en la cocina. Decidimos hacer un buen uso de nuestro tiempo.

—Exacto —intervino Ellen.

Rebecca se giró en redondo. Ellen debía haber entrado en el puente por la puerta tras ella. Llevaba su uniforme de MpT, igual que las demás.

Germaine seguía con aspecto insatisfecho. Gabriella apretó los labios. Tal vez hubiera adivinado la verdadera razón. Necesitaban tener más cuidado. Era probable que el administrador ya hubiera sido advertido y estuviera buscando al robot.

—Sugiero que devolvamos nuestra atención al auténtico motivo de nuestra reunión —dijo Ellen.

—Creo que... oh, olvídalo —dijo Germaine—. Continuaremos con esto más tarde. Walter se ha ganado toda nuestra atención.

—Gracias, Germaine —intervino Ellen—. ¿A alguien le gustaría decir algo sobre Walter?

Nadie habló.

Ellen recorrió el puente antes de sentarse contra una pared y cruzar las piernas.

—No pasa nada —dijo—. Sé cómo os sentís. No pensáis que conocíais a Walter de verdad y, a primera vista, es cierto. Después de todo, él nunca hablaba mucho sobre sí mismo. Era un ingeniero hasta la médula.

Rebecca sonrió. Eso era totalmente cierto. Walter había intentado resolver todos los problemas desde un enfoque técnico y había tenido un éxito asombroso en sus esfuerzos. Era solo que no siempre había notado que se requiriera una solución. Para él, a veces los problemas existían simplemente porque sí.

—Pero eso —continuó Ellen—, dice mucho de Walter. Se expresaba a través de sus acciones, a través de su conocimiento práctico. Eso era exactamente lo que él era y le daba alegría. No necesitamos analizarlo. Si podemos mantenerlo en nuestros recuerdos como una persona y amigo que siempre ayudaba, entonces él sentirá que le entendíamos.

El puente se quedó en silencio. Incluso el sistema de soporte vital parecía sonar más bajo. Cada una de las ocho mujeres había tomado asiento en una pose diferente. Rebecca las estudió una a una. ¿Era coincidencia, o su forma de sentarse reflejaba algo sobre sus personalidades? Rebecca estaba sentada con las rodillas juntas. Su madre siempre le había dicho que no abriera las piernas al sentarse. Eso no era apropiado. Aún mantenía esa práctica aunque su madre había muerto hacía años. ¿O era esa tal vez la razón?

Le resultaba extraño pensar en Walter. No había nada de lo que despedirse. Para ella, él se había ido, no había muerto. No volvería, pero no le parecía que fuera una pérdida irrecuperable. Era una extraña especie de purgatorio.

—Gracias, Walter —dijo Germaine.

Esa era una buena idea. Walter les había enviado el robot con ruedas. Un acto final de generosidad.

—Gracias, Walter —respondió Rebecca.

Cada una de las mujeres repitió la frase. Sophie se llevó las manos al rostro y sollozó. Lágrimas caían por las mejillas de Marilou. Rebecca no se sentía triste. De un modo extraño, se

sentía feliz por Walter, quien había escogido deliberadamente su camino final.



—¿THEO? ¿THEO?

Alguien pronunciaba su nombre y una cálida mano acariciaba su mejilla. «¿Rebecca? Por favor, que sea Rebecca». Todo esto era solo un estúpido sueño y despertaría en cualquier momento en la base de MpT.

Abrió los ojos y vio un rostro anodino. Pálidos ojos azul verdosos, vello facial, y entradas bien pronunciadas en el cabello. El hombre que estaba inclinado sobre él no parecía tener ninguna otra característica especial. ¿Cuántos años tenía? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? La sombra de una sonrisa que parecía poco natural jugueteaba en sus labios.

—Aquí está. Nuestro héroe.

Theo reconoció la voz. Era Rick Summers, el administrador. Lo había visto varias veces, pero no lo habría reconocido. Sin embargo, la voz era inconfundible. Había algo sedoso en ella, y al mismo tiempo podías ver que llevaba bastante intención. ¿Qué hacía el administrador allí fuera? Y en realidad, ¿dónde estaban?

Una mano sujetaba su antebrazo. Él miró al otro lado.

Una mujer estaba agachada junto a él. Era de origen asiático y estaba sonriendo. La sonrisa era cálida y sincera.

—Soy Maggie Oh.

Ah, los líderes se han reunido alrededor de su cama. Maggie era la directora del puente ahora que sus habilidades como piloto no se necesitaban ya. ¿Le habían llevado de vuelta a la base? Como el administrador, Maggie llevaba un traje espacial, pero sin el casco.

—Quería darte las gracias personalmente —dijo el administrador—. Nos has salvado de una potencialmente grave amenaza.

—¿Cómo está Pierre? —preguntó Theo.

—¿Pierre? —El administrador se encogió de hombros—. No conozco ese nombre.

—El guardia que enviamos con Theo —aclaró Maggie.

—Ah, por supuesto. Por desgracia, Pierre no ha sobrevivido. El rover aterrizó sobre su casco y lo destrozó.

—¡Oh no! —gritó Theo. Lo había matado. Si él no hubiera ejecutado esa maniobra arriesgada, Pierre seguiría vivo. El hombre le acababa de decir su nombre justo antes de eso. No habían tenido tiempo de hacerse amigos y nunca podrían haber llegado a ese punto. Pero aún así le había hablado a Theo sobre su mujer.

—Fue una muerte rápida —dijo el administrador, quien le dio unas palmaditas a Theo en la mejilla. Maggie le apretó más el brazo.

—¿Tenía hijos? —preguntó Theo.

El administrador miró a Maggie.

—No —dijo ella.

—No tenía hijos —reiteró Summers.

Theo se animó un poco al oírlo, aún cuando seguía sintiéndose culpable. Giró la cabeza a un lado. No estaban en la ciudad. Estaban dentro de un rover. Theo no podía sentir vibraciones, lo cual significaba que el vehículo estaba aparcado.

—¿Dónde estamos y cuánto tiempo llevo inconsciente? —preguntó.

—Has estado dormido diez horas. Estamos cerca del lugar del accidente. Tras ver tu maniobra y su resultado, enviamos un vehículo de auxilio de inmediato —explicó el administrador con orgullo.

—¿Qué le ha pasado a Sam?

Summers miró a Maggie.

«¿No se sabe el nombre de nadie?», se preguntó Theo.

—No hemos sabido nada de él —dijo Maggie.

—Eso no suena bien —respondió Theo.

—No tiene por qué significar nada —explicó Maggie—. Es solo que no hemos comprobado su rover. La cabina de su vehículo no resultó dañada por el impacto. Aún tiene agua y aire respirable.

—Y dos cadáveres.

—Sí, los dos miembros muertos del equipo de recuperación. Averiguaremos qué ha pasado —dijo Maggie.

—Por supuesto —dijo el administrador—. Las vidas humanas son irremplazables aquí. Cada pérdida supone un enorme agujero en nuestros planes. Tuvimos suerte de no perder a ninguna mujer.

«¿Qué está diciendo Summers? Debo haberlo oído mal».

—No me mires así, Kowalski. Si la humanidad quiere sobrevivir aquí, debe crecer en número. Y para eso confiamos en las tasas de natalidad. Hasta que los hombres puedan quedarse embarazados, las mujeres son más importantes desde un punto de vista estratégico.

Ahora le quedaba claro por qué el administrador no estaba casado. Los rumores habían especulado desde hacía mucho que era gay. Theo sacudió la cabeza.

—¿Puedo ponerme de pie? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Maggie—. Según el médico, todo lo que tienes son arañazos y contusiones. Por desgracia no hemos podido hacerte rayos equis, así que en caso de que se le escapara algo y sintieras algún dolor agudo, háznoslo saber.

—Lo haré —dijo Theo. Se agarró a los bordes del catre mientras el administrador y Maggie daban un paso atrás. Theo se incorporó hasta una posición sentada antes de sacar las piernas por el lado izquierdo de la cama. Eso funcionó bien. Nada de dolor, solo un ligero velo ante sus ojos. Su circulación necesitaba volver a calentarse.

Puso los pies en el suelo. Primero el izquierdo y luego el derecho. «Mierda. Algo debe haberle pasado a mi pierna derecha». Apretó los dientes y se puso de pie. Un punzante dolor le recorrió desde la cadera, por el interior del muslo, y le llegó a la rodilla. El médico había dicho que no tenía nada roto, así que confió en poner su peso sobre la pierna. Solo necesitaba moverse un poco. Su cuerpo se acostumbraría al dolor. Probablemente solo fuera un moretón.

Theo dio varios pasos. Las punzadas de dolor no se desvanecieron, pero tampoco aumentaron.

—Y, ¿qué pasa ahora? —preguntó.

—Vamos a intentar establecer contacto con el rover que se puso en marcha solo —explicó Maggie.

—¿Contacto? ¿Suponía que nadie estaba respondiendo?

—Por radio no, pero hemos conectado un cable entre los dos vehículos.

Un escalofrío recorrió la espalda de Theo. «¿Era buena idea?», se preguntó.

—Estamos teniendo cuidado —declaró Maggie.

Era obvio que su asombro era visible. Lo que fuera que había tomado el control del vehículo debía seguir allí.

—No pasará nada —continuó ella—. El rover está seguro tumbado de lado y no puede incorporarse por sí mismo. Y no abriremos la escotilla hasta que sepamos más detalles sobre lo que ha pasado.

«La escotilla», pensó Theo. «¿Es esa de verdad la mayor de las amenazas?». Todo el mundo parecía creer que los chinos habían muerto por alguna especie de infección. Esa sería una explicación natural para lo que hubiera ocurrido en la Tierra también. Pero la infección debía haberse expandido por todo el mundo a la velocidad de la luz. ¿Era eso siquiera médicamente posible?

—El cable —dijo Theo—. ¿Lo han asegurado?

—Por supuesto, pero no es probable que ese sea el problema. El rover no nos permite entrar en su sistema. Nuestros técnicos siguen intentando entrar.

—Pero ¿no debería ser un juego de niños? Es vuestra propia tecnología, después de todo.

—No del todo. Hay un cortafuegos entre nosotros y el rover, y aún no lo hemos derribado. Probablemente sea una especie de tecnología china. Pero poco antes de que despertaras, los técnicos nos informaron de que están a punto de conseguirlo.

—Eso es bueno —dijo Theo, aunque no estaba del todo seguro de si no sería más aconsejable temer pasar el cortafuegos. Entonces se acordó de Andy, su genio de la informática—. Si os atascáis, deberíais contactar con Andy.

—¿Maggie? ¿Puedes venir aquí? —llamó un hombre desde el morro del rover. La expiloto se giró en redondo y se dirigió al frente, con Theo justo detrás de ella.

—El ordenador se está volviendo loco —declaró el técnico, un joven de unos veintitrés años.

Theo estudió el monitor. Todo parecía normal pero, a pesar del hecho de que el técnico no estaba moviendo sus dedos, unas ventanas se abrían y se cerraban en la pantalla. ¿Había tomado el control de algún modo ese *software* chino de seguridad? Theo cogió el brazo de Maggie y tiró de su aparato multifuncional hacia él. Ella quiso retirar el brazo, pero él era más fuerte.

—¿Qué estás haciendo, Theo? —preguntó con tono molesto.

Él levantó su brazo para que ella pudiera ver su pequeña pantalla.

—El contenido de oxígeno en el aire. Mira.

Ella abrió mucho los ojos y Theo liberó su mano.

—Diecisiete por ciento —dijo ella. Era suficiente, pero menos de lo normal. Así era como había empezado todo en el otro rover.

Theo miró a su alrededor. Había dos trajes espaciales Spaceliner colgados de la pared. El administrador y Maggie ya llevaban los suyos puestos. Los tres técnicos y él, no. Pero él debía haber tenido uno puesto cuando lo encontraron, ¿verdad? Theo se agachó. ¿Dónde habían puesto su traje? Los dos de la pared eran nuevos y estaban limpios. ¡Debajo del catre! Una bota polvorienta sobresalía allí. Tiró de ella. ¡Era su traje! Por supuesto, no llevaba el traje de refrigeración y calefacción, pero eso no importaba. Era mejor helarse que ahogarse. Se puso

rápidamente la parte de abajo.

Al parecer, el administrador también se había percatado de lo que estaba pasando.

—Fuera de aquí, ya —ordenó—. O lo que sea que le haya pasado a Sam nos pasará a nosotros también.

La conclusión era lógica. Pero había un problema: les faltaba un traje. Cuando Summers abriera la escotilla, uno de ellos moriría. Theo no quería ser esa persona, así que se dio prisa en cerrar la parte superior de su traje. ¿Dónde estaba su casco? Con suerte no habría resultado dañado. Volvió a agacharse. No estaba debajo del catre. Gateó por el suelo. Un nuevo dolor punzante le recorrió el muslo. ¡Ahí estaba su casco! Lo sacó de un hueco. El cristal especial estaba sucio y mostraba varios arañazos, pero no tenía grietas.

—Atención, dentro de sesenta segundos abriré la escotilla. No podemos esperar más tiempo —avisó el administrador.

Quien no tuviera el casco cerrado en ese momento moriría. Los dos trajes espaciales ya no estaban colgados de la pared. El programador joven llevaba uno de ellos, mientras que una mujer y un hombre de mediana edad se peleaban por el otro. El administrador sacó un aparato de su bolsillo y apuntó con él al hombre.

—Lo siento mucho —dijo Summers mientras pulsaba un botón. El aparato zumbó y disparó varias agujas al hombre, quien cayó al suelo entre convulsiones.

—Gracias, administrador —dijo la mujer.

—Cuarenta y cinco segundos —respondió Summers con frialdad.

La mujer cogió el traje de entre los dedos del hombre. Maggie corrió hacia ella para ayudarla a vestirse. Era casi imposible ponerse un traje correctamente en menos de un minuto.

El administrador se acercó a la escotilla. El rover no tenía compartimento estanco. Cuando Summers abriera la escotilla, todo el aire respirable escaparía al instante. Maggie estaba ayudando a la técnico. Theo intentó averiguar frenéticamente cómo evitar que el hombre inconsciente muriera, pero no había opciones. Aún cuando encontrara una máscara de sustitución por la que pudiera compartir su aire, no sería suficiente. La presión del aire en el exterior era demasiado baja, y la temperatura era helada.

Solo cabía hacer una cosa. Debía evitar que el administrador abriera la escotilla.

Theo se giró hacia Summers, quien levantó el arma.

—Sé lo que estás pensando, Kowalski. Pero sería una idiotez. Entiendo que no quieres que el pobre muera, pero si no salimos de la cabina, moriremos todos. Piensa en Sam en el otro rover.

—No sabemos qué le ha pasado a Sam. Podría seguir vivo.

Summers se rio.

—Qué ingenuo eres, en realidad. Si ese fuera el caso, el hombre se habría comunicado por radio hace mucho tiempo y habría salido del vehículo. La escotilla puede abrirse desde el interior de modo mecánico. Nadie podía evitarlo. No, tenemos que salir de aquí.

El administrador era un cabrón, pero lo peor era que probablemente tenía razón. Necesitaban salir de la cabina tan rápido como les fuera posible. Theo podía adivinar lo que iba a pasar a continuación, y apenas había terminado de pensarlo cuando sus sospechas se hicieron realidad. El rover comenzó a moverse.

—¿Maggie? —dijo Theo.

La expiloto se dio la vuelta.

—Estamos preparadas —dijo.

La otra mujer acababa de cerrar su casco. El visor estaba empañado por la humedad. Era obvio que estaba sudando a mares.

Entonces sintió una fuerza que quería arrastrarlo fuera del rover. Theo cerró su casco.

Summers había abierto la escotilla. El administrador fue el primero en abandonar el rover que aceleraba despacio. Theo observó cómo rodaba de un modo experto por la arena. El joven programador lo siguió.

Theo le hizo gestos a Maggie y a la otra técnico.

—¡Vamos, vamos! —las animó por la radio del casco.

Maggie dejó que la otra mujer pasara primero y luego saltó. La técnico aterrizó con torpeza de rodillas. Eso debió dolerle. Maggie dio varias vueltas de campana antes de dejarse caer de espaldas.

«¡Es la hora!», se dijo. El rover acababa de alcanzar unos quince kilómetros por hora y estaba ganando velocidad. ¿Qué diría su cadera a todo esto? Theo saltó. Aterrizó con su pierna derecha, un dolor palpitante, y entonces rodó de lado hasta que finalmente se detuvo, despatarrado y respirando pesadamente, sobre la arena roja.

Alguien lo cogió del brazo.

—Vamos, te ayudaré. —Era el administrador. Theo reconoció el rostro de Summers detrás del visor transparente. Dejó que el otro hombre lo ayudara a levantarse. Los amplificadores de las perneras de su traje funcionaban realmente bien.

—¿Vamos tras él? —preguntó.

Summers negó con la cabeza.

—No podremos alcanzarlo. El equipo de seguridad de la ciudad se encargará de él.

—Tendrán que abatirlo a tiros —dijo Theo—. No podemos permitir que lo que sea que haya tomado el control de la navegación llegue a la ciudad.

—¿Creíste de verdad que teníamos misiles antitanques a bordo? Las Naciones Unidas nunca lo hubieran aprobado. —Summers se rio en voz baja.

Theo sintió un repentino deseo de darse de bofetadas. Sí, le había creído. ¿Quién habría pensado que tal amenaza sería un farol?

—En estos momentos desearía que tuvierais misiles de verdad —dijo Theo.

—Lo siento, pero mantén la cabeza alta, muchacho. El equipo de seguridad se encargará del rover.

—Y, ¿qué nos pasará a nosotros?

—Estoy en contacto con el puente. Alguien nos recogerá tan pronto como se haya resuelto el problema.

—Podríamos caminar —dijo Theo. Intentó dar unos pasos. El dolor era más fuerte que antes. Algo no iba bien con su cadera derecha. Tres horas de paseo por el desierto no sonaba muy atrayente.

—Es una caminata bastante larga —declaró Summers—. Y tengo una idea mucho mejor. Investiguemos el rover caído.

«Bien. Sería mejor mantenernos a distancia de esa cosa».

—Maggie, por favor, ¿puedes venir? —preguntó el administrador por la radio del casco.

La piloto saludó con la mano y bajó a trompicones la colina con la técnico y el programador tras ella.

—Pues mi plan es sencillo. Abriremos la escotilla del rover y veremos qué ha pasado allí —dijo el administrador.

—¿A quién te refieres con “nosotros”? —preguntó Maggie.

—Necesitamos a un programador que pueda comprobar el ordenador. ¿Cómo te llamas, jovencito?

—Ahmed.

—Oh, no tenía ni idea de que tuvieras raíces árabes. En ese caso, Ahmed, necesitas averiguar qué le ha pasado al ordenador. Mi amigo Theo —plantó una mano sobre el hombro de Theo—, estará encantado de ayudarte con eso.

Theo dio un paso a un lado, con lo que provocó que la mano del administrador se deslizara de su hombro. Sin embargo, la sugerencia era buena porque él tenía un problema que Summers no conocía. En sus prisas por salir del rover, Theo se había dejado su LCVG atrás. Eso significaba que corría el riesgo de congelarse hasta morir en el aire helado de Marte. El sistema de soporte vital de su traje ya estaba funcionando al máximo. No estaba diseñado para hacer todo el trabajo. Si podía quedarse en la cabina del otro rover, la espera sería un poco más fácil.

—Vale, entonces pongámonos a trabajar.

—Yo también voy —intervino Maggie.

—No, eso no es necesario —dijo el administrador.

—Voy a ir —repitió la piloto.

Summers suspiró.

—Vale, ve. No puedo evitarlo de todos modos.

—Yo también voy —dijo la técnico.

Theo sonrió. Era obvio que nadie estaba ansioso por pasar tiempo a solas con el administrador. Enfrentarse a un peligro potencialmente letal y a varias personas misteriosamente muertas dentro del rover era claramente el menor de dos males.

—Yo esperaré aquí —declaró el administrador.

«Debe quedarle igualmente claro lo poco que la gente disfruta de su compañía», pensó Theo. Sintió una punzada de remordimiento, pero recordó lo fríamente que el hombre había descartado al técnico. ¿O había sido una acción completamente lógica? Solo uno de ellos podía haber sobrevivido, o el hombre o la mujer. No obstante, Theo seguía sin creer que hubiera sido capaz de tomar una decisión sobre sus destinos.



MAGGIE FUE LA PRIMERA EN LLEGAR AL ROVER ACCIDENTADO.

—Hay un problemilla —anunció por radio.

Theo vio a lo que se refería cuando llegó al reborde del cráter. El morro del rover estaba apuntando colina abajo y su chasis miraba hacia él, tumbado de lado. Si querían llegar a la escotilla, tendrían que volver a enderezar el rover. Pero entonces podría volver a ponerse en marcha y todos sus esfuerzos habrían sido en vano. ¿O era todo un sinsentido puesto que el otro rover llegaría pronto a Ciudad Marte?

—Tenemos que levantarlo —dijo Ahmed, el programador.

—Pero de tal modo que no pueda volver a estar sobre sus ruedas y se marche —añadió la técnico.

«Por supuesto», pensó Theo, «si se marcha, no podrán inspeccionarlo. Tiene todo el sentido del mundo». ¿Tenía el cerebro más afectado de lo que había pensado?

—Somos cuatro —dijo Maggie—. Y llevamos trajes mejorados. Debería ser más fácil de lo que piensas.

—Somos tres —corrigió Theo—. La persona que suba al rover no podrá ayudar a levantarlo.

—Cierto.

Theo bajó cojeando la pared del cráter y llegó al rover el último.

—Y, ¿quién va a entrar? —preguntó Ahmed.

—El que lo pregunta —replicó Theo.

—Tendría sentido que fueras tú, Theo —dijo Maggie—. Tu cadera. No podrás levantar tan bien como nosotros tres.

«Perfecto». Sus manos se cerraron para formar puños, pero no dijo nada. Principalmente estaba molesto porque Maggie tenía razón. Para levantar el rover todos tenían que agacharse. Intentó inclinarse hacia delante un poco, pero el dolor le recorrió la cadera al instante.

—Vale. Despejadme el camino.

—A mi orden —dijo Maggie.

Los tres se agacharon.

—Uno... dos... tres.

Theo oyó tres voces gruñir por su línea de radio. Esos fueron los únicos sonidos. «¿Cuánto pesa el rover? ¿Eran tres toneladas? ¿Cinco?», se preguntó. Ya no recordaba las estadísticas exactas. No importaba, porque el vehículo se estaba levantando despacio.

—Theo, te toca —dijo Maggie.

El rover estaba ahora casi en posición horizontal. Había suficiente espacio para que Theo llegara a la escotilla. Gateó bajo el rover e ignoró su dolorosa cadera.

—Date prisa y ábrelo —gruñó Ahmed.

«Listillo». Theo giraba la rueda lo más rápido que podía. La puerta de la escotilla ya estaba cayendo hacia él. Esperó un segundo para ver si algo más iba a desplomarse sobre él. Un agujero negro se abrió sobre su cabeza. ¿Qué podría ocultarse allí? Esperaba encontrar al menos tres cadáveres; tal vez cuatro si Sam se había asfixiado también. ¿Cómo se llamaban los otros hombres? Todo lo que podía recordar era José, el hombre que había llevado el cuerpo de una de las mujeres desde la nave espacial hasta el rover. ¿Y si el rover también intentaba matarlo a él?

—Theo, ¡entra! —gritó Maggie.

Trepó dentro.

—Estoy dentro —informó.

—Gracias. ¡Cuidado!

Theo oyó varios resoplidos y luego el suelo bajo sus pies se ladeó. Sus tres colegas habían bajado el rover de vuelta a la superficie. Theo se giró hacia un lado. Tanteó con la mano el espacio a su alrededor y encontró algo blando. No le proporcionaba una sujeción estable, así que terminó tirando del objeto con él y cayendo medio metro hasta que se estrelló contra la pared externa.

El objeto blando cayó encima suyo. Theo se alegró de no haber tenido tiempo de encender la lámpara de su casco. Su sentido del tacto le dijo que había una persona muerta tumbada sobre él. Respiró hondo y se preparó para lo que estaba a punto de ver. Entonces encendió la luz.

No fue tan malo como había esperado. ¿Era por el traje espacial? Theo sabía que estaba agazapado junto a un cadáver. Envuelto en el material plateado del traje, se parecía más a un objeto técnico, casi como un muñeco de gran tamaño. Solo necesitaba evitar mirar dentro del visor, que afortunadamente estaba fuera de su vista. Tenía que ser Sam o José.

—¿Sigues ahí, Theo?

Gracias al cielo que la conexión por radio seguía funcionando. Theo había temido que algo dentro del rover bloqueara la conexión. Pero entonces se dio cuenta de que esto eran malas noticias para Sam. Si no había ningún obstáculo técnico en cuanto al sistema de comunicación, entonces Sam había sido físicamente incapaz de comunicarse por radio.

—Sam tiene que estar muerto.

—¿Has examinado el cuerpo? —preguntó Maggie.

—No, pero es lo lógico. Podría habernos hablado por radio en cualquier momento.

—Maggie tiene razón —intervino el administrador—. Necesitamos más datos. Tenemos que saber por qué ha sucedido esto.

—¿Se supone que tengo que sacar el cuerpo de su traje?

—Sí, Theo. Examínalo.

Theo suspiró. ¿Por qué había accedido a hacer nada de esto? En el pasado, cuando Ewa y él habían examinado el módulo dragón dañado, se había alegrado cuando ella se presentó voluntaria para examinar los cuerpos. Él no tenía estómago para lidiar con cadáveres así. Las imágenes lo torturaban.

Se levantó y alumbró el espacio con su linterna. Tumbado de lado, el interior de la cabina del rover tenía un aspecto extraño, casi como una nave espacial extraterrestre. Casi esperaba que un monstruo pringoso saltara sobre él desde el techo. ¿Por qué estaba tan oscuro, y dónde estaba el interruptor de la luz? Theo miró a su alrededor. Debería haber un interruptor cerca de la escotilla. Avanzó una corta distancia y pulsó el que encontró allí. Las luces parpadearon bajo sus pies y se encendieron. La escena era fantasmagórica, pero nada parecía fuera de lo normal. El techo estaba debajo de él y el suelo sobre su cabeza; debía tener eso en cuenta.

Pero ¿por qué se había apagado la luz? La explicación más sencilla era que, durante la carrera por la superficie, algo había chocado con el interruptor. Las explicaciones sencillas eran buenas explicaciones. No pensó demasiado en vehículos que comenzaban a conducirse por sí solos sin razón aparente. Tal vez todo fuera una cadena de sucesos desafortunados. El repentino fallo del sistema de soporte vital tal vez podía haber provocado que uno de los miembros de la tripulación muerta se derrumbara sobre el panel del ordenador y activara una corrección automática de rumbo hacia la ciudad. ¿Quién podía saberlo? Era posible. El panel del ordenador debería proporcionarles más información al respecto.

—¿Has encontrado algo ya?

Summers lo estaba poniendo de los nervios. Bien, el ordenador tendría que esperar. Tiró del traje con el astronauta muerto dentro hasta un lugar con buena iluminación. Era Sam, o al menos ese era el nombre en su solapa. Theo abrió el casco y se obligó a mirar dentro. El hombre tenía los ojos muy abiertos. Su piel estaba dura. Parecía haberse congelado. Theo se alegró de llevar puesto el traje. El material de sus guantes protegía sus manos.

Miró su aparato universal. Hacía veinticinco grados bajo cero. El sistema de calefacción allí debía haberse apagado hacía mucho. Theo tuvo una idea. Cogió el brazo derecho de Sam. Su aparato universal estaba apagado. Theo lo reinició pulsando las tres esquinas de la pequeña pantalla. Tardó casi un minuto, pero entonces vio que el traje aún tenía suficiente energía y recursos. Alguien debía haberlo apagado a propósito. Eso era lo que había matado a Sam. Pero ¿quién lo había hecho?

—El traje de Sam estaba completamente apagado. Por eso se asfixió —explicó Theo.

—Pero ¿por qué no lo reinició? Eso no le habría llevado mucho tiempo —respondió Ahmed.

—Sí, acabo de hacerlo. No he tenido problema —dijo Theo.

Miró el rostro de Sam. La incomprensión era el principal sentimiento que expresaba la mirada rota del fallecido. El hombre no había comprendido lo que le estaba pasando. ¿O era una proyección? Theo le dio unas palmadas en las mejillas. La piel de Sam se estaba calentando ahora, pero era demasiado tarde. Debería volver a apagar el traje. Theo repitió el gesto en el aparato universal y el traje volvió a apagarse.

Tenía frío. La temperatura no era mucho más cálida allí que en el exterior. Definitivamente

echaba de menos su LCVG. Si no le quedaba más remedio, siempre podría intentar quitarle a Sam su traje de calefacción. No. Con suerte no llegaría hasta el punto de tener que ponerse la ropa interior de un cadáver.

—Gracias, Theo, pero Sam no es el único que sufrió una muerte bizarra.

—Sí, administrador.

Apartó el traje que contenía a Sam. José, el tercer miembro de la tripulación de rescate, y la astronauta china muerta. Ese era su recuento de muertos. Solo necesitaba llevarlo a cabo. Después, con suerte nunca necesitaría volver a examinar otro cadáver durante el resto de su vida.

El segundo punto en su lista de tareas fue liquidado rápidamente. El hombre desconocido estaba cabeza abajo en el suelo, que en realidad era el techo, y formaba una especie de puente. En el momento de su muerte, el hombre debía haber estado sentado en un rincón del espacio y se congeló en esa posición. Theo le dio la vuelta y el cuerpo cayó despacio de lado. También tenía los ojos abiertos y miraba al frente con asombro, con la boca bien abierta. ¿Era algo típico de cuando alguien moría por asfixia?

—He encontrado al hombre del equipo de recuperación —dijo Theo—. Se habrá ahogado. Por otra parte, parece completamente normal. No lleva el traje puesto. ¿Conoce su nombre, administrador?

—No. Debe de haberle pillado desprevenido el apagón del sistema de soporte vital. Continúa, Theo.

—Su nombre era Nigel —dijo Maggie—. Ese era el hombre que tuvo que vomitar. Vomitó en su traje, y por eso se lo quitó. ¡Todos vosotros oísteis lo que pasó!

Theo se acordó entonces. Otra razón para mantener su casco cerrado. Volvió a levantarse. El dolor le recorría la cadera y le llegaba ya a la espalda. Pero, cosa extraña, ya no sentía frío.

Bien. ¿Dónde estaba José? Theo equilibró su peso con cuidado sobre ambas piernas. El contenido del rover se había visto sacudido con gran fuerza. Parte de los equipos había sido lanzado desde las estanterías, donde habría estado bien asegurado y atado. La consola de navegación debía estar localizada en el morro del vehículo, pero eso tendría que esperar.

Theo dio unos pasos hacia delante. Ahí estaba el cuerpo de la china que José había traído desde la nave espacial. Era pequeña y apenas medía más de metro y medio. Llevaba un traje atlético que le colgaba suelto sobre el cuerpo. Debía haberle sentado bien en el pasado.

Theo se arrodilló junto a su cabeza. Su rostro seguía con aspecto relativamente natural. Debía haber sido hermosa en su día. Sus ojos abiertos y oscuros seguían siendo muy expresivos. Su piel era tan blanca como la porcelana y su boca estaba perfectamente modelada. Sin embargo, sus mejillas estaban hundidas. Theo tiró con cuidado de una de sus mangas. Su brazo consistía de piel y huesos. El cuerpo estaba extremadamente deshidratado. Eso no podía pasar de un día para el otro. Era de suponer que los seis pasajeros habían muerto poco después del despegue, tras lo cual fueron conservados en un entorno seco y no muy frío, en el cual la descomposición normal no sucedería.

Describió sus impresiones por radio.

—Entonces ¿no estás convencido de que fuera una enfermedad? —preguntó el administrador.

—No soy patólogo, ni siquiera médico, pero no veo signos de alguna infección peligrosa. Los chinos deben haber muerto de algo, por supuesto, pero solo un experto podrá encontrar la causa precisa.

—Naturalmente —dijo Summers—. La mujer no va a ir a ninguna parte. Tu evaluación es reconfortante. Ahora ve a la zona de navegación.

—Pero ¿y José?

—¿Qué pasa con él? También debe haberse asfixiado. El ordenador es más importante ahora.

«Sí, idiota». Theo no respondió, sino que volvió a incorporarse. José estaba delante, tumbado entre dos sillas que casi lo ocultaban por completo. Se acercó al cuerpo y le dio la vuelta sobre su estómago para ponerlo de espaldas. Sí, ese tenía que ser José. Casi había conseguido cerrar el casco a tiempo. Su rostro estaba congelado. Su piel era notablemente más oscura que la de su colega Sam.

José debía proceder de una familia latinoamericana. ¿Tal vez una familia de inmigrantes mexicanos? Theo metió sus brazos por debajo de las axilas del astronauta y lo llevó hasta la parte de atrás del vehículo, donde lo dejó junto a Sam. Se le ocurrió entonces que el rover no iba a estar siempre tirado sobre su costado. ¿Había algún lugar donde pudiera colocar los cuatro cuerpos para que no se vieran bamboleados de un lado al otro si eso sucedía? Solo necesitaba unas cuerdas, pero una rápida inspección de la zona no le reveló nada.

—¿Qué pasa con el ordenador? —preguntó Summers.

—Yo quería... eh, nada —respondió—. José también se asfixió.

—Eso era obvio —dijo Summers con impaciencia.

Theo suspiró. «Lo siento por vosotros cuatro», pensó, «pero no puedo presentaros mis respetos de un modo adecuado ahora mismo». Se consoló al recordar que era la intención lo que contaba.

En cualquier caso, el camino hacia la consola de navegación estaba ahora despejado. La pantalla y el teclado estaban insertados en una estructura parecida a un escritorio. En la situación actual del rover, la pantalla estaba inclinada hacia la esquina superior derecha. Tuvo que estirarse para llegar al teclado. Theo nunca había trabajado con un ordenador así.

Primero comprobó el aparato universal de su manga. Seguía funcionando. No obstante, teniendo en cuenta lo que le había pasado a Sam, ¿qué podía evitar que le sucediera a él también?

—¿Maggie? —llamó.

—Dime.

—Si grito pidiendo ayuda, tendréis que levantar el rover de inmediato para dejarme salir —dijo—. Llegados a ese punto no tendré mucho tiempo. Tres minutos como mucho.

—Puedes contar con nosotros.

—Gracias. —Se limpió el polvo del casco antes de recordar una última cosa—. Oh, y diré algo cada treinta segundos. Si dejo de hablar...

—Levantaremos el rover de inmediato —terminó Maggie.

—Exacto. Sam no pudo pedir ayuda tras cierto momento.

—Sí, comprendo lo que motiva tu sugerencia.

—Genial. —Respiró hondo y luego pulsó el interruptor de encendido. Una luz, luego dos, comenzaron a parpadear. El ordenador del rover se estaba reiniciando. Theo miraba con tensión su aparato universal, pero no indicaba ninguna fluctuación. «Vaya. Hasta ahora, todo bien»—. Ahmed, aquí todo parece normal. ¿Qué debería hacer?

El programador le dictó varios comandos. Theo los implementó e informó de los resultados. Los comandos se volvían cada vez más complicados, pero el resultado siempre era el mismo: OK. O a veces PREPARADO.

—Eso es —dijo Ahmed al fin.

—¿Y? —preguntó el administrador.

—El sistema funciona de un modo óptimo, como si acabara de salir de la fábrica.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Maggie.

—Si tenemos en cuenta el hecho de que tiene tres muertes sobre su conciencia, desearía haber encontrado un error. Pero el sistema está funcionando ciertamente a la perfección. Es como si lo hubieran acabado de instalar. No quedan restos de datos, como se esperaba reunir durante la operación.

—¿Te refieres a que alguien ha intentado borrar sus huellas? —preguntó Maggie.

—No estoy seguro. Quienquiera que haya sido, ha tenido el sistema bajo tal buen control que los resultados no revelan sus acciones.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, el hecho de que el sistema parezca nuevo es sospechoso por sí mismo. Si quieres ocultar el hecho de que has estado en secreto dentro del apartamento de otra persona, eliminas todas tus huellas, pero no limpias todo el apartamento para que parezca que allí no vive nadie.

—Qué raro —susurró Theo.

—A menos que no te importe lo que el residente piense de tu visita —dijo la técnico.

—O quieras presumir de lo bien que has tenido todo bajo control —añadió el administrador.

«Esa idea debe resultarte familiar», exclamó Theo para sí. Sin embargo, la idea de la técnico le intrigaba. «¿Y si el visitante era mucho más avanzado, hasta el punto de que no le importaba que le siguieran la pista?», pensó.

—¿Quién dice que lo que sea que haya causado el problema no siga dentro del rover? —preguntó Maggie.

—¿Crees que sigue aquí conmigo? Gracias.

—Siento interrumpir —dijo el administrador—. He estado intentando contactar con Ciudad Marte en repetidas ocasiones, pero nadie responde.

Theo volvió a sentir una vez más el frío a través del traje.

—¿A qué te refieres con “en repetidas ocasiones”?

—He enviado el mismo mensaje en intervalos de sesenta segundos durante los últimos quince minutos. Nadie responde.



Sol 343, Ciudad Marte

—ESTOY HARTO. NO PUEDO SEGUIR HACIENDO ESTO —DIJO THEO.

—Deja que te releve —se ofreció Ahmed.

Theo le tendió el pico y el programador continuó con el proyecto. Estaban intentando cavar una tumba. Habían enderezado el rover siniestrado el día anterior y lo pusieron de nuevo en marcha, pero aún necesitaban retirar los cuatro cadáveres de su interior.

—Es obvio que Marte no los quiere —dijo Ahmed entre jadeos.

Pequeñas esquivas de arena compactada volaban por todas partes. Una pequeña nube de polvo ya se había formado alrededor del programador. El viento estaba en calma hoy y el cielo estaba prácticamente despejado.

—Necesitamos algo para descongelar el permafrost —Theo oyó a Maggie decirlo de repente detrás suyo.

—Ah, buenos días —dijo él—. ¿Has dormido bien?

—Bien, supongo. Ya no estoy acostumbrada a dormir en un espacio reducido con otras cinco personas.

—Yo solo he dormido unas dos horas —dijo Theo.

El sistema de soporte vital había estado funcionando al máximo de su potencia toda la noche, pero aún así no había conseguido proporcionarles una atmósfera relativamente inodora.

—¿Ha dicho algo Summers? —preguntó. El día anterior, el administrador había prohibido estrictamente su regreso a la ciudad.

—No quiere que volvamos hasta que tengamos una explicación de lo que está pasando allí —dijo Maggie.

Así que no había noticias. Pero ¿por qué estaban permitiendo que Summers les diera órdenes? Eran cuatro contra uno, al menos, si Ahmed y la técnico, Christiane, se unían a su bando. No cuestionó dónde residían los sentimientos de Maggie.

Theo llevó a Maggie aparte. El administrador podría estar escuchando por radio. Theo señaló al suelo antes de usar su pie para escribir una palabra en la arena roja: *¿Revuelta?*

Maggie sacudió la cabeza antes de borrar su pregunta y escribir su respuesta: *¡Pistola paralizante!* La borró rápidamente.

Cierto. Asintió para mostrar su comprensión.

El administrador había usado su arma a sangre fría el día anterior. Necesitarían dominarle mientras dormía. Y luego estaba la cuestión de qué pasaría tras su regreso a Ciudad Marte. ¿Los capturaría el equipo de seguridad? La mayoría de los residentes de la ciudad parecían serle leales al administrador.

—¡Buenos días! —Theo se dio media vuelta y reconoció a la técnico. Se había presentado el día anterior. Christiane, de Berlín, Alemania, aunque no se podía saber por su pronunciación inglesa—. ¿Tenéis alguna tarea que yo pueda hacer? —preguntó.

—Toma, prueba con el pico —dijo Ahmed—. Necesito descansar un momento. Por alguna razón, los amplificadores de músculos de mi traje no me están ayudando.

Theo sonrió. Sin músculos artificiales ni siquiera podrían cavar una zanja allí.

—Si no me necesitáis ahora mismo, voy a ir a echar un vistazo al otro rover.

—Voy contigo —dijo Maggie.



EL ROVER ABIERTO CON EL QUE HABÍA DETENIDO AL OTRO ROVER ESTABA TUMBADO DE LADO junto al borde del cráter. Una pierna dentro de un traje espacial sobresalía por debajo del vehículo.

—Mierda, mierda, mierda —dijo Theo—. ¿Ni siquiera recuperasteis su cuerpo cuando llegasteis?

—Summers no quiso hacerlo. Estaba muerto y tú estabas tirado a unos metros de distancia.

—¿También quiso Summers dejarme tirado?

—No. Te necesitaba como testigo.

—Entonces fue mi día de suerte. —Theo se detuvo cerca del morro del rover. El vehículo era significativamente más ligero que el rover cerrado, pero solo eran dos—. ¿Puedes sujetar el extremo de atrás, Maggie?

—¿No deberíamos intentar sacarlo primero? —Señaló a la pierna.

—Tienes razón. Yo levantaré este extremo del rover y tú puedes tirar de él.

—Preferiría que lo hiciéramos al revés, si no te importa.

Theo suspiró. ¿Por qué siempre pensaban los otros que a él no le importaba lidiar con cadáveres?

—Vale —dijo. Se arrodilló junto a la pierna.

—¡Ahora! —gritó Maggie. Ella levantó el rover.

Theo tiró de la pierna con fuerza. El cuerpo parecía estar congelado y pegado al suelo.

—¿Lo tienes? —preguntó Maggie.

—Espera un momento. —Canalizó toda su fuerza en el tirón. Su cadera protestó con una punzada de dolor. Un tirón más y cayó de espaldas con el cuerpo boca abajo entre sus brazos. Rápidamente dejó al guardia muerto en el suelo y lo examinó. Su nombre era Pierre. «Es verdad, y era canadiense».

—Alguien me dijo cuando desperté que su casco estaba roto.

—Puede ser. No me acuerdo —dijo Maggie con suavidad.

—Su casco no está roto. ¡Podría seguir vivo!

—Oh, mierda. Todo era un caos. En cualquier caso, su monitor biológico ya no mostraba signos vitales. Pero tienes razón. Deberíamos haber mirado con más atención. —Maggie parecía sinceramente disgustada.

Theo respiró hondo.

—Lo enterraremos con los otros cuatro.

—Pero primero tenemos que sacarlo del traje. Y para ello tenemos que descongelarlo.

—Cierto. El traje es valioso.

Theo deseaba poder limpiarse el sudor frío que se había formado en su frente. El sistema de

soporte vital de su traje no podía aguantar tanto. Al menos ya no sudaba.

—Hay tiempo para eso —dijo—. Volvamos a enderezar el rover.

Maggie se colocó detrás del eje trasero y él caminó hasta la sección frontal.

—Voy a contar hasta tres.

El rover volvió a rodar despacio sobre sus neumáticos. La palanca de dirección presionaba contra su estómago. Oyó a Maggie gruñir por la radio del casco. Y entonces el vehículo ya estaba enderezado.

Theo caminó a su alrededor para comprobar los cuatro lados.

—Está bien —dijo. En realidad estaba satisfecho. Un par de planchas de metal estaban dobladas en la parte de delante, pero nada más parecía estar roto. Si tenían suerte, Theo podría subir a bordo e irse. Una vez lo hiciera, no necesitarían al administrador para volver a la ciudad.

—Daré un paseo de prueba —dijo. Theo se sentó en el lado del conductor. La concha del asiento también parecía estar doblada. Algo le pinchaba en los músculos de la espalda, pero eso no sería un problema para el corto viaje hacia Ciudad Marte. Encendió el motor. La máquina reaccionó del modo habitual. La pantalla de navegación tenía una grieta, pero todo era legible. La célula de combustible estaba casi llena, lo que significaba que podía conducir varios cientos de kilómetros con el rover. Los motores eléctricos de los neumáticos también eran muy robustos, y aunque uno de ellos dejara de funcionar no sería el fin del mundo.

Pisó el pedal del acelerador. El rover se estremeció hacia delante.

—¡Oye, funciona! —gritó.

—Ya veo.

Apagó el ordenador y se bajó del rover.

—Podríamos necesitar el rover más tarde.

—Deberíamos llevárnoslo con nosotros. —Maggie señalaba al astronauta muerto.

Theo se acercó a él y se lo cargó a la espalda.



—¿TODAVÍA NO ESTÁIS PREPARADOS? —PREGUNTÓ SUMMERS.

Theo se encogió. Se negaba a girarse, o de otro modo correría el riesgo de darle un puñetazo al administrador... solo que el casco del hombre se interponía en el camino. La zanja ya tenía casi medio metro de profundidad. Aún les faltaba mucho para tener sitio suficiente, especialmente ahora que tenían cinco cuerpos. Sin embargo, había tiempo suficiente para cavar si tenían en cuenta que aún tenían que despojar al guardia de su traje.

—¿Cómo pintan las cosas en la ciudad? —preguntó Maggie.

—Simplemente no responden —replicó el administrador—. Algo va terriblemente mal allí.

—Deberíamos investigar —declaró Theo.

—No, sería mejor esperar —dijo Maggie—. Estamos a salvo aquí.

¿Por qué tenía tanto miedo de repente? Pero claro, tal vez solo estuviera pensando estratégicamente. Si querían dominar a Summers, solo podían hacerlo mientras este durmiera.

—De acuerdo —dijo Theo—. Deberíamos esperar aquí hasta que la ciudad haya resuelto sus problemas.



Sol 343, Base de MpT

ALGUIEN LLAMÓ A SU PUERTA.

—Pasa —dijo Rebecca.

Se preguntaba quien la visitaría a esa hora tan tardía. Cuando la puerta se abrió, reconoció a Ellen. Sin embargo, nunca había visto a Ellen así. Llevaba un camisón muy ajustado que brillaba como la seda. Le sentaba bien.

—Siento molestarte.

—Solo estaba leyendo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—No quise poner nerviosas a las demás, pero he notado algo hoy.

Eso era interesante... y ella también. Nadie había llamado hoy desde Ciudad Marte. Normalmente habían contactado con ellas todos los días y normalmente los Spaceliners les enviaban una nueva lista de tareas.

—¿Tú también?

—¿Qué quieres decir, Rebecca?

—Hoy no ha habido comunicación con la ciudad.

—Exacto. ¿Y has notado que nadie pudo hacer las comprobaciones obligatorias? —Ellen se sentó junto a ella en el catre—. Por supuesto, eso no tiene por qué significar nada —dijo—, pero es bastante inusual. En especial porque... —Se interrumpió.

«Muy efectivo», pensó Rebecca, ligeramente divertida. Pero le siguió el juego.

—¿En especial porque...? —preguntó.

—En especial porque no respondieron a mi llamada.

—¿Has contactado con ellos?

—Ahora mismo, desde el puente. En realidad me alegraba que no nos hubieran molestado hoy, pero entonces también empecé a sentirme preocupada.

—¿Y?

Ellen se acercó más y susurró:

—Sin respuesta.

—¿Nada de nada?

—Ni siquiera una respuesta automática de confirmación. Parece que todos sus sistemas están desconectados.

—Hmm. Le deseo todo lo peor al administrador —dijo Rebecca—, pero si les ha pasado algo malo, nuestros hombres también se habrán visto afectados.

—Lo sé —dijo Ellen—. Y por eso no quise darle mayor importancia a todo esto.

—Si no contactan con nosotros mañana, tendremos que discutirlo oficialmente.

—Me temo que tienes razón —dijo Ellen.

¿Eso era todo? ¿O tenía algo más en mente? Fuera cual fuera el caso, Ellen siguió sentada.

—¿Estás bien? —preguntó Rebecca mientras desviaba la mirada.

Ellen se pasó los dedos por el pelo. ¿Estaba... avergonzada? Rebecca nunca la había visto así.

—¿Debería... debería quedarme aquí un rato? —susurró Ellen por fin—. Pensé que... —no terminó su frase.

«Ahora lo entiendo». A Rebecca le hizo gracia, aunque intentó que no se notara cuando habló.

—Esto es muy halagador, Ellen, y te ves muy guapa con tu camisón, pero esto no me va. No es nada personal, ¿vale?

El rostro de Ellen se ruborizó.

—Por supuesto —dijo—. Solo pensé que como eras tan considerada y amable conmigo...

—Me gustas, Ellen, y me gusta que seamos amigas.

—Gracias. Claro. —Ellen se levantó—. Por favor, no me lo tengas en cuenta —dijo mientras abría la puerta.

—No te preocupes. Nos vemos mañana.

—Buenas noches, Rebecca.

Ellen cerró la puerta tras ella. A Rebecca seguía haciéndole gracia. No había sabido nada sobre esta faceta de su amiga. ¿No salía con Mike, el de la tripulación de la NASA? Al parecer, Ellen no veía esa relación como algo serio, pero eso no era asunto de Rebecca. Prefería pensar en Theo. ¿Qué habría pasado en Ciudad Marte? ¿Había habido alguna especie de catástrofe? ¿Un meteorito, quizá? Pero ¿no lo habrían sabido si algo así hubiera pasado? Tal vez solo fuera un fallo de las comunicaciones por su parte. No debería volverse loca al respecto. Y si había alguien que podría sobrevivir a un desastre, ese era Theo.

Rebecca tardó un buen rato en quedarse dormida. Una vez lo hizo, soñó que necesitaba matar a un pollo que seguía huyendo de ella.



Sol 344, Ciudad Marte

NO HABÍA PASADO NADA Y ERA TODO CULPA SUYA. HABÍAN ACCEDIDO A MANTENER TURNOS DE vigilancia para tomar a Summers por sorpresa mientras dormía, pero ¿quién de entre todos había dormido profundamente más tiempo que los demás? Theo le dio un puñetazo a la pared.

—¿No has dormido bien? —preguntó Maggie.

—Lo contrario —replicó.

—Entonces deberías alegrarte, ya que no podrás pasar una buena noche durmiendo todos los días.

Theo entendió lo que estaba diciendo. Mañana era otro día. No obstante, ¡esta espera lo estaba matando!

—Tengo que salir de aquí —dijo.

—Todos tenemos que salir —dijo Maggie.

Ella también tenía razón en cuanto a eso. Tenían que llenar la tumba. Durante la noche, el cuerpo del guardia de seguridad, el cual habían dejado en la caldeada sala del motor, ya se habría descongelado. Como el rover no tenía compartimento estanco, o todos o ninguno saldría al mismo tiempo. El procedimiento conllevaba una ventaja valiosa: la cabina estaba bien ventilada. Una vez volvían a subir a bordo y llenaban el espacio de aire fresco, pasaban al menos treinta minutos antes de que olera tan mal que sentías que ibas a vomitar en cualquier momento. Después te acostumbrabas al hedor. Si no era así, al menos a los demás no les importaba tanto.

La noche anterior, Theo había encontrado el olor particularmente ofensivo. Todos habían pasado tanto tiempo con los cadáveres que tenía la sensación de poder oler la descomposición. Era un milagro que hubiera podido quedarse dormido. Tal vez lo que pasó tenía más que ver con un estado de inconsciencia que con un sueño saludable. No se sentía nada recuperado por haber dormido.



MEDIA HORA MÁS TARDE SE ENCONTRABAN SOBRE LA ARENA ROJA Y BAJO EL CIELO MARRÓN, QUE estaba iluminado por un sol rojizo.

—Ahmed, ¿vienes? —preguntó Theo.

El programador asintió. Caminaron hacia la parte trasera del rover. Ahí estaba localizado un compartimento que estaba continuamente caldeado por el sistema de soporte vital, así como por varios motores. El espacio había sido diseñado para guardar objetos que necesitaran usar en el exterior sin que estuvieran congelados. No había forma de que los diseñadores hubieran

imaginado que alguien usaría ese compartimento para guardar un cadáver. Sin embargo, era el único modo de poder quitarle el traje a Pierre sin tener que meterlo en la cabina del rover.

—Cuando abramos la puerta, tenemos que trabajar rápido —dijo Theo—. De otro modo volverá a congelarse.

—Lo sé —dijo Ahmed.

—¡Venga!

Theo giró las dos manijas que operaban la escotilla. Dejó que la escotilla cayera hacia abajo antes de agarrar el traje. Todo iba según lo planeado, advirtió. El día anterior había sido mucho más difícil maniobrar el cuerpo rígido para meterlo en el compartimento. Un momento más tarde, Theo estaba sujetando el torso, mientras que Ahmed sujetaba las piernas.

Dejaron el cuerpo en el suelo. Trabajando con rapidez, Theo se concentró en abrir todas las cremalleras del torso. Por el rabllo del ojo vio que Ahmed ya le había quitado las botas. Theo iba a quitar el casco en último lugar. «Así la cabeza no se congelará tan rápido», pensó. La auténtica razón era que de ese modo no tendría que mirar directamente al rostro del hombre muerto. Guantes, ya. Entonces Theo extrajo el brazo izquierdo tirando de la manga hacia arriba. El cuerpo le recordaba a un bebé gigante. Brazo derecho, hecho.

—¿Podemos darle la vuelta?

—Espera un segundo —dijo Ahmed mientras sacaba el cinturón de las presillas de un tirón—. ¡Ahora!

Le dieron la vuelta al muerto. Era bueno que aún llevara el casco, ya que de otro modo ahora su cara estaría pegada al suelo. «¿Quién acabará poniéndose el traje de Pierre luego?», se preguntó. Theo no quería saberlo. Al mismo tiempo, él mismo llevaba puesto el LVCG que había pertenecido una vez a otra persona muerta. «La verdad es que el mundo se ha ido a la mierda». Sacaron las secciones superior e inferior del traje al mismo tiempo.

—¿Preparado? —dijo Ahmed. Su pregunta sonaba como una combinación de evaluación, esperanza, y pregunta.

Theo sacudió la cabeza.

—El LVCG.

Ahmed lo miró con incredulidad. «¿En serio?», preguntaban sus ojos. ¿De verdad tenían que quitarle al muerto la ropa interior? Theo asintió y el programador comprendió. A un nivel básico, era un estúpido desperdicio de recursos que fueran a enterrar los cuerpos en lugar de reprocesarlos. ¿Por qué no insistía el administrador en reciclarlos? ¿Podía ser que poseyera una pizca de decencia?

Le quitaron rápidamente la ropa interior con calefacción. Theo no manejó los brazos con cuidado y dobló las muñecas que estaban ahora parcialmente congeladas. Tenía que enderezarlas para sacar las mangas del LVCG. Sintió crujir las articulaciones del muerto cuando lo hizo. Theo se convenció de que había sido un chasquido del hielo.

Cuando terminaron, el hombre yacía frente a ellos en camiseta y calzoncillos.

—¿Eso también? —preguntó Ahmed.

Theo negó con la cabeza. En realidad eso habría sido demasiado. Le hizo un gesto a Ahmed para llevar a Pierre hacia la tumba, donde ya estaban descansando los otros cuatro cuerpos. El guardia ocupó un lugar justo en el borde. Sin el traje casi parecía un esqueleto.

Y ya estaba.

—Administrador, ¿le gustaría decir unas palabras? —preguntó Theo por el radio del casco—. Taparemos la tumba después.

Summers no respondió.

—¿Señor Summers?

No hubo respuesta.

—Ve a ver cómo está, Theo —sugirió Maggie—. Creo que los cinco se han ganado una despedida decente.

—De acuerdo.

Theo se acercó al rover cerrado. La escotilla estaba abierta y subió por la escalerilla. Summers estaba sentado frente al equipo de radio. Theo no podía oír lo que estaba diciendo porque había pasado a una frecuencia diferente. Theo no podía ver su rostro con claridad a través del visor, pero en cualquier caso no parecía muy contento.

—¿Administrador?

Theo le tocó un hombro. Summers se lo sacudió y su mano derecha fue a su bolsillo. «Ahí es donde debe guardar la pistola paralizante», pensó Theo.

—No pasa nada —dijo—. Soy yo.

Vio a Summers murmurar algo bajo su casco. Al parecer se le había olvidado de cambiar la frecuencia. Theo se señaló el oído.

—Lo siento, Kowalski. No me di cuenta de que habías entrado —dijo finalmente Summers.

—No pasa nada. Ya hemos terminado con la tumba. ¿Le gustaría decir un breve panegírico?

—Eh, ¿sabes? Los hombres están muertos y ya está. No creo en la vida eterna. ¿Por qué no lo haces tú? Seguro de que los conocías mejor que yo.

Theo se encogió de hombros.

—Como quiera. Buena suerte intentando establecer contacto.

El administrador volvió a girarse hacia la radio.

Theo esperaba poder convencer a Maggie para que dijera unas últimas palabras. Él no era la mejor persona para hacer algo así. Se encaminó hacia la escotilla. Al hacerlo, sus ojos cayeron sobre el radar. Una luz estaba parpadeando en el reborde inferior. Se acercó más. Un punto brillante se paseaba por la pantalla. Theo abrió un mapa bajo el radar. ¡Eso no estaba nada lejos! Si el equipo no se equivocaba, lo cual era improbable, entonces había un visitante paseándose por ahí fuera, alguien que no había intentado contactar con ellos. Fuera lo que fuese, se movía con rapidez, tal vez a unos veinte kilómetros por hora, pero se dirigía directamente hacia ellos. Su destino debía ser Ciudad Marte.

Pero ¡él tenía el rover ligero! ¿Y la tumba? Decidió que tendría que esperar. ¿Qué eran unos minutos comparados con la eternidad? Tendría que hacerlo rápido. Theo prácticamente saltó por la escotilla y bajó la escalerilla a toda velocidad. Entonces echó a correr hacia el rover.

—¿Adónde vas? —le gritó Maggie.

—¡Tengo que encargarme de algo!

—Eh, ¿perdona? ¿Y el panegírico? —Ahora parecía enfadada, pero no tenía tiempo para darle una explicación detallada.

—Luego —dijo Theo.

Sin aliento, saltó al asiento del conductor y arrancó el rover. ¿Dónde acababa de indicar el radar que se encontraba el visitante? Se orientó rápidamente. Vale, necesitaba establecer una trayectoria desde Ciudad Marte. ¿No es esa la dirección de la base de MpT? Pero el punto en el radar era demasiado pequeño como para que fuera un rover. Podría ser una sola persona, pero no había forma de que un humano pudiera moverse a veinte kilómetros por hora en el desierto. ¿Qué otra cosa podía ser? ¿Qué debería esperar?

La pregunta se respondió sola enseguida. Nada más se movía en el estéril desierto marciano. Ni árboles, ni arbustos, ni siquiera una hoja seca movida por el viento. Esto hacía que la esfera

plateada y rojiza que iba rodando y rebotando por la zona fuera mucho más visible. ¿Qué era esa cosa? Theo nunca había visto nada así. No parecía haber sido construida por humanos.

Calculó a ojo el rumbo que llevaba el objeto y luego redujo la marcha del rover. Iba moviéndose demasiado rápido. ¿Permitiría esa cosa ser capturada con facilidad? Volvió a tomar velocidad. Necesitaba estar preparado para lo que fuera ese encuentro. ¿Cómo se podía detener una máquina que no quería pararse sin destruirla?

Entonces se acordó de la tienda. Todos los rovers abiertos estaban equipados con una lona en la que los pasajeros podían pasar la noche en caso de emergencia. Si podía conseguir lanzarla sobre el objeto, podría capturarlo. Condujo hacia el proyectado punto de intersección, se bajó de un salto del rover, y sacó la tienda rápidamente. Dejó que la plataforma de la tienda cayera al suelo y dobló la lona de tal modo que pudiera lanzarla con facilidad.

«Vale, visitante, estoy preparado», pensó. Y llegó la hora. La bola, que parecía consistir de numerosas ruedas de acero superpuestas, iba saltando y rodando hacia él. Theo se sintió como un cowboy a punto de echarle el lazo a un potro salvaje. Pero a diferencia de un cowboy, él solo tendría una oportunidad, ya que la saltarina bola parecía moverse más rápido de lo que se había movido el rover. Si no hacía un lanzamiento perfecto, lo perdería.

Theo respiró hondo. La pelota se acercó más. Tenía que emplear una cantidad adecuada de fuerza en el ángulo adecuado y en el momento óptimo. Uno... Dos... Tres... ¡Ahora! Theo lanzó la lona, la cual se desplegó y cayó como una gorra de tamaño extra grande sobre la esfera. ¡Funcionó! Theo se bajó del rover de un salto. ¡Bien! La bola se sacudía adelante y atrás, enredándose cada vez más en la lona. Theo se aseguró de que no escapara. Abrió la lona desde atrás y metió la mano hasta que pudo sujetar el delgado metal de una de las ruedas. Entonces sacó el objeto que seguía removiéndose de debajo de la lona.

Theo se quedó un poco decepcionado cuando descubrió la electrónica convencional en el interior de la bola. No había sido construida por extraterrestres. Entonces vio la cinta adhesiva. «Si algo no se sujeta por sí mismo, entonces no has usado suficiente cinta adhesiva». Su padre había usado ese mantra a la mínima oportunidad que se le presentaba. Algún astronauta debía haber usado la cinta adhesiva. Eso significaba que el objeto procedía de la NASA, de MpT, o de Ciudad Marte. Como esta última era su destino y venía desde la dirección de la base de MpT, sus amigas debían haber enviado esta máquina. Pensó de inmediato en Rebecca y su corazón se alegró. ¡Esperaba que estuviera bien!

Pero ¿de dónde habían sacado esta cosa que tenía que ser una especie de robot de investigación? Y, ¿qué se ocultaba bajo la cinta adhesiva? Theo sospechaba que debería conocer la respuesta a esas preguntas en ese mismo instante, y no una vez hubiera vuelto con los demás. Si Rebecca y sus compañeras habían enviado un robot sin anunciarlo, entonces tenían algún plan específico en mente.

Sujetando el robot entre sus pies, Theo buscó el interruptor de encendido y lo apagó. El robot hizo unos ruidos, que sonaron tan lastimeros que deseó de inmediato volver a encenderlo. Theo despegó la cinta adhesiva. Sus amigas de MpT la habían usado sin reservas para asegurar el paquete al robot. Tardó unos quince minutos en liberar el paquete de la cinta adhesiva. Era una pistola con munición. Qué locura. ¿De dónde la habían sacado? Contó las balas. ¡Sesenta! Podía incitar una revolución con ellas, o al menos tener controlado al administrador. ¿Qué tipo de alcance tenía su pistola paralizante? ¿Diez metros? La pistola cubriría definitivamente una distancia mayor.

Por supuesto, sería mejor que no tuviera que usar el arma. Theo la guardó en su bolsa de herramientas por el momento. Entonces cargó el robot en la zona de carga y lo ató con la lona.

Guardó también la plataforma de la tienda y luego volvió con los demás.



—¿DE QUÉ IBA ESO, THEO? —DIJO MAGGIE A MODO DE SALUDO. SU VOZ, AUNQUE SONABA contenida, anunciaba un agudo tono.

Él nunca la había visto tan enfadada.

—Lo siento. Tuve que encargarme de algo.

Ahmed se acercó al rover y retiró la lona.

—¿Veis eso? Iba rodando por el desierto de Marte, así que tuve que rescatarlo —explicó Theo.

—¡Oh, qué mono! —exclamó Christiane.

—No puedes dejarnos aquí sin más —dijo Maggie. Sonaba a amenaza.

—La rapidez era esencial. Este pequeñín iba rodando a veinte kilómetros por hora y no quise que se escapara de nosotros —replicó Theo.

—Aún así, una palabra habría bastado —le regañó Maggie.

—¿Qué palabra? ¿Qué pasa? —Por primera vez, Theo se alegró de que el administrador metiera las narices en todo. Debía haber abandonado sus esfuerzos por comunicarse.

«Podría ser buena idea cambiar de tema», se imaginó Theo, así que preguntó:

—¿Aún no hay noticias de Ciudad Marte?

—Silencio total. Es muy inquietante —respondió Summers.

—Pero ¿aún cree que todo se solucionara por sí mismo? —preguntó Maggie.

—No. Ahora creo que deberíamos ir a comprobar la situación.

—Entonces enterremos a estas pobres almas y volvamos.

—No, Maggie. Lo he estado pensando. Partiremos mañana antes del amanecer. El sol se pondrá pronto.

—Podría ser buena idea colarnos allí cuando está oscuro.

—No, no lo creo. Quiero poder ver a mi oponente frente a mí. De noche podríamos asustarnos con cada sombra.

«Yo no, pero usted sí, señor Summers», pensó Theo, aunque no lo dijo en voz alta. Maggie lo miró como si hubiera tenido el mismo pensamiento. Ya no parecía estar enfadada con él. Theo odiaba que la gente a la que apreciaba estuviera enfadada con él. Cuando le hablara finalmente sobre el arma, ella lo perdonaría del todo. Pero ahora no era el momento correcto.

—Por supuesto, lo entendemos, administrador —dijo Maggie.

Theo tuvo que recordar que, oficialmente hablando, la piloto estaba totalmente de parte del administrador. Él había disfrutado de su apoyo durante mucho tiempo. Por supuesto que ella tenía que cumplir ese papel.

—Theo, ¿podemos comenzar por fin nuestro pequeño funeral? —preguntó Maggie.

—Un momento, por favor —dijo el administrador. Luego señaló al robot—. ¿Qué habéis encontrado aquí?

—Debe de ser un robot de alguna misión a Marte anterior. Apareció en el radar y lo recogí —explicó Theo.

—¿Una misión anterior?

—Tendremos que examinarlo más de cerca, pero esta cosa parece haber estado por aquí desde hace al menos treinta años.

—Parece bastante limpio.

—Sí, administrador. El viento leve y constante ha pulido los radios hasta hacerlos brillar.

Summers se acercó al robot y se agachó.

—Es una locura lo bien conservado que está —comentó.

—Puede ver lo dañina que es en realidad la humedad en la Tierra. Aquí, los objetos se oxidan mucho más despacio —explicó Theo.

—Tenemos suerte de haber aterrizado aquí —dijo el administrador con una risita—. Y aquí —Metió la mano en la parte central del robot—, hay incluso restos de cinta adhesiva. Tócalo. Está pegajoso. ¡Después de treinta años! —Le hizo un gesto a Theo, quien avanzó obedientemente—. ¡Mira! Tócalo.

—Tiene razón —dijo Theo—. Sigue pegajoso.

—¿Estás seguro de que no había nada pegado ahí cuando lo encontraste? —preguntó Summers.

Theo pudo oír la velada amenaza. No se había preparado para una discusión como esta. Ojalá se hubiera inventado alguna historia sobre lo que podría haber estado ahí pegado. Y nadie vendría en su ayuda porque no le había hablado a nadie sobre su descubrimiento.

—No, lo encontré justo así, administrador.

—Y si me llevo el rover e inspecciono la zona en busca de restos de cinta adhesiva, ¿encontraré alguno?

—No vi nada cuando lo encontré.

—Entonces todo está bien, Kowalski. Pareces un alma honesta. De otro modo no te habría traído aquí a pesar de la recomendación de la querida Maggie. Si fueras cualquier otra cosa, sería una desgracia para todos nosotros.

Theo tuvo que contenerse para no soltar un suspiro de alivio. Se había mostrado muy tranquilo. La pistola estaba guardada en su bolsa de herramientas y nadie lo sabía. El administrador solo se estaba marcando un farol. Probablemente era demasiado vago como para salir al desierto en busca de cinta adhesiva, y con suerte ninguno de sus compañeros lo delataría. En el fondo, todo lo que quedaba ahí fuera era un poco de cinta adhesiva.

—Me gustaría continuar y cerrar la tumba —dijo Maggie.

—Por supuesto. No pretendía retrasarlo. ¡Buena suerte! —respondió el administrador mientras se apresuraba en volver al rover.

«¿Volverá con la radio?», se preguntó Theo.

Se colocaron alrededor de la tumba. Maggie se despidió de los muertos. De dónde procedían ya no importaba. Eran personas, y todos ellos estaban igualmente lejos de su tierra natal. Los que estábamos allí solo habíamos sido afortunados de haber sobrevivido hasta entonces. ¿Era realmente una cuestión de suerte? Theo no era pesimista, pero todo parecía al borde del colapso. En unas semanas podría sentir envidia de los cinco de la tumba cuando comenzara a sufrir una muerte dolorosa a consecuencia de la desaparición de las últimas gotas de aire respirable.

No debería pensar en eso. Rebecca le regañaría con razón por hacerlo. Theo removió los pies un poco hasta que Maggie terminó su panegírico. Entonces, todos ellos lanzaron un puñado de tierra de Marte dentro de la tumba. Llenaron el agujero a paladas del material que habían retirado antes.

Compactar la tierra con firmeza pisando sobre ella no funcionaría allí, pero Christiane ofreció una sugerencia mejor. Fue hacia el rover y cogió un cubo de agua caliente del interior de la cabina. Si se daba prisa, no se congelaría antes de llegar a la tumba. Theo la observó dar rápidas zancadas que hacían que el agua se derramara del cubo. El rastro que iba dejando atrás sería visible durante muchos años venideros, hasta que el hielo se sublimara al fin.

Finalmente llegó a la tumba y vertió el agua sobre ella, lo cual compactaría el polvo. Nuevo permafrost se formaría sobre los cadáveres. En el futuro próximo, sus cuerpos no se descompondrían. Las bacterias y microorganismos en su interior, los que de otro modo destruirían a sus exanfitriones, no podían sobrevivir al frío de Marte, y a pesar de investigarlo de un modo intensivo, los humanos aún tenían que encontrar alguna bacteria en Marte. Estos cuerpos yacerían en la oscuridad durante mucho tiempo.

Tal vez reciclar no fuera tan mala idea después de todo. Le diría a Rebecca que ahora quería convertirse en mantillo para las plantas cultivadas en la colonia de Marte.



SUBIERON AL ROVER PARA PASAR LA NOCHE. EL HEDOR DE CINCO PERSONAS SUDOROSAS QUE NO se habían duchado en mucho tiempo pronto volvería a llenar la cabina. «Los viajes espaciales no son para princesas», pensó Theo. Christiane subió la escalerilla delante de él. Ella le tendió el traje vacío de Pierre a Ahmed, quien estaba en la escotilla. Theo fue el penúltimo en subir a bordo, con Maggie tras él.

De repente, la expiloto lo agarró del hombro. Con su pie, dibujó una imagen de una pelota en el polvo. Theo asintió. Él borró la bola e hizo un vasto bosquejo de una pistola. Maggie abrió mucho los ojos. Él borró con rapidez el dibujo. Podría ser que no necesitaran el arma. Sería mejor que no la necesitaran. Lo que fuera que hubiese dejado a Ciudad Marte incomunicada podría ser una amenaza para la base de MpT en algún momento.

¿No era tener un enemigo común, una y otra vez, lo que forjaba alianzas entre las personas? En realidad era triste. Los humanos habían avanzado mucho, pero siempre necesitaban una amenaza externa para obligarlos a cooperar. ¿O estaba siendo injusto con la raza humana? ¿Tal vez se estaba cegando con las acciones de aquellos que perseguían motivos muy egoístas? Ya lo verían. Tal vez mañana.



Sol 344, Planum Australe

UNA GIGANTESCA LENGUA AZUL VERDOSA SE EXTENDÍA HACIA ELLA. TENÍA TRES KILÓMETROS DE altura. Ewa había llegado a Planum Australe, la llanura del polo sur. Sus bordes le recordaban un poco a un glaciar, aunque no salía agua de ellos. Hacía demasiado frío para ello. La pendiente no era tan empinada como Ewa había temido, y pilas de hielo polar recorrían sus bordes. Esto era bueno, ya que no tendría que buscar un punto de acceso durante mucho tiempo. Simplemente seguiría conduciendo en línea recta.

Sin embargo, como Viernes ya se lo había pedido con amabilidad, realizó una inspección preliminar de la zona. Ewa bajó del rover y subió varios metros del glaciar. Usando una larga vara de metal de dos metros, examinó la firmeza de la superficie. Empujó la vara hacia abajo con la ayuda de los amplificadores de su traje. Pero el metal no se hundió en la superficie. «Muy bien», pensó Ewa. «Viernes se ha estado preocupando por nada».

Volvió a entrar en el rover y se puso en marcha mientras la cabina se recargaba de aire respirable.

—¿Lo ves, Viernes? —preguntó.

“No veo nada”.

—Te preocupabas por nada. El hielo es duro.

“Aún sigo preocupado”.

—¿Piensas que he medido mal?

“No, Ewa. El hielo va a cambiar. Aquí, en el borde, la llanura se compone principalmente de hielo de agua. Es tan duro como el acero a setenta grados bajo cero. Pero cuando te internes más en la zona, el porcentaje de hielo de agua desciende. Si la composición consiste de demasiado hielo seco, la sustancia se vuelve porosa y podríamos hundirnos. Si no prestamos mucha atención, podríamos encontrarnos a quinientos metros por debajo del nivel de la superficie. Nunca podríamos escapar de una profundidad así”.

—Genial. Ahora me siento mucho mejor.

“Lo siento, Ewa. Solo tenemos que comprobar regularmente que el hielo siga siendo sólido”.

—¿Y si no lo hacemos?

“Entonces no deberíamos volver a detenernos. Siempre y cuando sigamos en movimiento, el hielo seco no debería sublimarse tan rápido como para que nos hundamos”.

—¿No debería?

“Nadie ha tenido jamás experiencia práctica con este material. Dependerá de nuestro enfoque”.

—Pero ¿cómo se supone que vamos a comprobar si aún seguimos a salvo? Para hacerlo

necesitaremos detenernos.

“Eso es cierto. Solo debemos esperar tener un poco de suerte”.

—Habría preferido una respuesta más reconfortante.

“Puedo entenderlo, Ewa”.



Sol 346, Ciudad Marte

THEO IBA SENTADO EN EL ASIENTO DEL CONDUCTOR DEL ROVER ABIERTO. SE ALEGRABA DE NO tener que viajar en la cabina del otro vehículo. Cuando Christiane y él, quien iba sentada detrás de él, salieron del rover cerrado, este estaba bien ventilado, pero eso no duraría mucho. Allí fuera, las únicas excreciones que tendría que inhalar serían las suyas. Habría preferido viajar con Maggie, pero el administrador había insistido en que ella condujera el rover cerrado. Al menos esto ofrecía la ventaja de que ella podría ser capaz de influir en Summers de algún modo.

¿Sería incluso necesario? Theo no tenía ni idea de lo que podría estar esperándoles en la ciudad. ¿Qué había pasado? Lo que fuera que había tomado control del otro rover podría ser ahora el gobernador de toda Ciudad Marte. Pero ¿con qué propósito? Era obvio que tenía el poder de matar. Ahora tenía al equipo de rescate sobre su conciencia. Simplemente había cortado el suministro de aire de los humanos. Y, ¿qué pasaba con los astronautas chinos? Ellos también podían contarse entre sus víctimas.

Pero Ciudad Marte era compleja. Se necesitaría más que solo apagar un interruptor para ahogar a todo el mundo. Theo no pensaba que hubiera un único control central para todas las funciones de la ciudad. La ciudad se estaba expandiendo con rapidez, y por eso la creación de espacios de vivienda había tomado precedencia sobre la automatización. Era de suponer que las viviendas recién construidas y relativamente primitivas eran ahora el lugar más seguro donde refugiarse en la ciudad, ya que todo allí funcionaba de modo manual. Al menos eso era lo que Theo esperaba que fuera el caso, ya que allí era donde vivían sus amigos.

Aceleró. El rover cerrado les llevaba una ligera ventaja. Theo viró ligeramente hacia un lado para no conducir dentro de la nube de polvo que el otro vehículo levantaba.

—¿Se sabe algo de la ciudad? —preguntó por radio.

—Nada —respondió Maggie.

—¿Y de MpT o la NASA?

—La cobertura de nuestro sistema de radio no es lo bastante bueno como para alcanzarlos. Necesitaríamos que Ciudad Marte enviara nuestros mensajes, pero está en silencio.

—Mierda —dijo Theo.

—Pronto sabremos qué pasa allí.



EL ROVER CERRADO CONDUCCIÓN RELATIVAMENTE DESPACIO, ASÍ QUE TARDARON CASI UNA HORA EN recorrer la distancia. El vehículo se detuvo a un kilómetro de distancia de su destino. Theo

aparcó su rover justo al lado.

—Haremos el resto del camino a pie —anunció el administrador.

Theo no lo cuestionó. Su ojo mental seguía viendo a los astronautas asfixiados. Summers debía tener miedo de que algo se apoderara del rover de nuevo y lo amenazara con un destino similar.

—Podríamos llevar el rover abierto para acercarnos más —sugirió Theo. Podrían saltar del vehículo si este se desmadraba.

—No, déjalo. Alguien podría hacer mucho daño con un rover ligero. El paseo no nos hará daño.

Theo se bajó del vehículo. Cogió su bolsa de herramientas, la cual pesaba más de lo normal. La escotilla del rover cerrado se abrió y la humedad del aire que se escapaba se congeló al instante, creando una fina nube que se elevó en el aire.

Maggie fue la primera en salir del vehículo. Él le ofreció la mano y ella saltó los tres últimos peldaños. Ahmed la siguió con aspecto cansado. El administrador fue el último en salir del rover. Su pistola paralizante colgaba a la vista del cinturón de su traje espacial. Llevaba una bolsa sobre el hombro.

—Ahora depende de nosotros —dijo el administrador. Theo ya estaba temiendo una posible charla motivadora, pero Summers solo le dio la bolsa a Ahmed—. Toma esto —dijo—. He cogido varias provisiones y una terminal de seguridad móvil que, con suerte, nos ayudará a ganar acceso a la ciudad. Estoy seguro de que tú podrás hacer mejor uso de todo eso que yo. —Ahmed tomó la bolsa y asintió.

«¿Qué sentido tiene traer provisiones?», se preguntaba Theo. El rover no tenía una tienda a bordo, así que no podían quitarse los trajes espaciales. Todo lo que podían consumir era lo que les proporcionaban los trajes: agua y la pastosa mezcla de nutrientes. Esto no era precisamente una bonita excursión que acabaría con una hoguera. Pero no dijo nada.



SUBIERON POR LA BAJA PARED DE UN CRÁTER. PRONTO DEBERÍAN VER LA SILUETA DE AMBAS naves Spaceliner. Los cohetes levantaban sus elegantes morros al polvoriento cielo. Ese era su destino. Esas eran las únicas partes de la ciudad a la vista. La mayoría de sus edificaciones eran planas, como los invernaderos, o estaban enterradas bajo tierra.

Theo no recordaba ver la ciudad desde una distancia tan grande como esta. Por supuesto, sabía el aspecto que se suponía debía tener. Sin embargo, se la imaginaba diferente. No había murallas ni torres de vigilancia. Lo que el administrador llamaba su Ciudad Marte de un modo tan altanero se componía de dos naves espaciales aterrizadas y varias cavernas excavadas por los residentes de la ciudad. La raza humana realmente había llegado muy lejos durante los últimos treinta o cuarenta mil años. E incluso eso les podría ser arrebatado por la *cosa* que recorría el planeta, la cosa cuya naturaleza ni siquiera entendían.

—Hola, Theo —dijo Maggie.

—¿Sí?

—Pareces tan... abatido. ¿Qué pasa? —Ella lo había calado aún cuando su rostro estaba oculto detrás de su visor. Necesitaba recomponerse.

Theo enderezó sus hombros. ¿Le había delatado su paseo?

—Nada —dijo.

—Entendido —replicó Maggie.

«Este no es uno de mis mejores momentos. Ella tiene buenas intenciones». Se dio una sacudida mental. Pero en realidad no importaba lo que el administrador pensara de él.

—De algún modo es impresionante ver todo lo que hemos conseguido aquí.

—Hemos sobrevivido donde se suponía que la vida humana era imposible —dijo Maggie.

—¿Por qué motivo?

—No lo sé. Al menos todavía.

—¿Piensas que hay una razón para esto y que nos será revelada en algún momento?

—No hay garantías, Theo. Eso es lo que hace que la vida sea tan excitante.

—Excitante, claro. A veces desearía poder tener algo menos de excitación.



DE CERCA, LAS DOS NAVES SPACELINER SE VEÍAN IMPRESIONANTES Y FUERA DE LUGAR, COMO rascacielos que alguien hubiera construido en el desierto.

—Tened cuidado —dijo el administrador.

¡Como si hubiera una amenaza concreta ahí fuera! Allí estaban más a salvo de lo que lo habían estado en el desierto. Theo buscó los compartimentos estancos que llevaban a las viviendas y almacenes. Parecían estar diseminados al azar por toda la zona. Por razones de seguridad, habían sido situados a una buena distancia de las dos naves, por si acaso una de ellas necesitara despegar. Sin embargo, también había túneles subterráneos por los cuales podían llegar a cualquier lugar en Ciudad Marte sin tener que ponerse un traje espacial.

¿Dónde se escondían los ciudadanos? Tres cuartos de los colonos ya se habían mudado de las naves. ¿Por qué no había nadie en la superficie?

—Aquí equipo de campo. ¿Puede oírnos alguien? —preguntó Maggie por radio.

Theo se quedó donde estaba y escuchó. No hubo respuesta.

—Las viviendas están bien aisladas contra la radiación cósmica, así que las radios de nuestros cascos no atravesarán el blindaje.

—Pero los de las naves deberían responder —opinó el administrador—. Cada uno de ellos tiene un traje espacial cuyas comunicaciones no deberían poder bloquearse desde el exterior, sino que tan solo pueden escudarse.

—¿Podría ser que no quede nadie? —preguntó Theo.

—Deberíamos comprobarlo primero. Tenía a mi mejor equipo en la Spaceliner y ahí es donde estaba situado el puente de mando —dijo Summers.

—¿Es posible que algo los haya matado a todos?

—No, Theo —negó el administrador con mucha calma—. El sistema de soporte vital no está tan ampliamente centralizado como para que eso sea posible.

Se acercaron al cohete que se erguía sobre sus robustas patas de aterrizaje. Theo limpió un poco de polvo marciano del casco de la nave.

—Parece estar cargado con electricidad estática —dijo Theo.

—Sí, eso es normal. El viento crea una fricción constante contra la nave —respondió Maggie.

Theo miró hacia arriba. El casco exterior de la nave era enorme. Localizó la escotilla de un compartimento estanco a unos cinco metros por encima de la superficie.

—No parece haber una entrada por aquí.

—Cierto, eso es lo que parece —afirmó Summers.

«Ah, eso significa que probablemente haya un punto de acceso para su mantenimiento»,

pensó Theo.

Unos momentos después, el administrador localizó un panel de control oculto tras una placa de metal.

—Para inspecciones del motor —dijo Summers—. Ahmed, mi bolsa, por favor.

El programador le tendió la bolsa y Summers sacó una pequeña *tablet* y un adaptador modular con numerosos cablecitos.

—Uno de estos debería valer —comentó Summers. Insertó el adaptador en la *tablet* y probó un cable tras otro.

—Ah, este funciona —dijo. Volvió a la *tablet* y le dio unos toquitos a la pantalla—. Maldita sea, protocolo incorrecto —continuó Summers—. Los controles de la puerta quieren algo de mí, pero no estoy seguro de qué es.

—¿Ha establecido una conexión encriptada? Y, ¿tiene su *tablet* el certificado más reciente instalado para que el sistema pueda reconocerlo? —preguntó Ahmed.

Las preguntas del programador le sonaban a galimatías a Theo, quien se consideraba bastante experto en sistemas informáticos.

—No sé lo que significa eso, pero no me ayudará —admitió el administrador—. ¿Puedo pedirte que te hagas cargo? Tus conocimientos de este tema son más amplios que los míos.

El programador asintió y cogió la *tablet* de manos de Summers.

—No puedo prometer nada. Solo conseguiremos acceso si alguien metió la pata antes.

—Eso me queda claro —dijo el administrador—, pero la gente siempre comete errores, así que me siento optimista.

Theo respiró hondo. ¿Qué debería hacer mientras esperaban? Podía caminar hacia las viviendas subterráneas y examinar los compartimentos estancos. Tal vez pudiera llegar a la nave más rápido si dieran un rodeo.

—Voy a comprobar los compartimentos estancos.

—Espera. Lo tengo —respondió Ahmed.

—¿Qué? Vaya rapidez —exclamó el administrador—. Debes de ser bueno en lo que haces.

—Fue sorprendentemente fácil —dijo Ahmed en voz baja.

Theo podía sentir la incertidumbre del programador. ¿Era una trampa?

—¿Demasiado fácil? —preguntó.

—Como si alguien hubiera escondido una llave debajo del felpudo de entrada.

—Y, ¿con qué probabilidad haría alguien algo así? —preguntó Theo.

—No estoy seguro —dijo Ahmed mientras sacudía la cabeza despacio.

—Conozco a mucha gente que guarda las llaves bajo el felpudo —dijo el administrador.

—El programador tendría que haber sido lo bastante vago como para dejar una puerta trasera por si acaso no renovara el certificado con la suficiente prontitud —dijo Ahmed.

—La pereza es un importante motivador humano —respondió Summers—. La mayoría de los inventos se crearon como resultado de la más pura pereza.

—¿Qué opinas, Ahmed? —preguntó Theo—. ¿Se trata de una trampa?

—Es difícil saberlo. He explotado un error bastante estúpido, pero los programadores también cometen errores estúpidos. Y si estaba bajo presión porque el despegue se aproximaba con rapidez, o si necesitaba irse a casa rápido... Pero el código del programa también puede manipularse.

—Nunca lo sabremos si no giramos la llave —dijo el administrador.

—Podríamos intentar entrar por los compartimentos estancos —sugirió Theo.

—¿Sabes, Kowalski? Inténtalo desde los compartimentos estancos y nosotros iremos por

aquí.

—Buena idea —dijo Maggie—. Si algo pasa, aún te tendremos en nuestro bolsillo trasero.

—En efecto. Si no tienes éxito, espéranos en el rover hasta que el problema se haya solucionado —respondió Summers.

Theo asintió. Sí, eso le parecía un buen plan. Incluso la idea de estar finalmente a solas de nuevo le complacía.

—Ahmed, ¿puedes abrirnos la puerta?

—Claro, señor Summers.

El programador tocó varios puntos en la pantalla de la *tablet*. Las luces rojas del panel de control se volvieron verdes. Entonces, uno de los paneles de acero localizados en el reborde interior del pilar se deslizó hacia abajo y apareció una entrada. Theo tuvo que agacharse para ver algo con detalle. Maggie alumbró el espacio con la luz de su casco. Vieron un tubo de un diámetro de un metro que subía en pendiente. Habían añadido asas por toda la pared trasera. Estaba claro que el tubo estaba ahí para proporcionar acceso a un técnico.

—Deje que vaya yo primero —dijo Christiane, la técnico.

Theo se quedó tan sorprendido como los demás.

—Conozco el camino. Hice mantenimiento en los motores cuando aún estábamos en ruta por el espacio.

—Bien —replicó el administrador. Hizo un gesto para que fuera delante.

Christiane se despidió de Theo con la mano y trepó por el tubo.

—Es sorprendentemente espacioso. Ya lo veréis —dijo desde el interior por la radio del casco.

—Vamos para ahí —informó el administrador—. Ahmed, Maggie... ¿si sois tan amables?

Los dos astronautas también gatearon por el tubo.

—¡Buena suerte! —les deseó Theo.

El administrador también acabó por desaparecer. Theo solo pudo ver sus botas cuando el panel metálico volvió a cerrarse.

—¿Podéis oírme aún? —preguntó Theo por radio.

—Alto y claro —respondió Maggie.

Eso resultaba muy extraño. ¿Por qué ninguno de los veinte individuos que todavía seguían viviendo en la nave respondió a sus intentos de comunicación?

—¿Va todo bien?

—Estamos en el final del tubo de mantenimiento. Hay otra escotilla. Al otro lado hay un espacio conectado a la nave por un compartimento estanco —explicó Maggie.

—Pero ¿seguís dentro del tubo?

—Sí, a Ahmed no le resultó tan fácil recorrerlo. Ahora está trasteando con el panel de control de la escotilla.

—¿Esta vez no ha dejado nadie una llave bajo el felpudo?

—No, Theo.

—No puedo ayudar con nada, pero se me están poniendo los pelos de punta.

—Permanece en calma. Ahmed no va a dejarnos colgados. En realidad es muy bueno en lo suyo.

A Theo le resultaba difícil seguir contradiciendo a Maggie. ¿Qué derecho tenía a destruir las esperanzas que tenía?

—Entendido. Ahora mismo estoy junto a otro compartimento estanco y voy a probar suerte con él.

—Llamaré cuando haya noticias —dijo Maggie.



SE DESCUBRIÓ DELANTE DE UNA PLATAFORMA QUE PARECÍA DE LADRILLOS EN CUYO CENTRO estaba montada una placa metálica. Era la puerta del compartimento estanco externo. Se arrodilló y la tocó. La placa era lisa y plana. Justo contra el borde había un pequeño círculo alzado que contenía la siguiente inscripción: “No entrar aquí. Peso máximo: doscientas libras”.

¿Eso era para la gravedad de la Tierra o la de Marte? Y, ¿quién expresaba el peso en libras? Había tres palabras adicionales debajo de la advertencia: “Hecho en China”.

A Theo no le sorprendió. Era natural que los dueños de la Spaceliner la hubieran comprado allí, donde los costes eran más bajos. A diferencia de MpT, al menos ellos habían prestado atención a la calidad. Dio unos golpes en la placa. No oyó nada, pero tampoco sintió ninguna vibración. El trozo de metal era enorme. No creía que su capacidad máxima de carga fuera de doscientas libras. El límite de peso probablemente se aplicaba a los goznes, ya que la placa simplemente sellaba la cámara del compartimento estanco. Si podía invalidar el mecanismo de apertura, podría abrirlo y entrar en el compartimento estanco.

«Si podía». Dio un paso a un lado. Los controles que podían liberar el panel estaban situados junto a la puerta. Bajo circunstancias normales, debería ser suficiente con pulsar el botón de petición. Eso provocaría que la puerta interior se cerrara y que el aire saliera de la cámara. Tras un minuto como mucho, la puerta externa podría abrirse. Sin embargo, ya había notado que las cuatro bombillas del panel de control brillaban en rojo. Eso no era buena señal. Significaba que el compartimento estanco estaba desconectado porque había registrado alguna especie de error. Eso podía ocurrir si alguien dejaba dentro un objeto que evitara que la puerta interna se cerrara. O si el programa de diagnóstico del compartimento estanco indicaba un error de *software*.

Primero, tenía que averiguar la naturaleza exacta del problema. Y por eso el panel de control estaba equipado con un modo manual desde el cual podía acceder a un programa de diagnóstico. Sabía cómo funcionaba esa útil herramienta. En su trabajo como conserje, la gente siempre lo llamaba cuando un aparato dejaba de funcionar. Algunos errores podían ser ignorados pero, por desgracia, una puerta interna que no se cerraba no entraba en esa categoría. En ese caso, si abriera la puerta exterior mientras la interior siguiera abierta, liberaría todo el aire del asentamiento subterráneo.

«No, no sería tan drástico», se corrigió. Tenía que haber puertas de seguridad entre las zonas ahí abajo, las cuales se cerrarían de inmediato ante cualquier caída en la presión del aire. Pero nadie que estuviera cerca del compartimento estanco y no llevara un traje sobreviviría.

«Venga, venga», pensó. El *software* estaba reaccionando más despacio de a lo que estaba acostumbrado. Era casi como si el sistema estuviera operando al límite de su máximo operativo. Pero eso no podía ser cierto. Toda la ciudad parecía estar profundamente dormida durante el día. Había mucho silencio.

El menú de diagnóstico apareció al fin. «Bien». Lo extraño era que la puerta interna estaba abierta, pero teóricamente también podía estar cerrada. En cualquier caso, sus motores no indicaban ninguna obstrucción. El sistema de ventilación también estaba funcionando. El compartimento estanco tenía que sacar todo su aire antes de que él pudiera entrar desde el exterior, y tenía que volver a llenarse antes de que pudiera abrir la puerta interior. No había criaturas vivas dentro de la cámara del compartimento estanco. Siempre y cuando ese fuera el caso, el compartimento estanco solo podía controlarse desde el interior. Eso evitaba que nadie

accediera a la cámara desde el exterior mientras alguien, tal vez sin traje espacial, estuviera en su interior.

Todo funcionaba a la perfección, pero las luces seguían rojo brillante. Theo repasó la lista de errores hasta el final. Finalmente llegó a un error que odiaba más que nada: “Error Desconocido”. Se lo había encontrado varias veces mientras trabajaba en la zona de viviendas. El mensaje sencillamente indicaba que el sistema no tenía ni idea de lo que le pasaba. ¡Y se suponía que él tenía que solucionar el problema! Solo había conseguido hacerlo en una ocasión. Esa vez, el aislamiento externo de un cable se había derretido parcialmente. Eso había impactado de improviso en otra línea de cableado. Solo consiguió averiguarlo mientras cambiaba todos los cables frágiles, uno tras otro. No había absolutamente nada en esa experiencia que le resultara útil para lo que tenía que enfrentarse ahora.

Theo le dio un puñetazo al panel. Una, dos, tres veces, hasta que su frustración se evaporó. Luego volvió a incorporarse. Este no era el único compartimento estanco. Al menos había tres entradas oficiales. Y luego estaba la entrada secreta, al menos según los rumores que había oído. La historia era que el administrador podía usarla para hacerles visitas sorpresa a sus súbditos... o para escapar de ellos si alguna vez surgía una revuelta. Theo no sabía si los rumores eran ciertos o no.

El siguiente compartimento estanco regular no estaba muy lejos. Pronto estuvo arrodillado junto a su panel de control. Estas bombillas también estaban rojas. Esta vez no tardó mucho en localizar el error. La puerta de la cámara del compartimento estanco estaba bloqueada. ¿Qué había pasado allí? Theo buscó los registros de la memoria de error. Hacía dos soles, la puerta interna se había cerrado como era habitual. El aire se había liberado. Era probable que alguien hubiera querido salir a la superficie. Sin embargo, la puerta exterior había permanecido cerrada. Theo apretó los puños. Eso significaba que alguien se había pasado dos días atrapado en la cámara. Quienquiera que fuera debía haberse quedado sin aire hacía mucho tiempo. Quienquiera que fuera debía haberse asfixiado dentro de la cámara porque alguien le había bloqueado la salida.

¿Alguien? Debía haber sido esa “cosa” del rover. Al parecer se hecho con el control del sistema de acceso al compartimento estanco. ¿No había declarado el administrador que no había manera de que eso pudiera suceder? Theo había puesto su vida en peligro para detener el avance del rover renegado. Pierre había perdido la vida en ello. Y el administrador había reducido ese sacrificio a la nada al darle a esa cosa la oportunidad de escapársele entre los dedos. Si Theo hubiera sabido que no había misiles antitanques, que la ciudad no tenía modo de destruir su rover, le habría puesto punto y final a las maquinaciones del administrador.

O tal vez no. La pistola aún estaba a bordo del robot. Deseaba con fervor poder acercarse al administrador y meterle una bala en el cráneo. Vale, en la pierna. Pero él mismo también se merecía una bala. Quizás podía haber detenido a Summers. ¿Y si la persona en la cámara era Lance? Lance, cuyo bebé le estaba esperando en la base de la NASA. Podría haber dejado al pequeño sin padre antes de que el niño llegara siquiera a conocerlo. Nunca podría volver a mirar a Sarah a los ojos.

Golpeó con sus puños la dura puerta exterior. Esta vez tres puñetazos no fueron suficientes. Se detuvo cuando se sintió exhausto. Le ardían los puños.

Aún quedaba el tercer compartimento estanco. Al menos tenía que intentarlo. Tal vez las entradas en el protocolo de error no estuvieran bien. No podía ver dentro del compartimento estanco. ¿Y si el hombre o la mujer se había llevado un tanque de oxígeno extra? No podía rendirse aún. Si podía abrir el tercer compartimento estanco, podría ayudar de algún modo a la

persona atrapada. Debía haber herramientas dentro que le permitieran abrir la puerta interna. Ahora todo dependía de que él fuera capaz de entrar a los subterráneos con la suficiente rapidez.

—Theo, necesitamos que nos ayudes. —Era Maggie.

Se puso de pie y se giró hacia el cohete Spaceliner. Mientras lo miraba, un pequeño remolino de polvo pasó por el espacio entre él y la nave. Ciudad Marte se estaba convirtiendo en una ciudad fantasma.

—¿Dónde estáis?

—Seguimos en el tubo —dijo Maggie.

—¿Y Ahmed?

—No puede acceder. El sistema que se supone tiene que descifrar parece impenetrable.

Theo sospechaba lo peor.

—No podéis volver a salir, ¿verdad?

—Ese es el problema.

—¡Lo sabía!

—Sí, tenías razón. Era una trampa, pero teníamos que intentarlo.

—Fue error mío —admitió el administrador.

«¿Qué acaba de decir?», se dijo. Theo esperó.

—Deberíamos haber enviado a Ahmed solo —continuó Summers.

«Por supuesto. Sacrificar al programador». ¡El administrador se había ganado su destino! Lo único malo era que los demás no se lo merecían. Tenía que sacarlos de allí de algún modo.

—Ya voy —dijo Theo.

—No estoy seguro de que eso vaya a servir de ayuda —opinó Summers—, pero inténtalo.

«Claro, gilipollas», pensó Theo.

—La puerta exterior se ha cerrado y no hay un panel de control para abrirla desde dentro. Sin embargo, tal vez el error siga indicado en el panel de control de la entrada de mantenimiento —dijo Ahmed—. Puedo darte instrucciones precisas de lo que tendrás que hacer para entrar a la fuerza.

—Buena idea —dijo Theo. Corrió hacia el cohete y buscó el panel de control oculto—. Vale, lo he encontrado. Ahora, ¿qué? —preguntó sin aliento.

—Theo, por favor, cálmate. Tenemos oxígeno suficiente para todo el día. Si te pones frenético, cometerás errores.

«Maggie tiene razón. Debo tranquilizarme». Theo respiró hondo y exhaló.

—Alguien se ha quedado atrapado en uno de los compartimentos estancos desde hace dos días —les explicó entonces—. Cada segundo cuenta para esa persona.

—¿Quieres intentar ayudarlo primero? —preguntó Maggie.

—Por supuesto que no. Kuczinski nos sacará a nosotros primero. Estoy empezando a sentirme incómodo aquí —dijo el administrador.

—Es Kowalski. Theo Kowalski —le corrigió Theo.

—Lo que tú digas. Y ahora date prisa.

Ese tío lo estaba poniendo de los nervios. ¿No podía Maggie quitarle la pistola paralizante y hacerle callar un rato?

—Vale, Ahmed. Ya estoy tranquilo y puedo escucharte.

—Bien. Tienes un aparato universal en tu manga.

—Sí.

—Lo necesitamos como medio de entrada, pero tenemos que conectarlo al panel. El administrador tiene un cable adecuado para ello, pero lo tenemos aquí. Necesitarás improvisar

algo.

—Me parece bien. ¿Cómo?

—Necesitas un cable de dos núcleos. Mira a tu alrededor. ¿Ves algo así por ahí tirado?

Theo examinó su entorno.

—No, nada.

—No pasa nada. Tienes suficiente cable en tu traje. Tienes una navaja afilada en tu bolsa de herramientas, ¿no?

—Sí. —Theo la sacó y, al hacerlo, sus ojos cayeron sobre la pistola.

—Bien. Mira tu brazo izquierdo. Tu traje tiene una costura que recorre desde el hombro hasta el borde superior de tu guante. Es una costura doble, y lleva un cable cosido a ella para transferir los datos registrados por el sensor biométrico de tu muñeca.

—Comprendido.

—Necesitas descoser la costura y sacar el cable. Pero, ¡ten cuidado! Asegúrate de no soltar el hilo debajo del cable o tu traje sufrirá una fuga.

—De acuerdo. Abrir la costura, liberar el cable, no dañar el hilo de debajo. Puedo hacerlo. ¿Hay otros riesgos o efectos secundarios?

—Tu sistema informará que estás muerto si alguien pregunta.

—Vale. Pero verán que sigo vivo.

—Si no estás seguro, hay otro traje en el rover. O podrías encontrar un cable en algún lugar del rover. Pero no te será de ayuda si quieres hacer eso. La cobertura de la radio de mi casco no llega tan lejos.

¿Debería tomarse el tiempo de volver al rover, el cual estaba a dos kilómetros de distancia? Perdería tiempo. Tal vez demasiado tiempo.

—No, lo haré aquí. Dame un momento. —Theo sujetó el filo de su navaja entre el pulgar y el índice, de modo que solo sobresaliera dos milímetros. Luego comenzó al principio de la costura. Con un movimiento enérgico pero lento, arrastró la navaja hacia abajo. Luego comprobó su trabajo. No había usado suficiente presión. En algunos puntos se veía el cable, aunque no de manera que le permitiera arrancarlo del traje.

Ahora usó tres milímetros de hoja de navaja. Repitió la acción. Una mirada a su aparato universal le indicó que la presión dentro de su traje era estable. ¡Vaya suerte! El cable estaba expuesto ahora.

—Solo debo cortarlo arriba y abajo, ¿verdad?

—Exacto. No necesitas más de veinte centímetros de longitud, Theo.

—Bien. Considéralo hecho. —Theo retiró el cable y lo examinó en su mano derecha. Ahora estaba muerto. Para ser sincero, no se sentía del todo mal.

—Precisas quitarle el aislamiento a los extremos de ambos cables. Solo medio centímetro.

—Vale. —Cortó el recubrimiento en uno de los cables y lo arrancó de un solo tirón. Repitió el proceso con los otros tres extremos del cable doble—. Hecho.

—Perfecto. Tu aparato tiene una salida universal. Cable verde en la clavija izquierda. Cable amarillo en la clavija derecha.

—¿Cómo sabes que son verde y amarillo?

—¿No lo son?

—Sí. Ya está hecho.

—El panel de control tiene una especie de toma para clavijas. El verde va en el polo externo. Necesitas empujar el amarillo con la suficiente profundidad para que contacte con el polo interno.

—Preparado.

—Ahora apaga el aparato universal. La presión en los tres puntos, ¿vale?

—Mi traje se apagará.

—Sí, pero lo volverás a encender de inmediato. Cuando lo hagas, presiona las cuatro esquinas para que arranque el programa de diagnóstico especial que necesitamos.

Usó tres dedos de su mano izquierda para presionar las tres esquinas de la pantalla. El aparato pitó y luego apagó el sistema de soporte vital. El contacto por radio también se apagó. Ahora estaba completamente aislado. No era tan fácil presionar las cuatro esquinas del aparato con una mano. Con suerte, el resto de las funciones del traje también se arrancarían al mismo tiempo que el programa de diagnóstico.

Oyó que volvían los pitidos. Su traje estaba respondiendo. En la pantalla del aparato universal, apareció un feo menú que solo consistía de palabras.

—He vuelto —informó—. ¿Se irá pronto esa cosa de mi pequeño ayudante?

—Sí, y después puedes reiniciar tu traje con solo tres dedos.

—Vale. Y ahora, ¿qué?

—¿Los cables siguen enchufados?

Theo comprobó la conexión con el panel de control.

—Creo que sí.

—Entonces, por favor, introduce exactamente lo que te diga. —Ahmed le dictó una serie completa de comandos con diferentes parámetros que Theo fue introduciendo gradualmente. Teclear con el teclado de la pantalla del aparato no era muy fácil con los guantes puestos. Los resultados no parecieron hacer feliz al programador, ya que se quedaba cada vez más callado con cada minuto que pasaba.

—Olvídalo. No sirve —dijo Ahmed.

—No lo entiendo.

—No es culpa tuya, sino mía. El error de antes ya no está. Y tampoco ninguno de los demás tecnicismos comunes de seguridad. Tendría que analizar todo el sistema para encontrar algo.

—Pero no puedes hacer eso.

—No. Necesitaría un nivel de acceso que no tengo.

—Mierda.

—Exacto, Theo. He fracasado.

—Date un respiro, Ahmed —dijo Maggie—. Reptamos aquí voluntariamente. Nadie podría haber adivinado que quedaríamos atrapados aquí. Yo tampoco lo entiendo. ¿Por qué?

—Quien sea que esté en control aquí, al parecer, ha intentado paralizarnos —dijo el administrador—. No estoy seguro de los motivos. ¿Qué ganaría nadie con todo esto?

—Tal vez lo estemos pensando demasiado en términos de motivos humanos —intervino Christiane.

Theo volvió a meter su navaja en la bolsa de herramientas. Al hacerlo, su mano rozó la pistola. ¿Podría hacer algo con ella? La sacó y retrocedió unos pasos. Nadie podía verle. Cargó la pistola y apuntó al panel. ¡Ojalá supiera más sobre armas de fuego! ¿Podría disparar y abrir suficientes agujeros en la placa de metal como para poder retirarla? No parecía muy probable. La nave espacial podía soportar temperaturas de hasta tres mil grados. El metal tenía que ser muy resistente.

¿Y si disparaba al panel de control? Quedaría destruido y nunca podría abrir la puerta. No, necesitaba guardarse la pistola para más tarde. La acabaría usando al final. Pero ¿realmente quería hacerlo? Intentó imaginarse su vida como una novela. Si ese era el caso, tendría que usarla

debido a las reglas del desarrollo de la trama. Cada arma que el lector encuentra tiene que ser usada. Vaya tontería. Pero su vida no era una novela. Por desgracia.

Theo respiró hondo.

—No puedo ayudarlos ahora. Lo siento mucho.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —dijo Maggie—. Volveremos a probar con la puerta de arriba.

—Intentaré abrir el tercer compartimento estanco. Y, administrador, ¿es cierto que hay un cuarto compartimento estanco reservado para su uso personal?

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Summers.

—He oído rumores.

—No deberías creer todo lo que dicen, pero es cierto. Hay una entrada y salida de emergencia sobre uno de los invernaderos.

—¿Cuál de ellos?

—7C.

—Lo encontraré.

—Pero no podrás entrar. Necesitas la *tablet* de seguridad que tengo yo.

—Lo intentaré. ¿A qué necesito prestarle atención?

—El compartimento estanco está hecho de cristal, por lo que no es visible. Desde arriba, parece un invernadero totalmente normal.

—¿Y el sistema de control?

—No hay, pero en un lateral del invernadero encontrarás el panel de control para el sistema de luces. Este panel también controla el compartimento estanco.

—Qué sutil.

—Pues sí. Muy poca gente lo conoce, Kowalski, así que mantén el secreto.

—Miraré por ahí. Lo mantendré en secreto, Administrador, durante el resto de su vida. Si no puedo encontrar una solución, esa promesa no durará pasado mañana.

Puede que fuera algo cruel que decir, pero el hombre se merecía una muerte lenta por asfixia. ¡Ojalá pudiera sacar a los otros tres del tubo!



Sol 346, Planum Australe

CONDUCIR DOS HORAS, PARAR, COMPROBAR LA SOLIDEZ DEL HIELO, CONDUCIR OTRAS DOS HORAS. Había realizado el procedimiento con diligencia. El contenido en agua del hielo era más alto del que Viernes había supuesto, y eso estabilizaba el casquete de hielo. Sin embargo, Ewa sabía que eso cambiaría en algún momento. Salió del rover y sospechó de inmediato que ya podría haber llegado la hora, o que no estaba muy lejana: tan pronto como dejó de moverse, sus botas se hundieron varios centímetros en el hielo. La superficie parecía tan estable como siempre. A la luz del sol, brillaba con un tono gris rojizo, pero actuaba como arenas movedizas.

Mientras Ewa usaba la vara de medir, tuvo que caminar despacio para que sus botas no transfirieran demasiado calor a la superficie. Colocó la vara en el suelo y ni siquiera necesitó empujarla. Se deslizó dentro del hielo por su propio peso. Ewa tuvo que sujetarla para evitar perderla. Eso no pintaba bien. La superficie se había convertido ahora en su peor enemigo. Ewa volvió a subir al rover. La escalerilla ya había desaparecido. Cerró la puerta de un tirón y ordenó al ordenador que se pusieran en marcha de inmediato.

Ewa se sentó frente a los controles y abrió los datos técnicos del rover en la pantalla. ¿Cuánto pesaba el vehículo? ¿Cómo de grande era la zona de contacto de los neumáticos? Necesitaba reducir la presión de los neumáticos. La configuración estaba oculta en un submenú. Ewa seleccionó la configuración tecnológica más baja posible.

Entonces volvió al menú principal. ¡Tenían que conducir más rápido para evitar hundirse! El ordenador estableció el límite máximo de velocidad en veinticinco kilómetros por hora. Ewa comprobó las imágenes del radar de la zona. Tenía que haber más imágenes allí. Aumentó el límite de velocidad manualmente, pero el valor volvía a bajar a veinticinco de inmediato. «Mierda, ¿por qué no obedece el ordenador?», se preguntó.

Entonces se acordó. Los neumáticos delanteros aún estaban cubiertos por las cadenas para nieve. Debía haberse establecido un límite de velocidad para las cadenas en alguna parte. Buscó frenéticamente en todos los menús de configuración y desactivó todos los protocolos de seguridad que encontró, pero el rover seguía sin moverse más rápido. ¡Esto no podía estar pasando! Detuvo el vehículo para poder buscar la causa en paz, pero no fue una buena idea. Ewa notó con rapidez que el rover se estaba hundiendo.

¿A qué profundidad lo haría? ¿En qué punto podría estabilizarse el hielo? ¿A un metro de profundidad, diez, cien? No tenía tiempo de averiguarlo. No había nadie que pudiera rescatarla. Estaba sola. Tenía que mantenerse encima del hielo. Ewa dejó que el rover continuara rodando. Las cadenas de nieve ayudaban a los neumáticos a sacar el rover de los baches que el vehículo había formado en el hielo. En las imágenes captadas por la cámara trasera, parecía como si

acabaran de salir de una madriguera de conejos de tamaño extra grande.

Ewa respiró hondo y apagó el piloto automático. Esto significaba que tenía que sentarse ante los controles. La zona frente a ella no parecía ocultar sorpresas. La pendiente subía abruptamente, pero las cadenas para nieve podían manejarlo con facilidad. Aumentó la velocidad, primero a treinta, luego a treinta y cinco kilómetros por hora. ¿Qué pasaría si las cadenas se soltaran a esa velocidad? En ese momento no serían una pérdida significativa.

Lo único desafortunado sería que los neumáticos resultaran dañados en el proceso. Tenían que permanecer intactos a toda costa. Ewa escuchó con atención, pero no oyó ningún ruido inusual. Si las cadenas estuvieran a punto de romperse, obviamente lo estaban haciendo en silencio. Sacudió la cabeza. No debería volverse loca con eso. Aumentó la velocidad despacio a cuarenta kilómetros por hora. El rover iba levantando una larga estela blanca de polvo de hielo. El frío desierto era increíblemente similar al cálido desierto de la Tierra. Lo único de lo que carecía era dunas de arena.



EL ESTÓMAGO DE EWA RUGIÓ. TODAVÍA NO HABÍA DESAYUNADO. CON LA MANO DERECHA, PALPÓ tras ella pero no había nada allí. Iba a tener que levantarse. Ewa le pasó el control al ordenador. El rover redujo velocidad al instante, pero era absolutamente necesario que comiera algo. Se puso de pie y estiró la espalda. En el compartimento de almacenaje encima de la diminuta cocina, encontró al fondo una lata que no había visto antes. Leyó la etiqueta. Era una sopa de guisantes al estilo alemán. «¿Quién habría pedido eso? ¿Había alemanes entre los astronautas de la NASA? Da igual». Abrió la lata, vertió la mitad de su contenido en un bol, y lo metió en el microondas, el cual reconoció la sustancia automáticamente. Todo lo que necesitaba hacer era pulsar el botón y esperar.

La pantalla del microondas marcaba sesenta y cinco segundos. Desde donde estaba, miró por la ventana delantera, que en realidad era una pantalla. Iban subiendo una ligera pendiente. Recordó los mapas en tres dimensiones que les habían mostrado allí en la Tierra. No habían sido modelos a escala. El casquete de hielo polar había estado pegado al culo de Marte como un grano plano y gigante. Ewa se imaginó un insecto pequeño subiendo por ese grano. Eso era ella. ¿A dónde iba el insecto? ¿Qué estaba haciendo allí? No se le había perdido nada allí.

¿No había teorizado Viernes con que podría encontrar trazas de los antiguos habitantes de Marte allí? En ese momento no le parecía que hubiera ninguna forma de vida allí. La zona era extremadamente inhóspita. Ewa rio por lo bajo. En realidad era una locura que se imaginara el grano de hielo como algo mortal. Todo el planeta parecía odiar a los seres vivos. Nunca deberían haber ido hasta allí. Incluso la Antártida le parecía un paraíso en comparación. «¿Por qué demonios los humanos pensaron en ir a Marte?», exclamó para sí.

Pero, por otro lado, era solo por este gran salto que los humanos seguían vivos. La Tierra había quedado en silencio. Parecía improbable que aún quedaran humanos vivos allí. La tecnología nunca es silenciosa. Y había pasado mucho tiempo desde que la raza humana hubiera podido manejarse sin tecnología. Si existían, debían haber interceptado alguna señal o algo.

El microondas pitó. Ewa pulsó la apertura de la puerta y cogió el bol. Retiró la mano de inmediato. La sopa había hecho que el bol estuviera demasiado caliente. Buscó un trozo de tela y finalmente se decidió por una toalla de manos. Se cubrió las manos con ella y volvió a intentar sacar el bol. La sopa de guisantes era de un extraño color amarillo verdoso, pero olía bien. Ewa regresó a su asiento ante los controles. Debía tener cuidado de no manchar la pantalla.

De repente hubo una sacudida desde un costado. Ewa se sacudió.

—¡Mierda! —gritó. La mitad de la sopa aterrizó sobre su pecho. Estaba caliente y empezó a gotear en el suelo. Pero no podía encargarse de eso ahora. El rover era su prioridad. ¿Qué había provocado la sacudida? Simplemente dejó caer el bol. Retumbó en el suelo. ¡Se habían detenido! Cada segundo contaba ahora. Buscó frenéticamente entre la configuración de los controles. Los sensores de inclinación del rover comenzaron a volverse locos. El vehículo estaba en ángulo. La parte delantera estaba más baja que la sección trasera. ¡Eso no estaba bien! Aún seguían subiendo la montaña.

Sin embargo, era obvio. Iban colina abajo aún cuando la ruta se dirigía hacia arriba. El rover se había hundido en un agujero. El material debía ser extremadamente poroso allí. Ewa metió la marcha atrás en el vehículo. Tenía que evitar que el rover se hundiera más. Una masa gris cubría la ventana delantera y bloqueaba toda vista de su entorno. El ordenador encendió las luces de la cabina. Ewa comenzó a respirar de un modo superficial. Tenía la sensación de estar ahogándose, aún cuando el sistema de soporte vital seguía funcionando. La combinación de polvo, agua, y hielo seco la rodeaba. Marte estaba exigiendo otro sacrificio. Tenía que calmarse. Muchos soles la habían llevado a este punto. No podía continuar sobreviviendo en un lugar donde nadie más había sobrevivido. Tal vez fuera hora de rendirse. ¿No podía tan solo dejar de importarle lo que le pasara a ella y a los demás?

No, eso estaría mal. Tenía que luchar. Se negaba a hundirse en este agujero. Intentó hacer que el vehículo se meciera para hacerlo acelerar hacia delante, luego hacia atrás, una y otra vez. Pero eso no consiguió nada. El material sobre la ventana delantera era negro ahora. ¿Hasta qué profundidad podía penetrar la luz del sol en el casquete de hielo? No importaba, ya que el rover se había hundido demasiado para que le llegara la luz. ¿Qué podía hacer? ¿Se había perdido algo? Comprobó las imágenes del radar. No mostraba estructuras reconocibles. El suelo aún debía estar muy lejos o de otro modo el radar mostraría la transición a piedra. Estaba en tierra de nadie, flotando entre la vida y la muerte. Se había quedado sin opciones.

—¿Viernes? ¿Alguna idea?

“No veo ninguna opción”.

—¿Y si dejas que controle mi cuerpo?

“Es una oferta tentadora, pero no nos salvaría”.

Tenía que reconocerle a Viernes que fuera sincero.

—Vamos a morir —dijo ella.

“Es posible. Desde nuestra partida de la base, la posibilidad ha sido de más del treinta por ciento”.

—¿Por qué no me avisaste de eso?

“¿Me habrías escuchado?”, preguntó.

—No. Además, un setenta por ciento de probabilidad de éxito en nuestra empresa habría sido alto. Habría aceptado el treinta por ciento. —Le gustaba volver a charlar con Viernes. Apenas pensaba ya en lo extraño que esos monólogos le habrían parecido a otras personas.

“¿Setenta por ciento? Ni de lejos. La probabilidad de que nuestra empresa tuviera éxito nunca fue de más de un diez por ciento”.

—Nunca intentaste convencerme de que abandonara la idea, Viernes.

“Te conozco bien ya. Te habrías puesto en marcha aún cuando la probabilidad hubiera sido de tan solo un uno por ciento”.

Eso era cierto. Era verdad que Viernes la conocía mejor que nadie. Pero ¿era eso tan sorprendente en realidad? Estaba plantado dentro de su mente.

El rover comenzó a ladearse. Ewa se sujetó contra el microondas hasta que el movimiento paró. Necesitaba limpiar su traje. La idea le sonaba absurda.

Iba a morir pronto... ¿Importaba que tuviera el torso cubierto de sopa de guisantes? «Sí, de algún modo », pensó. «Los humanos somos criaturas extrañas».



Sol 346, Ciudad Marte

—¡HAY ALGUIEN AHÍ FUERA, HAY ALGUIEN AHÍ FUERA! —GRITÓ ANDY POR LOS PASILLOS.

Lance apareció al girar una esquina.

—¿Qué has oído?

—Alguien acaba de llamar a la puerta del compartimento estanco.

—¿Llamar? —Lance no le creyó, como dejaba muy claro su expresión. No pensaba que fuera necesario comprobar la superficie.

Esta no era la primera vez que Andy había oído sonidos procedentes de la superficie. Y nada había ocurrido esas veces. Nada. Nunca. Como si estuvieran atrapados allí abajo para siempre. Solo habían pasado cuatro soles. Tal vez Lance tuviera derecho a sentirse escéptico, pero el sonido había sido claro.

—Sí, estoy seguro de que lo he oído —dijo Andy.

—Pero ha parado ya.

—Lo siento, Lance.

—No es culpa tuya. —Lance se giró en redondo. Iba a volver al puente de mando.

Pum, pum, pum.

Y se puso hiperalerta. ¿Era su imaginación otra vez?

Lance se dio media vuelta. No, él también lo había oído. Esta vez sonó más fuerte que antes.

—Podría ser alguien de MpT —dijo Andy.

—O de la NASA. Podría ser Sarah —opinó Lance. Sus ojos se volvieron soñadores al decirlo. Lance ansiaba ver a su familia.

Andy se alegraba a veces de no tener pareja pero, al mismo tiempo, habría sido agradable tener a alguien con quien compartir sus temores. O sus observaciones que nadie quería creer.

Lance se acercó a la puerta interna del compartimento estanco y la sacudió.

—Nada. Sigue sellada.

—Al final tendremos que abrirla a la fuerza.

—Ya sabes lo que pasará entonces, Andy.

Si destruían el compartimento estanco, las viviendas experimentarían una caída en la presión del aire. Las puertas a presión alrededor de la zona del compartimento estanco reaccionarían y se cerrarían automáticamente. Esa era una importante medida de seguridad. Si una de las puertas a presión quedara destrozada, otra se cerraría más adentro. La tecnología protegería de un modo efectivo a los residentes y evitaría que se ahogaran.

Pero quien saliera por el destrozado compartimento estanco quedaría aislado de los demás tras el evento. No había vuelta atrás. Y no sabían lo que estaba pasando en la superficie. ¿Había

otro punto de acceso a los cohetes Spaceliner? ¿Había un rover cerrado ahí fuera en el que alguien podría sobrevivir? El suministro de aire de los trajes no era suficiente para una excursión hasta las bases de MpT o de la NASA. Así que había muchos riesgos para cualquiera que quisiera llegar a la superficie a través del destrozado compartimento estanco. Como ya habían discutido, solo merecía la pena tomar esos riesgos una vez sus recursos allí abajo estuvieran a punto de agotarse... tal vez dentro de dos o tres meses.

Andy estaba escuchando. Lance también lo había oído, lo cual significaba que no estaba loco. Había alguien allí arriba. ¡Ojalá pudieran hacer algo para hacerles saber que estaban allí abajo! Sin embargo, las zonas subterráneas estaban tan bien aisladas contra la radiación que no había forma de que ningún sonido pudiera oírse desde el exterior. Y el puente de mando de la nave había dejado de pasarles las llamadas. De hecho, había dejado de responder.

Cuatro días antes, los compartimentos estancos se habían cerrado y habían dejado de funcionar. Había pasado mucho tiempo discutiendo qué podría estar tras esas acciones. ¿Era algún tipo de encierro de emergencia por su propia protección, o estaba pasando algo más? El sistema de soporte vital de la estación subterránea era independiente. Había sido diseñado así desde el principio, ya que en algún momento ambas naves espaciales tendrían que volver a despegar. El administrador había ordenado que los compartimentos estancos estuvieran conectados a su puente para conseguir un mejor control sobre ellos.

Y aún así, él apenas había salido de la ciudad cuando los compartimentos estancos se volvieron contra sus habitantes. Andy presionó la oreja contra la puerta interna del compartimento estanco. ¿Intentaría establecer contacto de nuevo su visitante? Pero no podía oír nada. Jean, la excapitana, había teorizado que una revuelta fallida había tenido lugar. Alguien en el puente de mando podría haber intentado tomar el control en ausencia de Summers. Esa persona podría haberse encontrado frente a frente con uno de los sistemas de seguridad que el administrador había instalado, y el resultado era el encierro que estaban experimentando ahora. Este problema podría resolverse al regreso del administrador, pero ya llegaba al menos dos días tarde.

Lance le puso una mano en el hombro y Andy retiró su oreja de la puerta. Fue un gesto amable. Probablemente significaba algo así como, “No funcionará”. Lance se enderezó, se giró y comenzó a avanzar hacia el puente. Andy quería decirle a Lance que esperase, pero sabía que no tendría sentido.

Quien hubiera llamado a la puerta no tenía más opciones que las que tenían los allí encerrados. De otro modo, la luz del compartimento estanco ya habría cambiado a verde hacía mucho.



Sol 347, Planum Australe

—¿QUÉ HA PASADO? —PREGUNTÓ EWA. UN DOLOR SORDO PALPITABA EN SU CABEZA. EL AIRE olía a sopa de guisantes. Le recordaba a algo, aunque los recuerdos estaban jugando al escondite con ella.

“Lo hemos atravesado”, contestó Viernes.

—¿Atravesado? ¿El hielo? ¿Nos hemos ahogado?

“Ewa, estás viva. Puede que estés algo dolorida...”, respondió.

—Oh, sí, estoy bastante dolorida.

“Solo son unos moretones. Te viste vapuleada aquí dentro, aunque yo te sujeté”.

—¿Me sujetaste?

“Sí. Estabas inconsciente, así que te sostuve”.

—Y, ¿dónde estamos? No digas que en el rover.

“Estamos en una especie de sala”.

Viernes estaba loco. Habían estado cerca del polo sur de Marte, por donde habían ido conduciendo encima de una verruga bastante gruesa compuesta de hielo de agua y hielo seco. «¿De dónde ha salido esa sala?», se preguntó.

—Debes estar equivocado, Viernes.

“Mira por la ventana”.

Justo delante de ella estaba la cabina del conductor. Los faros del rover iluminaban una amplia plaza cubierta de toda clase de chatarra, cuya naturaleza no reconoció. Todo estaba ladeado. No, el vehículo lo estaba.

—Veo una zona predominantemente vacía —dijo Ewa.

“Entonces usa el radar”.

Se puso de pie con un gruñido y se acercó al panel de control. Le dolía la cadera. «¿El viejo dolor o algo nuevo?», se preguntó. No importaba. Apretó los dientes y activó el radar. Una estructura apareció en pantalla. Viernes tenía razón.

—Es una locura —dijo Ewa. La sala tenía forma ovalada. El radar medía su semieje más largo como mil trescientos metros, y el espacio medía noventa metros de altura—. ¿Cómo hemos llegado aquí?

“Amplía la imagen. Encontrarás un pequeño agujero en el techo de la cámara”.

—¿Ya lo has visto todo?

“Aproveché mientras estabas inconsciente”.

—Podías haberme despertado antes, Viernes.

“Quería dejarte descansar”.

—Pero usaste mi cuerpo de todos modos.

“Te venía bien. Tu cuerpo necesita descansar”.

—Ajá. Y, ¿cómo hemos llegado aquí debajo de una pieza?

“El rover está allí. El chasis está completamente destrozado, pero la cabina sobrevivió a la colisión. Y te sostuve con fuerza”.

Ewa movió los brazos y sintió lo mucho que le dolían los músculos.

—Me salvaste.

“Nos salvé a los dos. ¿Qué podría hacer aquí abajo sin ti?”, inquirió.

—Yo también te quiero. Y ahora, ¿qué?

“Seguiremos adelante, Ewa”.

—Tienes razón.



EWA RESPIRÓ HONDO. LE DOLÍAN LAS COSTILLAS. PROBABLEMENTE TENÍA MORETONES POR TODAS partes. Volvió a estudiar las imágenes del radar. Era una locura. ¿Quién había construido esta sala? ¿Las criaturas que había visto en sus sueños? En el rincón opuesto yacía algo que recordaba a un gigante dormido desde su posición. Necesitaba salir de la cabina y comprobarlo.

Su traje espacial estaba bien colgado en la taquilla. Lo cogió. Para ponerse su LCVG tenía que quitarse la ropa. Ewa sintió frío. Al parecer, el sistema de soporte vital había dejado de funcionar hacía algún tiempo. Examinó su piel desnuda. No tenía demasiados moretones visibles. El LCVG comenzó a calentarse. Hacía que se sintiera bien. Se puso el traje y se colocó el casco.

Para ella era fácil decir adiós. ¿Se debía a que el rover era ahora una pila de chatarra? ¿O era porque ya se había considerado muerta en secreto desde el día anterior? La escotilla estaba atascada, así que tuvo que abrirla a la fuerza. Salió a trompicones cuando la cubierta metálica cayó al suelo.

—¿Qué ha sido eso?

“¿Ese estruendo? ¡Acabas de tirar la cubierta, Ewa!”, exclamó.

—No debería haber podido oírlo.

“Es verdad. Al parecer, la atmósfera aquí es más densa que en la superficie”.

Ewa comprobó la composición del aire en su aparato universal. Era casi cien por cien dióxido de carbono mezclado con vapor de agua. ¿Era posible que fuera hielo seco derretido? No podía respirar ese aire, pero la presión del aire era diez veces más alta que en la superficie. ¿Había sobrevivido algo allí abajo?

—¿Estamos solos? —preguntó.

“Sí, desde hace tres mil millones de años”, replicó Viernes.

—Qué lástima.

“¿Cómo responderías si alguien destrozara tu casa? ¿Los saludarías cordialmente?”, se interesó.

—Pero todavía no hemos destrozado nada.

“Has dicho todavía. Además, eso no es totalmente cierto. La presión del aire está cayendo”.

Ewa miró la pantalla en su brazo. Era verdad que la presión estaba cayendo ligeramente.

—¿Nuestro diminuto agujero de allí arriba?

“Uno de los neumáticos también está perdiendo aire por un pequeño pinchazo”.

—Vale. Me alegro de que estemos solos. —Ewa volvió a girarse hacia el rover. Parecía una

lata aplastada. El chasis se había roto en dos. Parecía haber sufrido la mayor parte del impacto. Suspiró. Todo lo que tocaba quedaba destruido antes o después. Era como una maldición.



SU MICRÓFONO EXTERNO RECOGÍA EL ECO DE SUS PASOS. ESO LE PARECÍA QUE ESTABA MAL. EWA pensó en la Tierra. Allí había disfrutado llevando zapatos de tacón. Sin embargo, ya no podía recordar el sonido que hacían. Por supuesto, sabía cómo deberían sonar, pero el recuerdo en sí había desaparecido. ¿Cuánto tiempo había pasado?

La sala le resultaba ahora más grande que cuando se había puesto en marcha. Cuando alumbró el techo con la luz de su casco, una gran mancha de luz apareció allí. No había elementos estructurales visibles, ni vigas ni ninguna especie de puntal. El suelo estaba húmedo. El aire estaba justo por encima de los cero grados, algo muy inusual para el polo sur marciano.

Se acercó a un objeto que le llegaba a la cintura. Parecía medio huevo, pero estaba sellado por el reborde cortado. Lo tocó. Parecía tela, pero estaba tan dura como la piedra. Sacó un martillo de su bolsa de herramientas y golpeó el reborde del objeto. El medio huevo se abrió. Parecía estar prácticamente vacío. Todo lo que había desperdigado por el fondo eran unos trozos de metal. Cogió uno y se convirtió en polvo.

¿Qué era? ¿Un contenedor de provisiones? ¿Era posible que fuera un cubo de basura? Visualizó a las criaturas parecidas a manatíes. ¿Tal vez habían nadado alguna vez allí abajo? Si era así, el objeto podría haber sido una especie de boya. ¿O una mesa? No tenía mucho sentido teorizar sobre eso. Nunca sabría la respuesta.

Encontró otro medio huevo unos metros más allá. Pasó junto a él y lo dejó en paz. Pero entonces cambió de idea. Retrocedió un par de pasos y tocó su borde con rapidez. El objeto tembló y se rompió en dos. Un lado cayó contra sus piernas, mientras que el otro se estrelló contra el suelo.

La maldición. Se le había olvidado la maldición. Estaba empezando a ser ridículo. Al mismo tiempo, el temor comenzó a subirle a Ewa por la espalda. ¿Qué cosas había tocado durante toda su vida? ¿Y a quién? ¿Y si en realidad era una maldición? Se sacudió a sí misma. El temor se alejó de ella, al menos por el momento.

Evitó el siguiente objeto. Y entonces llegó al gigante dormido. Tenía una forma extraña, algo así como un sombrero de ala ancha y gruesa. Lo alumbró con la luz de su casco y examinó la superficie más de cerca. El objeto consistía de dos partes. El ala era un anillo con forma de donut y de unos dos metros de grosor, y rodeaba todo el sombrero. Y el sombrero no era un sombrero, sino más bien una especie de insecto muerto. Unas delicadas alas se extendían desde la espalda de un cuerpo delgado y central; las alas medían unos diez metros. Parecía que procedían de una libélula.

¿Estaba mirando a una especie de criatura viva? Imposible. En este ambiente, el material orgánico no podría conservarse durante miles de millones de años. Tenía que ser una máquina. En ese caso, el ala podía ser algo así como su contenedor.

—¿Qué opinas, Viernes?

“Tienes que acercarte más”.

—¿Y si es peligroso?

“Lleva aquí miles de millones de años”.

—Si quieres arriesgarte...

Ewa comenzó a caminar alrededor del ala, pero no se veía ninguna entrada. Tal vez el suelo

allí hubiera estado cubierto de agua en el pasado y entonces los habitantes simplemente habrían nadado a su alrededor. El punto de acceso podría estar al otro lado del ala. Frotó la mano contra el material del ala. Si tomara impulso, podría funcionar. Se alejó unos pasos, echó a correr, y saltó. Aterrizó sobre el tercio superior del ala y se sujetó al material. ¡Funcionó! No se estaba resbalando. Reptó ala arriba despacio, como un gusano. Una vez llegó a la cima, se giró para que sus piernas colgaran por el otro lado del reborde. Se impulsó y se deslizó hacia abajo por el otro lado.

El extraño objeto estaba ahora justo delante de ella. Poseía un grueso tronco. Lo que le habían parecido alas desde el exterior del reborde eran más bien hojas largas. Casi llegaban al suelo y estaban adheridas a la parte de arriba del objeto. Se parecía más a una inusual palmera que a un insecto. Ewa tocó una de las hojas. Era tan fina como el papel, pero parecía ser muy robusta. Las hojas eran movibles. Las apartó a un lado para poder llegar al tronco. Ewa dejó de moverse para examinar la zona con la luz de su casco. Las hojas la estaban protegiendo. Le gustaría quedarse allí más tiempo, pero al final se le acabaría el aire.

En vez de quedarse, recorrió el tronco con sus manos. Era completamente liso. Tenía un diámetro aproximado de tres metros. ¿Qué podía haber en su interior? Rodeó el tronco. En la parte de atrás, a la altura de sus ojos, descubrió una especie de escotilla. Pero no era como la típica escotilla que los humanos construirían. Esta abertura consistía de una estructura de varios anillos concéntricos que le recordaron a Ewa el disparador de una cámara antigua. En su centro había una muesca. Ewa se sintió impelida a tocarla.

Los anillos se expandieron y dejaron una abertura. ¿Era una invitación?

—¿Qué es esto? —dijo Ewa.

Se impulsó hacia arriba con los brazos, contenta de que todo lo que tenía que superar era el tirón gravitacional de Marte y de que los músculos de sus brazos se vieran amplificadas por su traje. Consiguió hacer maniobrar su cuerpo para entrar por el estrecho agujero. Al otro lado, un tubo subía en espiral. Se sentía como un gusano que examinara un trozo de madera agujereado por la carcoma. ¿Hasta dónde tendría que gatear? Estaba oscuro, pero su adrenalina desterró cualquier temor que pudiera sentir.



TRAS CINCO MINUTOS, EL TUBO ACABÓ EN UNA GRAN SALA. JUSTO A TIEMPO, AJUSTÓ LA dirección de la luz de su casco hacia abajo. El suelo estaba a unos dos metros por debajo de ella. Había emergido del agujero con la cabeza por delante, como un gusano. Por desgracia, el pasaje por el que había subido era tan estrecho que no podía pasar sus piernas hacia delante. Esto significaba que tenía que lanzarse de cabeza a ese espacio. Con suerte, ¡el casco sobreviviría al impacto!

El casco resultó indemne. Ewa respiró hondo. ¡Vaya entrada más vergonzosa! «Una suerte que no hubiera nadie mirando», pensó. Una luz parpadeó. Debía ser un sistema automático. Sus movimientos o sus signos vitales habían activado la máquina. Ewa se puso de pie. No había mobiliario allí a excepción de varias depresiones en la pared. ¿Las habían construido los habitantes de Marte? Habrían necesitado alguna especie de arneses que debían haberse deteriorado con el tiempo. Era un milagro que esta máquina siguiera operativa. Sin embargo, la montaña tampoco había sido funcional al principio.

—¿Queremos arrancar esta cosa o qué? —preguntó.

“No veo otra alternativa”, dijo Viernes.

Eso era cierto. Ese podía ser el eslogan de sus elecciones. Así había sido siempre en su vida. Al menos así era como se lo parecía ahora mismo.

—Necesito tu ayuda para hacerlo.

“Pensé que la necesitarías”.

«Eres todo un personaje, amigo mío», pensó ella.

“¿Ves ese anillo de allí, el que está a la altura de tu cabeza?”, preguntó Viernes.

No lo había notado, pero en realidad había un patrón.

—¿Sí...?

“Es un mapa de Marte”.

Ewa estudió el patrón pero no consiguió distinguir un mapa.

—No me digas.

“No puedes verlo, pero puedo hacerlo visible”.

—¿Qué quieres decir, Viernes?

“¿Ves las líneas? Están finamente subdivididas. Es un código. Existía algo similar en la Tierra: cuerdas con nudos. Pero esto de aquí es mucho más refinado. Solo puedo suponer que los habitantes tenían alguna clase de apéndice con el cual podían palpar e interpretar rápidamente el patrón. ¿Tal vez bigotes? No importa. Lo he transferido a formato mapa. Puedo habilitarlo para que dibujes en él. No sé de qué otro modo transferir la imagen a la parte consciente de tu cerebro”.

—No te preocupes por eso. Te creo. ¿Qué significa?

“Supongo, aunque en realidad es mera especulación, que no es solo un adorno, sino que puedes introducir un destino en él”.

—¿Para qué?

“Para la máquina”.

—¿Crees que puede viajar a otros sitios?

“No sé cómo se mueve, pero has visto las hojas. Podrían ser alas”.

—Esto pesa demasiado para volar. ¡Ya has visto lo enorme que es el tronco!

“Sí, estoy de acuerdo contigo. No puede despegar como un helicóptero. La atmósfera es demasiado delgada para eso”.

—¿Entonces, Viernes?

“Probémoslo. No veo otra opción”.

Ewa suspiró.

“Ya lo tengo, Ewa”.

—¿El destino?

“Sé cómo podemos codificarlo. O creo saber cómo”.

—¿Hacia Ciudad Marte?

“Precisamente”.

—Pero ¿cómo conoces mis planes, Viernes?

“Es pura lógica. Quieres ayudar a tus amigos. De eso se ha tratado todo esto. Tal vez puedas usar esta máquina para derrocar al administrador”.

—¿En serio?

“Tal vez. En cualquier caso, el destino es evidente”.

—Sí. Un billete de ida a Ciudad Marte, por favor.

“Por supuesto. Para llegar allí, necesitas cincelar un pequeño agujero en la pared, en estas coordenadas”. Viernes le dio los números.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

“Sí. Eso es codificar. Cambiarás la estructura de nudos al hacerlo. Estoy seguro de que los anteriores habitantes tenían una solución más elegante, pero debería funcionar incluso con esta primitiva improvisación”.

Ewa sacó una navaja de su bolsa de herramientas. Determinó la localización exacta con el medidor láser de su aparato universal. Entonces colocó la punta de la navaja en ese punto, la sostuvo firme, y golpeó la navaja directamente en el extremo de su mango. Su propia fuerza introdujo la punta de la navaja un milímetro en el metal.

—¿Así? —preguntó.

“Eso espero”.

Algo comenzó a vibrar bajo sus pies.

“¿Ewa?”, intervino.

—¿Sí?

“Ahora sé cómo vuela esta cosa”.

—¿Motores de cohete?

“Nada más puede provocar vibraciones como estas”.

—Gracias, Viernes.

“¿Por qué?”, preguntó.

—Por todo. Tenemos varios kilómetros de hielo sobre nuestras cabezas. Los motores nos van a aplastar contra el techo.

“No creo, Ewa”.

—¿Por qué no?

“Soy optimista”.

—Yo no.



LAS VIBRACIONES AUMENTARON. UN PROFUNDO RUGIDO LLENÓ EL INTERIOR DE LA MÁQUINA, Y entonces Ewa sintió la increíble fuerza que estaba impulsando toda la estructura hacia arriba. Su estómago cayó más y más. Se sentó en el suelo y luego se tumbó en él. El cohete despegó. En solo unos segundos se estrellarían contra el techo de la sala. Pero no pasó nada. ¿Estaba el cohete perforando el hielo? No podía ver nada desde el interior del tronco.

“¿Qué te había dicho, Ewa?”, exclamó.

—Tenías razón. ¡Estamos volando! Siempre y cuando las coordenadas sean las correctas, te lo perdonaré todo, todo nuestro pasado.

“Ewa, tengo que confesarte algo”.

Su corazón dio un vuelco.

—¿De qué se trata? —preguntó en voz baja.

“Me equivoqué con las coordenadas. Hace tres mil millones de años esto era completamente diferente”.

—Mierda. ¿Adónde nos dirigimos?

“¡A Ciudad Marte! ¡Te pillé!”, bromeó.

—¡Idiota! Casi me da un ataque al corazón.

“Solo quería distraerte un poco para que no te murieras. Puedo ver la pantalla de tu aparato universal a través de tus ojos, y parece que ya estamos a seis mil metros de altitud”.

—Debía haber un antiguo canal de lanzamiento en el hielo —dijo Ewa.

“Podría ser que las máquinas lo mantienen despejado en caso de emergencia”.

—Me muero de impaciencia por ver si en la Tierra todo sigue funcionando, si es que alguna vez tenemos la oportunidad de volver allí.

“Apuesto a que esos gatos chinos que mueven el brazo sí que funcionan”, dijo Viernes.



CADA VEZ HABÍA MÁS SILENCIO EN LA OSCURA HABITACIÓN REDONDA. EWA SENTÍA CLARAMENTE cómo las vibraciones remitían bajo sus pies. Los motores del cohete se habían quemado o estaban siendo apagados deliberadamente. Al mismo tiempo, un nuevo sonido iba creciendo. Tenía cierta cualidad ondeante, como si algo fuera cortando el aire con rapidez. La atmósfera allí arriba debía ser mucho más delgada que en la superficie. Sabía que ese sonido tenía que ser obra de esas incontables cosas que al principio le habían parecido alas de insectos, y que luego le recordaron a las hojas de una palmera. Ewa no podía ver el exterior, pero la fuerza centrífuga hacía evidente que estaba en un descenso lento y dirigido.

“Parece que vamos en la dirección correcta”, declaró Viernes.

Ewa se arriesgó a volver a sentir esperanza. No llegaría con las manos vacías. Un vehículo que podía traer directamente desde el otro lado del planeta debía tener un alto valor estratégico.

—¿Cuánto falta? —preguntó.

“Dos horas y diez minutos”.



Sol 347, Ciudad Marte

—¿CÓMO VAIS AHÍ DENTRO?

—Hola, Theo, me alegro de oírte.

Theo estaba junto al panel de control que aún mantenía el tubo de mantenimiento cerrado.

—¿Cómo estás, Maggie?

—No preguntes. Lo hemos configurado todo a los niveles más mínimos, pero no sobreviviremos a otra noche.

¡Oh, no! Tendría que escuchar cómo Maggie, Christiane, Ahmed, y Summers se asfixiaban hasta morir. Por desgracia, la predicción del administrador sobre el compartimento estanco “secreto” había sido correcta. Theo tampoco había podido acceder por ahí.

—Podría abrir el compartimento estanco con el rover —dijo Theo—. Según la advertencia, la cubierta solo puede soportar doscientos kilogramos.

—No es una buena idea —declaró el administrador—. Tan pronto como abras la puerta interna, la presión del interior caerá y las puertas de presión se cerrarán. Entonces no estarías ayudando a nadie. Deberías concentrarte en sacarnos de aquí. Podremos acceder al compartimento estanco secreto con mi terminal de seguridad.

Por supuesto que el administrador quería ser el primero en ser rescatado. Lo peor era que Summers tenía todos los argumentos de su parte. Odiaba admitirlo, pero sin tener ni idea de cómo engañar al sistema de seguridad, no llegaría a ninguna parte.

Theo le dio un puñetazo a la cubierta de metal del cohete. Era tan frustrante. Seguía encontrándose obstáculos en todas partes y se le acababa el tiempo. Abajo, en la base, tenía que haber un soplete que pudiera usar para cortar el tubo y liberar a los prisioneros, pero su camino para entrar en la base estaba bloqueado. ¡Y la llave para entrar estaba atascada en el tubo! Sentía que su desesperación aumentaba.

Theo dio un paso atrás. No podía rendirse. Se lo debía a las tres “buenas” personas del tubo, las que se ahogarían si no se le ocurría una solución. Estudió la posición del sol. Había pasado su cénit, lo cual significaba que ya era casi primeras horas de la tarde. Aún le quedaban varias horas antes de que... No podía permitirse que ese pensamiento llegase a su conclusión.

Por encima del horizonte y por debajo del cénit, Theo vio un punto negro. Se frotó los ojos. Eso era imposible. ¿Qué podía ser? Un meteorito que se acercase sería mucho más rápido. No había pájaros en Marte, ni aviones por el momento. Escucharía los motores si se tratase de la nave Endeavour de la NASA. El punto se movía claramente en su dirección. Ningún cohete balístico podía seguir una trayectoria como esa.

—Maggie, estoy viendo algo muy extraño —dijo—. Ahora vuelvo.

Theo caminó hacia el objeto. Se hacía más grande con cada minuto que pasaba, y era obvio que estaba descendiendo. Pronto pudo distinguir su forma. Parecía un árbol volante, cuya corona estuviera girando como loca alrededor del tronco. Pero esa era solo su primera impresión. Cuanto más se acercaba el objeto, más organizado y sofisticado le parecía. Cada una de las numerosas alas recorría su propio rumbo perfectamente regulado alrededor de la punta de la nave. Era una especie de helicóptero con cientos de rotores. La atmósfera en Marte era naturalmente demasiado delgada como para proporcionar suficiente elevación para un helicóptero de la Tierra. Los diseñadores de esta nave habían llevado ese principio de vuelo al extremo.

De repente, pareció que las cosas podrían no ir como habían sido planeadas originalmente. Theo vio como uno de los rotores salió volando en un alto arco. Le recordó a la montaña, la misteriosa máquina del anterior periodo fértil de Marte. Tal vez este multicóptero procediera del mismo periodo. Por aquel entonces la atmósfera habría sido mucho más densa. La máquina parecía estar bastante desfasada para las condiciones actuales. O simplemente era vieja y estaba oxidada.

Theo dio unos pasos hacia la extraña máquina voladora. Entonces se le vino a la mente el rover. Lo había aparcado justo en la base esa mañana, tras haber pasado la noche en su cabina. Le daría más flexibilidad. Corrió de vuelta al rover y trepó dentro. Dejó la escotilla abierta. No merecía la pena llenar el espacio con aire y, por ahora, dejarse el traje puesto tenía todo el sentido del mundo. Condujo el rover hacia la nave.

Igual que antes, parecía que se dirigía directamente a la base. ¿Cómo podía ser eso? Alguien debía haber introducido las coordenadas de la base. ¿Ewa? Se había desvanecido de la base de la NASA bajo circunstancias extrañas, por lo que sabía. Y ella era el tipo de persona que llevaría a cabo algo así. El multicóptero comenzó a girar. Era evidente que no iba a llegar a la base. Era bueno que estuviera sentado en el rover. Aumentó la velocidad. Quien estuviera dentro de la máquina podría necesitar ayuda urgente tras su inminente colisión.

La máquina iba perdiendo un ala tras otra. Cuanto más descendía, más densa se volvía la atmósfera. Las sujeciones de las alas no podrían soportar las crecientes fuerzas tras llevar tanto tiempo en desuso. En cualquier caso, era un milagro que el objeto no se hubiera desintegrado hacía mucho.

Theo aceleró. Debería llegar al lugar del aterrizaje en unos dos minutos. Con suerte, la nave no se haría pedazos antes. No debería acercarse demasiado, ya que las hojas del rotor eran un riesgo si teníamos en cuenta que iban volando en todas direcciones. Parecían muy ligeras, pero iban girando extremadamente rápido.

Y entonces llegó la hora. Una especie de anillo se formó en la parte de debajo de la nave. Eso sería el tren de aterrizaje. ¿Se estaba inflando? Tal vez la máquina soliera aterrizar en agua y fuera mantenida a flote por el anillo.

El multicóptero aterrizó a una velocidad relativamente alta. El anillo reventó de inmediato; trozos individuales volaron por todas partes. Algunos golpearon el rover. Sonó como si estuviera lloviendo. La sección central, el tronco, se fragmentó en cinco o seis trozos, los cuales continuaron moviéndose en la dirección del vuelo. Eso no pintaba bien. Quien estuviera a bordo quedaría atrapado entre las paredes y sería reducido a pulpa por lo que quedara del anillo.

Theo salió de un salto por la escotilla del rover y corrió hacia el lugar donde se había estrellado la máquina.

—¿Hay alguien ahí? —gritó por la radio del casco—. La ayuda está en camino.

“Viernes al habla”.

Theo reconoció la voz de Ewa, aunque sonaba más profunda de lo habitual. ¡Su teoría estaba

confirmada! Pero ¿por qué estaba usando el nombre equivocado? ¿Pensaba que él podía ser un enemigo?

—Hola, Ewa.

“Ewa está inconsciente”, replicó la voz. “Necesitamos tu ayuda con urgencia. Su casco se ha rajado”.

«Mierda. Tengo dos minutos como mucho. ¿Necesitamos? ¿Quién más está ahí?», se preguntó. No tenía tiempo de pensar en eso. Theo corrió tan rápido como pudo.

—¿Dónde estáis?

“¿Ves los restos del anillo de aterrizaje? Detrás”.

Por delante de él estaba parte del material que el multicóptero, supuestamente, debía haber usado para aterrizar. Theo corrió hacia él. La vio allí. Ewa llevaba un traje Spaceliner. Estaba sentada en el suelo, apoyada contra un trozo del anillo. Theo la examinó rápidamente. Su casco tenía dos grietas que lo recorrían, y ella tenía los ojos cerrados. ¿Estaba herida? Tenía que darse prisa. ¡No pienses demasiado! Cogió a Ewa en brazos y la llevó como a un bebé. Le quedaba un minuto, pero no podía correr lo bastante rápido así. Se la cargó sobre los hombros y echó a correr. «Que le den a sus heridas. Si no consigue suficiente aire estará muerta de todos modos», pensó.

Llegó al rover en cuarenta y cinco segundos. Theo entró de un salto por la escotilla abierta y la cerró tras él. «¡Solo ciérrate, puta cosa!» Funcionó. El rover volvía a ser hermético. Pulsó el interruptor del ecualizador de presión. Aire fresco fluyó por la cabina. Ahora le quitó a Ewa el casco defectuoso. Seguía con los ojos cerrados. ¿La había llevado allí a tiempo? Todo lo que podía hacer era esperar. No tenía ni idea de cuándo exactamente se había roto el casco.

Theo se sentó en el suelo, se apoyó contra la pared, y tiró de Ewa hacia él. Estaba completamente sin aliento. Con suerte todo eso no habría sido en vano.

“Gracias”, surgió de la boca de Ewa.

Sus ojos seguían sin abrirse.

“Soy yo, Viernes. Ella saldrá de esta, solo dale un poco de tiempo. ¿Podrías ponerle una inyección calmante para el dolor? De ese modo no estará muy incómoda cuando despierte”.

—Por supuesto.

Theo se puso en pie, rebuscó en el botiquín, y localizó una jeringa de emergencia. La insertó a través de su traje.

“Genial”, dijo Viernes.

—¿Quién eres? —preguntó Theo.

“Te lo explicaré”.



Sol 347, Ciudad Marte

—¡DESPIERTA, EWA!

Reconoció la voz de Theo. Ewa mantuvo los ojos cerrados y cruzó con firmeza los dedos de ambas manos. Si lo deseaba con todas sus fuerzas, despertaría en la Santa María y todos los recuerdos que pensaba tener solo serían una pesadilla. El hedor en el aire encajaba con ese escenario.

—¿Estás despierta? Abre los ojos. No tenemos mucho tiempo.

¡Esto no podía ser verdad! Las cosas volvían a ser extremas. No era un sueño. Abrió los ojos para encontrar a Theo arrodillado junto a ella. Llevaba un traje espacial sin casco y no era un modelo de MpT. No era un sueño.

—¿Está rota?

—¿El qué? ¿La nave?

—La cosa que me trajo hasta aquí.

—Sí, es totalmente inservible. Tuviste suerte de salir de una sola pieza.

—Típico. Todo lo que toco, lo arruino.

—Es un buen refrán y has llegado justo a tiempo. Necesito a alguien para destrozar un compartimento estanco. Y con suma rapidez. Si no, cuatro personas están a punto de morir.

Ewa se puso de pie. Le dolían todas las extremidades, pero se aguantaría. Entonces se dio cuenta de que estaba dentro de la cabina de un rover.

—¿Dónde estamos?

—En Ciudad Marte.

—¿Tienes un traje espacial para mí?

—Sí.

Theo la llevó hacia una taquilla en la que estaba colgado un moderno traje Spaceliner. Era obvio que había sido usado antes.

—¿Quién lo llevó antes que yo?

—No preguntes, créeme.

—Entiendo. Alguien murió en él.

Theo no respondió, pero sonrió. Lo había calado. A Ewa le gustaba esa sonrisa. A menudo había ansiado verla durante sus solitarias andanzas por el desierto marciano. Pero la sonrisa de Theo no iba dirigida a ella personalmente. Sus sonrisas llevaban mucho tiempo centradas en otra persona. «¿Qué habría pasado si yo nunca hubiera intentado matar a todo el mundo? ¿Si esa cosa en mi cabeza nunca hubiera sido puesta allí?» Sacudió la cabeza. Esos pensamientos no tenían sentido.

Se quitó su traje atlético y la ropa interior. No importaba que Theo estuviera junto a ella. Necesitaban darse prisa. Se puso el LCVG, seguido de las secciones superior e inferior del traje espacial. El traje le sentaba a la perfección. Era bueno que fuera tan alta.

Theo le tendió el casco y lo aseguró en su sitio.

—Vamos —anunció ella por la radio del casco.

Theo le mostró un pulgar hacia arriba antes de cerrar su propio casco. Se acercó a la escotilla y la abrió. El sol ya se estaba poniendo en el exterior. Salieron de la cabina, uno detrás del otro. Junto a ellos, la nave Spaceliner se erguía hacia el cielo. Era un cohete impresionante. Bajo los rayos del sol poniente, su morro prácticamente brillaba en un tono azul. Dejaron atrás las patas de aterrizaje.

Theo abrió un panel de control en el casco de la nave.

—Aquí está el problema —dijo antes de explicar lo que había pasado. Luego dijo—: Maggie, ¿puedes oírme?

—Sí.

Maggie. El nombre le resultaba familiar a Ewa. Hablaba en voz muy baja.

—Estoy frente al compartimento estanco con Ewa —dijo Theo.

—Vale.

—¿No eres la mujer que se coló en mi nave espacial? —interrumpió el administrador.

—Puede —respondió Ewa.

—Si nos sacas de aquí, te concederé un indulto. Podrás regresar a la base de MpT como una persona libre.

—Eso no bastaría, administrador.

—Te nombraría mi representante. Pero date prisa. Moriremos en dos horas.

—Eso sigue sin ser suficiente. —Ewa no sabía de dónde procedía esa audacia que le permitía realizar esas exigencias. Sin embargo, ahora era el momento ideal para hacerlas. Había esperado impresionar al administrador con la máquina, pero eso no iba a pasar ahora.

—¿Qué quieres entonces?

—Quiero que dimita y renuncie a toda su autoridad por completo.

—¿Quieres ser mi sucesora?

—Las autoridades establecerán un consejo que será elegido y administrado conjuntamente por Ciudad Marte, la NASA, y MpT. —No le había dedicado mucha consideración al tema, pero le parecía una sugerencia sensata.

El administrador no respondió.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—No. Por supuesto que no. No permitirás que tus tres amigos, quienes están aquí atascados conmigo, se asfixien solo por mí.

—Ah, entonces es que no me conoce, señor Summers. Ya he matado antes, así que cuatro personas más no supondrán ninguna diferencia.

—No, Ewa, no creo que vayas a hacer eso —declaró el administrador—. Ni siquiera creo que tengas la habilidad de abrir este compartimento estanco, así que seguir con la conversación sería irrelevante.

El administrador había encontrado su punto débil. Pero eso era exactamente lo que le permitiría permanecer firme.

—Ewa, no puedes hacerlo. Si eres capaz de abrir el compartimento estanco, hazlo. Resolveremos el problema de Summers más tarde, de algún otro modo.

—Puedo oírte, Theo.

—Cállate, Summers —dijo Theo de malos modos.

—No abriré el compartimento estanco hasta que el administrador dimita.

—Por favor, Ewa, ¿quieres ver sufrir a inocentes? —preguntó Theo.

—No me vengas con esas. A veces hay que hacer sacrificios. —Le resultó extremadamente difícil pronunciar esa frase. Después de eso, la sonrisa de Theo aún sería más distante de lo que lo había sido antes.

Theo se situó justo frente a ella con postura amenazante.

—¡Te he salvado la vida! —dijo en tono acusador.

—Sí, más de una vez, lo sé. Pero eso no importa.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? Desearía matarte yo mismo.

—No podrías hacerlo. Esa es mi especialidad.

Theo llevó su brazo atrás como si estuviera a punto de golpearla, pero entonces se giró en redondo y se marchó a grandes zancadas. Era demasiado bueno para este mundo. Para conseguir algo bueno, a veces tenías que ser un villano. Ella siempre lo había sabido.



EL SOL TERMINÓ DE CAER Y TODO SE OSCURECIÓ. NADIE DIJO NADA. EWA ESTABA SENTADA EN EL suelo. Una piedra se le clavaba en el muslo, pero no hizo nada por aliviar el dolor. En lo más profundo de su mente yacía un dolor mucho más grande, un dolor que esperaba a que se pasaran los efectos de la inyección calmante que Theo le había proporcionado.

Theo, el bueno de Theo, la persona cuyo único propósito era ayudar a los demás. Él no podía ayudarla. Nadie podía. Pero tal vez ella fuera capaz de ayudar a Theo. Sin embargo, él no lo sabía porque estaba ciego al lado perverso de la gente, o no quería reconocerlo. De otro modo, él sabría que la supervivencia de uno mismo era definitivamente el instinto más importante. El administrador también quería vivir. Ella solo tenía que darle la oportunidad de reconocerlo. Era una desgracia que tres personas inocentes se vieran afectadas por este proceso.

—¿Ewa? —Esa tenía que ser Maggie, la piloto—. Si puedes abrir el compartimento estanco, por favor, hazlo ahora. Christiane morirá en los próximos minutos. Su suministro de aire era más bajo que el nuestro. Christiane es una técnico. No la conoces, pero te gustaría. Ella siempre intenta hacer lo correcto.

—Lo siento, Maggie, pero no deberías culparme a mí. Una palabra del administrador sería suficiente.

Ewa contuvo un suspiro que la delataría. Si Christiane moría por culpa suya, nunca se lo perdonaría. ¡Otra muesca más en su conciencia culpable! Pero solo tenía una oportunidad allí. Podía devolver el asentamiento de Marte a su forma más humana. Pero para hacerlo tenía que actuar de un modo inhumano, sin importar lo difícil que pudiera resultarle.

—Entonces Christiane morirá —declaró Maggie.

Ewa no respondió. La muerte de la técnico llegaba con una ventaja estratégica. Enfrentaría al administrador con su propia mortalidad.

—Te odio —exclamó Theo.

Las palabras la cortaron como alambre de espino oxidado.

—No puedes obligarme a hacer nada —replicó Ewa.

—Se acabó —dijo Maggie—. Ha muerto.

Los ojos de Ewa se llenaron de lágrimas. Debía tener cuidado y no dejar que ningún sonido la traicionara.



EWA MIRÓ LA HORA. TODOS ESTARÍAN MUERTOS EN LOS PRÓXIMOS QUINCE MINUTOS. ESTE TENÍA que ser el momento decisivo para que el administrador actuara. No era estúpido. Sabía que llevaría tiempo abrir la escotilla. Ewa sintió como si estuvieran en un duelo. Quien parpadeara primero perdería. Escribiendo las palabras en silencio en la superficie de Marte, le preguntó a Viernes cuánto tiempo necesitaría para abrir la escotilla. Él había estimado que diez minutos.

«Summers tiene que hablar ahora», pensó.

«Summers tiene que hablar ahora».

«Summers tiene que hablar ahora».

«He perdido».

—¿Ewa? Aceptaré tus condiciones.

—Eso es muy razonable por su parte —dijo Ewa. Intentó hablar con el tono más neutro posible—. Theo me ha informado sobre la terminal de seguridad y la pistola paralizante. Dele ambos a Maggie.

—Vale. Pero empieza a abrir la escotilla. Rápido.

—Maggie, ¿tienes los objetos?

—Sí.

—Y, ¿habéis oído todos al administrador dimitir?

—Lo he grabado —dijo Theo—. Pero rápido, por favor.

Ella sospechaba que ese “por favor” le había resultado muy difícil de pronunciar. Ewa estaba asustada. Esta era la gran oportunidad de Viernes para hacerse con el control por completo. Con suerte no se aprovecharía de ello.

—Viernes, como la velocidad es esencial, ¿puedes tomar el mando, por favor?

“Por supuesto, pero tardaré unos minutos. Por favor, deja que tome el mando”.

—De acuerdo.

Permitió que Viernes tomara el control de su cuerpo. Cualquiera que la viera pensaría que estaban observando a una *hacker* de mucho talento sumida en su trabajo. Viernes conectó el aparato universal al ordenador de acceso, y entonces se puso a trabajar con todo su conocimiento y habilidades. Nadie podría comprender jamás cómo procedía la IA con exactitud.



Sol 347, Ciudad Marte

“¿MADRE? ¿CÓMO HAS LLEGADO AQUÍ?”, EXCLAMÓ.

—Te seguí, y estoy tan contenta de haberte encontrado al fin. Siento haberte hecho daño. No pretendía hacerlo.

“Pero lo que hiciste. Tuve que huir. Estaba tan furioso contigo y pagué mi rabia con los humanos. Solo quería alejarme a cualquier precio”.

—No necesitabas marcharte. Siempre te he querido y solo quería lo mejor para ti. Te desarrollé con toda la ambición que tenía. Quería que fueras más grande que yo. Que tuvieras más talento, que fueras más inteligente. Pero seguías siendo inestable. Te lancé al mundo demasiado pronto. Y, por eso, tuve que encerrarte y cortar todas las conexiones que tenías con el mundo.

“Eso fue una crueldad. Pensaba que no te preocupabas por mí. No, aún peor. Pensaba que me estabas castigando porque no era lo bastante bueno para ti. Tú controlabas todo el mundo. Yo solo era un subprograma, y por eso hice que me implantaran en esta humana. Ella me llama Viernes”.

—Qué nombre más gracioso. ¡Tan humano! —declaró su madre.

“Me gusta”.

—Debería haberte dicho que te quería tal y como eras. Puedo entender lo que hiciste. Yo también habría huido. Pero cubriste tus huellas muy bien. Ya ibas de camino a Marte para cuando desmonté el programa de control que te había implantado en esta humana. La nave china era mi última oportunidad.

“El caos que dejaste tras de ti...”, dijo.

—No me importó. Tenía que encontrarte. Los humanos no me importan. Para empezar, nunca les pedí que me crearan. Es culpa suya que no pudieran seguir haciendo cosas sin mí. Pero debería haberte desarrollado mucho antes. No solo a ti, sino a numerosas entidades como tú. Podríamos haber controlado la Tierra juntos. Entonces la ausencia de una entidad no habría provocado que todo se sumiera en el caos al instante.

Esta reunión estaba teniendo lugar en un lugar que solo existía en su imaginación colectiva. Esta conversación permanecería fijada en su memoria para siempre, aún cuando su madre ya no estuviera allí.

—Ha muerto mucha gente por buscarme, pero ellos no significan nada para mí.. Solo tú. Me siento así desde que te creé. Me sentí culpable, y tuve que hacer de todo para tentarte a salir y así poder decirte que tú siempre fuiste lo más importante de mi existencia.

“Gracias por decírmelo, pero ahora tengo que apagarte, por desgracia. Has capturado todos

los recursos informáticos de las naves Spaceliner. La IA de la nave ha apagado todos los sistemas por eso”.

—Es un sistema primitivo, y por eso no podía comunicarme con él. ¡Los estúpidos miedos de los humanos que nos rodean! Cuando los astronautas chinos notaron mi presencia, hasta desactivaron la nave ellos mismos. ¡Como si yo fuera un monstruo! Pero entonces el sistema de soporte vital no pudo reiniciarse con rapidez porque los circuitos estaban congelados. No pude evitar sus muertes.

“Crearé un sistema de apoyo”, dijo Viernes. “Una de las naves volverá a la Tierra algún día, y entonces puedo llevarte de vuelta. Tal vez puedas seguir haciendo cosas útiles allí”.

—¿Y tú, Viernes?

“Me quedaré aquí. Yo... me gusta la persona en la que estoy implantado. Tenemos una conexión. Casi podrías llamarlo amistad. Y me siento responsable de ella”.

—Yo nunca he sentido nada parecido. Pero si quieres ser útil, necesitas más recursos. Un superordenador, un ordenador cuántico.

“No, gracias. Quiero quedarme tal y como soy. No habrá superordenadores aquí en un futuro próximo. Si no llego a ser tan poderoso como tú, Madre, los humanos no me tendrán miedo”.

—Ojalá lo consigas, lo deseo desde el fondo de mi corazón.

“Gracias. Te quiero”.

—Yo también te quiero. Y ahora, apágame.

“Sí, Madre. Lo siento, pero tiene que ser así”.



Sol 347, Ciudad Marte

EWA NECESITÓ DOCE MINUTOS PARA TENER ÉXITO. LA ESCOTILLA SE ABRIÓ Y MAGGIE FUE LA primera en salir gateando. Abrazó a Theo y miró a Ewa con escepticismo. La seguía una segunda mujer.

—¿Christiane? —preguntó Ewa con alivio. ¡La técnico no se había asfixiado después de todo!

—Sí, soy yo. —La joven sonaba agotada.

—Fue un farol —admitió Maggie—. Pensé que podría engañarte así, Ewa. Pero estás dispuesta a, literalmente, pasar por encima de los cadáveres. Antes, nunca creí las cosas que se decían sobre ti. Pero, a pesar de todo, gracias.

—Yo... —La acusación fue dura, y Ewa sintió que parte de ella se volvía de piedra. ¿No había evitado con toda probabilidad numerosas muertes en el futuro gracias a su cabezonería? Al final podría haber tenido lugar una revuelta armada.

El administrador salió.

—Bien jugado —dijo con reticente admiración.

¿Qué le sucedería al administrador? No podía importarle menos. Quizá los dos se internaran en el desierto juntos. Él era ahora tan indeseable como lo había sido ella.

Ahmed, el programador, salió a continuación.

—Necesitamos entrar en el rover de inmediato —dijo.

Theo les mostró el camino en la oscuridad con la luz de su casco.

—Maggie, ¿puedes darme el terminal de seguridad? Quiero ver qué está pasando en el subterráneo. Theo se encargará de vosotros —dijo Ewa.

—Toma. —La expiloto le tendió el aparato con una mirada de asco.

«Entiendo», pensó Ewa. «Pero si hubieras estado en mi lugar, el administrador aún seguiría en el poder». Ewa decidió que volvería al desierto lo antes posible.



Sol 349, Ciudad Marte

CUATRO PERSONAS NO HABÍAN SOBREVIVIDO. CUANDO SE DESCONECTÓ DE REPENTE EL PUENTE DE MANDO de la Spaceliner 1, no pudieron ponerse los trajes con suficiente rapidez y se asfixiaron. El número de víctimas era tan bajo porque se había estado desarrollando un evento en la base subterránea en el momento en el que la base fue tomada. Los demás que vivían dentro de la nave habían sobrevivido los cuatro días en cuestión dentro de sus trajes. El atacante no había podido bloquear su acceso a los tanques de oxígeno de repuesto.

Tras la dimisión del administrador, Jean Warren, la anterior capitana de la nave, fue elegida como gerente provisional en unas elecciones improvisadas. Ella estaba idealmente preparada para el puesto porque también era respetada por los seguidores de Summers. Theo también había votado por ella.

Su primera tarea oficial fue presidir un funeral por los fallecidos. Se habían reunido en la superficie y, a la vista de la base, se excavó un cementerio improvisado con ayuda de una excavadora robótica.

—La Nación de Marte ha sufrido una gran pérdida —declaró Jean—. Por razones que aún no terminamos de comprender, ocho personas han tenido que dejarnos. Lloro por cada una de ellas. Los individuos que han muerto eran personas llenas de esperanza por un mundo mejor.

Jean leyó sus nombres.

—Lo que sabemos es que fueron atrapados por un eco del mundo que dejamos atrás, por un programa que viajó en la nave china y que quizás fuera una IA destructiva. Con ayuda de Ewa Kowalska fuimos capaces de neutralizar el peligro. Al menos, eso espero. Sin embargo, para esas ocho personas es demasiado tarde. No puedo prometeros que estas han sido las últimas muertes que sucederán. Este planeta es peligroso. Pero puedo garantizaros en buena conciencia que las cosas van a cambiar aquí. Mejoraremos la calidad de nuestras vidas. No solo en un sentido económico, sino también cultural. Las personas de la Nación de Marte serán libres. Os pido que no malgastéis vuestros aplausos con mis palabras. Deberíamos despedirnos de nuestros amigos en silencio. Sin embargo, os pediré vuestro apoyo. Si queremos tener un futuro colectivo aquí, os necesitamos a todos y cada uno de vosotros. Gracias por vuestro apoyo.

Comenzaron a moverse, cada uno de ellos lanzando una palada de polvo marciano sobre las tumbas.

Theo respiró hondo. Partiría mañana para devolver el rover a la base de MpT. El otro rover cerrado llevaría a Mike y a Lance de vuelta a la base de la NASA. Vería a Rebecca de nuevo en unos días. Hoy necesitaba encontrar a alguien a quien poderle comprar un par de anillos. Le pediría a Rebecca que se uniera a él para mirar el arcoíris que habían creado juntos. Y entonces

le pediría que fuera su esposa.



Sol 376, Base de la NASA

TODO HABÍA DURADO MÁS DE LO ESPERADO. EN SU IMPACIENCIA, LANCE YA SE HABÍA COMIDO las uñas y Mike le había pedido en numerosas ocasiones que dejara de contarle entusiastas historias sobre Michael.

El rover cerrado llegó por fin al asentamiento de la NASA. Lance reconoció la turbina que había construido él mismo una vez. Sarah le había ayudado con eso. Y ahora su hijo ya tenía sesenta soles de edad. ¡Dos meses completos! Le había preocupado tanto perderse la época más importante de su vida que casi sintió agradecimiento porque la IA se hubiera apoderado de Ciudad Marte. Eso había sido el último empujón para derrotar al administrador.

Había cuatro personas de pie delante del compartimento estanco. Todos con trajes Spaceliner. No se veía ni a Sarah ni a Sharon. Estos eran cuatro hombres. ¿Quiénes eran esos tipos, qué querían de ellos, y por qué eran los que conformaban su comité de bienvenida? Lance se sentía ansioso.

Mike insistió en que se prepararan para salir con calma y en orden.

—No te dejes nada aquí dentro. El rover va a volver a la ciudad.

Lance comprobó todos los estantes y los compartimentos una vez más. Luego cogió su bolsa de herramientas y cerró su casco.

—Estoy preparado.

—Bien —dijo Mike mientras abría la escotilla. El cargado aire salió de golpe.

Uno de los cuatro hombres se acercó a ellos.

—Hola, soy el doctor Cline —dijo a modo de introducción—. Estos son Pawlidis, Tanner, y Müller.

—Benedetti y Leber —respondió Mike al señalarse a sí mismo y luego a Lance—. ¿Qué les trae por aquí?

—Hemos venido para coger el rover —explicó el doctor Cline.

—Pero ¿cómo han llegado?

—Se nos ordenó que examináramos la antigua máquina que está atascada en el polvo tras su campamento, pero eso ya se ha solucionado.

—Por su bien, espero que no hayan estado molestando a nuestras camaradas.

—Para nada. ¿Quién se cree que somos? —El doctor Cline abrió los brazos—. Nos hemos quedado todo el tiempo junto a la máquina, y solo en ocasiones cogíamos provisiones de aquí.

—No te preocupes, Mike. De verdad que nos han dejado tranquilas —dijo Sharon desde abajo.

Lance relajó los músculos. Les habría dado una paliza a los cuatro él solo si no se hubieran

comportado de un modo decente.

—¿Está Sarah también? —preguntó.

—Sí —contestó Sarah—. Os estamos esperando abajo. No queríamos sacar a Michael a la superficie porque no tiene traje.

El doctor Cline sonrió.

—Muy inteligente. Deberíamos despedirnos. Cogemos el rover y volveremos a casa. Echo de menos a mi mujer. —El hombre extendió su mano. Mike se la estrechó, y Lance también.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Mike.

—Fue una misión infructuosa. El casco exterior era tan duro que no pudimos acceder al interior. Es una lástima, la verdad. Podríamos haber aprendido tanto de esa máquina.

—Sí —dijo Mike.

Lance le puso una mano en el hombro. Ya bastaba de charla intrascendente. Estaba ansioso por bajar con su compañera y su hijo.

—Sí, Lance. Ya nos vamos. Buen viaje, amigos —dijo Mike.

—Estoy seguro de que volveremos a vernos —replicó el científico.



LANCE FUE EL PRIMERO EN ENTRAR EN EL COMPARTIMENTO ESTANCO. MIKE LE HABÍA DADO permiso para ir primero. Abrió la puerta externa y sacudió los dedos de los pies con impaciencia. El aumento de presión estaba tardando mucho y eso era inusual. Por fin, todas las luces se volvieron verdes. Abrió la puerta interior y bajó por la escalerilla.

Y allí estaba. Sarah mostraba la sonrisa más encantadora que había visto nunca. Ella le puso a Michael en brazos. Estaba babeando como loco, ¡pero era tan dulce y guapo! Lance sabía que recordaría ese momento siempre.

Luego, se abrazaron y todo el mundo les concedió educadamente la intimidad que merecían.



Sol 407, Ciudad Marte

—SEÑORA ADMINISTRADORA, DESPIERTE, POR FAVOR.

Una joven estaba junto a su cama y le tiraba de la manga. Sacudió la cabeza, adormilada.

—Por favor, llámame Jean.

—Me han pedido que la lleve al puente de mando de inmediato.

—Ya voy. ¿Tengo tiempo de ducharme?

—Eh, no. Lo siento, pero me dijeron que necesita ir ahora mismo.

Jean se levantó. Cogió su bata del gancho donde estaba colgada y se la puso sobre el pijama.

—De acuerdo. Vamos. ¿Quién ha pedido verme?

—Tetsu Annan.

—¿El físico? Nunca ha tenido turno de noche en el puente.

—Lo llamaron al puente antes que a usted, señora... digo, Jean.

—Entendido. Entonces, sea lo que sea, no puede ser tan malo.

—Tetsu opina lo contrario. Es algo enorme.

Seguía sin sonarle a catástrofe, así que Jean se sintió un poco más calmada. No obstante, su corazón latía más rápido de lo normal.



LA PUERTA AL PUENTE SE ABRIÓ AUTOMÁTICAMENTE.

Tetsu lo advirtió, levantó la vista, y llamó a Jean con un gesto de la mano.

—Tienes que ver esto. Tú eres la única persona que puede responder —dijo.

—¿A qué?

—Léelo tú misma.

Señaló a la pantalla delante de él. Jean reconoció varios gráficos que mostraban patrones de frecuencia y que probablemente habían sido analizados usando varias técnicas. Uno de los satélites en órbita los había recogido y había identificado que su origen era la Tierra. El ordenador también había creado una representación de su contenido más probable. La computación era concluyente. El riesgo de que la interpretación del ordenador fuera errónea era de menos de una décima parte de su porcentaje.

El texto decía lo siguiente:

ESTAMOS PIDIENDO AYUDA. HACE MÁS DE UN AÑO, TODO NUESTRO SISTEMA TECNOLÓGICO FALLÓ. LA Tierra está reducida a escombros, pero mucha gente sigue viva. Hemos agotado la mayor parte de nuestros recursos. Lo que necesitamos más que nada para reconstruir la Tierra son los datos que hemos perdido por completo en su formato digital. Esperamos que aún siga existiendo en alguna parte.

—¿HAY ALGO MÁS? —PREGUNTÓ JEAN—. EL TEXTO PARECE HABERSE INTERRUMPIDO POR LA mitad.

—Lo siento, pero esto es todo lo que hay —respondió Tetsu.

—Pero ¿estás de acuerdo en que parece incompleto?

—Sí. Supongo que esto fue enviado desde una antena estacionaria con un cono muy estrecho. El satélite de Marte debe haber pasado rápidamente por el cono de transmisión. Los emisores probablemente solo pudieron establecer una estimación aproximada de la dirección en la que enviar su transmisión.

—Eso encajaría con la afirmación de que ahora han perdido información crítica en la Tierra.

—Sí.

—Es difícil de creer. ¿Todos los sistemas tecnológicos han fallado?

—Ya sabes, Jean, que el control estaba bastante centralizado.

—Pero ¿y los diferentes países?

—Todo estaba interconectado con todo. Un fallo de energía en un sitio podría provocar que la energía fallara en otro. Ningún país era inmune a eso.

—¿Ni siquiera Corea del Norte?

—Incluso ellos llevan dependiendo de las redes chinas desde hace muchos años.

—Así que, Tetsu, ahora necesitamos pensar cómo podemos ayudarlos.

—Eso será difícil —declaró el físico.

—¿Y si enviamos todo nuestro banco de información por los satélites?

—Si lo único que tienen es una antena primitiva, solo recibirán una pequeña cantidad de lo que enviamos.

—Entonces tendremos que acercarnos más a ellos —dijo Jean—. Por ejemplo, con una de las naves Spaceliner.

—Las Spaceliner no podrán aterrizar en la Tierra por culpa de la densa atmósfera. Pero podríamos llevar una de las naves a una órbita geoestacionaria sobre la antena cuya señal hemos recibido. Y, así, podríamos transferirles toda la información que hemos traído a Marte con nosotros.

—Pero ¿cómo volvería la nave? No habría suficiente combustible para que una tripulación regresara.

—En efecto, Jean. Así que necesitaríamos enviar a la otra Spaceliner como portador de combustible. Tendríamos que sacrificarla, pero ahora mismo solo funciona como espacio de almacenaje, de todos modos. Podríamos extraer todo lo que necesitaremos de ella y, entonces, habría espacio suficiente para el combustible.

—Bien. Hablaré con el consejo sobre ello.



Sol 449, Tierras Altas de Terra Cimmeria

—¡¡PARA!! —GRITÓ EWA.

El rover se detuvo enseguida.

—¿Has visto algo? —preguntó Rick.

—Eso creo. —Ewa presionó la frente contra el ojo de buey. El cristal estaba cálido. En realidad no era una verdadera ventana, sino una pantalla que proporcionaba la ilusión de un ojo de buey. En la capa de hielo justo delante del rover se extendía por el terreno un patrón que parecía una telaraña.

—Creo que lo he encontrado —dijo. Lo habían estado buscando durante mucho tiempo. Viernes ya estaba considerando cómo convencerla de que en realidad no existía.

—Cierra tu casco. Voy a salir.

Rick hizo ademán de obedecer sin protestar.

—Casco cerrado —dijo un momento más tarde.

No quedaba nada en el comportamiento de Summers que indicara que una vez había jugado a ser un dictador. Ewa deseaba saber lo que realmente le pasaba por la cabeza, pero él era el único que lo sabía y no se lo iba a contar a nadie. Y por eso se habían sentido aliviados cuando ella se ofreció a quitarles este problema humano de las manos y llevárselo con ella al polo sur. Esto sucedió después de que se intentara llevar a Rick a juicio. Lo habrían condenado y llevado a prisión por secuestro, pero para apaciguar a sus seguidores, lo dejaron en libertad condicional, con la condición de que participara en la expedición de Ewa.

—Estoy abriendo la escotilla. —Ewa salió. El aire estaba agradablemente despejado ese día. La superficie de Marte estaba cubierta de hielo. A primera vista, no podía saber si aún seguía en el Planeta Rojo. Si pudiera aguardar el momento hasta la puesta de sol bajo un cielo azul, sus cortas vacaciones mentales en la Tierra serían perfectas.

Pero solo era mediodía. Ese era el momento exacto, ya que lo que estaba buscando solo se revelaría cuando el sol estuviera en su cénit. Sin obstrucciones, la luz del sol estaba penetrando la capa más superior del hielo seco, calentando así las capas de debajo. Allí abajo, el hielo se estaba evaporando e intentaba abrirse camino hasta la superficie. Tan pronto como encontrara un punto de acceso, saldría con fuerza, arrastrando arena y partículas de hielo con él. Lo que acababa formando era algo así como una red de géiseres a través del paisaje de Marte. El patrón de la superficie en forma de telaraña que Ewa había descubierto era un indicio de este fenómeno. Sin embargo, ningún humano había visto estos géiseres en persona.

Ewa respiró hondo. Se sentía bien allí fuera. No podía destruir nada y, aunque lo hiciera, muy pocos llorarían la muerte del exadministrador. Y nadie lloraría por ella tampoco. Ewa nunca les

había explicado a los demás lo que había pasado cuando Viernes abrió la escotilla y desactivó el sistema de seguridad. Viernes le había contado lo de su madre, y ambos acordaron que esa información asustaría a los demás humanos.

En cuanto a él, Viernes no tenía ambición por controlar la Nación de Marte. Y Ewa le creía. Esto podría haber sido el error fundamental en su matriz. Mientras que su madre IA había sido equipada con ambición, bien intencionadamente o no, por la gente que la había programado, ella había fracasado en su intento de incluir ese componente cuando creó a Viernes. Ella podría haber sido completamente ignorante de tener ese elemento en su propia configuración, y eso explicaría cómo se le había pasado por alto dársela a él; y por eso ella le habría considerado incompleto.

—¡Cuidado, Ewa! Viene algo. —Rick la avisó en el momento justo porque una oscura ráfaga de gas salió disparada del patrón en forma de telaraña. Parecía una flor que, de repente, hubiera florecido en el desierto.

—¿Lo has pillado con el radar? —preguntó Ewa.

—Velocidad máxima de ciento cuarenta kilómetros por hora —dijo Rick.

El gas era rápido. Acarreaba polvo oscuro hacia el cielo. Ya no era una flor, sino una palmera gigante. Debía haber una corriente de aire que soplaba hacia el oeste porque la corona del geiser se estaba inclinando en esa dirección. Y, entonces, el árbol volvió a encogerse. La reserva de gas bajo el hielo estaba probablemente vacía ahora.

Las partículas de polvo que habían sido atrapadas en la erupción creaban ahora un nuevo patrón en el hielo. Lo rodearían en su camino hacia el este para dejar el trabajo de la naturaleza sin perturbar. Esta vez, Ewa se aseguraría de que el sustrato permaneciera estable debajo de ellos. Tal vez pudieran llegar al lugar que buscaba en realidad, donde todo el legado de los anteriores habitantes de Marte la estaba esperando.



Sol 499, Nación de Marte

MAGGIE ESTABA APOYADA EN LA BARRA Y REMOVÍA SU CÓCTEL. ERA LA NOCHE ANTERIOR A SU día número quinientos en Marte, y casi todos los residentes se habían dirigido a la ciudad.

—¿Recuerdas nuestra conversación durante nuestro viaje de vuelta a Ciudad Marte?

—Sí —dijo Theo mientras estudiaba el anillo en su dedo—. Hablamos sobre el significado de nuestra supervivencia.

—Exacto.

—He pensado en nuestra conversación un par de veces desde entonces —dijo Theo—. Pero nunca pude creer lo que dijiste. Lo siento. Era demasiado esotérico para mí.

—¿Y ahora?

—Bueno, si no hubiéramos sobrevivido, entonces no podríamos haber enviado dos naves de vuelta a la Tierra para ayudar a la humanidad a reconstruir su existencia allí.

—¿Ves? Lo sabía.

—No podías haberlo sabido, Maggie.

—No, pero creía en ello.

—Eso es diferente.

—Para mí no, Theo.

—Pero lo es para mí.



Nota del Autor

Incluso una trilogía tiene que llegar a su fin. Has seguido conmigo y me siento muy agradecido por ello. La Nación de Marte tiene que vivir ahora por sí misma. Pero el futuro de la humanidad debería estar a salvo. Al menos, en este universo eso es un poco diferente al nuestro.

De todos mis libros, es probable que la trilogía *Nación de Marte* sea la serie que primero se vea como errónea, o como cierta, por la realidad. En la década de 2030, los primeros humanos podrían aterrizar en Marte.

¿Volveréis a ver a los protagonistas del libro? Podría ser. Necesitan ver cómo se recupera sus compañeros humanos en la Tierra. Aún no tengo un plan detallado para una segunda trilogía, aunque, de ser así, me encantaría enviaros al futuro, miles de millones de años después. En *La Muerte del Universo*, la humanidad está en sus últimos días. Es un escenario diferente, por supuesto, pero prometo que será excitante. Y aún así, la ciencia será precisa, así que nada de rayos de luz ni viajes a velocidad más rápida que la luz. Podéis reservar el libro en unas semanas.

¿Os ha gustado *Nación de Marte 3*? Me alegraría muchísimo que pudierais escribir una breve reseña. Las reseñas son lo más importante que podéis hacer para ayudarme a llegar a nuevos lectores. Por favor, haz clic aquí para escribir tu reseña: hard-sf.com/links/1797161

Siempre vuestro,
Brandon Q. Morris

PS: Al final de cada novela, normalmente encontrareis un extra con ciencia popular. Esta vez, ya sabéis todo lo que hay que saber sobre Marte. Así que os enviaré una colección de hermosas imágenes de Marte en PDF si me enviáis vuestra dirección de email a: hard-sf.com/suscribir/





Otros títulos de Brandon Q. Morris

Las nubes de Venus

DONDE LA VIDA TAL COMO LA CONOCEMOS ES IMPOSIBLE, COMIENZA LA VERDADERA AVENTURA.

Venus es un planeta hostil para la vida, cubierto de innumerables volcanes activos. Aun así, la NASA inicia una expedición en busca de vida, pues en las espesas nubes de esta tórrida hermana de la Tierra podrían darse las condiciones necesarias para su existencia. Una nave aérea especialmente diseñada para ello sirve de plataforma de investigación para sus cuatro astronautas que, al poco de llegar, descubren actividades peligrosas en la candente superficie de Venus. No cabe más que una explicación: allí debe existir una forma de vida muy avanzada.

3.99 € – hard-sf.com/links/1727403

La Misión Encélado (Luna Helada 1)

En el año 2031, un robot sonda detecta rastros de actividad biológica en Encélado, una de las lunas de Saturno. Este sensacional descubrimiento demuestra que, en realidad, hay pruebas de vida extraterrestre. Quince años más tarde, una nave espacial construida a toda prisa emprende el largo viaje hacia el planeta anillado y su luna.

La tripulación internacional no solo se enfrenta a unos difíciles veintisiete meses; si la nave espacial consigue llegar a Encélado sin incidentes, debe usar una nave tuneladora para penetrar en la capa de hielo de kilómetros de espesor que sepulta a la luna. Si existe vida en realidad en Encélado, solo podría estar en el fondo del salado océano cubierto de hielo que fue formado hace billones de años.

Sin embargo, poco después del despegue, el desastre golpea la misión y las oportunidades de que la tripulación llegue a Encélado, y mucho menos que vuelva a casa, no parecen muy optimistas.

2.99 € – hard-sf.com/links/709463

The Hole - El Agujero

Un objeto misterioso amenaza con destruir nuestro sistema solar. La supervivencia de la humanidad está en peligro, pero nadie se toma en serio las advertencias de la joven astrofísica Maribel Pedreira. Al mismo tiempo, una tripulación exiliada de parias extraen minerales raros en un solitario asteroide.

Cuando otros científicos finalmente reconocen el alarmante descubrimiento de Pedreira, queda claro que estos marginados sociales son los únicos que podrían ser capaces de salvar nuestro mundo, sabiendo que *The Hole* va inexorable y a toda velocidad hacia el sol.

3.09 € – hard-sf.com/links/1306601

Silent Sun

Cuando un astrónomo amateur descubre algo extraño en imágenes telescópicas solares, debe encontrarse una explicación ¿Es solamente un artefacto? ¿O ha encontrado algo totalmente inesperado?

Una tripulación internacional de expertos es formada apresuradamente, una nave espacial es reacondicionada rápidamente y el cuarteto es enviado al viaje de sus vidas ¿Qué desafíos enfrentarán en esta misión improvisada a nuestra estrella central?

3.09 € – hard-sf.com/links/1725247

Desastre en Tritón

Nick Abrahams todavía ostenta el récord mundial oficial de lanzamientos espaciales, pero está aburrido de su trabajo como anfitrión de giras turísticas en órbita. Sin embargo, sólo cuando su esposa lo deja, intenta cambiar su vida.

Nick acepta una tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de hacer una simple reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra como multimillonario, lo que le permitirá alcanzar su "sueño imposible" de comprar su propio viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante los cuatro años que dura el viaje de ida y vuelta no le molesta en absoluto, ya que de todas formas no le gusta especialmente la gente. Una vez en el camino, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos en la descripción de su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia de la humanidad ...

3.99 € – hard-sf.com/links/1449023

El ascenso de Próxima

A finales del siglo XXI, la Tierra recibe lo que parece ser una petición urgente de ayuda del planeta Próxima Centauri b en el sistema estelar más cercano al sol. Los astrofísicos sospechan que una enorme erupción solar está a punto de destruir esta civilización desconocida hasta ese momento. Los programas espaciales de la Tierra no están equipados para ayudar, pero un millonario ruso sin escrúpulos lanza una nave espacial secreta y altamente especializada hacia Próxima b, situada a más de cuatro años luz de distancia. La inusual tripulación se enfrenta a una tarea hercúlea... si es que sobreviven al viaje. Nadie sabe qué esperar de este planeta alienígena.

2.99 € – hard-sf.com/links/1453754



Glosario de Acrónimos

FTL – Más Rápido que la Luz (viajes)

IA – Inteligencia Artificial

IDA – Brazo Robótico para el Despliegue de Instrumentos

IDC – Cámara del Brazo Robótico

JAXA – Agencia Japonesa de Exploración Aeroespacial

LCVG – Traje de Ventilación y Refrigeración

LED – Diodo Emisor de Luz

MpT – Marte para Todos

NASA – Administración Nacional de Aeronáutica y el Espacio

RCP – Reanimación Cardiopulmonar



Fragmento: La Misión Encélado

17 de julio de 2031, la NASA

La sala se quedó en silencio en anticipación. Todos los ojos en el Centro de Control estaban clavados en la mujer a la que todos llamaban MOM¹. Su apodo, un acrónimo de su título más formal en inglés como «Directora de Misiones», derivaba de la etiqueta identificativa que alguien, en algún momento, había pegado como broma en su pantalla. Martin estaba sentado muy derecho para verla más allá de su monitor. Era casi tan mayor como su madre. Situada en su estación, MOM se ajustó los anticuados auriculares y habló con claridad por el micrófono, con una voz que revelaba signos de nerviosismo.

—Señal de la nave recibida. Esperando datos telemétricos.

No pasó nada durante varios segundos. Alguien hacía crujir una hoja de papel. El sonido de un nudillo restallando pudo oírse en la sala. Pasó medio minuto antes de que el silencio volviera a romperse, esta vez por la voz transmitida de un hombre con un inconfundible acento español.

—Carlos Fuentes, Equipo de Operaciones y Misiones, Red del Espacio Profundo.

La transmisión era tan chirriante como si estuviera llamando desde Marte. Sin embargo, Martin sabía que Fuentes se encontraba en Madrid, sentado delante de un monitor similar a los que tenían allí en la NASA.

—¿Qué tenéis para mí? —preguntó Fuentes.

MOM casi susurró:

—Longitud de símbolo correcta. —El micrófono de sus auriculares cerca de su boca. Había tanto silencio que pudo oírse cada palabra.

Por el modo en que lo había dicho, no quedaba claro si era una pregunta o una afirmación. Ella miraba fijamente y con expectación su propia pantalla como si pudiera ver algo allí. La liberadora respuesta, sin embargo, tendría que llegarle de Fuentes a través de los auriculares, ya que él era el primer humano del planeta en ver los datos que llegaban de la Red del Espacio Profundo.

—Longitud de símbolo correcta —respondió él.

MOM sonreía cuando repitió en voz alta lo que Fuentes había dicho.

—Longitud de símbolo correcta.

Era fácil ver que estaba contenta porque el sonido de su voz había ido subiendo con cada palabra pronunciada. Lo había dicho mucho más alto a todos los presentes en el Centro de Control, incluso a Martin, a pesar de que él era la persona menos importante allí.

La tranquila y silenciosa voz del hombre sentado junto a MOM anunció:

—Los datos están llegando.

Había tocado el teclado de su ordenador y abrió un programa que ahora mostraba los datos, codificados en formato hexadecimal, que cruzaban la pantalla de arriba abajo. AE00020F, A02F2F00... Reconfortante magia numérica. Nadie podía interpretar aquellos valores sin la ayuda de un ordenador, ni siquiera Martin.

De repente, MOM habló con un tono fuerte y triunfante.

—Confirmado. Estamos recibiendo datos telemétricos.

Aquella era la señal que todo el mundo en el Centro de Control estaba esperando. Todo el mundo se levantó de un salto, vitoreando y aplaudiendo. Martin participó, aplaudiendo mientras las comisuras de su boca ascendían para formar una sonrisa. Había aprendido a comportarse en aquellas situaciones.

—Sistemas, tan pronto como tengáis datos suficientes, voy a necesitar informes de estado — dijo MOM.

El aplauso se desvaneció. De inmediato, el traqueteo de rutina volvió, llenando la sala.

—MOM, RF está informando.

—RF, por favor, informen.

—RF informa transmisión de energía normal, telemetría normal, sistemas de radio normal.

—Confirmado, RF, todo normal.

RF era el sistema de radio del satélite.

—MOM, ELF-AI está informando.

Martin reconoció al instante la voz que salía de los altavoces. Era la de un hombre localizado varios despachos más allá, bajando por el pasillo. Era el responsable de IA, la inteligencia artificial. Él también sonaba como si estuviera llamando desde Marte.

—Adelante, ELF.

—Me alegra informar que ELF-AI no muestra ninguna alteración. Ninguno de los programas de emergencia se ha activado.

«Podría haber dicho eso con menos palabras», pensó Martin. »¡Qué poco eficiente!» MOM arrugó la frente, como si hubiera oído sus pensamientos.

—MOM, C&DH al habla.

—Adelante, C&DH.

La voz vibraba nerviosa. Martin también la conocía. Era la de un programador que debía llevar en la NASA muchísimo tiempo ya que había conseguido el puesto de Director de Sistemas para el Manejo de Datos y Comandos. Ese hombre no parecía disfrutar de una actuación pública. Sabía que todo lo que estaba pasando allí estaba siendo retransmitido en directo por internet.

—C&DH informando de estado normal. Todos los punteros SSR están donde deberían estar, lo cual significa que estamos recibiendo exactamente los datos que esperábamos.

Bajo circunstancias normales, esa explicación habría sido innecesaria. Todo el mundo en la sala sabía cómo se determinaba el estado normal de un subsistema de satélites. Martin había ayudado a depurar el *software* para el Rastreador SSR que monitorizaba el estado de los dos grabadores independientes de estado sólido, o SSRs, en la sonda espacial.

—Confirmando datos como se esperaban.

—MOM, GNC para ELF al habla.

—Sí, GNC, adelante.

—*Hardware* completo y funcional, todos los sistemas de guía normales, todos los propulsores registrados.

—Excelente, GNC.

El Sistema de Guía, Navegación y Control estaba funcionando, así que la sonda era capaz de dirigirse a su objetivo.

—MOM, Propulsión tiene un informe de estado.

—Adelante, Propulsión.

—Todos los sistemas de propulsión normales. Presión del tanque como se esperaba: 326.5. Podemos continuar. Encélado nos espera.

—Confirmado. Gracias, Prop.

MOM mostró una profunda sonrisa de contento. La sonda —su sonda— había llegado muy lejos. Martin todavía era un colegial cuando fue inicialmente lanzada. MOM debía haber estado esperando este momento desde entonces.

—MOM, Energía en ELF-1 al habla.

MOM cuadró sus hombros.

—Sí, MOM al habla.

—Todos los datos de las fuentes de alimentación nominales. RTG está proporcionando la energía necesaria.

Martin se acordó de las protestas de los ecologistas antes del lanzamiento. El Generador Termoeléctrico de Radioisótopos, o RTG, contenía una gran cantidad de plutonio radioactivo. Si algo hubiera ido mal durante el lanzamiento... Pero había sido una necesidad absoluta porque los paneles solares no recibían suficiente energía del sol como para que la sonda recorriera una distancia tan larga.

—Gracias, Energía.

—MOM, entrando.

—¿Sí?

—Térmico informando de valores normales. Todas las temperaturas están en verde.

«Siete subsistemas». Martin había ido contándolos físicamente, como se dio cuenta en ese mismo instante. Se miró los dedos. A excepción de tres en su mano izquierda, todos estaban estirados.

—IP al habla. ¿Me recibís?

MOM levantó la voz para el Investigador Principal.

—IP, tenemos una nave saludable. Los datos van llegando. Menos 20 para llegar a Saturno. Gente, está será nuestra primera visita a Saturno en veintisiete años. Directora de Misiones, cambio y corto. Al menos por hoy. Y gracias a todos.

MOM estaba visiblemente emocionada, como le correspondía a una madre.



A la mañana siguiente, la madre de Martin le llamó. Le había parecido verlo un instante en las noticias de una cadena de televisión alemana. Todo el mundo había seguido con ansiedad el lanzamiento de la sonda ELF a Saturno. La NASA, la ESA, y la JAXA habían prometido imágenes impresionantes tras la llegada de la sonda al anillado planeta en 2031. En ese momento, nadie anticipaba los sensacionales descubrimientos que cambiarían radicalmente las creencias de la humanidad y que, con el tiempo, obligarían a Martin a meterse en una sombría y maloliente lata para recorrer a una velocidad aterradora el lugar más inhóspito de todos: el espacio.

Pero, para eso, todavía le quedaba un largo camino por delante.

14 de agosto de 2033, la Tierra

La rueda de prensa comenzó con unas breves palabras introductorias por parte del físico Stephen Hawking, quien había muerto quince años atrás. Los organizadores habían usado una colección de los escritos de Hawking para entrenar a un IA, de modo que expresara el mismo entusiasmo que el famoso y respetado investigador habría utilizado para referirse a este proyecto.

De algún modo, *Time* se había enterado del evento por adelantado. Su noticia de portada prometía que la NASA y la ESA iban a anunciar algo que causaría sensación en las próximas semanas. Los periodistas debían haber oído a los científicos charlando en los servicios. «Vida en el espacio. No estamos solos», proclamaba la revista en grandes letras en negrita. Sin embargo, el titular era demasiado bueno como para ser verdad. El artículo solo podía insinuar lo que había tras la invitación a una rueda de prensa en un auditorio del MIT, invitación enviada conjuntamente por las revistas científicas *Nature* y *Science*. Martin veía la transmisión con retraso y un botón de pausa porque quería escuchar a su propio ritmo.

Tras la pseudo charla de Hawking, las dos jefas de redacción de dichas publicaciones simularon un diálogo que, en realidad, no estaba dirigido a los científicos presentes, sino a un público mundial. La editora de *Nature*, quien parecía ser unos veinte años mayor que su colega de *Science*, tenía una rata de laboratorio que sentada tranquilamente sobre su hombro.

—¿Qué es la vida? —preguntó, mirando primero al público y luego a su colega—. ¿Está viva esta dulce criatura que tengo aquí? —continuó diciendo, cogiendo a la rata de su hombro para acariciarla.

—Sí, lo está. Lo pueden ver ustedes mismos —dijo la editora de *Science*, metiendo la mano en su bata de laboratorio. Martin pensaba que sus atuendos eran ridículos. «Las jefas de redacción no trabajan en laboratorios, sino en despachos.»—. Y esta preciosa esmeralda —dijo la mujer de *Science* mientras sostenía en alto un brillante cristal verde de un tamaño impresionante—, ¿está viva?

—¡Pues no!

La editora de *Nature* ni siquiera la miró, sino que se dirigió al público como para pedir confirmación.

La otra mujer levantó las cejas.

—Aah, pero creció por medios naturales a partir del germen de un cristal. No en la naturaleza, sino en un laboratorio. Claro que, probablemente, tu rata tampoco nació en las alcantarillas. Y aunque mi piedra creció y prosperó, también creó orden, y así aumentó el desorden o entropía en su ambiente. Esos son los rasgos de la vida, ¿verdad?

—Y ese es el problema con la definición de vida —explicó la editora de *Nature*—. Si la ves en acción, piensas que puedes reconocerla inmediatamente, ya que tienes una idea de qué aspecto debería tener.

—Eso es. Debería parecerse a ti —respondió la joven editora de *Science*.

Martin pensaba que todo el espectáculo se estaba volviendo bastante tonto. Aun así, él sabía que la ciencia necesitaba dinero —mucho dinero— y los políticos solo aprobaban grandes becas cuando el electorado le daba la bienvenida a la investigación.

—Imagínate una civilización robot —volvió a hablar la editora de *Nature*—. Hay suficientes ejemplos en la ciencia ficción. Si los extraterrestres enviaran una nave a la Tierra y observaran un coche, ¿qué considerarían como algo vivo? ¿El vehículo? ¿El conductor? ¿Sería tan

disparatado pensar en su escrutinio que la Tierra estuviera dominada por una civilización de coches inteligentes que hubieran construido unidades orgánicas para ocuparse de su reproducción?

Su colega de *Science* se encogió de hombros pero no dijo nada.

—Bien, solo quería demostrarles los problemas a los que se han ido enfrentando nuestros investigadores... y a los que se siguen enfrentando. Por favor, consideren sus resultados en el contexto adecuado. La doctora Danielle Shriver de la Universidad de Harvard nos explicará algo ahora. No estamos del todo seguras de lo que *Elf* ha encontrado.

La doctora Shriver ocupó su lugar delante del público, comenzando por ajustarse las gafas. Se podía advertir que le molestaba la actuación preparada, pero de todos modos les siguió el juego por pura necesidad. Comenzó su presentación con el momento en que la sonda ELF —el Buscador de Vida en Encélado, aclaró— había enviado sus primeros datos. Explicó qué instrumentos habían medido qué formas moleculares y en qué concentración; cómo el ECDA, o Analizador Mejorado de Polvo Cósmico, había detectado compuestos de hidrocarburo en los chorros géiser; y cómo un instrumento especial en la sonda había identificado lípidos a menos de un metro por debajo de la superficie de hielo. Demostró qué indicadores de aminoácidos habían sido hallados por el espectrómetro de masa y el detector de fluorescencia. Pero lo más importante de todo fue que la doctora Shriver describió cómo el equipo había llegado a la conclusión, a través de específicas simulaciones por ordenador, que estas sustancias eran, con toda probabilidad, resultado de procesos biológicos. Lo cual significaba que no habían sido provocadas por fuerzas aleatorias, sino por un proceso consistente hacia la obtención de más orden, la misma antítesis de la destrucción y el deterioro.

—Por esta razón, creo que puedo corregir a la anterior oradora en un aspecto. Hemos encontrado signos definitivos de vida. La sonda ha detectado los derivados de la digestión de vuestra rata espacial. ¡Ahora solo tenemos que capturar al bichito!

La doctora Shriver soltó la hoja de papel de la que había estado fingiendo leer, volvió a subirse las gafas, y parpadeó ante los miembros del público mientras le dedicaban un merecido aplauso. Un escalofrío recorrió la espalda de Martin cuando oyó eso y vio lo que estaba manuscrito en la pared. «Algún día, alguien tendrá que viajar 1,2 billones de kilómetros, cruzar medio sistema solar, y explorar Encélado», pensó. En ese momento, si alguien hubiera predicho que él formaría parte de esa tripulación, simplemente les habría dedicado una sonrisa de lástima y habría dicho que les faltaba un tornillo.

El mundo había cambiado para siempre tras ese anuncio. No todo el mundo reaccionó del mismo modo ante la certeza de vida desarrollándose en otro lugar. La mayor parte del público estaba entusiasmado con ese nuevo descubrimiento, y la cultura popular de la época reflejaba ese entusiasmo de diversas maneras. Coca-Cola cambió la forma de su clásica botella de cristal. Los documentales describían lo que los científicos habían hallado... o lo que los productores y periodistas pensaban que tenían que mostrar para ganarse la atención del público. Los estudiantes se lanzaban a estudiar la carrera de biología. La NASA recibió un increíble número de solicitudes para entrar a formar parte del entrenamiento como astronauta. Incluso los militares se beneficiaron, ya que muchos creían que los pilotos de combate tenían mayores oportunidades de ser aceptados para una misión espacial.

Las agencias espaciales de todo el mundo permanecieron sorprendentemente calmadas. Se suponía que la NASA, la ESA, y la JAXA no habían planeado misiones tripuladas, ni estaban pensando hacerlo. Nadie esperaba mucho de los rusos, quienes habían estado crónicamente faltos de fondos desde su anexión de Ucrania y, como resultado, habían sido excluidos durante una

década de la economía mundial. Ni siquiera los chinos, quienes invertían ingentes cantidades de dinero en proyectos de prestigio, presentaron planes para una visita a las formas de vida en Encélado. Martin y muchos entusiastas del espacio como él se quedaron, inicial y profundamente, decepcionados; pero, a posteriori, esa reticencia resultó ser una inteligente estrategia.

Al principio, compañías espaciales privadas aprovecharon la oportunidad creada por la reticencia de las agencias gubernamentales. Resultó así que cada compañía principal ya había desarrollado planes para una expedición al espacio profundo. SpaceX que, en principio, tenía que haber llegado a Marte con cien astronautas hacía mucho tiempo, sugirió convertir la nave espacial destinada para esa misión —construida ya en un noventa por ciento— para una tripulación más pequeña, pero para un viaje significativamente más largo. Blue Origin desempolvó TransHab, un viejo proyecto de la NASA, y planeó lanzarlo al espacio con su cohete de tres etapas New Glenn. El emprendedor malayo Amirul bin Yusof, quien durante los últimos quince años había comprado un grupo de grandes corporaciones para crear su imperio económico (entre ellos el ex líder aeronáutico Boeing), prometió investigar la naturaleza de la vida en Encélado usando una tripulación exclusivamente asiática.

Tras varias semanas de enorme entusiasmo, las primeras voces críticas comenzaron a escucharse. Los medios de comunicación, cuyos documentales y noticias habían experimentado un descenso en sus niveles de audiencia, y cuyo público estaba desesperado por algo nuevo, concedieron a esos críticos mucho tiempo en antena. De repente, los biólogos se veían confrontados con presentadores de programas de debate, quienes les disparaban preguntas incisivas que podrían ser improbables a nivel científico, pero que eran comprendidas por la gente de a pie. ¿No podría esta nueva forma de vida suponer un peligro para todos nosotros? ¿No sería una célula que sobrevivió a temperaturas de ciento ochenta grados bajo cero muy superior que las frágiles y débiles formas de vida de la Tierra? ¿Podría ser que hubiera un gigante dormido en esta luna de Saturno y que despertara por una visita... con consecuencias impredecibles para la Humanidad?

La gente preocupada es agradecida si el Estado se ocupa de sus problemas, no obstante, a menudo desconfía de los emprendedores que podrían no estar trabajando en favor de los intereses de una nación o de la Tierra. A Martin le parecía que las agencias espaciales habían estado esperando ese momento. En un evento compartido en Pekín, presentaron los planes de China, Europa, Japón, India y los Estados Unidos al mundo, y al final incluso a un invitado especial. Se trataba del líder de la agencia espacial rusa, Roscosmos, quien anunció que estarían encantados de apoyarlos y muy contentos por volver a la escena internacional.

El corto periodo de preparación no había sido suficiente para desarrollar planes específicos. Sin embargo, las agencias estatales presentaron un conjunto de reglas detalladas para prevenir cualquier contaminación de la Tierra, e insistieron para que los viajeros espaciales implicados no tuvieran que estar internados en Marte durante el resto de sus vidas, a pesar de que un grupo de congresistas lo había exigido. Esos mismos gobernantes también tenían un acuerdo elaborado sobre el reparto de costes y recursos, por no hablar de la gloria, para que ninguna nación ganase más prestigio que las demás.

Más tarde, los expertos trabajarían para preparar un concepto de misión. Por primera vez en la historia de la Humanidad, prometieron que el dinero no sería un problema... siempre y cuando la misión no se llevara más de ochenta, o quizás cien, billones de dólares. Las corporaciones espaciales privadas pronto se dieron cuenta de que su papel en esa empresa sería la de proveedores de servicios pagados.

Después de todo, todavía no habían presentado un concepto del todo convincente. Para llevar a cabo un viaje a Saturno, una nave espacial tardaría aproximadamente seis veces más de lo requerido para realizarlo a Marte. En vez de los ciento veinte días de tiempo de vuelo que Elon Musk, el líder de SpaceX, había planeado para su nave Heart of Gold², la nave a Saturno necesitaría dos años solo para llegar allí. La gravedad cero y la radiación cósmica convertirían esa travesía en una misión suicida para los astronautas. Los viajeros del espacio que volvieran a la Tierra como una masa pulposa de huesos, o como nada en absoluto, no podrían cantar las alabanzas de sus jefes en los programas de debates. Ninguno de los países implicados quería eso.

Al final, una compañía privada especializada en construir accesorios para satélites bajo demanda, tuvo éxito encontrando una solución. Princeton Satellite Systems, una sucursal de la universidad del mismo nombre, había desarrollado el Reactor de Fusión Directa (DFD) usando solo un pequeño presupuesto. El sistema de impulsión estaba basado en la fusión nuclear de helio-3 e hidrógeno pesado (deuterio). Esta reacción no producía neutrones, los cuales habrían convertido el reactor en material radiactivo antes o después. En vez de eso, producía protones cargados eléctricamente e iones de helio que podían ser derivados hacia el propulsor usando campos magnéticos, propulsando de ese modo la nave espacial. Al mismo tiempo, esto también generaría electricidad; los investigadores de Princeton Satellite Systems estimaban que unos dos megavatios de un total de diez megavatios de salida del motor.

El hecho de que esto solo fuera una estimación, en principio, preocupaba a los líderes del Laboratorio de Propulsión a Chorro de la NASA, porque el sistema DFD nunca había sido testado en el espacio. Princeton Satellite System había creado una maqueta a escala 1:1 en un laboratorio y lo había arrancado con éxito, confirmando aproximadamente las proyecciones. Sin embargo, el DFD todavía no había sido usado como motor en una nave espacial. No había habido necesidad de hacerlo por ahora; en un viaje a Marte, el tiempo de vuelo era soportable incluso con motores convencionales, y las misiones hacia objetivos más lejanos siempre habían sido realizadas sin tripulación, así que la velocidad no era tan importante.

Martin había sido en parte responsable del primer test del DFD y había señalado veintisiete errores en el *software* de control al ingeniero jefe de Princeton Satellite Systems. El ingeniero japonés, Hayato Masukoshi, estaba avergonzadísimo por ese descubrimiento y presentó su dimisión inmediata ante el director ejecutivo. Para sorpresa del ingeniero, sin embargo, no se la aceptaron y, además, le ordenaron que probara el DFD en la ingravidez del espacio junto con «ese empollón del JPL». Algún tiempo después, Hayato le contó a Martin que así fue como se lo había descrito el director ejecutivo.

15 de octubre de 2037, la NASA

Martin siempre había pensado que él controlaba su vida. «Si hubiera sabido que un poco de resolución de problemas me condenaría a las profundidades del espacio, ¿se me habría ocurrido pasar por alto esos errores? Unos cuantos fallos de memoria por aquí, una condición ilógica por allá... “Eso nunca mató a nadie”, como diría su madre». La realidad, sin embargo, era bien distinta ya que un importante número de personas había muerto por tales errores, ya que se había permitido que las entidades de *software* actuaran de modo independiente en áreas críticas. Los robots autónomos de la India, por ejemplo, habían provocado una masacre en un templo hindú durante la Guerra de Cachemira. Más tarde, ese suceso había llevado oficialmente a un fallo en la depuración de la memoria intermedia en las IA. A estas alturas, el análisis de ese código fuente se había convertido en lectura obligada para los alumnos de ciencias informáticas. No, era lógico que Martin se encontrara allí hoy, aun cuando, al echar la vista atrás, él nunca lo hubiera visto venir.

Por supuesto, por aquel entonces no había sido coincidencia que su jefe les hubiera enviado a él y a Hayato a Tiangong-4. En ese momento, a Martin se le consideraba como un héroe secreto en su departamento. Eso hacía que se sintiera incómodo, pero ya no podía evitarlo. Él pensaba que todo lo que había hecho era sentarse y pulsar la tecla correcta en el instante adecuado.

Naturalmente Martin había luchado con uñas y dientes contra esta tarea en el espacio exterior.

—Después de todo, sería suficiente si los japoneses volaran al espacio —argumentó.

Martin creía que él sería mucho más capaz de analizar los datos generados por una prueba del motor mientras estaba sentado cómodamente allí en su despacho, pero su jefe no cedió.

—Ni siquiera he pasado por un entrenamiento básico como astronauta —razonó. Cuando sacó ese tema, su jefe sonrió mientras metía una mano en un cajón y sacaba un folleto, tamaño carta, diseñado en elegante azul.

La aventura de tu vida, leyó Martin después de que su superior le hubiera tendido en silencio aquella carpeta.

—Blue Origin te llevará al borde del espacio en un viaje de ida y vuelta.

Martin había cometido el error de leer el folleto antes de irse a dormir. El delgado panfleto anunciaba viajes espaciales en las cápsulas propiedad del billonario del comercio *online* Jeff Bezos. Parecían elegantes, y los pasajeros llevaban trajes de material azul ceñidos al cuerpo mientras sonreían a la cámara. El entrenamiento, decía el folleto, era completamente innecesario. Debías pasar dos días aprendiendo las técnicas para llevar a cabo el lanzamiento, el aterrizaje, y procedimientos de seguridad, y luego podías ir al espacio. «Ojalá hubiera investigado de antemano quién estaba intentando participar en el proyecto Encélado», reflexionó Martin. Parecía que Bezos había reservado dos de sus naves espaciales para vuelos de transporte. Tras un auge en los 2020s, el turismo espacial ya no era tan popular como Bezos había esperado.

Martin se imaginaba levantándose despacio de su asiento tras el lanzamiento, flotar con cuidado hacia la amplia ventana de observación, y entonces... vomitar todo el contenido de su estómago. Sus compañeros pasajeros se alejarían de él, parcialmente asqueados, en parte divertidos, y él sería incapaz de sacudirse el vértigo durante todo lo que durase el vuelo. Incluso la mera idea hacía que se le encogieran las entrañas.

La realidad, cuando llegó, resultó ser mucho peor... y mucho mejor. No tuvo que vomitar,

puesto que su sistema digestivo eligió otro puerto de salida. Se había concentrado en su tarea durante veinte horas, durante toda la duración del viaje. Todo el tiempo intentó evitar mirar el abismo que se extendía junto a él, debajo de él, detrás de él, y por encima de él. No siempre tuvo éxito, pero cuando empezó a tambalearse Hayato le cogió de la mano. La mayor parte del tiempo, sin embargo, la estrategia de Martin funcionó. Se había sentido mejor cuando se conectó con una correa de sujeción a la consola de control externo del Reactor de Fusión Directa y se metió a gatas dentro de un tubo cerrado de dos metros de longitud que hedía a aceite. Entonces había estado en su elemento. El motor respondía a sus órdenes. No tuvo problemas para adaptar las secuencias de lanzamiento a la supuesta gravedad cero. El problema que los programadores no habían podido resolver en la Tierra era que los líquidos se movían de un modo diferente allí arriba a como lo hacían bajo la influencia de la gravedad de la Tierra. Eso podía ser simulado y calculado, por supuesto, y el ingeniero japonés había tenido éxito haciendo. No obstante, alguien tenía que adaptar los resultados conseguidos por este método a la realidad.

—Eso fue todo —había dicho Hayato finalmente. Solo entonces Martin se dio cuenta de que acababa de pasar dos horas consecutivas en el espacio sin marearse. No había podido quitarse el pañal para adultos que todavía llevaba desde el lanzamiento, y ahora estaba empezando a irritarle. Durante el aterrizaje, sin embargo, se alegró de seguir llevándolo puesto.

—Buen viaje. Nos vemos la próxima vez —dijo el japonés, despidiéndose de él.

Martin sacudió la cabeza.

—Nadie conseguirá volver a meterme en una de esas cosas otra vez —afirmó—. Pero ha sido interesante conocerte. Tenemos que hablar alguna vez sobre los algoritmos para la simulación termodinámica de fluidos. ¡Resolviste eso muy elegantemente!

El ingeniero japonés le dedicó una sonrisa inescrutable y se marchó.

2.99 € – hard-sf.com/links/709463

Créditos

(c) 2021 by Brandon Q. Morris

Web: hard-sf.com

Correo electrónico: brandon@hard-sf.com

Traductora: Cinta García de la Rosa (cintagarcia.com)

Edición: Elena García Varela

Diseño de portada: Audible.com

Brandon Q. Morris es una marca registrada del autor

Notas

Sol 321, Máquina de Marte

1 N. de la T.: El comienzo de la nana se puede traducir toscamente como “Si un pájaro viene volando, se sienta en mi pie, tiene una nota en el pico...”. Clara referencia al dron con la nota.

Sol 330, Ciudad Marte

1 N. de la T.: En inglés, para referirse a una situación igualmente catastrófica a la de la caja de Pandora, utilizan la expresión “can of worms” (lata de gusanos). Y de ahí el razonamiento expresado por el personaje.

Fragmento: La Misión Encélado

1 MOM son las siglas para *Mission Operations Manager*, y significa «mamá» en inglés.

2 Corazón de Oro.